

Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala B
Estante 23
Tabla _____
Número 261

BIBLIOTECA REAL

Sala B
Estante 9
Número 210

PRACTICA FRANCESA.



14969

7. 624

PRÁCTICA FRANCESA

POR

D. MARIO MÉNDEZ

CÁTEDRÁTICO POR OPOSICIÓN EN EL INSTITUTO DE
GRANADA, LICENCIADO
EN FILOSOFÍA Y LETRAS Y EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
INDIVIDUO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE
BUENAS LETRAS Y DE LA ROMANA «UNIVERSALIUM
QUIRITUM CÆTUM.»



GRANADA.
Imp. del COMERCIO.
1894.

PROLOGO

Si la experiencia desterró el *Telémaco*, cuya clásica elegancia no era mérito bastante para responder á las exigencias de una enseñanza práctica, no se adelantó mucho al sustituirlo con trozos de escritores franceses pertenecientes en su mayoría al ciclo áureo de la literatura traspirenáica.

No se tuvo presente que el francés de nuestros días, más rico y flexible que el del siglo XVII, si bien menos puro, no podía modelarse en las páginas de Fénelon, Racine ó Lafontaine, y que el alumno después de estudiar esos admirables modelos, no se hallaría en disposición de traducir un artículo de un periódico contemporáneo ni de entender el francés vivo, tan diferente del clásico como nuestro lenguaje actual del empleado por nuestros autores del siglo XVI.

Además, una Práctica Francesa no debe, no puede limitarse á nuda selección de trozos literarios, sino desenvolverse al compás de la teo-

ría para consolidar los conocimientos y descubrir las deficiencias del estudio.

La primera dificultad con que se tropieza al comunicar una lengua extraña, es una dificultad mere-material: la pronunciación. El aparato vocal se resiste á ejercicios no acostumbrados y la primera atención del profesor debe ser educar los órganos cuyo concurso necesita, bien así como un profesor de música comienza por educar los dedos del aprendiz de piano hasta dotarlos de la agilidad y soltura indispensables para el dominio del instrumento. Preparación ha sido ésta muy descuidada en general por los catedráticos de lenguas vivas, y cuya importancia, resaltando más cada día, avivó nuestro deseo de subvenir á esta necesidad, y nos movió á redactar la primera parte de este libro cuyo contenido es una série gradual de ejercicios de pronunciación, dispuestos en el orden, forma y gradación idóneos para constituir una gimnástica del aparato vocal, perfeccionando paulatinamente su funcionamiento y la pureza de la pronunciación.

No menos importante es ofrecer al discípulo larga copia de ejemplos, comprensivos de todos los casos y de las variedades y excepciones todas, para disipar las dudas que la aplicación de los cánones gramaticales despierten en su inte-

ligencia y, no pudiendo cumplirse esta misión en las páginas de la Gramática sin riesgo de incidir en pesadez y de dotarla de enormes proporciones, hemos juzgado utilísimo reunir y clasificar ejemplos numerosos, entresacados, para mejor garantía, de los más celebrados autores franceses, con el fin de que puedan ser cómodamente consultados al surgir una dificultad y de que entre su rica variedad de giros se halle siempre el modelo de la frase que se debe emplear.

Los trozos de traducción que forman las tres últimas divisiones de este libro, son en general modelos de lenguaje contemporáneo para familiarizar al alumno con las formas vivas del idioma francés evitando el inconveniente con anterioridad señalado. Hállanse en nuestra autología todos los estilos, desde el más sublime al más familiar, recorriendo todas las gradaciones de la expresión, y se ha procurado que los artículos, como destinados, salvo rarísimas excepciones, á juveniles inteligencias en que la imaginación es la facultad predominante, ofrezcan interés artístico, recreen y predispongan favorablemente el ánimo, inspirando el deseo de terminar la lectura comenzada, para que el discípulo, en vez de rehuir las arideces de la práctica, coopere con voluntario concurso á la obra didáctica, induci-

do por el deleite ó la curiosidad á una práctica inconsciente; más no por inconsciente menos estimable y fructuosa.

¿Hemos acertado en la realización de nuestro empeño? No podemos asegurarlo. Enemigos de ensalzar nuestros humildes trabajos, tan ricos de buena voluntad como exíguos de brillantes facultades, sometemos nuestra labor al fallo definitivo del público y al crisol irrecusable de la experiencia, deponiendo toda sugestión de la vanidad ó el egoísmo, tan dispuestos á continuar por esta senda si lisongero éxito coronara nuestro esfuerzo, como á abandonarla y condenar estas páginas si la experiencia y el voto de la opinión conviniesen en que nada útil habíamos realizado para el bien de la juventud y la cultura de nuestra patria.



PRIMERA PARTE

PRONUNCIACIÓN Y LECTURA

PRÁCTICA FRANCESA

PRONUNCIACIÓN Y LECTURA

I.

De las vocales simples.

A

A: suena como en español y es muda en las palabras

Août, aouteron, toast,
Saône, Aoste, taon, aoriste.

E

puede ser abierta, cerrada ó muda. La última se denomina así por su sonido muy débil y á veces imperceptible.

La e es muda 1.º cuando va sin acento al final de una sílaba. 2.º En los polisílabos plurales. 3.º En el final *ent* de las terceras personas de plural de los verbos. 4.º Cuando está precedida de *g* y seguida de *a* ú *o*. 5.º En el participio y en los pretéritos del verbo *avoir*. 6.º En los nombres terminados en *aen* como *Caen* y en las iniciales en *ress*.

Ejercicios acerca de la e muda.

I.

Be, Ce, De, Ge, Pe, Te, Ve,
Le, Fe, Me, Ne, Gne, Re, Se.

II.

Lame, pape, dire, file, lime, mine, pipé, vide, vive,
code, mode, note, merle, perle, golfe, poste, corde, por-
te, sabre, tigre, litre, table, vitre, brave, plaque, corne.

III.

Denis, repas, brebis, levier, repos, renard, grenier,
levant, regard, grelot, premier, venir, tenir, dedans,
dehors, melon, demi, devant.

IV.

Vendredi, cabane, grenadier, délire, divine, madame,
mérite, morale, navire, parole, pelote, salade, sonore,
olive, alcove, organe, active, cocarde, réforme, marty-
re, cascade.

V.

Mademoiselle, capitale, limonade, pyramide, séréna-
de, éconoie, carabine, hyperbole, parabole, amicale,
camarade, délicate, femmelette, ordinairement.

VI.

Pie, copie, patrie, colonie, Amélie, punie, pluie, nie,
finie, crie, choisie, sortie, jolie, monnaie, plaie, venue,
tendue, corrompue, remplie, boucherie, poésie.

VII.

La table du père.—Il te parle et me charme.—La tan-

te et la mère de la petite fille.—Porte cette lettre à la
poste.—Je te donnerai des figues.—La tête du jeune
homme est très jolie.—Le visage du frère est noble.

VIII.

Les romains étaient braves et leurs mœurs très cor-
rompues.—Les filles parlèrent et les autres ne se turent
pas.—Les élèves ne seraient jamais punis s'ils étudiaient.
—Les enfants qui travaillent méritent une récompense.
—Les chiens qui courent et les chevaux qui galopent.

IX.

Surseoir, asseoir, mangeable, mangeoire,
douceâtre, nageant, nageons, abrégeant,
protégeant, engageant, Caen, dénuement.

Ejercicio con la e abierta.

Père, mère, cèdre, lèvres, mètre, crème, carême, forêt,
prêtre, évêque, tempête, grêle, galère, sévère, modèle,
manière, ébène, élève, vèpres, rêve, excès, congrès, ab-
cès, baromètre, atmosphère.

Es muda en

Oignon, douarière, Montaigne, encoignure, poignée,
poignard.

Es muda en

Paon, Faon, Laon, Craon.

U

Ejercicios con la u francesa.

Bu, du, fut, lu, mu, nu, rue, pue, su, vu, tu, bru, venu, écu, vertu, futur, prune, tuteur, enflure, pure, pureté, rancune, férule, pendule, nature, subite, volume, dreté, numero, revenu, écume, dreté, unité, absolue, armure, virgule, solitude, dénaturé, utile, utilité, ridicule, manufacture, urbanité, aptitude, lueur, sueur, fureur.

II.

Lui, huit, nuit, puit, cuir, étui, pluie, fruit, autrui, bruit, minuit, aujourd'hui, appui, produit. Tu as été élu député.

La U es muda en las combinaciones *gue, gui*, excepto cuando lleva diéresis y en las palabras

Aiguille, aiguillon, aiguiser, arguer, linguistique, Guise.

También es muda después de *q*. Sin embargo, hay unas ciento sesenta dicciones, pertenecientes la mayor parte á las matemáticas y á las ciencias naturales en que la *u* precedida de *q* es sonora, con la particularidad de sonar *u* francesa en las combinaciones *que, qui* y *u* española en la combinación *qua*. De estas palabras las más usuales son

*Quadragnaire, quadragésime, quadrangulaire, quadrat, quadratrice, quadrature, quadrige, quadrilatère, quadrinôme, quadrumane, quadrupède, quadruple, in quarto, quartz, quaternaire, quintuple, exequator, aquarelle, aquatique, équateur, liquation, adéquat, questeur, équestre, liquéfaction, équiangle, équidistant, équilate-ral, équimultiple, équitation, équidiffèrent, quinquen-
nal, ubiquiste, équation, loquace.*

VOCALES COMPUESTAS

Ejercicios con las vocales AI, AY, (i) EI, EY.

I.

Laine, balcine, fontaine, contraire, parfait, laide, libraire, prairie, maire, maigre, vrais. portugais, lait, craie, paire, maître, faible, éclair, grammaire, verveine, reine, peine; Seine, affaire, balai, veine, aile, épais, élémentaire.

II. (2)

Crayon, pays, payer, balayer, éssuyer, paysan, paysage, paysagiste, ayez, ressayer.

Ay suena *ai* por excepción en

Bayonnette, bayadère, mayeux, mayonnaise, y en casi todos los nombres propios.

Bayard, Bayonne, Biscaye, Cayenne, Hendaye, Mayence, Mayenne, Bayeux, Baylen, Fayence, Lafayette, Haydn, Taygète,

pero sonará *e* en

Buenos Ayres, La Haye, Aveyron.

(1) *Ai* suena en general como e abierta.

Suena como e cerrada en los finales de los verbos.

Suena como e muda en *faisant*.

(2) Debe recordarse que la *y* equivale á dos *ies* latinas cuando se halla entre vocales y no va seguida de e muda. El mismo valor tiene en la palabra *pays* y sus derivados.

Que se pronunciarán:

Buenozèr, La Hè y Aviron.

Ejercicio con las vocales AU, EAU.

Eau, beau, peau, laurier, autorité, mauve, Paul, tau-
reau, tableau, crapaud, aumône, gâteau, rideau, veau,
faux, beauté, mauvais, paupière, pauvre, marteau, pru-
neau, corbeau, faute, taupe, fléau, bureau, manteau,
plumeau, tonneau, applaudir, épaule, couteau, aussitôt.

Ejercicios con la vocal EU, ŒU.

Peu, feu, fleur, pleur, leur, seul, mœurs, aveu, ne-
veu, neuf, meule, ardeur, acteur, peur, créateur, Dieu,
lieu, nœud, deux, odeur, porteur, cœur, lecteur, adieu,
bœuf, curieux, voleur, bonheur, docteur, œuf, veuf,
peureux, facteur, furieux, protecteur, débiteur, direc-
teur, laborieux, rédacteur, navigateur, cultivateur, con-
ducteur, demeurer, pleurer, monsieur. Dieu seul est
parfait. Ma sœur a un cœur qui est heureux.

EU suena U francesa en el verbo *avoir* y en los terminados en *geure*.

EJERCICIO

J'eus, tu eus, il eut, nous eûmes, vous eûtes ils eu-
rent. J'ai eu, que j'eusse, que tu eusses, qu'il eût, que
nous eussions, que vous eussiez, qu'ils eussent. Gageure.

Œ tiene el sonido francés de *eu* en

Œil, œillade, œillet,

y *ue* tiene el mismo sonido delante de *il* ó *ill*.

Cueillir, orgueil, accueil.

Ejercicio con la vocal OU.

Cou, sou, mou, jour, loue, fou, poule, pou, coupe,
moule, route, bravoure, mouton, trou, touve, soupe,
loup, clou, boutique, couvert, cour, tout, groupe, lou-
ve, boucle, bouche, couleur, foule, fouine, ouvrier, ver-
rou, goutte, douteux, couturière, laboureur, débouton-
ner, gouvernement, couverture, nourriture, bouton-
nière.

VOCALES NASALES

E M

suena *a* delante de otra *m*, como en *prudemment, femme*.

Suena *em* en los vocablos procedentes de lenguas muertas como *Jéru-
salem, hymen* etc.

Se oye *e* en *lemme, dilemme* y *sel gemme*.

Suena *an* en *emmenner, emmagasiner, emmailloter, emmurer, emman-
cher, emmanteler, emmêler, emmenotter, emmieller, s'emmenager* y
algún otro poco usual.

EN

suena generalmente *an*.

Suena *e* delante de otra *n* como en *triennial*.

Suena *a* en *ennoblir*, *ennui*, *ennuyer*, *hennir*, *solemniser*, *ennemi* y en los derivados de *Rouen*, pronunciándose la *n* sencilla.

Suena *en*: 1.º, en las palabras terminadas en *ien*, *ien* y *oyen*, aunque marcando bien el carácter nasal de este sonido.—2.º, en los tiempos de los verbos en *enir*.—3.º, en las palabras *compendium* y *examen*.—4.º, en muchos nombres propios como *Mentor*, *Benjamin*, *Rubens*. &c.²

Suena *ann* en las voces *enivrer*, *enorgueillir*, *enouseler*, *enherber* y *enhuiler*.

Ent no suena en los verbos al final de las terceras parsonal de plural.

Ejercicios con las vocales EM, EN.

I.

En, rente, fente, pente, tente, tendre, dent, dentiste, enlever, entourer, enfermé, renversé, enfant, talent, vent, client, moment, contenter, remplir, torrent, temps, environ, mentir, pendant, enclos, mendiant, apprenti, ornement, argent, complètement.

II.

Ennemi, solennel, ennui, ennoblissant, emmancher, Vienne, hennir, enorgueilli, femme, lemme, persienne, ennuyant, enivré, Jérusalem, Rouen, ennoblir, emmagasiner, harem, Nemrot, rouennerie, ennuyeux, enherbé, ardemment, eden, gluten, examen, emmener, dilemme, amen.

III.

Idem, Mentor, prudemment, enrichi, abdomen, hymen, bien, aérien, persienne, Ils viennent, spécimen, solemniser, emmieller, Ils tiennent, Elles appartiennent,

Ils deviennent, moyen, doyen, citoyen, Rubens, européen, indien.

Ejercicios con las vocales IM, YM, IN, AIN, EIN.

Vin, matin, timbre, venin, craindre, plein, en vain, pin, lapin, dindon, imprimeur, train, peint, bain, pain, fin; épingle, intrépide, demain, feindre, étain, faim, lin, interprète, Inde, importune, gain, daim, fin, frein, crin, inventeur, inférieur, grain, atteindre, sein, impoli, invité, enfin, imparfait, infirme, peintre. L'imprimerie a été inventée par Guttemberg. Les assassins sont insensibles. La nature est infinie.

IM, IN, suenan *i* delante de otra *m* ú otra *n* y en los nombres propios extranjeros.

EJERCICIO

Scrutin, incapable, innocent, inhumer, Selim, inné, dinde, satin, immense, intime, jardin, syndic, sapin, pinte, Ephraïm, innocence, thym, immobile, gratin, dauphin, innover, immensité, immortel, sympathie.

Ejercicio con las vocales Um, Un.

Um, suena *ou* en las palabras latinas, en *rum* y *punch*.

Un, importun, parfum, humble, aucun, Dominum, chacun, brun, jeun, vobiscum, nostrum, rum, punch, Christum. Un importun n'est jamais humble. Le thym a un doux parfum.



DIPTONGOS

Ejercicios con los diptongos OI, OY y su sonido nasal CIN.

OY suena oi en *Oyonax*.

Foi, loi, roi, moi, toi, soi, soie, doigt, soir, voir, oie, noir, toile, devoir, abreuvoir, loin, coing, trois, pourquoi, noix, boire, poivre, mouvoir, mémoire, droit, foin, quelquefois, voix, moine, voile, tiroir, ivoire, boîte, point, quoique, pouvoir, mois, poire, miroir, armoire, victoire, témoin, moitié, oindre, pois, gloire, bois, comptoir, avoine, moins, vouloir, Moïse, joint, amoindrir, lointain, pleuvoir, foire, soin.

DE LAS CONSONANTES

Ejercicios con las consonantes B, V.

Márquese bien la diferencia entre ambos sonidos.

Ba, be, bi, bo, bu, bou, boi.

Va, ve, vi, vo, vu, vou, voi.

Vol, banc, vie, boucher, vipère, biscuit, révolte, cabane, rival, bonbon, vu, balai, devis, bois, lavé, bôle,

favori, abandon, vif, bouche, louve, aube, pavé, baume, avis, bandit, gravir, bec, vendre, billard, sévère, bouton, carnaval, bénir, vocal, boire, verdure, charbon, ivoire, bombe, bavard, bavarder, bave, brave, bravoure, novembre.

La B es muda en *radoub*, *rumb* y en voces extranjeras como *Joab*, *club*, etc.

C

Esta consonante tiene el sonido de *k*, cuando lo tiene también en español y cuando precede a *æ* y suena como *s* española cuando lleva cedilla ó va seguida de *e* ó *i*.

La *c* suena también como *ch* española en *violoncelle* y como *g* suave en *second*, *secret*, y *Claude*. No obstante, Girault Du Vivier sostiene con razón que no es *g* en *Claude* sino en esta sola expresión: *Prune de Reine Claude*. La Academia no marca la excepción.

Respecto á *secret* hay diversidad de opiniones y la Academia nada establece acerca del particular.

La *c* final es sonora aunque vaya seguida de una *t*; pero es muda en las palabras *abject*, *accroc*, *amiet*, *arsenic*, *blanc*, *broc*, *clerc*, *cognac*, *croc*, *estomac*, *escroc*, *franc*, *jonc*, *lacs*, *marc*, *tabac*, *tronc*. La *c* final de *blanc* y *franc* se hace sonora al unirse á otra palabra que comience por vocal, p. ej. *du blanc au jaune* (*blan-co-jon*.)

Ejercicios con las consonantes C y Ç.

Cirque, garçon, cidre, acerve, français, carrosse, cinq, second, cire, cendre, blanc, leçon, citron, merci, récit, secret, force, plaça, estomac, maçon, coquin, domicile, cœur, glace, lance, tronc, façon, enfance, caisse, tabac, noce, cygne, marc, forçat, société, connaissance, soupçon, reçu, façade, morceau, ça et là, nécessité.

F

Esta letra suena como en español y cambia su sonido en el de la *v* cuando se liga con la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *f* final es muda en las palabras *cerf* y *clef*.

La *f* final de las palabras *bœuf*, *œuf* y *nerf* es sonora en singular y muda en plural. En dichas palabras y en *chef* también es muda la *f* cuando forman nombres compuestos como *chef d'œuvre*, *bœuf-gras*, *bœuf-salé*, *œuf-dur*, *œuf-frais*, *nerf-de bœuf*.

Ejercicios con las consonantes F y PH.

I.

Siphon, frais, canif, bœuf, éléphant, phare, femme, phrase, phoque, œuf, fer, foi, physique, orthographe, fin, télégraphe, chef, bœufs, œufs, désinfectant, téléphone, nerf de bœuf, faon, Philippe, France, faire, pharmacie, chef d'œuvre, atmosphère, philosophe.

II.

Famille, Philadelphie, filleul, Bosphore, fauteuil, Adolphe, faim, Alphonse, enfant, camphre, foule, phase, flatter, prophète, Soif ardente, Neuf enfants.

G

Suena como *c* en la primera sílaba de *gangrène* y al final de las palabras cuando se liga con la vocal inicial de la palabra siguiente:

Es muda en *faubourg*, *leg*, *doigt*, *vingt*, *étang*, *hareng*, *coing*, *poing*, *seing*, *long*, *oing* y *sang*.

La *g* doble suena como sencilla, según la regla general; pero si va seguida de *e* como en *suggérer*, la primera suena *gue* y la segunda *j* francesa.

Ejercicios con las consonantes G y J.

I.

Ga, ge, gi, go, gu, ja, je, ji, jo, ju,
gai, goi, gou, gue, geai, geoi, geou, gea, geo,
jan, jen, jcan, jonc, jeun, joie, jour, joua.

II.

Bague, jeudi, injure, gant, jument, sage, rage, langue, joujou, faubourg, ouragan, juste, argent, gibier, guère, major, doigt, gomme, géographie, janvier, cage, guitare, jardin, vingt, nageons, jeunesse, page, danger, guirlande, jaune, étang, suggestion, jambe, courage, gilet, aigle, jujube, hareng, suggérer, jupe, avantage, juin, grâce, journal, poing, nageant, jugement, toujours.

Jamais, génie, long, gangrène, gaze, aiguille, déjà, gendre, sang, sang-sue, bijou, aiguiser, jusque, genceve, coing, gazon, jalousie, aigu.

H

La *h* puede ser *muda*, en cuyo caso es puramente etimológica y no tiene sonido alguno, ó *aspirada*, es decir, que comunica un sonido gutural, aunque muy leve, á la vocal que la acompaña. Hay próximamente unas 340 palabras que comienzan por *h* aspirada, de las cuales 170 empiezan por *ha*, 120 por *ho*, *hu*, y 50, por *he*, *hi*.

Son aspiradas las haches:

1.º De las palabras procedentes de voces bárbaras. Las que provienen del griego y del latín son mudas.

2.º Las derivadas de palabras que tienen *h* aspirada.

3.º Ordinariamente las que están entre vocales como *cohue*, *cheurter*, etc.

4.º Las de nombres de países.

La *h* aspirada de *Hollande* y *Hongrie* se hace muda en las frases *fro-mage d'Hollande*, *toiles d'Hongrie* &c.², y las de *huit*, *huitième* son mudas en las palabras *dix-huit*, *dix-huitième*.

Aunque las palabras *oui*, *onze* y *onzième* no tienen *h* se pronuncian con una ligera aspiración. Así se dice: *Le oui*, *le onze* *le onzième* y no *Voui*, *Vonze*, *Vonzième*. No obstante, cuando *oui* va precedido de *que* puede decirse: Je dis *qu'oui* y otras frases análogas. También en el estilo familiar pudiera decirse: Je n'en ai *qu'onze* y suele hacerse muda la *h* de *Henri*.

Vocablos primitivos que comienzan con H aspirada y la conservan en sus derivados:

Hasard,
Hase,

Casualidad, ventura
Liebre hembra

Haubans,
Haubert,
Hausse-col,
Hautbois,
Hautesse,
Hâve,
Havir,
Havre,
Hél!,
Hêler,
Hérait,
Hère,

Obenques (náutica)
Loriga
Gola
Oboe
Alteza (tratamiento)
Macilento
Sollamar
Ensenada
Ah!
Llamar con bocina (náutica)
Heraldo
Petate

Vocablos primitivos que comienzan con H aspirada y no la conservan en sus derivados:

Hachis,
Haie,
Hagard,
Haillon,
Haire,
Halage,
Hallage,
Halle,
Hallebarde,
Hallebreda,
Hallier,
Haloir,
Halo,
Halte,
Hamac,
Hameau,
Hampe,
Han,
Hanche,
Hangar,
Hanneton,

Picadillo
Cercado
Uraño
Harapo
Cilicio
Maniobra marítima
Cierta derecho
Mercado
Alabarda
Farotona (voz injuriosa)
Jaral
Sitio para secar el cáñamo
Halo, meteoro
Alto, nombre ó interjección
Hamaca
Aldea pequeña
Asta de pica, lanza
Gran parador en Oriente
Cadera
Cobertizo
Abejorro, insecto

Hanse,	Hansa, federación
Hansière,	Cable grueso (náutica)
Hanter,	Frecuentar
Happe,	Tenacillas
Happelourde,	Piedra falsa, oropel, farolón
Happer,	Zampar (el perro,) echar la mano
Hableur,	Charlatán
Hache,	Hacha
Haine,	Odio
Halbran,	Anade pequeño, albrán
Hâle,	Aire solano, bochorno
Haleine,	Aliento
Haletant,	Jadeante
Hardiesse,	Atrevimiento
Hareng,	Arenque
Hâte,	Priesa
Hausse,	Alza
Haut,	Alto
Hennir,	Relinchar
Henri,	Enrique
Hérissier,	Erizar
Hernie,	Hernia
Héron,	Garza Real
Hochement,	Cabeceo, movimiento de cabeza
Hotte,	Banasta con correas
Houle,	Oleo, marejada (náutica)
Hourdage,	Pared ú obra hecha con ripio (arquitectura)
Hox,	Acebo
Huit,	Ocho
Haquenée,	Acanea, jaca
Haquet,	Carromato
Harangue,	Arenga
Haras,	Puesto de caballos padres
Harasser,	Fatigar

Harder,	Atraillar
Hardes,	Equipage, ropas
Harem,	Haren
Harneux,	Arisco
Haricot,	Habichuela, judía
Haridelle,	Caballería mala y flaca
Harnacher,	Enjaezar un caballo
Harnais,	Arnés, armadura
Haro!,	Justicial!, favor!
Harpe,	Arpa
Harpeau,	Retón, especie de ancla
Harper (se),	Agarrarse dos que riñen
Harpie,	Arpía
Harpin,	Garfio
Harpon,	Arpon, arma
Harponer,	Lanzar el arpon
Hart,	Vencejo
Héros,	Héroe
Herse,	Rastrillo
Hêtre,	Haya
Heurt,	Choque, topetazo
Heurtoir,	Llamador
Hibou,	Buho
Hic,	Hito, punto de la dificultad
Hideux,	Horroroso
Hiérarchie,	Jerarquía
Hie,	Mazo, pisón de empedrado
Hisser,	Izar (náutica)
Hoberau,	Aguilucho
Hoc,	Chilindrón (juego)
Hoche,	Muesca, entalladura
Hoche-pot,	Cierto guisado
Hocher,	Sacudir, menear
Hollande,	Holanda
Holà!	Hola! Ea!
Homard,	Langosta

Hongre,	Caballo castrado
Honnir,	Infamar
Honte,	Vergüenza
Hoquet,	Hipo
Hoqueton,	Cota de archero
Horde,	Horda
Horion,	Topetón
Hors,	Fuera
Hottentot,	Hotentote
Houblon,	Lúpulo
Houe,	Azada
Houille,	Hulla
Houlette,	Cayado
Houpe,	Borla, penacho
Houppelande,	Hopalanda, vestido talar
Houri,	Hurí (virgen)
Hourvari,	Jaleo, trapisonda
Hussard,	Húsar
Houspiller,	Sacudir, pegar
Housoir,	Escoba de acebo
Hoyau,	Gancho, escardillo
Huche,	Artesa
Huée,	Chifla, gritería
Huguenot,	Hugonote
Humer,	Sorber
Hunier,	Gavia, vela (náutica)
Huppe,	Abubilla
Hure,	Cabeza de jabalí, oso, salmón, &. ^a
Hurlement,	Aullido
Hutte.	Choza

Terminaremos lo relativo á la *h* aspirada con dos observaciones generales.

1.º En las dicciones derivadas del griego se observa que si la palabra

griega comienza por vocal señalada con espíritu áspero, la voz francesa comienza por *h* muda.

2.º Las palabras francesa que empiezan por *h* aspirada son onomatopéyas ó derivaciones del celta y del germano.

Ejemplo de la primera clase son *hennir*, *hurler*, *hérissier* etc. y de la segunda *hâte*, *hameau*, *harangue* etc.

CH

Esta letra suena *k* cuando va seguida de consonante y en las palabras de origen extranjero como

Chœur, écho, archange, lichen, orchestre, chaos, chioromancie, etc.

No obstante suena como *ch* francesa en los terminados en *chie* y en

Archiprêtre, architecte, archiduc, chimie, chirurgien, chérubin, stomachique, Achéron, Zachée, Joachin, Ezéchias, Ezéchiél.

Además se pronuncia

como *ch* francesa en

Archevêque
Bachique
Patriarche
Michel

como *k* en

Archiépiscopal
Bacchante
Patriarchal
Michel-Ange

La *ch* suena como *j* francesa en *douche*, como *g* en *drachme* y es muda en *almanach*.

Ejercicios con la consonante CH.

I.

Cha, che, chi, cho, chu, chou, choi, chat, chant, cher, chair, char, chaise, cheval, hache, chose, charité, char-rue, architecte, échelle, poche, vache, chèvre, chambre, chandelle, cloche, moustache, bouche, chemise, charrette, château, acheter, cacheter, marcher, boucher, machine, chuchottent.

II.

Chercher, cherchant, cherché, je cherchais, je chercherai, je cherche, cherchons, Le pêcheur toujours couché cherche à pêcher, mais il ne pêche pas.

III.

Chacun, chaos, charbon, Joachin, louche, douche, chicane, chanson, chlore, chanson, chimique, patriârche, rocher, échanson, chapeau, chrétien, chemin, chérubien, drachme, chimère, méchante, chagrin, chlorure, biche, chirurgien, archevêque, Michel, chûte, chameau, eucharistie, riche, archiduc, almanach, archiépiscopal.

IV.

Chage, Jache, Jochui, Choju, jouchot, Choujot, juchuchu, Chajajacha, jeucheu, choujouchou, jochau, jachejichou, Chujochijechat, Joli chat et joyeux château.

L

Esta letra suena como en español y se pronuncia al final de las palabras, excepto en las siguientes: *baril, chenil, coutil, cul, fourmil, frat-sil, fusil, nombril, persil, sourcil, gentil, fils, pouls, Quinault, soûl* y en los plurales *gentilshommes* y *aulx*.

La *l* final precedida de *i* y esta de otra vocal suena como *ll* española quedando muda la *i*, excepto en *poil*.

Además suena *ll* la *l* final en las palabras *babil, cil, gril, mil, péril, fénil, grésil, gentilhomme* y la medial en *Milhau* (ciudad.)

LL

Suena esta doble consonante como sencilla, según la regla general, salvo en los casos siguientes:

Suena como *dos eses*: 1.º en las voces que comienzan por *ill* como *illuminer*, 2.º después de *y* si no le sigue *e* muda como en *syllabe*, 3.º en los derivados de *mille*, aunque en esta palabra y en *million, billion* etc., suena como sencilla, 4.º en los verbos *osciller, titiller, instiller, scintiller, solliciter, vaciller* y sus derivados, 5.º y, en fin, en las palabras *calville, capillaire, fibrille, myrtille, sibylle, ville, allusion, allégorie, appellatif, belliqueux, codicille, collation, colliguc, collusion, constellation, gallican, imbecillité, pupille, pusillanime* y *tranquille*.

La *ll* precedida de *i* y esta de otra vocal toma el sonido de *ll* española, quedando muda la *i*. P. ej. *paille* se pr. *paill*.

Además suena como *ll* española en los siguientes casos: 1.º, en todos los verbos terminados en *iller* excepto en *distiller* y en los arriba citados; 2.º en los nombres propios *Cully*, *Sully* y *Vully*; 2.º y, en general, cuando va precedida de *i*.

Ejercicios con las consonantes L y LL.

I.

Mantille, papillon, œil, fenouil, babille, babil, travail, œillet, rouille, péril, ville, malle, famille, corail, fauteuil, dépouille, tranquille, belle, filleul, éventail, deuil, bouilli, pupille, dentelle, lentille, détail, écureuil, brouillard, flanelle, celle, soleil, orgueil, rouille, veille, meilleur.

II.

Email, caillou, vermeil, pelle, fusiller, vaciller, fusil, bétail, bataille, abeille, salle, distiller, persil, allusion, portail, paille, pareil, osciller, million, gentil, pupille, syllabe, illuminer, fil, poil, cil, mille, solliciter, illustrer, pouls, gentilhomme, gentilshommes.

N

Suena la *n* doble en

Annexe, annal, annate, annotation, annihiler, ennéagone.

GN.

Por excepción se pronuncia *n* en

Signet, Regnard, Régnault, Copiègne

y suena como en español en

Agnus, agnation, cognation, cognition, diagnostic, géognosie, igné, ignition, inexpugnable, magnificat, régnicoles, stagnation, gnostique, gnome, Progné y Gnide.

Ejercicios con la consonante GN.

Rossignol, agneau, lorgnon, vigne, ignorant, Espagne, cigogne, peigne, ligne, enseignement, campagne, beignet, enseigne, araignée, épargne, montagne, gagner.

P.

Es muda al final de palabra, excepto en *cap*, *cep*, *croup*, *jalap*, *julep*, *Alap* y *Grap*. Además la *p* no enlaza nunca con la vocal inicial de la palabra siguiente, excepción hecha de las voces *trop*, *coup* y *beaucoup*.

La *p* en medio de dicción es muda en *baptiser*, *compter*, *cheptel*, *dompter*, *exempter*, *prompte*, *sept*, *sculpter* y *symptôme* y en sus derivados. No obstante, suena en *baptismal*, *exemption*, *impromptu*, *septembre*, *les septante*, *septennal*, *septuagenaire*, *septuagésime*, *septuple* y *septupler*.



Q.

La *q* final es sonora en *coq* y también suena en *cinq* cuando la palabra que sigue comienza por vocal ó h muda.

R.

La R final no se pronuncia

- 1.^a en *Monsieur*.
 - 2.^a en los infinitivos terminados en *er*.
 - 3.^a en los polisílabos terminados en *er* ó *ier*.
- No obstante es sonora en los nombres propios y en

Amer, belvédér, cancer, cuiller, enfer, éther, gaster, hiver.

S.

Sea sencilla, sea doble, la *s* suena como una *s* española, pero toma el sonido de la *ç* francesa en los siguientes casos: 1.^o, cuando es sencilla y va entre vocales ó entre vocal y h muda ó entre *l* y *a* como en *balsamique*. No obstante, si la palabra es compuesta, y el segundo miembro empieza por *s*, esta conserva su sonido de *s* española como en *contre-sens*, *havre-sac* etc.—2.^o, en la sílaba *trans* seguida de vocal ó h muda, excepto en *transir* y sus derivados y en *Transylvanie*.—3.^o, cuando precede á *b* ó á *d*.—4.^o, en los nombres propios.—5.^o, en la voz *jasmín*.—6.^o, cuando es final y se une á la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *s* es muda delante de las sílabas *ce*, *ci*, *che*, *chi*, salvo en *schène* que se pronuncia *squén*. También es muda en el apellido *Du Glesclin*.

La *s* final es sonora en *atlas*, *alo's*, *bibus*, *blocus*, *morbus*, *chorus*, *derois*, *galis*, *jadis*, *laps*, *lis*. (No suena en *fleur de lis*), *omnibus*, *relaps*, *forceps*, *iris*, *oasis*, *obus*, *papyrus*, *prospectus*, *rebus*, *tiphus*, *maïs*, *mars*, *ours*, *vis* y en los nombres propios extrangeros, excepto en *Judas Thomas* y *Mathias* en que es muda, así como en los nombres propios franceses.

La *s* final de *plus*, *près*, *lors*, *puis*, que es muda, suena en sus compuestos *plus-que-parfait*, *presque*, *lorsque* etc.

T

La *t* suena *s* delante de una combinación de vocales que empiece por *i* (*tial*, *tion*, *tier* etc.)

Esta regla tiene las siguientes excepciones:

- 1.^o En los verbos, cuando la *i* pertenece á la terminacion.
- 2.^o En las combinaciones *sti*, *xiti*, *thi* (*gestion*, *mixture*, *Mathias* etc.)
- 3.^a En los substantivos y adjetivos terminados en *tié*, *tier* ó *tien*.
- 4.^a En los substantivos cuya terminacion *tie*, está precedida de otra consonante, excepto *inertie* é *ineptie* en que suena *s*.
- 5.^o En el verbo *s'étioler*.

En general puede decirse que la *t* seguida de *i* y otra ú otras vocales suena *s* cuando en la palabra española correspondiente hay *c*, exceptuando *Sarmatie* (*Sarmacia*) en que suena la *t* y que toma su sonido propio, el de *t*, cuando tambien hay *t* en español exceptuando *jonction* (*juntura*) y *spartiate* (*espartano*) en que se pronuncia como *s*.

La *t* es muda en las palabras compuestas de *mont* si la otra palabra comienza por consonante, p. ej. *Montrouge*. Como excepción se pronuncia en *Montreuil*.

La *t* final es sonora en las siguientes voces: *accesit*, *apt*, *brut*, *chut*, *contact*, *correct*, *dot*, *driect*, *déficit*, *fat*, *indult*, *infect*, *lest*, *luth*, *fet*, *rapt*, *strict*, *occiput*, *tact*, *transit*, *vivat*, *çénit*, *Est*, *Ouest*, *mat*, y *toast* (palabra inglesa que se pronuncia *tost* y significa *brindis*).—Suena tambien la *t* final de *Christ* pero es muda en *Jesus-Christ*.

La *t* final de *sept*, *huit* es sonora cuando estas voces se emplean como substantivos (Le huit de trèfle) ó cuando les sigue vocal, h muda ó una pausa.

La *t* de *vingt* es sonora cuando sigue vocal ó h muda y en la decena de veinte á treinta: pero no en la de *quatre-vingts*.

La combinacion *th* es muda en *asthme*.

X

Esta consonante se pronuncia de cinco modos:

1.º Suena *cs* cuando es inicial ó final y casi siempre que no va precedida de *e*.

2.º Suena *gs* cuando es inicial de nombres propios y cuando va precedida de *e* y seguida de vocal, pero en *sexe* y algunas otras palabras suena *es*.

3.º Suena *k* delante de *ce*, *ci*.

4.º Suena *s* en *six*, *dix* y *soixante*, cuando son finales de un periodo; y cuando es medial en los nombres propios.

5.º Suena *ç* francesa en *six*, *dix* y *soixante*, salvo el caso anterior y cuando siendo la *x* final de una palabra se une á la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *x* solo es inicial en palabras de origen griego en las cuales suena *cs*, exceptuando *Xavier*, *Xénophon* y *Xerxès* en que suena *gs*. Su sonido propio cuando es medial es el de *cs* y solo es final en algunas voces de etimología latina.

La *x* final siempre es muda, excepto en los casos citados, en los nombres propios extrangeros y en algunos vocablos como *index*, *larynx*, *onyx*, *prefix*, *smilax*, *sphinx* y *storax* en que suena *cs*.

Z

La *z* final es muda; pero suena en *gaz* y en los nombres propios con sonido de *s*.

Ejercicios con las consonantes S, T, X, Z,

I.

Sa, se, si, so, su, sou, soi, seu,
za, ze, zi, zo, zu, zou, zoi, zeu
xa, xe, xi, xo, xu, xou, xoi, xeu

Saze, Saxe, Zizo, Suzu, sexe, seuzeu, zeuseu, soissonze,
zixonce, zuxasse, seuzeuxeu, xazisu, Sacexiso, Zuxou-
soizeu, Zaxezisso, Suzuxussu.

II.

Rasoir, Soissons, soupe, ressource, gazon, désir, rose,
escalier. ciseau, scène, haïssons, blesser, douzaine, sta-
tue, casquette, braise, spasme, ministre, sceau, zèbre,
cousin, coussin, festin, vase, sculpture, soldat, zinc, zo-
ne, désert, dessert, conscience, choisir, scrupule, insul-
te, science, bronze, poison, poisson, fraisé, casaque,
sténographe, moisson, zéro, Zambèze, discipline.

III.

Les bons élèves, Les âmes des morts, Fais à autrui,

Reçois avec plaisir, Viens avec moi, Certains animanx,
Allez dans vos appartements.

IV

Exercice, dix, axiome; index, Xénophon, sixain, auxiliaire, expérience, examen, silex, excès, deuxième, lexicque, extrémité, exactitude, sphinx, exception, maxime, expression, exécution, lynx, excellent, réflexion, excuse, six, existir, onyx, Xavier, exaltation, excessif, dixième, soixante, excédent, Dix enfants.

V.

Diction, notion, portion, soutien, question, friction, action, patience, nation, entretien, amnistie, fraction, caution, démocratie, section, maintient, mixtion, mention, amitié, partiel, partie, révolution, châtier, admiration, pitié, dévotion, étioier, éducation, partions, perfection, métier, convention, étiage, condition, évitiez, proportion.

ENLACE DE LAS CONSONANTES FINALES

Es norma general de la pronunciación francesa que si á una palabra terminada en consonante sigue otra que comienza por vocal ó *h* muda,

la consonante final del primer vocablo se une al siguiente soldándose ambos y pronunciándose como si fuera una sola dicción.

Este enlace, que en el antiguo francés era muy poco frecuente, solo se verifica con todo rigor en la poesía y en el estilo elevado; pero en el estilo ordinario se considera como afectación y se restringe mucho el enlace de las consonantes finales.

Podemos decir en general que el enlace se verifica cuando las dos palabras están tan íntimamente unidas por el sentido que no puede hacerse pausa entre una y otra. Así sucede entre el artículo y el nombre, entre el sustantivo y el adjetivo etc. En *cet homme*, p. ej. habrá enlace; pero no en *le perroquet écoutait*, pues cabe una ligera pausa entre el sujeto y el verbo.

Detallando ahora la aplicación del enlace y sus excepciones, veamos como y cuando se verifica según la letra en que termine la palabra.

B. Esta letra no se liga á la palabra siguiente.

C. La *c* después de *n* se enlaza casi siempre.

No se liga en las palabras en que es muda, excepto *tabac*, que liga siempre y *croc* y *broc* que ligan en las locuciones *croc-en-jambe* y *broc en bouche*.

D. La *d* final sola ó precedida de *r* no se enlaza, exceptuando *piéd á terre*, *de piéd en cap* y *perd* (de *perdre*, este sobre todo en la forma interrogativa. La *d* enlaza siempre sonando como *t*, en las tres excepciones citadas y cuando va precedida de *n*. No suele enlazarse en las frases: *fond inépuisable*, *tisserand habile*, *grand et généreux*, *fécond en ressources*.

F. Esta consonante liga casi siempre y toma el sonido de *v*.

G. Esta gutural no liga más que cuando va precedida de *n* y en *bourg*. Sin embargo es muda en las frases *sang illustre*, *poing ouvert* y *étang ovale*. Enlaza con sonido de *K*.

L. La *l* se liga cuando no es muda, excepto en la frase *gril en fer* en que la *l* aunque muda se enlaza con sonido de *ll*, *Gentil* se une también con igual sonido.

M. La *m* final no articulada no se enlaza jamás con la vocal inicial de la palabra siguiente.

N. Esta letra se liga ó no, según la regla general que hemos expuesto al comienzo de este artículo.

La terminación *in* no se enlaza más que en los adjetivos *divin* y *malin*.

P. La *P* enlaza siempre excepto en *champ* y *camp* y estas frases: *Un coup inattendu*, *le drap est bon*, *le loup es mort*.

R. La *r* liga siempre, aunque el uso no es uniforme respecto á los infinitivos en *er*.

S. La *s* enlaza con sonido de *z* francesa en los casos que comprende la regla general salvo en aquellas voces en que es muda.

La final *s* no articulada no liga cuando pertenece á un sustantivo, adjetivo ó participio en singular (*avis intéressant*), pero sí liga en plural. También enlaza siempre la *s* de *sus*.

T. La *t* final se une casi siempre. La *t* de *et* no liga nunca. Cuando la *t* va precedida de *n* enlaza ó no sin que puedan determinarse los casos por reglas claras y positivas. La *t* de *quant* se une siempre y también la de *cent* excepto cuando esta precede á *et* y á *un*. La *t* precedida de *r* no se une por lo general. En la palabra *fort* no hay enlace cuando es sustantivo (*le fort a été pris*), lo hay cuando es adverbio (*fort habile*) y no se liga siendo adjetivo, salvo en la locución *fort et ferme*. Se unirá también la *t* final de un verbo excepto la de la terminación *ent* de las terceras personas de plural.

X. Z. Estas letras se unen cuando pertenecen á un determinativo seguido de sustantivo ó á un verbo seguido de circunstancial (*faux amis, courez à son secours*). El enlace no es obligatorio entre sustantivo y adjetivo (*époux affligé, nez aquilin*); pero es indispensable en el plural.

La *x* final de sustantivo ó adjetivo no enlaza con el verbo que sigue, (*les voix étaient partagés*).



Ejercicios acerca

del enlace de las consonantes finales.

I.

Des draps anglais—Un singulier événement—Une gril en fer—Le moyen âge—Avant hier—Des cahiers en ordre—Léger obstacle—Un ancien ami—Un faux ami—Courez à son secours—Des fusils à aiguille—Le premier homme—Aucun étranger—Tabac à fumer—Une

nuit épaisse—Des deserts arides—Grand homme—Vend-il?—Mon excellent frère—La neige fond au soleil—Un méchant homme—Des méchants hommes—Des chefs armés—Des gentils enfants—Il y a neuf ans—Mon enfant n' a rien appris—Suer sang et eau.

II.

On a raison en Angleterre—Je vais à l'école—Des époux affligés—L'orateur parlait avec feu—Les bras étendus—Des nez aquilins—Du blanc au noir—Mon père est trop heureux—Cet arbre—Voyez des avis intéressants—Le divin Homère—Je vous en avertis—Mes pauvres enfants en parlent beaucoup—Mon long ennui—Jean est instruit et fort habile—Manger de la viande de broc en bouche—Il est un franc étourdi.

Ejercicio de casos en que no se efectúa el enlace.

Du plomb en vente—Son estomac est gâté—Mon neveu est un tisserand habile—J'ai acheté un fusil à vent—Le malheureux a éprouvé la faim et la soif—Chacun a ses petits défauts—L'un et l'autre sont morts—Le loup a été tué—Un avis intéressant—Je lui ai donné un os à ronger—J'ai payé cent un louis—Un desert immense—Le voyageur part à l'instant—Les français s'adressent à la ville—Les voix étaient unanimes.

ÍNDICE DE VOCES QUE CON UNA MISMA PRONUNCIACIÓN
TIENEN UN MODO DE ESCRIBIRSE DIFERENTE.

A.

Alène,	lesna.
Haleine,	aliento.
Antre,	cueva.
Entre,	entre, <i>preposición.</i>
Art,	arte.
Arrhes,	señas de ajuste, arras
Hart,	vencejo.
Avant,	antes.
Avent,	adviento.

NOTA.—Se encontrarán en la *e* las voces que tienen el sonido de *ai*, y en la *o* las que tienen el de *au*.

B.

Bai,	bayo.
Baie,	bahía.
Bal,	sarao.

Balle,	bala, etc.
Ballet,	baile.
Balai,	escoba.
Ban,	bando, etc.
Banc,	banco.
Bar,	ciudad de Lorena.
Barre,	barra.
Bas,	bajo, etc.
Bât,	albarda.
Bon,	bueno.
Bond,	bote (golpe).
Bonace,	bonanza.
Bonasse,	bonazo.
Boue,	lodo.
Bout,	cabo, etc.
Bouilli,	cocido.
Bouillie,	sopilla para los niños.

C.

Camp,	campamento.
Quand,	cuando.
Quant,	en cuanto á.
Kan,	el Kan, jefe de los tártaros.
Car,	porque, pues
Quart,	cuarto, etc.

Carte,	naipe, tarjeta, lista defonda etc.
Quarte,	cuarta, <i>medida</i> .
Cartier,	fabricante de naipes.
Quartier,	cuartel, etc.
Cane,	hembra del pato.
Canne,	caña.
Cerf,	ciervo.
Serf,	siervo.
Chêne,	encina.
Chaîne,	cadena.
Chair,	carne.
Chaire.	púlpito, cátedra etc.
Cher,	caro.
Chère (bonne chère,)	comida regalada.
Champ,	campo.
Chant,	canto, <i>el acto de cantar</i> .
Chaud,	caliente, etc.
Chaux,	cal.
Cigne,	cisne.
Signe,	señal.
Cire,	cera
Sire,	Señor, <i>tratamiento que dan los franceses al rey</i> .
Clair,	claro.
Clerc,	clérigo.
Cœur,	corazón.
Chœur,	coro.
Coin,	esquina, etc.
Coing,	membrillo.

Comptant,	contante.
Contant,	contando.
Content.	contento.
Compte,	cuenta.
Comte.	conde.
Conte,	cuento.
Cor,	callo, etc.
Corps,	cuerpo.
Cuir,	cuero.
Cuire,	cocer.

NOTA.—Véanse en la s las demás voces en cuya ortografía compite la c con la s.

D.

Dam, voz ascética,	daño.
Dent,	diente, etc.
Dans,	en.
Danse,	danza.
Dense,	denso.
Délacer,	desatar.
Délasser,	descansar.
Différend,	contienda.
Différent,	diferente.
Dom,	Don, <i>tratamiento</i> .
Don,	dádiva.
Donc,	pues, luego.
Dont,	cuyo, cuya.

E.

Elle,	ella.
Aile,	ala.
Enter,	ingertar.
Hanter,	tratar con uno.
Equipée,	travesura de muchacho.
Équiper,	equipar, etc.
Ère,	era.
Air,	aire.
Aire,	era donde se trilla el trigo.
Haire,	especie de cilicio.
Ergo,	voz latina que se usa en sentido de <i>pues ó luego</i> .
Ergot,	espolón de gallo.
Étendu,	extendido.
Étendue,	extensión.
Ètre,	ser ó estar.
Hètre,	haya, <i>àrbol</i> .

NOTA.—Las voces donde *en* se pronuncian *an* están en la A.

F

Faim,	hambre.
Fin,	fino, etc.
Feint,	fingido.
Fer,	hierro.
Faire,	hacer.
Fait,	hecho.
Faix,	carga, fardo.
Faîte,	cumbre, techo.
Fête,	fiesta.
Faite	hecha.
Fil,	hilo.
File,	hilera.
Flan,	flan.
Flanc,	flanco.
Foi,	fé.
Foie,	hígado.
Fois,	vez.
Fond,	fondo.
Fonts,	pila bautismal.

G

Gril,	parrillas.
Gris,	pardo.
Gué,	vado.
Guet,	guardia, ronda.

H

Héraut,	rey de armas.
Héros,	héroe.
Hors,	fuera.
Or,	oro, etc.
Houe,	azadón.
Houx,	acebo.

NOTA.—Véanse en la o los sonidos en *hau* y *ho*.

J

Jarre,	tinaja.
Jars,	ánsar.

L

Lai,	lego, <i>Frère-lai</i> , fraile lego.
Laid,	feo.
Laie,	hembra de jabalí.
Lait,	leche.
Legs,	legado.
Lac,	lago.
Laque,	laca.
Lacer,	atacar, atar etc.
Lasser,	cansar.
Lieu,	lugar, etc.
Lieue,	legua.
Lie,	hez.
Lit,	cama, etc.
Lisse,	liso.
Lice,	liza, arena, coso.
Luth,	laud.
Lutte,	lucha.

M

Maire,	alcalde.
--------	----------

Mère,	madre.
Mer,	mar.
Mais,	pero, <i>conjunción.</i>
Mes,	mis, <i>pronombre.</i>
Mets,	manjar.
Mai	Mayo
Mal,	mal.
Malle,	maleta.
Marie,	María.
Mari,	marido.
Marri (voz ascética),	arrepentido.
Martyr,	mártir.
Martyre,	martirio
Maure,	moro.
More,	negro.
Mort,	muerte, etc.
Mors,	bocado de freno
Mercurial,	mercurial
Mercuriale,	reprensión.
Mi,	mi, <i>nota de música.</i>
Mie,	miga.
Mon,	mi, <i>pronombre.</i>
Mont,	monte.
Mur,	muro, etc.
Mûre,	mora, <i>fruta.</i>
Mûr,	maduro.
Mou,	blando, etc.
Moue,	mueca

Moût, mosto.

N.

None, nona.
Nonne, monja.
Nom, nombre.
Non, no.

O.

Au, al, *artículo.*
Aux, á los ó á las.
Eau, agua.
Haut, alto, etc.
Autel, altar.
Hôtel, fonda
Auteur, autor.
Hauteur, altura, etc.
Oubli, olvido.
Oublie, barquillo, etc.
Oui, si.
Oüïe, oído, *sentido,*

P.

Pain,	pan, etc.
Pin,	pino.
Peint,	pintado.
Pair,	par, <i>dignidad.</i>
Paire,	par, <i>colectivo.</i>
Père,	padre.
Pari,	apuesta.
Paris,	París.
Par,	por.
Part,	parte.
Parc,	parque.
Parque,	Parca.
Parti,	partido, etc.
Partie,	parte.
Pau,	ciudad de Francia.
Peau,	piel.
Panser,	curar una llaga, etc.
Penser.	pensar.
Peine,	pena.
Pène,	pestillo de cerradura.
Pie,	urraca.
Pis,	peor, etc.

Pieu,	estaca.
Pieux,	piadoso, etc.
Plain,	llano.
Plein,	lleno.
Plaine,	llanura.
Pleine,	llena.
Pli,	pliegue, etc.
Plie,	platija, <i>especie de pez.</i>
Poids,	peso.
Pois,	guisantes.
Poix,	pez, resina.
Poing,	puño.
Point,	punto, etc.
Porc,	puerco.
Port,	puerto.
Pou,	piojo.
Pouls,	pulso.
Pris,	tomado.
Prix,	precio, etc.

Q.

Quel,	cual.
Quelle,	cual, (femenino.)

Qu'elle,

que ella.

NOTA.—Véanse en la *c* las voces que se escriben con *q*, y pueden equivocarse con *c*.

R.

Raie,	raya, etc.
Rais,	rayos de rueda.
Rets,	red.
Raisonner,	raciocinar.
Résonner,	resonar.
Reine,	reina.
Rène,	rienda.
Ris,	risa.
Rit,	rito.
Riz,	arroz.
Rôti,	asado.
Rôtie,	tostado de pan.
Roue,	rueda.
Roux,	rojo.
Rue,	calle.
Rut,	brama, celo,

S.

Soûl,	harto,
Sou,	sueldo, <i>moneda</i> .
Sous,	debajo.
Saut,	salto.
Sceau,	sello.
Seau,	cubo.
Sôt,	necio.
Sain,	sano.
Saint.	santo.
Sein,	seno.
Seing,	firma.
Ceint,	ceñido.
Sang,	sangre.
Sans,	sin.
Sens,	sentido.
Cent,	ciento.
Sale,	súcio.
Salle,	sala.
Seller.	ensillar.
Sceller,	sellar.
Céler,	ocultar.
Sel,	sal.
Selle,	silla.

Celle	(pronombre.)
Scène,	escena.
Seine,	el rio Sena.
Cène,	cena, <i>ceremonia del jueves Santo.</i>
Serein,	sereno.
Serin,	canario.
Soi,	si, <i>pronombre.</i>
Soie,	seda.
Soit,	sea.
Son,	sonido, etc.
Sont,	son ó están.

NOTA.—Véanse en la *c* las demás voces en que la *s* compete con la *c* en el modo de escribir.

T_

Tan,	corteza de roble que sirve á los curtidores.
Tant,	tanto.
Taon,	tábano.
Temps,	tiempo.
Tante,	tia.
Tente,	tienda de campaña.
Tapis,	agazapado.

Tapis,	tapiz.
Tard,	tarde.
Tare,	tara.
Teint,	tez, etc.
Thim,	tomillo.
Tyran,	tirano.
Tirant,	tirante.
Toi,	tú.
Toit,	tejado.
Ton,	tono, etc.
Thon,	atun.
Tortu,	tuerto, torcido.
Tortue,	tortuga.
Tout,	todo.
Tous,	todos.
Toux,	tos.
Trop,	demasiado.
Trot,	trote.

V_

Vain,	vano.
Vin,	vino.
Vingt,	veinte.
Il vint,	él vino, <i>verbo.</i>
Vanter,	jactar, ponderar.
Venter,	ventear.

Vaine,	vana.
Veine,	vena.
Van,	especie de harnero.
Vent.	viento.
Ver,	gusano.
Verre,	vidrio, etc.
Vert,	verde.
Vers,	verso, etc.
Vesce,	algarroba.
Vesse,	zullon.
Vil,	vil.
Ville,	ciudad.
Viol,	estupro.
Virole,	viola.
Voie,	via, etc.
Voix,	voz.
Il voit,	él vé.
Vu,	visto.
Vue,	vista.
Vol,	robo.
Vole,	capote, término del juego de naipes.

SEGUNDA PARTE

EJERCICIOS GRAMATICALES

I.—Artículo determinante.

La femme qui donna *le* jour *aux* deux Corneille avait l'âme grande, l'esprit élevé, *les* mœurs sévères; elle ressemblait à *la* mère des Gracques. (Ai.)—Lui même livre *aux* flammes *le* plus riche de ses palais. (Ség.)—*Le* Sénat se trouva composé de ceux qui s'opposaient *le* plus à *la* loi. (S. R.)—Qui veut *l'* ange fait *la* bête. (P.)—*L'*éloquence est un don *de* l'âme lequel nous rend maîtres *du* cœur et *de* l'esprit *des* hommes. (L. B.)—Je parcourus *l'*ancienne Bétique où *les* anciens avaient placé *le* bonheur. (Ch.)—Rien ne suffit *aux* gens qui nous viennent de Rome. (L. F.)—*La* pourpre, *l'*or, *le* crystal étincelaient de toutes parts. (Ch.)—Le sage est ménager *du* temps et *des* paroles. (L. F.)—*Le* cœur, l'esprit, *les* mœurs, tout gagne à *la* culture. (V.)—*Le* printemps est *la* saison *de* l'âme et dispose l'âme *aux* douces impressions. (A. K.)—Ainsi quand nous parlerons *des* hôpitaux, *des* missions, *des* collèges *de* la France, il faut aussi se figurer *les* hôpitaux,

les missions, les collèges de l'Italie, de l'Espagne, de la Russie, de l'Angleterre, de l'Amérique, de l'Asie. (Ch).

II.—Artículo indefinido,

Pour lors Rome ne fut plus cette dont le peuple n'avait eu qu'un même esprit, un même amour de la liberté, une même haine pour la tyrannie. (Mont.)—Il a recueilli cette année *une* grande quantité de blé. (Ac.)—Accorde-nous *une* trêve d'un an. (Ver.)—Je ne suis pas *un* homme à vouloir rien. (M.)—*Un* missionnaire romain s'établit comme simple évêque à Londres. (A. T.)—Rome veut *un* maître et non *une* maîtresse. (R.)—Sa maladie sont *des* vapeurs. (Sév.)—La rime est *une* esclave et ne doit qu'obéir. (B.)—Je tombe dans *une* rêverie profonde, dans *une* taciturne contemplation. (A. K.)—Mais, mon Dieu, c'est don *une* peste, *un* mal qui se gagne, la noblesse? (Dau.)—*Un* métier de tisserand en forme de buffet, *des* écheveaux de chanvres suspendus à *des* traverses, *un* rouet, *un* dévidoir, *des* navettes, *un* vieux bahut, *un* lit à baldraquin dupé de serge grise, *un* antique fauteuil à fond de cuir poli comme *un* plat à barbe, trois chaises effondrés, deux pots sur *une* étagère, *une* petite Vierge en plâtre au fond d'*une* niche, des ficelles tendues en tous sens, où pendaient *des* guenilles, de vieux bas, de linges filandreux..... Voilà ce que je vis (E. Ch).

III.—El partitivo y la preposición DE.

Combien tous ses discours ont *de* grace et *de* charme! (Chén.)—La prodigieuse quantité de gladiateurs et d'esclaves dont Rome et l'Italie étaient surchargés a causé *d'*effroyables violences. (Bos.—Qu'est-ce qui sent *du* plaisir en nous? (P.)—Il y a *des* reproches qui louent et *des* louanges qui médisent. (L. R.)—Il y a *des* gens d'une certaine étoffe contre qui il n'est pas même *d'avoir* raison. (L. B.)—Dans une saison où il n'y a encore ni *de* grains ni *de* fruits mûrs. (Bern.)—*De* pareilles choses ne se pensent jamais. (Bes.)—La nourriture ordinaire de l'écureuil sont *des* fruits, *des* amandes, *des* noisettes, *de* la faîne et *du* gland. (Buf.)—Ce que je vous dis là ne sont pas *des* chansons (M.)—Le soleil prend *de* la force. (A. K.)—Je n'ai jamais vu *de* si beau, *de* si bon, *de* si aimable, *de* si neuf, *de* si bien arrangé, *de* si éloquent, *de* si régulier, en un mot, *de* si merveilleux que votre lettre. (Main.)—Il n'y a pas *de* mal dont il ne naisse un bien. (V.)—*Des* heures entières mes yeux restent fixés sur un brin d'herbe (A. K.)—*Des* gens assis contre les murs, *de* chaises, *des* tabourets autour de petites tables. (Dan.)

IV.—Comparativos SI, AUSSI, TANT y AUTANT.

Il faut *autant* qu'on peut, obliger tout le monde (L. F.)

—Rien n'empêche *tant* d'être naturel que l'envie de le devenir. (L. R.)—Son livre n'est pas si rare ni *si* gros qu'on ne puisse le lire tout entier. (S.)—Donc, jeunes gens *si* fiers d'être puissants et forts (H.)—Je ne connais personne *aussi* heureux que cette femme. (Ac.)—Oh! quel malheur de naître dans de *si* grands périls. (L. F.)—Tout ce qu'il dit sont *autant* d'impostures. (R.)—*Autant* d'ennemis il a attaqués, *autant* il en a vaincus (Dess.)—En sais-tu *tant* que moi? (L. F.)—*Autant* la modestie plait, *autant* l'arrogance blesse et irrite. (Ay.)—On n'est jamais *si* malheureux qu'on pense (L. R.)—Il vit *aussi* magnifiquement qu'un Prince. (Ac.)—L'homme ne serait fait que pour la terre? il remplirait sa destinée en remplissant un rôle *si* méprisable, il n'aurait paru sur la terre que pour y donner un spectacle *si* risible et *si* digne de pitié? (Mas.)—Il est *aussi* riche que vous. (Ac.)—Il est *aussi* à plaindre que vous. (Id.)—L'activité est *aussi* nécessaire au bonheur que l'agitation lui est contraire. (Ay.)—*Tant* vaut l'homme, *tant* vaut la terre (Id.)

V.—Adjetivos y pronombres posesivos.

Les pères mourants envoient *leurs* fils pleurer sur *leur* général mort. (Fléch.)—Qui chérit *son* erreur ne la veut point connaître. (Corn.)—Revenu chez soi, il reprend *ses* mœurs. (L. B.)—Baissez *vos* yeux sur la terre, chétifs vers que vous êtes, et regardez les bêtes dont vous

êtes les compagnons (P.)—Chaque mot sur *mon* front fait dresser *mes* cheveux. (R.)—Il m'a défendu de découvrir *ma* tête. (M.)—Le commandant phénicien, arrêta *ses* yeux sur Télémaque croyant se souvenir de l'avoir vu. (Fén.)—La franchise est bonne en soi, mais elle a *ses* excès. (Ml.)—*Ma* vie est rude et *ses* aspérités me blessent. (Ch.)—La source de toutes les passions est la sensibilité; l'imagination détermine *leur* pente. (J. R.)—Le tumulte de fêtes est passé, mon âme en est plus à *son* aise. (V.)—J'ai tout à craindre de *leurs* larmes, de *leurs* soupirs, de *leurs* plaisirs même. (Mont.)—Ces arbres sont bien exposés mais *leurs* fruits ne mûrissent pas. (Buff.)—La guerre a *ses* fureurs ainsi que *ses* disgrâces. (R.)—Paul et Virginie ne connaissaient d'autres époques que celles de la vie de *leurs* mères. (Bern.)—Il met tous *ses* soins à prévenir *mes* moindres désirs. (A. K.)—Les pédagogues ne s'occupent qu'à remplir la mémoire de *leurs* élèves et ne travaillent pas à former *leur* jugement. (Fr.)—Elle est *mienn*e et non *vôtre*. (R.)—Monsieur, je suis tout *vôtre*. (M.)—J'avance mes opinions, non comme vraies, mais comme *miennes*. (Bern.)—Je fais choix *du tien* que je connais bon. (Les.)—Cesse de plus mêler *ton* intérêt au *sien*. (Corn.)—Mais j'ai *les miens*, la cour, le peuple à contenter. (L. F.)—Cette découverte est *mienn*e. (Ac.)—Pas un pouvoir ne saurait lui prendre la moindre parcelle de cette liberté légale, bien autrement avantageuse que *la nôtre*. (D. f.)—Le clerc répondit elle est *mienn*e et non *vôtre*. (R.)—Ces fruits sont à *moi*. (Ay.)—*Le mien* et *le tien* sont la cause de toutes les querelles, de tous les procès. (Ac.)—Il ne demande que *le sien*. (Id.)

VI.—Adjetivos y pronombres demostrativos.—Demostrativos relativos.

Ce bienfait ne fut pas perdu. (L. F.)—L'oracle de *cette* époque daigna consacrer *ce* triomphe. (H.)—*Cette* femme était belle comme une déesse. (Fén.)—Voyez *ce* papillon échappé du tombeau. (Dil.)—*Ces gens-là* croient toujours parler à des soldats. (Beau.)—*Cette vie-ci* n'est plus qu'un songe. (V.)—Vous savez qu'il y a une édition contrefaite de mon livre, laquelle doit paraître *ces* fêtes. (J. R.)—*Ce* bloc enfariné ne me dit rien qui vaille. (L. F.) Pourquoi, si votre poitrine n'est point attaquée, vous avez toujours *ce* poids et *cette* chaleur au même côté? (Sév.)—Vous osez m'avouer *cela*. (Sal.)—Dieux! eussiez vous dit, que sont devenus *ces* toits de chaume et *ces* foyers rustiques qu'habitaient jadis la modération et la vertu? Quesignent *ces* statues, *ces* tableaux, *ces* édifices? (J. R.)—Elle s'ennuie, *cette* petite de huit ans. (Dan.)—J'entre, je vous salue et je vous dit *ceci*. (H.)—Contemplons *ces* petits ménages, *ces* royaumes, *ces* républiques, *ces* hordes semblables à celles des Arabes, une mite va occuper *cette* pensée qui calcule la grandeur des astres, émouvoir *ce* cœur que rien ne peut remplir, étonner *cette* admiration accoutumée aux prodiges. (Ai.)—Molière a surpassé Plaute dans *ce que celui-ci* a fait de meilleur. (Bon.)—*Ceux-là* ne se donnent pas la peine d'instruire un peuple qui ne veut être instruit. (V.)—C'est un méchant métier que *celui* de médire. (B.)—*Celui qui* gouverne doit être le plus obéissant à la loi. (Fén.)—

L'Épire sauvera *ce que* Troie a sauvé. (R.)—Tel est l'avantage qu'ont sur la beauté les talents: *ceux-ci* plaisent dans tous les temps, *celle-là* n'a qu'un temps pour plaire. (V.)—On tient les conditions qu'on reçoit, non *celles-qu'on* impose. (Ch.)—Écoute *celui qui* t'aime. (J. R.)—Je nourris *celui-ci* depuis longues années. (L. F.)—Nous vivons dans un temps où la religion n'est plus considérée que comme une poésie pour *ceux-là* (Bal.)—Quelqu'un a-t-il connu le vrai bonheur? Qu'il dise *ce que* c'est. (Bois.)—*Ceux qui* sont amis de tout le monde ne le sont de personne. (Bar.)—*Cela* même est un fruit que je goûte aujourd'hui. (L. F.)

VII.—Numerales.

Les comtes promirent d'observer pour *cent et un* an les *douze* articles. (Mich.)—Vous serez *un* et quand vous serez *un* vous serez tout. (Lam.)—La lune vole *quatre-vingt* fois plus légèrement que le son. (L. B.)—Vous êtes *la seconde* sur ma liste. (Ac.)—Qu'appellez-vous *douze* hommes de bonne volonté? (Ml.)—Tel brille au *second* rang qui l'éclipse au *premier*. (Corn.)—J'ai eu un oncle qui n'était pas un homme fort miraculeux, lequel a nourri *vingt-quatre* années une espèce de bichon qu'il avait. (B.)—Nous regardions *tous-deux* cette reine cruelle. (Fén.)—Il a un *cinquième* dans les bénéfices. (Ac.)—On ne voit point *deux* fois le rivage des morts. (R.)—A *quatre* ans on est tout parents. (Mich.)—Solon, l'*un* de *sept* sages, donnait des lois aux athéniens.

(Bos.)—Le corps législatif, un corps de *cent* membres, recevait communication des lois. (His.)—Charles douze avait douze ans lorsqu'il perdit sa mère. (V.)—J'ai fait cinq fois plus de chemin que vous. (Ac.)—Je ne veux de trois mois rentrer dans la maison. (R.)—Et ce jour effroyable arrive dans deux jours. (R.)—En mille quatre-cent quatre-vingt-deux Quasimodo avait grandi. (H.)—Les monastères étaient très riches au huitième et au neuvième siècle. (Ch.)—Le colibri à gorge carmin a quatre puces et demie de longueur. (Buf.)—Soudain vont s'élever un million de clameurs. (J. F.)—Une cinquantaine de personnes se trouva sur pied. (G. S.)

VIII.—Collectivos.

La plupart des savants le sont à la manière des enfants. (V.)—Avec le temps on y admit les paysans même, portion du peuple injustement méprisée ailleurs. (V.)—L'ignorance est préférable à une multitude de connaissances entassées dans l'esprit. (Bart.)—Une infinité de gens vivent dans l'oisiveté. (Mont.)—Quelle foule de sentiments aimables répandue dans ses écrits! (Lah.)—Une troupe de montagnards écrasa la maison de Bourgogne. (Dom.)—Cette espèce d'hommes n'est pas faite pour porter des chaînes. (Bart.)—Une partie de ses amis ne peut apprendre sa mort que l'autre n'en soit déjà consolée. (Ch.)—La plus grande partie de mots grecs admis dans notre ancienne langue sont dus à l'introduction du christianisme. (Chev.)—Un grand nombre

d'hommes peut être nuisible à l'État. (Ml.)—Le roi n'avait avec lui que six cents gardes, le reste n'avait pu le suivre. (V.)—Quelque peu de français qui restèrent auprès de lui furent massacrés. (Id.)—La moitié des humains rit aux dépens de l'autre. (Des.)

IX.—Nombres personnelles

Il ne me parla point ni moi à lui. (J. R.)—Je ne leur dois que justice en parlant d'eux et je la leur rends. (J. R.)—Jamais tant de beauté fut-elle couronné! (R.) Le moi consiste dans ma pensée. (P.)—On dirait qu'en elle une autre elle se meut. (Mich.)—Moi, je vais vous porter, vous, vous serez mon guide. (Fl.)—Le voilà lui même. (M.)—Et que me fait à moi cette Troie où je cours.? (R.)—La fortune nous a persécutés, lui et moi. (Fén.)—Avant que je la demande à lui souffrez que je la demande à vous. (Mar.)—Hâtons-nous, le temps vole et nous traîne avec soi. (B.)—Toi-même, tu te fais ton procès. (L. F.)—Tu as porté l'opprobre et la mort dans une famille innocente qui, sans toi, le serait encore. (Ml.)—Mesdames, quiconque de vous sera assez hardie pour médire de moi, je l'en ferai repentir. (Ac.)—Suis-je bien affermi? Puis-je être ici tranquille? (Duc.)—Ces papiers sont tout pour moi et ne sont rien pour toi. (H.)

X.—Pronombres complementos.

Il est difficile d'embellir ce qui ne doit *l'* être que jusqu'à un certain degré. (Th.) Le bœuf remplit ses deux premiers estomacs autant qu'ils peuvent *l'*être. (Buff.)—Celui qui critique trop sévèrement mérite de *l'*être. (Mich.)—Les francs qui envahirent la Gaule *lui* donnèrent leur nom. (Ac.)—Les romains avaient des oracles qui promettaient à Rome d'être la capitale du monde et elle *le* devint. (Bern.)—Les fourbes croient aisément que les autres *le* sont. (L. B.)—Vous savez que je ne fais pas la jeune, je ne *le* suis nullement. (Sév.)—Vous m'avez aimé comme je ne *le* serai jamais. (G. S.)—Dieu est esprit et ce n'est que par i'esprit qu'on *le* peut atteindre. (Bos.)—Tu trahis mes bienfaits, je *les* veux redoubler. (Corn.)—Quand vous aurez des nouvelles, faites-*les*-moi savoir. (Ac.)—Si le public a eu quelque indulgence pour moi, je *le* dois à votre protection. (Cond.)—Les objets de nos vœux *le* sont de nos plaisirs. (Corn.)

XI.—Adjetivos y pronombres indefinidos.

Tout change dans la nature, *tout* s'altère, *tout* périt. (Buff.)—*Aucun* n'est prophète chez soi. (L. F.)—*Certain* païen gardait chez lui un dieu de bois. (L. F.)—Je crois cela par *plusieurs* raisons. (Ac.)—Il était là *maintes* filles savantes. (Gr.)—Il y a de *certaines* choses dont la médiocrité est insupportable. (L. B.)—*Tout* vous est aquilon, *tout* me semble zépher. (L. F.)—Le *trop* d'expédients peut gâter une affaire. (L. F.)—Le lait sert de boisson à *quantité* de peuples. (Buff.)—Quand *chaque* année on est sûr de la suivante, qui peut troubler la paix de celle qui court? (J. R.)—La vie est courte et ennuyeuse, elle se passe *toute* à désirer. (L. B.)—J'ai dévoré *force* moutons. (L. F.)—Il y eut quelques tables où le rôti manqua à cause de *plusieurs* dîners. (Sév.)—Qu'ai-je fait, Monsieur, pour que vous m'accordiez une *telle* faveur? (Sou.)—Dans nos souhaits innocents nous désirons être *tout* vue, pour jouir des riches couleurs de *l'aurore*, *tout* odorat, pour sentir les parfums de nos plantes, *tout* ouïe pour entendre le chant des oiseaux, *tout* cœur pour reconnaître ces merveilles. (Bern.)—Qui rit d' *autrui* doit craindre qu'à son tour *on* rie aussi de lui. (M.)—Quand *on* nous donne un soufflet, doit *on* l'endurer? (P.)—*On* regarde les gents par leurs méchants côtés. (M.)—Les symptômes ne furent pas partout *les mêmes*. (S.)—*Quiconque* flatte ses maîtres les trahit. (M.)—Il n' y a *personne* qui ne soit dangereux pour

quelqu' un. (Sév.)—Ce qui m'intéresse moi et tous mes semblables, c'est que *chacun* sache qu'il existe un arbitre du sort des humains. (J. L.)—Il n'est tel que les malheureux pour se plaindre *les uns les autres.* (M.)—On sait que les bonnes lois sont rares, mais que leur exécution l'est encore davantage. (V.)—*On* crie toujours contre *quelqu'un* ou contre *quelque chose.* (D. L.)—Nous allâmes nous reposer *chacun* de notre côté. (Les.)—En fin *les uns* sont contents, *les autres* non, c'est le monde. (Sév.)—Je veux que *l' on* m'écoute. (M.)—Qu'entends-je? Quels conseils ose-t-on me donner? (R.)—Heureux ou malheureux l'homme a besoin d' *autrui.* (Del)—Cette dispense vaut cependant bien *quelque chose.* (D. f.)

XII.—Pronombres relatifs.

Il n'y a point de vice *qui n'ait* une fausse ressemblance avec quelque vertu (L. B.)—Voici de *quoi* je me plains. (Les.)—*Qui* vous rend à vous même, en un jour, si contraire? (R.)—Berger, *quel* est-tu donc? *Qui* t'agite? (Chén.)—De *quoi* cela vous servira-t-il? (V.)—Un bienfait *que* l'on reproche a perdu son mérite. (L. B.)—Je suis Léandre *qui* suis amoureux de Luscinde. (M.)—Il y a là une espèce d'enchantement, *auquel* mil hommes ne résistent. (J. R.)—Mais en aimant, *qui* ne veut être aimé? (L. Fi)—Sur *qui* sera d'abord sa vengeance exercée? (R.)—Si l'on nous offrait l'immortalité sur la terre *qui* est ce *qui* voudrait accepter ce triste présent. (S. R.)—*Qu'est-ce-que* c'est *que* cette logique? (M.)—*Qu'est-ce*

donc *qui* vous trouble? (Fén.)—*Qui* fait l'oiseau? C'est le plumage. (L. F.)—La flatterie est l'écueil contre *lequel* viennent se briser les plus sages. (Fén.)—Un coup de sabre, *qu'est-ce que c'est que* ça pour un homme? (A.)—Tirsiis *qui* l'aperçut, se glisse entre les saules. (L. F.)—Sois mon héritier, toi *qui* as eu assez d'esprit pour démêler le sens de mon inscription. (Les.)—J'ai fondé Carthage,, il faut *que* je l'habite, sans *quoi* Carthage périrait. (V.)—Il n'acheta que des langues, *lesquelles* il fit accommoder à toutes les sauces. (L. F.)—C'est un recours *où* je ne songeais pas. (M.)—Les imbéciles, *dont* l'âme est sans action, rêvent comme les autres hommes. (Buff.)—Celui-là seul avait le droit de demander le triomphe sous les auspices *duquel* la guerre était faite. (Mont.)—Comment avez-vous pu entrer dans cette île *d'où* vous sortez? (Fén.)—*Quelles que* soient les lois, il faut toujours les suivre. (Mont.)—Et je soutiens la vue de ce sacré soleil *dont* je suis descendue. (R.)—*Qui que ce soit qui* vous l'aie dit, il s'est trompé. (Ac.)—La mère Barbeau se mit à pleurer *dont* le père Barbeau se mit peu en peine. (G. S.)—*Quoi* que vous écriviez, évitez la bassesse. (B.)—Infortunés *que* nous sommes! (R.)—Elle a toujours à *qui* dire ses pensées. (N.)—Je n'ai *que* faire de vos dons. (M.)—Les dattes donnent à l'homme de *quoi* le nourrir, le vêtir et le loger. (V.)—Laissons là la médecine *où* vous ne croyez point. (M.)—Hier fut un jour sur les événements *duquel* il faut peut-être jeter un voile. (Thi.)—Dieu, *dont* nous admirons les œuvres. (Ac.)—On prétend *que* le Tibre, doit cette couleur limoneuse aux pluies *qui* tombent dans les montagnes *dont* il descend. (Ch.)—Il y eut un instant *où* les plus déterminés palpitèrent. (H.)

XIII.—Palabras Y, EN.

Est-ce que nous sommes la cause qu'ils s'en éloignent? (Ml.)—Les Troglodytes aimaient leurs femmes et *en* étaient tendrement chéris. (Mon.)—L'écriture n'est point la peinture de la parole; parce qu'elle n'y ressemble en rien. (W.)—On m'a dit tant de mal de cet homme et j'y *en* vois si peu. (L. B.)—La vraisemblance y est toute entière. (L. B.)—J'espère retrouver mes parents. j'*en* attends des nouvelles avec impatience. (M.)—C'est un événement bien triste, j'*en* suis très affligé. (Ac.)—Quoique je parle beaucoup de vous, ma fille, j' y pense encore davantage. (Sev.)—Et j'*en* prends à témoin votre père lui-même. (M.)—Néron, bourreau de Rome, *en* était l'histrion. (Del.)—Pour avoir des vrais amis, il faut être capable d'*en* faire et digne d'*en* avoir. (L. R.)—Prenez-y garde, vos louanges et vos approbations sont dangereuses. (Sév.)—Je suis en repos, je veux tacher d'y rester. (J. R.)—D'abord, moi qui ai joué la tragédie, j'*en* ai l'habitude. (Me.)—Désormais je choisirai mieux mes confidants; j'*en* veux de plus capables que vous de décider. (Les.)

XIV.—Pronombres reflexivos.—SOI y LUI.

L'amour propre, si susceptible pour *lui même* ne dévine presque jamais la susceptibilité des autres. (St.)—L'avare qui a un fils prodigue n'amasse ni pour *soi* ni pour *lui*. (Bon.)—Chacun ne songe plus qu'à *soi*. (J. R.)—L'amour propre *nous* fait tout rapporter à nous-mêmes. (Mas.)—Ce divin modèle, que chacun de nous porte avec *lui*, nous enchante. (J. R.)—L'égoïste ne vit que pour *soi*. (Bon.)—Idoménée revenant à *soi* remercia ses amis. (Fén.)—Toute tromperie porte avec *elle* sa punition. (Bern.)—Les événements s'étaient succédé avec rapidité. (Ac.)—Je *me* parle à *moi*-même. (M.)—Certain païengardait chez *lui* un dieu de bois. (L. F.)—Mais surtout il s' étudiait *lui* même. (Fén.)—Qu'avez-vous qui *vous* puisse émouvoir? (M.)—Deux pigeons s'aimaient d'amour tendre. (L. F.)—Être Bonaparte et *se* faire Sire.... il aspire à descendre. (C.)—Qu'il fasse autant pour *soi* comme je fais pour *lui*. (Corn.)

XV.—Verbos auxiliares.

Lui, qu'un Pape *a couronné*, est mort dans une île déserte. (Bér.)—La révolution *a blanchi* beaucoup de têtes sans les mûrir. (Bon.)—Elles *ont* duré un certain nom-

bre d'années et tombé ensuite avec la puissance de leurs sectateurs. (Mas.)—Il *a* monté quatre fois à sa chambre. Il *est* monté dans sa chambre et il y *est* resté. (Ac.)—Te souviens-tu, ma bonne Suzanne, du temps que nous *avons* passé ici ensemble? (A. K.)—Ces brébis *sont* mortes de la clavelée. (Ac.)—Il *a* ôté son chapeau, et l'on voit pendre sa résille rouge. (E. S.)—Un embarras qui *a* continué et qui ne *s'est* pu débrouiller. (P.)—Les montagnes se *sont* élevées et les vallons se *sont* descendus en la place que le Seigneur leur *a* marqué. (Fén.)—Il y aura demain trois semaines que je *suis* sorti de Paris. (R.)—S'il n'y a point d'avenir, quel dessein digne de sa sagesse Dieu *aurait-il* pu se proposer en créant les hommes? (Mas.)—Ma voisine que je vois regarder si le gant ne *s'est* pas piqué. (Dan.)—Je reconnus que nous *étions* assis dans une petite chambre. (E. Ch.)—Avant-hier je me *suis* aperçu que je n'étais pas l'unique spectateur du premier reveil de la rue. (Theu.)—Vous *aviez* promis de m'épargner des souffrances inutiles. (A. T.)

XVI.—Verbos impersonales.

Être impersonal.—Il y ce sujetos de être.

Il n'est meilleur ami ni parent que soi-même. (L. F.)
Mon fils, savez-vous ce qu'il y a? C'est qu'il faut songer à vous défaire de votre amour. (M.)—Je veux qu'on dise un jour aux siècles effrayés: *Il fut* des juifs, *il fut*

une insolente race. (R.)—*Il me faudrait* des journées entières pour me bien expliquer. (M.)—*C'est* à côté, Mes sieurs, je vais ouvrir la porte. (Rich.)—*Il se trouve* là de belles choses. (Ac.)—Monsieur, ce n'est pas cela dont *il est* question. (M.)—*Il était* là maintes filles savantes. (Gr.)—*S'il était* quelqu'un que la vanité a rendu heureux, assurément ce quelqu'un était un sot. (J. R.)—*Il en sortait* une fumée noire et épaisse. (Fén.)—*Il vaut* mieux que cela soit ainsi. (Ac.)—*Il est* doux de revoir les murs de la patrie. (Corn.)—Le plaisir de bons cœurs *c'est* la reconnaissance. (Lah.)—*Il en va* de même des autres planètes. (J.)—*Ce sont* les Phéniciens qui les premiers inventèrent l'écriture. (B.)—*Ce n'est* pas les Troyens, *c'est* Hector qu'on poursuit. (R.)—*Est-ce* donc là les pensées qui doivent occuper le cœur du fils d'Ulisse? (Fén.)—Conservez votre sagesse, *c'est* le plus précieux des trésors. (Mus.)—Pourquoi les riches sont-ils si durs envers les pauvres? *C'est* qu'ils n'ont pas peur de le devenir. (J. R.)—*Il est* bon de parler et meilleur de se taire. (L. F.)—Tu domines nôtre âge, ange ou démon, qu'importe? (H.)—*C'est* une chose bien douce que l'indépendance. (Ac.)—Et *c'est-toi* que l'on veut qui choisisses des deux. (M.)—*Il vaut* mieux prévenir le mal que d'être réduit à le punir. (Fén.)—Taisez-vous, je vous apprendrai bien *s'il faut* sortir sans nous. (M.)—*C'est* une objection à quoi il n'y a pas de réponse. (Res.)—La chose à quoi l'avare pense le moins, *c'est* à secourir les pauvres. (Wa.)—*Il y va* de ma gloire. (Corn.)—*Il s'était* formé une puissance nouvelle, celle de l'opinion. (Mig.)—*Il s'est trouvé* dans tous les temps des hommes qui ont su commander aux autres par la puissance de la parole. (Auff.)

XVII.—Oraciones condicionales.

Si Dieu n'existait pas il faudrait l'inventer (V.)—S'il entre jamais je veux jamais ne boire. (M.)—Si l'on m'en avait cru, tout n'en irait que mieux. (Reg.)—Les romains auraient conservé l'empire de la terre, s'ils avaient conservé leurs anciennes vertus. (Bos.)—Si César et Pompée avaient pensé comme Caton, d'autres auraient pensé comme César et Pompée. (Mont.)—Que je sois foudroyé, Jupiter, si je mens. (Pon.)—Si j'avais dit un mot on vous donnait la mort. (V.)—Voulons-nous être heureux? évitons les extrêmes. (Font.)—Jamais, s'il me veut croire, il ne se fera peindre. (M.)—Fallait-il régler sa maison? c'était un macédonien. Fallait payer les dettes des soldats, faire part de sa conquête aux Grecs, faire la fortune de chaque homme de son armée? il était Alexandre. (Mont.)—Dis-moi qui tu hantes, je te dirai qui tu es. (Ac.)—Vienne encore un procès et je suis achevé. (Corn.)—Posé que cela fût, que feriez vous? (Ac.)—Y a-t-il une belle terre? elle appartient aux Mamelouks. Y a-t-il une belle esclave, un beau cheval, une belle maison? cela appartient aux Mamelouks. (Bonap.)—Il est vrai, s'il m'eût cru, qu'il n'eût point fait des vers (B.)—Il eût cru s'abaisser, servant un médecin. (L. F.)—Supposé que vous trouviez à propos de les présenter, prenez la peine d'y mettre votre cachet. (B.)—Tout propriétaire veut l'ordre, la paix et la justice, hors qu'il ne soit fonctionnaire ou pense à le devenir. (C.)—Pourvu qu'il y consente, je me charge

du reste. (Ay.)—En cas que vous persistiez, il faudra que j'allègue au prince et au roi même votre mauvaise santé. (Fén.)—Je ne sors point d'ici qu'on ne m'en chasse. (Reg.)—Qu'on lui ferme la porte au nez, il reviendra par la fenêtre (L. F.)—Je te pardonne à la charge que tu mourras. (M.)—Je vous écrirai au cas qu'il me dise quelque nouvelle. (Sév.)

XVIII.—Participios.

Tous ces fleuves arrivent à l'angle du golfe Adriatique, *amenant* avec eux les terres qu'ils ont *entraînées*. (D.)—Dieu était dans Jesus Christ *réconciliant* le monde avec soi. (Bour.)—J'ai *su* tromper les yeux par qui j'étais *gardé*. (R.)—Madame se meurt, Madame est *morte*. (Bos.)—Les autres hommes paraissent *tremblants* à ses pieds. (Fén.)—Cette maison est ouverte aux *allants* et *venants*. (Ac.)—Jamais personne ne s'est *conduit* comme vous avez *fait*. (Sév.)—La volonté du ciel soit *faite* en toute chose. (M.)—Dieu a *créé* le genre humain et *en* le *créant* il n'a pas *dédaigné* de lui enseigner le moyen de le servir et de lui plaire. (Bos.)—L'arbre qu'on a *planté* rit plus à notre vue. (V.)—Je les ai *fait* chercher partout. (Ac.)—Malheur aux aveugles qui conduisent, malheur aux aveugles qui sont *conduits*. (P.)—Suzanne s'est *trouvée* innocente. (Res.)—La queue du faune paraissait derrière se *jouant* sur son dos. (Fén.)—Cette position devint bientôt *embarrassante* pour tous. (Nod.)—Leur parole

écoutée était leur seule loi. (Lam.)—Les peuples *errants* doivent être les derniers qui aient *écrit*. (V.) Les défauts de l'esprit augmentent *en vieillissant* comme ceux du visage. (L. R.)—Les eaux *dormantes* sont meilleures pour les chevaux que les eaux vives. (Buf.)—Les animaux *tremblants* l'évitent avec peine. (Del.)—Songez-vous qu'*en naissant* mes bras vous ont *reçue*? (R.)—*Chargés* d'un feu secret vos yeux s'appesantissent. (R.)—Ils ont *trompé* les soins d'un père infortuné. (Id.)—Quant aux sottés gens, plus j'en ai *connus*, moins j'en ai *estimés*. (Dess.)—Rien ne peut suppléer la joie qu'ont *otée* les remords. (Bos.)—Un air *dévorant*, des cendres *étincelantes*, des flammes *détachés* embrasaient notre respiration courte, sèche, *haletante* et déjà presque *suffoquée* par la fumée. (S.)—Je vous trouve aujourd'hui bien *raisonnante*. (M.)—Tu foules une terre *fumant* toujours du sang des malheureux mortels. (Fén.)—Les sénateurs accumulèrent sur sa tête plus d'honneurs qu'aucun mortel n'en avait *reçus*. (S.)—La froideur qu'avaient *témoignée* les tribuns déconcertait ses vues. (Ver.)—Il est vrai que lui et moi nous sommes *parlé* des yeux. (M.)—A ces mots j'ai *frémi*, mon âme s'est *troublée*. (Corn.)

XIX.—Adverbios.

L'on hait avec excès *lorsque* l'on hait un frère. (R.)
—*Plus* on aime quelqu'un *moins* il faut qu'on le flatte.
(M.) Les belles choses le sont *moins* hors de leur place.

(L. B.)—Le fils d'Ulysse le surpasse déjà en éloquence. (Fén.)—Vous le trouverez *maintenant* vers ce petit bois que voilà. (M.)—*Quelque* étroites que soient les bornes du cœur on n'est pas malheureux tant qu'on s'y renferme. (J. R.)—Helà! s'écriait Télémaque, *voilà* donc les maux que la guerre entraîne après elle. (Fén.)—Tous les animaux ont en soi un sentiment qui ne les trompe *jamais*. (Ruff.)—Il y en a *beaucoup* qui sont d'une opinion différente. (Ac.)—*Quelque* bons traducteurs qu'ils soient, ils ne comprennent pas ce passage. (Bon.)—De *combien* de centimètres est-il plus grand? (Ac.)—Il parvint à lire couramment son bréviaire, ce qu'il n'avait jamais fait *auparavant*. (Les.)—Il semble *toujours* rire en lui-même de ceux qu'il croit ne le valoir pas. (L. B.)—Dieux, s'il en reste *encore* quelqu'un d'*assez* juste, punissez, punissez Ulysse. (Fén.)—Ce qui s'apprend dès le berceau ne s'oublie jamais. (Wa.)—Que voulez-vous dire avec votre visage? Monsieur l'a *fort* mauvais. (M.)—*Comment* donc, Gil Blas, vous dans cette ville? (Les.) *Aujourd'hui* n'amène *plus logiquement* demain. (H.)—Un savetier chantait du matin *jusqu'au* soir. (L. F.)—Oui, je la défendrai *contre* toute l'armée. (R.)—Je ne pouvais pas ne point regarder *bientôt* Casimir comme le meilleur et le plus sûr de mes amis. (G. S.)—Ulysse entend *mieux* que nul autre mortel les lois de Minos. (Fén.)—Il n'avait *guère* dormi, mais il était tranquille et *comme* abattu. (G. S.)—Se croire un personnage est *fort* commun en France. (M.)—Je vous demande, si ce qui vous déplaît en lui ne sont *peut-être* pas ses bonnes qualités. (Mus.)—J'ai consulté, non mes devoirs; mon esprit égaré ne les connaît *plus*, mais mon cœur. (J. R.)—Pour *bien* assurer qu'une chose est *mal* faite il faut voir en même temps qu'on pourrait mieux faire. (V.)—

On n'attaque point à Dieu *impunément*. (Bour.)—Tu me trouves *bien* folle, n'est-ce pas? (A. K.)—Il s'ensuit que vous commanderez *modestement* et *humblement* et qu'on vous obéira *fidèlement* et *promptement*. (Bour.)

XX.—Negacion.

Je crains votre silence et *non pas* vos injures. (R.)—Il n'y a *nuls* vices extérieurs et *nuls* défauts qui *ne* soient aperçus par les enfants. (L. B.)—Si nous *n'avions point* d'orgueil nous *ne* nous plaindrions *pas* de celui des autres. (L. R.)—Il *n'ouvre* la bouche *que* pour répondre. (L. B.)—Ma foi, la nuit on *n'y* voit *goutte*. (M.)—O mort tant désirée! *que ne* viens-tu? (L. F.) *Jamais* je *n'* eus si grand besoin de prudence et *jamais* la peur d'en manquer *ne* nuisit tant au peu que j'en ai. (J. R.)—On *n'aurait guère* de plaisir si l'on *ne* se flattait *jamais*. (L. R.)—Le chat paraît *ne* sentir *que* pour soi. (Buff.)—Eh bien? *que n'aimes* tu? (Chén.)—La mort *n'* a *rien* d'affreux pour qui *n'a* rien à craindre. (Corn.)—Mes affaires *n'avancent point*, ce qui me désespère. (Sév.)—Je *ne* *sais* qu'est devenu mon fils. (R.)—Il *n'y* a *rien* dans le monde dont Dieu *ne* soit l'auteur. (Res.)—*Non*, je *ne* reçois *point* vos funestes adieux. (R.)—Les envieux mourront, mais *non jamais* l'envie. (M.)—*Pas* tant que vous pourriez penser. (Id.)—L'amour, *ne* vous déplaît, est un je *ne* *sais* quoi, qui vous prend, je *ne* *sais* ni par où, ni pour quoi. (Regn.)—Je crains que vous *ne* me fassiez des propositions que je *ne* pourrais entendre sans horreur. (Regn.)—La morale *n'* est une science uti-

le qu'autant qu'elle est réduite en art. (Ml.)—*Ne* ferions nous *pas* bien d'aller voir où l'on est? (Gr.)—*Pas* de bruit, malgré tout ce mouvement. (Dan.)

XXI.—Preposiciones.

Les blés sont *en* fleur. (J. R.)—Un trône *n'est point à* dédaigner. (Cr.)—On craint de se montrer *sous* sa propre figure. (B.)—Que gagnez vous, dites moi, *par* journée? (L. F.)—Soutiendrez-vous un faix *sous* qui Rome succombe? (R.)—Je pardonne à la main *par* qui Dieu m'a frappé. (V.)—Il y a des choses *sur* qui le poète *n'a* aucun droit. (Corn.)—Ce *n'est pas* le bonheur *après* quoi je soupire. (M.)—C'est encore ici une des raisons pourquoi je veux élever Emile *à* la campagne. (J. R.)—*Sans* les insectes, les oiseaux *n'auraient pas* de quoi nourrir leurs petits. (Bern.)—Rien de beau *au* monde comme un bon cœur. (Bois.)—Puissé-je *de* mes yeux y voir tomber la foudre! (R.)—Je *n'ai osé aller à* Samos. (Fén.)—Les gémisséments doivent être laissés *à* la solitude et *au* silence *à* qui elle les a confiés. (Fléch.)—Il naquit un lion *dans* la forêt prochaine. (L. F.)—Quels flots de sang *pour* elle *n'avez-vous* répandus! (R.)—Les pieds et les ongles de la perruche *aux* ailes d'or sont couleur *de* chair pâle. (Buf.)—Je tiens *pour* maxime incontestable que quiconque *n'a* vu qu'un peuple, *au lieu de* connaître les hommes, *ne* connaît pas les gens *avec* lesquels il a vécu. (J. R.)—Les oiseaux se cherchent et se rassemblent *sous* le feuillage des tilleuls. (A. K.)—Jamais la philosophie *ne* divisera l'idée *de* justice ni *ne* la concevra divisée *en* dif-

férentes portions, ayant *entre* elles des rapports de grandeur, *de* forme et *de* distance. (Lam.)—Quand pourrai-je, *au travers* d'une noble poussière, suivre *de* l'œil un char fuyant *dans* la carrière? (R.)—*Autour* d'elle volaient les noirs soucis. (Fén.)—Je ressens à pleurer un plaisir tout nouveau *pour* moi. (A. K.)

XXII.—Conjunciones.

Non, je ne reviens pas, *car* je n'ai pas été; je ne vais pas aussi, *car* je suis arrêté. (M.)—Aujourd'hui *cependant* il n'y a défense qui tienne. (B.)—*D'ailleurs* abstinence de toute autre boisson que de l'eau. (C.)—Nous ne vivons jamais; *mais* nous espérons de vivre. (P.)—*Malgré* son amour pour ses tulipes, il les néglige souvent. (A. K.) *Tantôt* artisan, *tantôt* artiste, quelquefois homme à talents, j'avais partout quelque connaissance de mise. (J. R.)—Les têtes, un peu après être coupées, se remuent encore et mordent la terre, *non obstant* qu'elles ne soient plus animées. (Dess.)—Je pleure *sans* qu'aucune chose puisse justifier mes larmes. (A. K.)—Ce malheur *toutefois* sert à croître sa gloire. (Corn.)—Heureux, *mais* gouvernés; libres, *mais* sous des maîtres. (V.)—Lorsque l'on pend quelqu'un on lui dit pourquoi c'est. (M.)—*Ni* le jour, *ni* les ténèbres, *ni* le bruit, *ni* le silence, rien ne peut mettre obstacle à l'esprit d'un homme qui sait penser. (Cond.)—La haine et la vengeance consentent à souffrir *pourvu qu'* elles nuisent. (Ray.)—*Ou* jeune, *ou* vieille, *ou* grande, *ou* petite, *ou* dondon, *ou*

maigre, *ou* blonde, *ou* brune, enfin tout vous est bon. (Dan.)—Rien n'enfle *et* n'éblouit les grandes âmes, *parce que* rien n'est plus haut *qu'*elles.—Je reçus une de vos lettres et quoiqu'il ne soit *que* lundi et *que* celle-ci ne parte *que* mercredi, je commence à causer avec vous. (Sév.)—Promettez-moi *donc* que je pourrai vous parler cette nuit.—(M.)

Nombres de los autores citados abreviadamente en estos ejercicios.

A.	Augier	Cond.	Condillac.
Ai.	Aimé Martin.	Corn.	Corneille.
A. T.	A. Thierry.	Cr.	Crébillon.
A. Th.	A. Thiers.	D.	Daru.
Ac.	Académie.	Dan.	Dancourt.
A. K.	A. Karr.	Dau.	Daudet.
Ay.	C. Ayer.	Del.	Delille.
B.	Boileau.	D. L.	De Ligne.
Bal.	Balzac.	D. f.	Dumas (fils).
Bar.	Barthélemy.	Duc.	Ducis.
Beau.	Beaumarchais.	Des.	Destouches.
Bern.	B. de St. Pierre.	Dom.	Domergue.
Bes.	Bescherelle,	F.	Fontenelle.
Bér.	Béranger.	Fén.	Fénelon.
Bour.	Bourdaloue.	Fl.	Florian.
Bois.	Boiste.	Fléch.	Fléchier.
Bon.	Boniface.	Fr.	Frédéric le Grand.
Bonap.	Bonaparte.	Font.	Fontanes.
Bos.	Bossuet.	E. Ch.	Erckmann-Cha- trian.
Buff.	Buffon.	E. S.	E. Sué.
C.	Courier.	Gr.	Gresset.
Ch.	Chateaubriand.	G. S.	G. Sand.
Chev.	Chevallet.	H.	V. Hugo.
Chen.	Chenier.		

J. J.	J. Janin.	Pon.	Ponsard.
J. R.	J. J. Rousseau.	R.	Racine.
Lah.	La Harpe.	Ray.	Raynouard.
Lam.	Lammenais.	Reg.	Regnard.
L. B.	La Bruyère.	Regn.	Régnier.
Les.	Lesage.	Res.	Restaut.
L. F.	La Fontaine.	Rich.	Richebourg.
L. R.	La Rochefoucauld.	S.	Séguir.
M.	Molière.	Sal.	Sales.
Maint.	M. de Maintenon.	Sév.	Sévigné.
Mar.	Marivaux.	Sism.	Sismondi.
Mas.	Massillon.	Sou.	Souvestre.
Mé.	Mérimée.	S. R.	Saint-Réal.
Mich.	Michelet.	St.	Staël.
Mig.	Mignet.	Th.	Thomas.
Ml.	Marmontel.	Theu.	Theuriet.
Mon.	Montemont.	Thi.	Thiers.
Montesq.	Montesquieu.	V.	Voltaire.
Mus.	Musset.	Ver.	Vertot.
N.	Nisard.	W.	F. Wey.
P.	Pascal.	Wa.	Wailly.

TERCERA PARTE

—
TRADUCCIÓN

PRELIMINAR.

Traducir es expresar en una lengua lo que se dice ó se escribe en otra. La traducción puede ser *directa* ó *inversa*.

Directa es la que se verifica de una lengua extranjera á la lengua del traductor.

Inversa es, por el contrario, la que se efectúa de la lengua del traductor á otro idioma cualquiera.

También puede ser la traducción *directa* y *mediata*. *Directa* en esta relación es la que se realiza de una lengua á otra sin mediación de un tercer idioma.

Mediata se llama la que vierte una obra de otro idioma diferente de aquel en que primitivamente se escribió.

Además, aunque no es frecuente, puede traducirse de un idioma extraño á otro también extraño al traductor.

Por otro concepto, la traducción puede ser *literal*, *libre* ó *traducción propiamente dicha*.

Se llama *literal* la que reproduce fielmente todas las palabras y giros emitidos por el orador ó escritor.

Libre es la que se limita á reproducir el pensamiento variando la forma, ya amplificando, ya restringiendo, para embellecer su expresión.

La *traducción propiamente dicha* es la que sin sujetarse al yugo de un molde extraño á la lengua del traductor y sin permitirse licencias á veces peligrosas y siempre ajenas al autor, hace hablar á éste como si fuera del país á cuyo idioma se traduce.

Así el pensamiento del autor se reproduce con mayor fidelidad que copiando sus palabras una por una, pues el valor de los vocablos en cada país no presenta siempre la equivalencia de los diccionarios, los giros pueden hacerse inteligibles y el lenguaje en general expresar las ideas en una lengua con el mismo vigor y elegancia que en otra.

El traductor no debe jamás preguntarse ¿qué significan tales frases en mi lengua? sino ¿Cómo se hubiera expresado el autor si hubiese escrito en mi lengua?

De esta suerte se revela la dignidad y propia nobleza del arte de traducir, que no es mera ocupación rutinaria; sino verdadera obra y creación literaria de difícil empeño, digna de claras inteligencias y de bien cortadas plumas.

Las condiciones de una buena traducción son las siguientes:

- 1.^a Fidelidad en la expresión del pensamiento del autor ú orador.
- 2.^a Exacta sustitución del lenguaje del autor por el lenguaje equivalente del traductor.
- 3.^a Imitar, en la medida que el idioma consienta, la fluidez y armonía del original en el mismo límite y grado.

4.^a Corrección en el estilo y en el idioma del traductor y nacionalización del estilo y lengua del original.

Finalmente, el traductor ha de mostrar gran delicadeza en el empleo de *galicismos*, pues tanto pueden estos constituir una belleza como ser gravísimo defecto, según la acepción que se dé á la palabra, es decir, según sean *idiotismos* ó *barbarismos*.

Explicaremos sumariamente esta diferencia.

Idiotismos son aquellas construcciones privativas de una lengua cualquiera que se apartan de los cánones ordinarios del language.

Como indica la etimología de la palabra, los *idiotismos* son giros peculiares, característicos de un idioma é indirectamente del espíritu de una nación ó de una raza, por cuya razón abundan más en el language del pueblo que en el de la sociedad culta, como más propios de la espontaneidad que de la reflexión.

La aplicación oportuna de los *idiotismos* es singular mérito literario porque en ellos va lo más genuino y nacional del estilo y del idioma.

Cuando los *idiotismos* son del idioma griego se apellidan *helenismos*, cuando son del latín *latinismos*, cuando del francés, español, alemán etc. se llaman respectivamente *galicismos*, *hispanismos*, *germanismos* etc.

Barbarismo es toda palabra ó giro que copiamos ó imitamos de otro idioma y, según su procedencia, se denominan también *helenismos*, *galicismos* etc.

El uso de *barbarismos* cuando en el propio idioma existen voces y construcciones expresivas de la misma idea es feísimo defecto literario y en extremo depresivo para el traductor porque supone en él censurable descuido ó grave ignorancia de su propia lengua.

Nada más ridículo que emprender versiones de otro idioma cuando se patentiza no conocer el propio.

Ya consignada la diferencia entre *idiotismo* y *barbarismo* bueno será ampliar siquiera levemente la noción de los galicismos por su excepcional importancia en el proceso de las lenguas vivas y ser la mayor dificultad para los extranjeros.

Casi todos los autores los reputan rarezas ó singularidades del lenguaje; pero no son rarezas en el vulgar sentido de la palabra; sino formas particulares que revelan el genio del pueblo, de la raza ó del tiempo y tan espontáneas en su producción que casi todas nacen en el lenguaje popular y dan al estilo cierta ingenuidad de que los literatos han sacado brillantísimo partido.

Con relación al estilo suelen dividirse en tres clases, á saber: de estilo *noble*, *familiar* y *bajo*.

Beauzée los divide en *regulares* é *irregulares*. Regulares son los que, respetando las leyes esenciales del lenguaje, solo quebrantan lo que hay en las lenguas de arbitrario y accidental. Irregulares son los que violan las reglas fundamentales de la Gramática.

Girault du Vivier los agrupa en cuatro clases: 1.^a *Galicismos que consisten en asociaciones singulares de palabras*, á cuya serie corresponden todos los giros en que el significado de la palabra depende de su posición ó de la preposición que se le antepone, p. ej.: *Être de condition* equivale á ser de estirpe distinguida y *Être en condition* significa ser doméstico ó criado. 2.^a *Galicismos de figura*. Estos son los más numerosos; pero no han de incluirse en este grupo las figuras gramaticales ó retóricas que al escritor plazca emplear, sino las expresiones figuradas que forman parte del lenguaje ordinario, como la misma frecuente pregunta: *Comment vous portez-*

vous?, literalmente *¿cómo se lleva V.?* y otras innumerables del estilo familiar. Naciendo los idiotismos en los primeros días del lenguaje para subvenir á la pobreza de idiomas nacientes, claro es que la mayor parte proceden de antiguas usanzas y que se ignora el origen de un considerable número. Varios pertenecen á los hábitos de la antigua caballería como *Rompre en visière*, contradecir sin miramientos, frase derivada de que en los torneos no era lícito asestar el golpe á la visera del adversario. Otros proceden de las prácticas venatorias como *Être à bout* ó *à bout de voix*. No pocos se derivan de los juegos y de sus accidentes como *Friser la corde*, *donner de travers*, *on vous la donne belle*. Otros, en fin, constituyen figuras no poco atrevidas como *Parler en l'air*, *faire la barbe* etc.—3.^a *Galicismos de construcción*. Estos consisten en elipsis ó en infracciones de la construcción gramatical, como *En vouloir*, *S'en donter*, *Il n'est rien moins que*, en vez de *haïr*, *soupçonner*, *il n'est point* etc.—4.^a *Galicismos consistentes en el empleo especial de una palabra*. Estos pertenecen por completo al uso familiar como cuando se dice que una persona es *raisonnablement ennuyeuse*, *honnêtement laide* etc.

Juzgamos suficientes las advertencias que preceden para que el alumno pueda proceder, con la dirección del profesor, á los ejercicios graduales de la traducción y del análisis.

Improvisation de Corinne au Capitole.

I.

Italie, empire du soleil; Italie, maîtresse du monde;

Italie, berceau des lettres, je te salue. Combien de fois la race humaine te fut soumise, tributaire de tes armes, de tes beaux-arts, et de ton ciel!

Un dieu quitta l'Olympe pour se réfugier en Ausonie; l'aspect de ce pays fit rêver les vertus de l'âge d'or, et l'homme y parut trop heureux pour l'y supposer coupable.

Rome conquît l'univers par son génie, et fut reine par la liberté. Le caractère romain s'imprima sur le monde; et l'invasion des barbares, en détruisant l'Italie, obscurcit l'univers entier.

II.

L'Italie reparut, avec les divins trésors que les Grecs fugitifs rapportèrent dans son sein; le ciel lui révéla ses lois; l'audace de ses enfants découvrit un nouvel hémisphère; elle fut reine encore par le sceptre de la pensée; mais ce sceptre de lauriers ne fit que des ingrats.

L'imagination lui rendit l'univers qu'elle avait perdu. Les peintres, les poètes enfantèrent pour elle une terre, un Olympe, des enfers, et des cieus; et le feu qui l'anime, mieux gardé par son génie que par le dieu des païens, ne trouva point dans l'Europe un Prométhée qui le ravît.

III.

Pourquoi suis-je au Capitole? pourquoi mon humble front va-t-il recevoir la couronne que Pétrarque a portée, et qui reste suspendue au cyprès funèbre du Tasse? pourquoi.... si vous n'aimiez assez la gloire, ô mes con-

citoyens, pour récompenser son culte autant que ses succès?

Eh bien! si vous l'aimez cette gloire, qui choisit trop souvent ses victimes parmi les vainqueurs qu'elle a couronnés, pensez avec orgueil à ces siècles qui virent la renaissance des arts. Le Dante, l'Homère des temps modernes, poète sacré de nos mystères religieux, héros de la pensée, plongea son génie dans le Styx, pour aborder à l'enfer; et son âme fut profonde comme les abîmes qu'il a décrits.

IV.

L'Italie, au temps de sa puissance, revit tout entière dans le Dante. Animé par l'esprit des républiques, guerrier aussi bien que poète, il souffle la flamme des actions parmi les morts, et ses ombres ont une vie plus forte que les vivants d'aujourd'hui.

Les souvenirs de la terre les poursuivent encore; leurs passions sans but s'acharnent à leur cœur; elles s'agitent sur le passé, qui leur semble encore moins irrévocable que leur éternel avenir.

V.

On dirait que le Dante, banni de son pays, a transporté dans les régions imaginaires les peines qui le dévoraient. Ses ombres demandent sans cesse des nouvelles de l'existence, comme le poète lui-même s'informe de sa patrie; et l'enfer s'offre à lui sous les couleurs de l'exil.

Tout à ses yeux se revêt du costume de Florence. Les

morts antiques qu'il évoque semblent renaître aussi Toscans que lui; ce ne sont point les bornes de son esprit, c'est la force de son âme qui fait entrer l'univers dans le cercle de sa pensée.

VI.

Un enchaînement mystique de cercles et de sphères le conduit de l'enfer au purgatoire, du purgatoire au paradis: historien fidèle de sa vision, il inonde de clarté les régions les plus obscures; et le monde qu'il crée dans son triple poème est complet, animé, brillant comme une planète nouvelle, aperçue dans le firmament.

A sa voix, tout sur la terre se change en poésie; les objets, les idées, les lois, les phénomènes, semblent un nouvel Olympe de nouvelles divinités; mais cette mythologie de l'imagination s'anéantit, comme le paganisme, à l'aspect du paradis, de cet océan de lumières, étincelant de rayons et d'étoiles, de vertus et d'amour.

VII.

Les magiques paroles de notre plus grand poète sont le prisme de l'univers; toutes ses merveilles s'y réfléchissent, s'y divisent, s'y recomposent; les sons imitent les couleurs, les couleurs se fondent en harmonie; la rime, sonore ou bizarre, rapide ou prolongée, est inspirée par cette divination poétique, beauté suprême de l'art, triomphe du génie, qui découvre dans la nature tous les secrets en relation avec le cœur de l'homme.

VIII

Le Dante espérait de son poème la fin de son exil; il comptait sur la renommée pour médiateur, mais il mourut trop tôt pour recueillir les palmes de la patrie. Souvent la vie passagère de l'homme s'use dans les revers; et si la gloire triomphe, si l'on aborde enfin sur une plage plus heureuse, la tombe s'ouvre derrière le port, et le destin à mille formes annonce souvent la fin de la vie par le retour du bonheur.

IX

Ainsi le Tasse infortuné, que vos hommages, Romains, devaient consoler de tant d'injustices, beau, sensible, chevaleresque, rêvant les exploits, éprouvant l'amour qu'il chantait, s'approcha de ces murs, comme ses héros de Jérusalem, avec respect et reconnaissance. Mais, la veille du jour choisi pour le couronner, la mort l'a réclamé pour sa terrible fête: le ciel est jaloux de la terre, et rappelle ses favoris des rives trompeuses du temps.

X

Dans un siècle plus fier et plus libre que celui du Tasse, Pétrarque fut aussi, comme le Dante, le poète valeureux de l'indépendance italienne. Ailleurs on ne connaît de lui que ses amours; ici des souvenirs plus sévères honorent à jamais son nom, et la patrie l'inspira mieux que Laure elle-même.

Il ranima l'antiquité par ses veilles, et, loin que son imagination mît obstacle aux études les plus profondes, cette puissance créatrice, en lui soumettant l'avenir, lui révéla les secrets des siècles passés. Il éprouva que connaître sert beaucoup pour inventer; et son génie fut d'autant plus original, que, semblable aux forces éternelles, il sut être présent à tous les temps.

XI.

Notre air serein, notre climat riant ont inspiré l'Arioste. C'est l'arc-en-ciel qui parut après nos longues guerres: brillant et varié comme ce messager du beau temps, il semble se jouer familièrement avec la vie, et sa gaieté légère et douce est le sourire de la nature, et non pas l'ironie de l'homme.

XII.

Michel-Ange, Raphaël, Pergolèse, Galilée, et vous, intrépides voyageurs, avides de nouvelles contrées, bien que la nature ne pût nous offrir rien de plus beau que la vôtre, joignez aussi votre gloire à celle des poètes! Artistes, savants, philosophes, vous êtes comme eux enfants de ce soleil qui tour à tour développe l'imagination, anime la pensée, excite le courage, endort dans le bonheur, et semble tout promettre ou tout faire oublier.

XIII.

Connaissez-vous cette terre, où les orangers fleuris-

sent, que les rayons des cieus fécondent avec amour? Avez-vous entendu les sons mélodieux qui célèbrent la douceur des nuits? avez-vous respiré ces parfums, luxe de l'air déjà si pur et si doux? Répondez, étrangers, la nature est-elle chez vous belle et bienfaisante?

Ailleurs, quand des calamités sociales affligent un pays, les peuples doivent s'y croire abandonnés par la Divinité; mais ici nous sentons toujours la protection du ciel, nous voyons qu'il s'intéresse à l'homme, et qu'il a daigné le traiter comme une noble créature.

XIV.

Ce n'est pas seulement de pampres et d'épis que notre nature est parée; mais elle prodigue sous les pas de l'homme, comme à la fête d'un souverain, une abondance de fleurs et de plantes inutiles qui, destinées à plaire, ne s'abaissent point à servir.

Les plaisirs délicats, soignés par la nature, sont goûtés par une nation digne de les sentir; les mets les plus simples lui suffisent; elle ne s'enivre point aux fontaines de vin que l'abondance lui prépare: elle aime son soleil, ses beaux-arts, ses monuments, sa contrée tout à la fois antique et printanière; les plaisirs raffinés d'une société brillante; les plaisirs grossiers d'un peuple avide, ne sont pas faits pour elle.

XV.

Ici les sensations se confondent avec les idées, la vie s'épuise tout entière à la même source; et l'âme, comme l'air, occupe les confins de la terre et du ciel. Ici le gé-

nie se sent à l'aise, parce que la rêverie y est douce; s'il agite, elle calme; s'il regrette un but, elle lui fait don de mille chimères; si les hommes l'oppriment, la nature est là pour l'accueillir.

XVI.

Ainsi, toujours elle répare, et sa main secourable guérit toutes les blessures. Ici l'on se console des peines même du cœur, en admirant un Dieu de bonté, en pénétrant le secret de son amour; le revers passagers de notre vie éphémère se perdent dans le sein fécond et majestueux de l'immortel univers.

XVII.

Il est des peines cependant que notre ciel consolateur ne saurait effacer; mais dans quel séjour les regrets peuvent-ils porter à l'âme une impression plus douce et plus noble que dans ces lieux?

Ailleurs, les vivants trouvent à peine assez de place pour leurs rapides courses et leurs ardents désirs; ici, les ruines, les déserts; les palais inhabités, laissent aux ombres un vaste espace. Rome maintenant n'est-elle pas patrie des tombeaux?

XVIII.

Le Colisée, les obélisques, toutes les merveilles qui, du fond de l'Égypte et de la Grèce, de l'extrémité des siècles, depuis Romulus jusqu'à Léon X, se sont réunies ici, comme si la grandeur attirait la grandeur, et qu'un

même lieu dût renfermer tout ce que l'homme a pu mettre à l'abri du temps; toutes ces merveilles sont consacrées aux monuments funèbres. Notre indolente vie est à peine aperçue, le silence des vivants est un hommage pour les morts; ils durent, et nous passons.

XIX.

Eux seuls sont honorés, eux seuls sont encore célèbres; nos destinées obscures relèvent l'éclat de nos ancêtres, notre existence actuelle ne laisse debout que le passé, il ne se fait aucun bruit autour des souvenirs. Tous nos chefs-d'œuvre sont l'ouvrage de ceux qui ne sont plus, et le génie lui-même est compté parmi les illustres morts.

XX.

Peut-être un des charmes secrets de Rome est-il de réconcilier l'imagination avec le long sommeil. On s'y résigne pour soi, l'on en souffre moins pour ce qu'on aime. Les peuples du Midi se représentent la fin de la vie sous des couleurs moins sombres que les habitants du Nord. Le soleil, comme la gloire, réchauffe même la tombe.

XXI.

Le froid et l'isolement du sépulcre sous ce beau ciel, à côté de tant d'urnes funéraires, poursuivent moins les esprits effrayés. On se croit attendu par la foule des

ombres; et, de notre ville solitaire à la ville souterraine, la transition semble assez douce.

XXII.

Ainsi la pointe de la douleur est émoussée; non que le cœur soit blasé, non que l'âme soit aride, mais une harmonie plus parfaite, un air plus odoriférant, se mêlent à l'existence. On s'abandonne à la nature avec moins de crainte, à cette nature dont le Créateur a dit: Les lis ne travaillent ni ne filent, et cependant quels vêtements des rois pourraient égaler la magnificence dont j'ai revêtu ces fleurs!»

Le rosier.

Si notre brillante et bruyante capitale est le centre des jeux, des plaisirs, des spectacles, des aventures piquantes et des scènes comiques, les faits touchants, les actes d'amitié, de sensibilité, n'y sont pas non plus étrangers, peut-être même y sont-ils plus communs qu'on ne le pense. Si on les connaît moins, c'est que les Français, toujours portés à rire, aiment mieux raconter une plaisanterie qu'une anecdote sentimentale.

Dans un des quartiers les plus peuplés de cette ville, habitait une pauvre femme qui, après avoir perdu suc-

cessivement son mari et ses enfants, se trouvait forcée de travailler pour vivre. Elle n'était plus jeune et logeait au cinquième étage; en considération de son âge, les personnes qui l'employaient lui faisaient porter de l'ouvrage et l'envoyaient reprendre, afin qu'elle ne se fatiguât pas en courses souvent répétées.

Dans une maison en face de celle où logeait la pauvre dame, demeurait une jeune fille de dix-huit ans, jolie, douce, sage, et cependant orpheline, vivant seule dans une petite chambre au sixième étage, dont la fenêtre donnait précisément en face de celle de la vieille dame.

La jeune fille brodait pour vivre, elle travaillait avec assiduité. Toute la journée, assise contre sa fenêtre, sa seule distraction était de soigner un beau rosier qu'elle plaçait tous les matins sur sa croisée. Probablement monsieur le commissaire ne regardait pas cette fenêtre-là.

Tout en brodant, la jeune fille aperçut sa voisine, dont l'air respectable lui plut, parce qu'elle n'était pas de ces demoiselles qui tournent les mamans en ridicule. De son côté, la bonne dame était édifiée de la sagesse, de l'aptitude au travail dont la jeune brodeuse faisait preuve. On se salua, on se parla: puis enfin la jeune fille, en allant et venant pour reporter son ouvrage, monta chez la vieille dame. Bientôt l'amitié la plus sincère s'établit entre ces deux personnes; quoique d'un âge différent, elles pensaient de même; la jeune regardait la plus âgée comme sa mère, et celle-ci croyait retrouver dans la jeune fille un des enfants qu'elle avait perdus.

Cette liaison durait depuis près d'une année; elle n'était pas de celles que le caprice forme ou détruit. Mais la jeune brodeuse tomba malade; l'excès du travail avait attaqué sa poitrine, et cette maladie cruelle,

qui se développe souvent au printemps de la vie, fit en peu de temps chez elle de terribles ravages.

La plus grande peine de la jeune fille était de ne plus pouvoir aller aussi souvent près de celle qu'elle appelait sa mère. Bientôt il lui fallut renoncer entièrement à ce plaisir. Descendre six étages pour en remonter cinq autres, devenait trop fatigant pour la jeune malade, qui chaque jour perdait ses forces, et, de son côté la vieille dame ne pouvait plus que difficilement quitter son fauteuil.

Il fallut donc se contenter de se voir à la fenêtre. La jeune brodeuse y plaçait chaque matin son rosier pour le reprendre le soir. Tant que le rosier n'était pas sur la croisée, la vieille dame savait que sa jeune amie n'avait pas encore ouvert sa fenêtre; elle restait alors contre la sienne, et attendait qu'elle se montrât pour lui faire quelques signes d'amitié.

Chaque jour cependant le rosier se montrait plus tard, car la jeune malade ne pouvait plus être matinale.... Elle s'éteignait sans le savoir; mais sa pauvre voisine s'apercevait du changement effrayant qui s'opérait en elle, et quand le rosier tardait à se montrer, son inquiétude devenait plus vive.

La pauvre petite faisait un effort surnaturel pour atteindre et ouvrir encore sa fenêtre; mais un jour cela lui fut impossible.... sa vieille amie attendit vainement que le rosier parût.... La journée s'écoula, et le rosier ne se montra pas.—Hélas! dit la bonne dame, j'ai perdu mon enfant!

En effet, la jeune brodeuse n'était plus; on la trouva près du rosier qu'elle voulait encore essayer de montrer à son amie.

La Tabatière.

Un jeune homme en Russie eut l'imprudence, en jouant chez un grand seigneur, de mettre sur la table de jeu une fort belle tabatière garnie en diamants; la tabatière disparut. Il tenait beaucoup à sa tabatière.

Il confia sa mésaventure au maître de la maison, employant toute sorte de circonlocutions pour en arriver à lui dire qu'il avait un voleur chez lui. Mais à sa grande stupéfaction, le maître de la maison ne parut pas autrement étonné.

—Donnez-moi le signalement bien exact de votre tabatière, lui dit-il.

Le jeune homme le lui donna.

—Bien, dit l'autre, je tâcherai de vous la rattraper.

—Vous-allez vous adresser à la police, alors?

—Oh! pas du tout; ce serait le moyen que vous ne la revissiez jamais. Ne dites pas un mot du vol, au contraire.

—Mais quel moyen emploieriez-vous?

—C'est mon affaire; je vous dirai cela en vous rendant la tabatière.

Au bout de huit jours, le grand seigneur se presenta chez le jeune homme.

—Est-ce celle-là? lui demanda-t-il, en lui montrant une tabatière.

—Justement, dit celui-ci.

—C'est votre tabatière?

—Mais certainement.

—Et bien, la voici; mais ne la posez plus sur les ta-

bles de jeu: je comprends qu'on vous l'ait volée; elle vaut dix mille francs comme un kopek.

—Comment diable avez-vous pu la rattraper?

—C'était un des amis qui vous l'avait prise: le comte un tel.

—Et vous avez osé la lui redemander?

—La lui redemander? Oh! non pas, il se serait blessé de la réclamation.

—Comment avez-vous fait, alors?

—Comme il avait fait lui même: je la lui ai volée.—

La conquête de l'Algérie.

I.

L'Algérie est la terre classique des désastres inattendus, où le conquérant européen a payé cher sa trop grande confiance en lui-même. Tous les peuples qui ont tenté depuis l'antiquité de prendre pied sur l'Atlas y ont reçu de dures leçons. Il y a tantôt quatre cents ans, le gouverneur espagnol de Mers-el Kébir, voulant étendre sa sphère d'action, allait soumettre les tribus des environs de Misserghin, tout comme le colonel Bonnier est allé conquérir Tombouctou; lui aussi, réussissait, mais au retour, comme il se gardait mal, il fut surpris par la cavalerie arabe et mis en pleine déroute.

II.

Quand nous eûmes pris pied en Algérie, la facilité avec laquelle Alger avait été conquis fit oublier souvent les précautions les plus élémentaires. Un an après notre arrivée, le 2 juillet 1831, le général Berthezène, revenant de Médéah en victorieux, était attaqué au-dessous d'un col (Ténia), avec une colonne composée de près de 5.000 hommes; aucune mesure n'avait été prise pour conserver les hauteurs, les Arabes qui poursuivaient leurs vainqueurs en prirent possession et, du haut des crêtes, firent un feu terrible sur nos soldats dont une partie se débanda. Sans le commandant Duvivier qui réussit à contenir l'ennemi avec son bataillon, nous éprouvions une défaite honteuse et peut-être la possession de l'Algérie était compromise.

III.

En 1835, nouvelle leçon. Le général Trézel, sans ordre précis, quitte Oran pour aller atteindre Adb-el-Kader dans Mascara, espérant, par un coup d'audace, mettre fin à la lutte. Une première surprise eut lieu dans la forêt de Muley-Ismaïl, le 26 juin. L'armée, mal éclairée, se trouve entourée par l'ennemi caché dans les broussailles; l'avant-garde et le 66^e se replient; sans le colonel Oudinot, qui chargea à la tête des chasseurs d'Afrique et paya de sa vie sa bravoure, c'était un désastre. On put disperser l'ennemi et gagner les bords du Sig qui, plus bas, à sa jonction avec l'Habra, prend le nom de Macta.

IV.

Abd-el Kader nous y poursuivit; de nouveaux contingents avaient réparé ses pertes. Le général, comprenant qu'il s'était trop aventuré, voulut battre en retraite sur Arzew. L'émir s'attendant à cette détermination, alla s'installer au-dessus de gorges où la colonne française devait passer; pour y arriver plus vite, il fit emporter des fantassins en croupe par ses cavaliers. Lorsque le général Trézel parvint à la Macta, sans même avoir cherché à reconnaître le terrain, il fut attaqué par des milliers d'Arabes. Dans ce défilé étroit, la défense devint bientôt impossible, l'ennemi se précipita sur les voitures qui transportaient les blessés de Muley-Ismaïl et égorga ou mutila ceux-ci. Ce fut un affreux désordre: les voitures sont abandonnées, chacun cherche à fuir, la Macta est un obstacle où nombre d'hommes se noient. Au lieu de marcher, on piétine sur place, laissant l'ennemi tirer à loisir sur la masse; les Arabes s'emparent du convoi et d'un obusier. Sans une cinquantaine d'hommes qui se groupèrent autour du capitaine Bernard, qui faisait bonne contenance avec quarante chasseurs à cheval, sans l'appui de quelques canons, heureusement dirigés par le capitaine Allaud, tout était perdu; une charge du capitaine Bernard dégageda enfin le terrain. On put atteindre les bords de la mer et, pays en découvert, refouler l'ennemi. On avait marché seize heures et combattu pendant quatorze heures. Nous eûmes trois cents morts, deux cents blessés et dix-sept prisonniers. Presque tout le matériel était resté aux mains de l'ennemi. La faiblesse des troupes était telle que le général Trézel n'osa pas les ramener par terre; il fallut les envoyer à

Oran par bateau. La distance entre Arzew et Oran n'est cependant que de 42 kilomètres.

V.

Pendant dix années, aucun autre désastre d'une telle importance ne se produisit; mais, en 1845, eut lieu la catastrophe de Sidi-Brahim, la plus fameuse de ces surprises. Le drame rappelle, par plus d'un côté, la surprise de Dougoï.

Le colonel de Montagnac commandait à Djemaa-Ghazaouat, aujourd'hui Nemours; c'était un esprit entreprenant, désireux de se signaler, à tel point que le maréchal Bugeaud lui avait donné la consigne absolue de ne pas quitter ses lignes, quoi qu'il pût advenir. Cependant il se laissa prendre à une lettre des Souhalias, inspirée par Abd-el-Kader, lui demandant du secours contre les réguliers de l'émir. Il sortit de la ville avec 350 hommes de 8^e chasseurs et 62 hussards, bien qu'à ce moment le général Cavaignac lui eût demandé d'envoyer les chasseurs à Marnia. Le 22 septembre, il s'avancait chez les Souhalias; près du marabout de Sidi-Brahim, il tombait au milieu des troupes d'Abd-el-Kader. On sait comment, au bout de deux jours de combat héroïque, 322 Français dont tous les officiers étaient morts et 95 prisonniers ou blessés. Douze seulement des héros de Sidi-Brahim purent gagner Djemaa-Ghazaouat.

VI.

En 1864, alors que l'Algérie était définitivement con-

quise, nouveau massacre. Le bachagha des Oulad-Sidi-Cheikh, Si Sliman s'était révolté, le colonel Beauprêtre, commandant supérieur de Tiaret, se porta à sa poursuite avec une compagnie de tirailleurs, un escadron de spahis et un contingent fourni par les Harars. Le 6 avril, Beauprêtre avait dressé son camp en plein désert, à Bou-Allem. On se gardait mal. Le 8, au point du jour, le camp fut assailli par Si Sliman, les Harars nous trahissaient et faisaient cause commune avec les Oulad-Sidi-Cheikh. Le bach-agma se ruait sur la tente du colonel et poignardait le malheureux officier, mais Beauprêtre put faire feu de son pistolet sur le chef arabe qui le regardait mourir et il lui fit sauter la cervelle.

VII.

La catastrophe de la mission Flatters et quelques incidents de la campagne contre Bou-Amama peuvent rentrer dans le même ordre de surprises. Chaque fois on avait dédaigné les précautions d'usage ou fait montre d'une confiance naïve envers l'adversaire.

VIII.

Au Dahomey, les surprises furent moins heureuses pour l'ennemi. Si l'organisation même de l'expédition n'a pas révélé dans l'administration de la marine une science bien profonde de la guerre au point de vue matériel, la direction militaire a montré dans le général Dodds un chef soucieux d'éviter les embûches. Le seul fait de guerre qui rappelle les événements semblables à la Macta est le combat de Dogba, mais là, au moins, nos troupes étaient sur leurs gardes, l'alarme fut don-

née par une sentinelle qui aperçut les Dahoméens. Les dangers un instant encourus par la colonne ont été causés par le terrain qu'on n'avait pu débroussailler assez loin, dominé par de grands arbres où les tirailleurs de Behanzin, étant groupés, pouvaient à l'aise faire feu sur nos soldats. Si les pertes y furent douloureuses, elles ne peuvent se comparer à celles des catastrophes qui marquèrent la conquête de l'Algérie.

La vie et la mort.

I.

Tambours, tambours, tambours, tambours
Me poursuivrez-vous donc toujours,
Tambours, tambours, tambours, tambours?

Vous êtes bien capable de croire que ces trois vers sont de moi, car ils sont mauvais. Ils sont de Béranger, et c'est, je crois, sa dernière chanson. Il la composa en 1848.

Nous étions dans ce temps-là assourdis par les tambours. Ceux de la troupe ne faisaient pas grand bruit; mais la plupart des députations qui se rendaient à l'Hôtel de Ville «pour parler au gouvernement» tenaient à avoir leur tambour. C'était un tapage infernal. Ajoutez la *Marseillaise* et les *Girondins*, agrémentés de quelques coups de fusil quand l'enthousiasme était trop débordant.

II.

Je me souviendrai toujours d'un vieux petit tambour, qui avait l'air d'être descendu d'un cadre d'Horace Vernet, et qui prit une part principale dans une conversation où je me trouvais mêlé. C'était à l'Hôtel de Ville. Une députation de gardes nationaux, qui n'avaient d'autre uniforme qu'un fusil et un sabre, venait remonter au citoyen Lamartine combien il serait convenable de déclarer la guerre à tous les tyrans. Lamartine répondait, comme toujours, en poète inspiré, et des gardes nationaux véritables, au nombre desquels je me trouvais, pressés autour de lui, applaudissaient ses paroles avant qu'elles fussent prononcées. Mon diable de tambour avait entrepris de scander tous les discours avec des roulements et des rataplans, selon l'importance de la question et de la riposte, comme l'orchestre scandait alors, au boulevard de Crimée, les tirades de Frédéric ou de Bocage. On s'y faisait au bout de quelques minutes. Il semblait que quelque chose aurait manqué à la solennité d'une déclaration si elle n'avait pas été accompagnée d'un roulement.

III.

Nous sommes moins mélodramatiques aujourd'hui. Même, il y a eu un moment où le général Farre a voulu nous priver tout à fait de nos tambours. Le général Billot nous les a rendus, et ce sera pour lui dans l'avenir un titre impérissable à la reconnaissance de la poésie et de la musique.

Il me semble que les tambours sont devenus plus modestes depuis leur aventure sous le général Farre. Leur

dimension a été réduite, et leur bruit, par conséquent... Ils gardent plus souvent le silence... Songez que les armées sont au moins quadruplées. Si les anciens tambours et les anciennes sonneries avaient été conservés, ils feraient quatre fois plus de bruit qu'avant les nouvelles lois militaires. Nous en serions littéralement ahuris, même sans la coopération des tambours civils et des tambours révolutionnaires.

IV.

Pendant que la guerre remplira nos oreilles de roulements, nos yeux d'amas de boulets, nos arsenaux d'habits et de souliers qui seront usés avant de pouvoir être portés, nos cadres de généraux qui ne remporteront pas de victoires, faute d'avoir eu l'occasion de combattre, et nos tables de mortalité de jeunes soldats tués par l'agglomération aussi meurtrière que le canon; Pasteur d'un côté, Brouardel de l'autre, les Colin et les Dujardin-Beaumetz dans l'armée, et, dans la marine, les successeurs de Foulloye et de Rochard, travaillent sans tambours et sans faste à réparer les ravages que leurs voisins ne se lassent pas de faire, et à diminuer la mortalité que les engins explosibles, les marches, les contremarches, les mobilisations et les manœuvres ne cessent de produire. C'est comme un duel permanent entre l'art de tuer et l'art de faire vivre. Le public juge les coups; mais il faut le dire (est-ce à sa honte ou à sa gloire?), il préfère hautement les tueurs aux guérisseurs. Le moindre colonel qui aura délogé une centaine de sauvages embusqués derrière un rempart de terre battue sera plus populaire que Pasteur, qui a délogé la rage, et qui, dans ce moment même, serre de près la diphtérie et le tétanos.

V.

Il semble que le sens commun n'existe plus quand il s'agit de juger les médecins et la médecine. Lorsqu'est arrivée la mésaventure du docteur Koch, il y avait des gens malavisés qui en triomphaient contre lui. Ils ne pouvaient reprocher à M. Koch que de s'être trop pressé; il n'en est pas moins un grand savant et un grand homme.

On n'ose pas nier les progrès de la médecine comme science. Oui, dit-on en forme de concession, les médecins classent mieux les maladies qu'ils ont en magasin; il font de bonnes descriptions et de bons catalogues; mais le remède, où est-il? Il n'y a que le remède qui importe!

Sans doute, c'est du remède qu'il s'agit; mais des études bien dirigées conduisent à trouver le remède. On trouve quelquefois le remède puisque Jenner l'a trouvé pour la variole et Pasteur pour la rage; et en attendant qu'on trouve le remède radical, on trouve souvent des adoucissants, des palliatifs, des remèdes efficaces qui ne sont pas des remèdes radicaux et définitifs. On a presque vaincu la fièvre typhoïde en découvrant que les eaux en étaient le principal véhicule.

VI.

Los mécréants trouvent encore un autre prétexte. Ce n'est pas, disent-ils, la médecine qui rend des services, c'est l'hygiène. Mais qu'est-ce que l'hygiène, sinon une des sciences médicales? Où trouve-t-on des hygiénistes, sinon parmi les médecins? Ce fait même d'avoir cons-

taté l'importance capitale de l'hygiène est le plus grand service que la médecine nous ait rendu.

Je ne cesserai de protester contre cette ingratitude et de dire que les Pasteur, les Germain Sée, les Koch, les Brouardel, les Proust, les Alphonse Guérin, les Labbé gagnent des batailles.

VII.

J'admire les citadelles quoiqu'elles ne soient plus imprenables, et les cuirassés quoiqu'ils aient peine à se défendre contre les torpilleurs. J'admire nos généraux et nos soldats. Je sais que, s'ils donnent la mort, ils savent aussi la braver. Ils sont la sauvegarde et l'honneur de la patrie. Nous leur devons ce qu'il y a de généreux et d'héroïque dans le caractère national. Mais si j'aime l'armée qui menace la vie humaine, je ne veux pas être ingrat pour celle qui la défend.

Je me rappelle à quel âge on était vieux et infirme il y a cinquante ans, et je vois à quel âge on l'est aujourd'hui. Dans ma jeunesse, on parlait à soixante ans de la nécessité de se reposer; aujourd'hui, c'est tout au plus si on ose réclamer le repos à quatre-vingts ans. Toutes les infirmités ont été refoulées dans le quatrième quart de la vie, et, même parmi les septuagénaires, elles ont perdu de leur nombre et de leur force. La mort même a subi à son tour de rudes coups, puisque la mortalité est tombée, en chiffre rond, de 24 à 19.

On dira dans l'avenir, de cette fin de siècle, ce qu'on chante à l'église à propos de la Passion:

Mors et vita duello
Confluxere mirando,

La vie d'outre-mer.

Honolulu

Métropole d'un petit royaume polynésien, Honolulu, capitale de l'archipel havaïen, déploie, dans l'île de Oahu, au fond d'un golfe largement échancré, ses riantes villas qu'enserrent une végétation tropicale, ses jardins fleuris, ses rues ombreuses comme les allées d'un beau parc. Dans la ville commerçante, attenant au port, de massives constructions en pierre de corail; de vastes magasins, des comptoirs et des maisons de banque, des entrepôts de sucre et de café témoignent d'un commerce actif et d'une prospérité croissante. Mais à côté des ces manifestations, surtout les mêmes, d'un trafic qui, ici, presque en tout diffère, le cadre, le climat, la race, le mode de vie sont autres dans cet archipel que dans le continent voisin. Les sept jours de mer qui séparent Honolulu de San Francisco séparent deux mondes bien distincts, deux modes d'existence qui n'ont entre eux que de lointaines analogies.

Ici la note gaie domine. Le voyageur qui débarque à Honolulu est tout d'abord agréablement frappé par le côté pittoresque du cadre, par Diamond-head, dont l'assise puissante et les nettes arêtes se détachent en relief sur le bleu de la mer et le vert des collines, par la ceinture de cocotiers élancés et d'épaisses ramures qui borde la plage, par le cône tronqué qui domine la ville et auquel sa forme bizarre a fait donner le nom de «Bol de Punch». Il note la prédominance d'une race cuivrée, belle de formes et fière d'allures, sans dédain comme

sans obséquiosité vis-à-vis du blanc, par lui traitée en égale, avec lui polie et courtoise. Frappé de l'activité et du mouvement qui règne dans le port et sur les quais, il augure bien de la prospérité du pays; pénétrant plus avant, dans la ville, il augure bien de la sociabilité de ses habitants. Les villes se succèdent, encadrées de jardins, ombragées de beaux arbres, coudoyant, en amicales voisines, les cases indigènes construites en bambous et aux toitures en feuilles de pandanus. Sous les vérandas des cottages, Européens ou Américains, reposant sur des chaises longues chinoises ou bercés dans des *rocking chairs* yankees, fument nonchalamment; au seuil des huttes, les indigènes, accroupis sur des nattes, se passent de l'un à l'autre la pipe classique creusée dans une noix de kuffui. Dans les rues larges, ombreuses et soigneusement entretenues, les femmes canaques, bien campées sur leurs chevaux, jambe de ci, jambe de là, pittoresquement drapées d'étoffes flottantes et de couleur vive, couronnées de *thyarées* et portant au cou des colliers de fleurs d'hibiscus, passent au galop, jetant à leurs amis et connaissances de joyeux *alohas* et de frais éclats de rire. Le coup d'œil est charmant; les yeux vifs et grands pétillent de gaieté, les traits délicats et fins, le port de tête élégant, les gestes souples et gracieux attirent et charment le regard. On se sent au milieu d'une population fille des tropiques, insouciant, heureuse de vivre, avide de mouvement.

Elle l'est, et aussi de fêtes, de banquets, de danses, de longues chevauchées et d'excursions. Rien ici qui rappelle la gaieté bruyante du noir émancipé, affirmant son indépendance par sa nonchalance, demeuré obséquieux et servile; non plus que mélancolique tristesse et la sombre ivresse du Huanca péruvien, regrettant l'an-

tique grandeur de sa nation déchue et démembrée; non plus que la haine sourde du Malais contre l'Européen vainqueur et dominateur, ou la fataliste résignation de l'Indien. Le blanc ne fut jamais un maître pour cette race polynésienne, mais un hôte, bien accueilli, auquel elle est redevable de ce qu'elle sait, car ici on ne trouverait pas un homme ou une femme de vingt ans qui ne sache lire, écrire et compter, et, en outre, qui ne parle ou n'entende l'anglais. L'ordre parfait qui règne, la confortable apparence des choses sont l'œuvre du blanc; il a civilisé l'autochtone; il a mis en valeur ce pays qui l'enrichit; il l'a embelli et façonné à son usage.

Variées d'aspect, de formes, de teintes, les autres îles de l'archipel réservent au visiteur des paysages d'une incomparable grandeur, des coins charmants où le désir vient au plus nomade de planter sa tente. L'étonnant cratère de Kilauéa est à lui seul un spectacle assez émouvant pour mériter même un plus long voyage. Aujourd'hui, ces excursions sont devenues faciles et relativement peu coûteuses. Si, sur quelques points, les hôtels font encore défaut, les Canaques sont partout hospitaliers et les planteurs se font une fête d'accueillir l'étranger. Il en est de même dans tous les ports et jusque dans la capitale, où les lettres de recommandation sont un passeport qui ouvre toutes les portes. Dans cette ville de 23,000 âmes, dont 4,000 blancs tout au plus, on ne saurait être admis dans une famille sans l'être de plein droit dans toutes celles avec lesquelles elle est en relation d'amitié.

Les derniers oiseaux.

I.

En ces temps-là, il n'y avait plus d'oiseaux.

La Terre était une ville énorme, toute d'acier, recouverte, en guise de voûte céleste, par un inextricable écheveau de fils téléphoniques et de rails pour les aérostats.

L'homme avait réalisé le rêve de l'économie sociale et conquis sa dignité vraie. Aussi s'ennuyait-il ferme. Plus d'oiseaux, plus de fleurs; à peine avait-on conservé les femmes.

Il y en avait pourtant de bien jolies encore, mais à quoi bon? Si les jeunes gens dérobaient un cheveu à leurs tresses luisantes, c'était pour fabriquer des hygromètres. On considérait comme maniaque un blondin frisé au petit fer qui perdait ses heures, accoudé sur un divan, à bavarder avec Lélia, la fille de l'illustre philologue Isyskès.

II.

Le blondin s'appelait Hugo, du nom d'un grand poète de l'antiquité. Il s'était résigné au rôle de secrétaire d'Isyskès qu'il aidait dans la composition de son fameux ouvrage sur les *Européens préhistoriques*.

D'ailleurs, sans aucune conscience, Hugo, au lieu de fouiller les bibliothèques, écoutait sonner le heures auprès de Lélia, délicieusement; puis il griffonnait au hasard, avec un sourire sceptique, quelques notes sur

l'anthropophagie en France ou les sacrifices humains au dix-neuvième siècle. Le savant reprenait ces notes et les insérait dans son livre, qui devait faire foi contre tous en matière d'histoire ancienne.

Le ciel châtiait Hugo. Malgré son calme sourire, il était au fond mélancolique, et rêvait, triste, aux indifférences joyeuses de Lélia, bonne fille du reste en son insouciance, et prête à sangloter devant un cheval abattu.

III.

Parfois, il s'abîmait en des songeries morbides à contempler l'adorée qui, dans la tiédeur de sa chambre aux tapis profonds; copiait, avec un mignon pinceau, les motifs conservés sur les faïences antiques de son père; elle peignait surtout les roses, ces roses comme il en avait existé jadis.

Alors son ami, nourri de fortes études classiques, et vaguement attristé par l'évocation des amours anciennes, laissait tomber de ses lèvres quelques vers des poètes féminins de l'antiquité, de Sully-Prudhomme ou de Musset. Lélia se retournait avec un léger rire, et renvoyait le pédant au collège.

IV.

Un soir, l'illustre Isyskès entra dans la chambre à grand bruit.

— Enfin, s'écria-t-il, enfin, je les tiens, ces oiseaux dont les vieilles littératures nous parlent sans cesse. Qu'on les traite maintenant d'êtres fabuleux! Voyez plutôt.

Et sur un guéridon le philologue déposait, avec d'innombrables précautions, deux minces paquets raides, détério-

rés, avec de la ouate sortant du ventre. Il avait acheté cela chez un marchand de bric-à-brac.

—Hugo, vite une plume!

Et le savant dicta la dépêche suivante:

«Isyskès à l'Institut Terrestre.—Découverte inappréciable. Oiseaux authentiques. Convoquez séance. Je préparerai mon rapport cette nuit.»

V.

Puis il gagna son cabinet et commença une grave étude où il démontrait que les oiseaux avaient existé réellement et qu'il devait en être de même pour les sphinx, chimères et autres accessoires poétiques des Anciens.

Tout à sa préoccupation académique, Isyskès avait oublié sur le guéridon l'un des petits paquets rigides. Il s'était encore moins inquiété du flirt de son secrétaire avec sa fille.

Vieux, personnel, il désirait leur union, rêvant d'un gendre qui poursuivît après sa mort le grand ouvrage sur les Européens préhistoriques. Il avait confié aussi d'avance à Hugo le manuscrit de sa propre oraison funèbre.

VI.

Seuls maintenant, dans la chambre bleu sombre de Lélia, les jeunes gens contemplaient, silencieux, l'oiseau resté sur le guéridon; elle, avec une curiosité rayonnante d'enfant; lui, avec des retours d'âme mélancoliques vers le passé de rêve et de poésie qu'évoquait cette petite momie poussiéreuse dont les yeux d'émail éteints par les siècles regardaient avec une fixité douloureuse.

—Ainsi, cela vivait autrefois? questionnait Lélia, déployant un peu les ailes rigides.

—Oui. Les poètes anciens nous décrivent les oiseaux volant parmi les fleurs et chantant. Leur vie n'était qu'un gazouillis perpétuel, une joyeuse débauche d'air et de soleil.

—Ecoutez, Hugo, reprit la jeune fille subitement songeuse. Vous m'avez débité mille fadaises, prêté vingt serments d'immuable amour; cet amour, il m'en faut une preuve réelle.

—Parlez. Quel caprice encore?

—J'exige que vous m'apportiez un de ces petits êtres vivant.

—Impossible.

—Il n'y a pas d'impossible en amour. Adieu.

Et elle le congédia d'un sourire bon enfant et inflexible tout à la fois.

VII.

Lui, désolé, songea d'abord au suicide; mais se remémorant sa fière devise: *Je veux, je peux*, il se promit de découvrir l'être fabuleux qu'on exigeait, dût-il l'aller chercher dans la planète Mars, où les habitants de la Terre venaient de fonder une colonie.

Cependant, à la nouvelle de la découverte faite par Isyskès, son voisinage s'était ému. Dans l'énorme cité humaine, il habitait le quartier des Français, séjour des théâtres et des cafés-concerts dont le tapage échevelé troublait ses doctes investigations.

On était curieux et potinier en diable dans ce quartier. Des centaines de visiteurs affluèrent chez l'acadé-

micien qui mû par les instincts utilitaires de son époque, finit par établir un tourniquet.

Et quel émoi parmi ces visiteurs! D'abord une stupéfaction devant les frêles momies couchées sur de la ouate sous un vitrage; puis une infantine pitié, et enfin un regret atavique pour quelque chose d'éteint en eux, plut doux, plus sincère que l'ivresse matérialiste,—pour le Rêve.

VIII.

Tandis que l'orgueil et la cupidité d'Isyskès trouvaient leur jeu à cette exhibition des petits êtres momifiés, son futur gendre courait les rues de la Terre, afin de découvrir quelque spécimen vivant.

Vains efforts! Le nom même d'oiseau avait disparu de la mémoire des hommes.

Il allait renoncer à ses investigations, lorsqu'un article de journal lui suggéra l'idée d'une suprême tentative: il s'agissait du nivellement prochain des monts Himalaya, dont une cime, encore mal peuplée, conservait quelques traces de végétation.

Le jeune homme prit le tube pneumatique et le soir même il débarquait place de l'Inde. Vite il grimpa sur les buttes, parmi un dédale d'usines et d'hôtels en construction.

IX.

O providence manifeste des amoureux! En ce quartier, on connaissait encore les oiseaux.

A vrai dire, les derniers avaient disparu du petit bouquet de mimosas qui constituait à peu près l'unique dé-

bris de la végétation terrestre. Mais on donna au jeune homme l'adresse d'un centenaire qui seul pourrait lui dire s'il existait encore un spécimen ornithologique quelconque.

Ce centenaire était connu sous le sobriquet de père Vichnou, à cause d'une religion très ancienne dont il restait l'unique dépositaire.

X.

Hugo trouva le père Vichnou dans son jardinet, en train de rendre l'âme, étendu sur une natte en roseaux du Gange et tenant à la main une queue de vache, selon les rites sacrés des brahmes.

Le vieillard, déjà ravi par l'extase des paradis védiques, sortit de sa léthargie en entendant prononcer ce mot, les oiseaux.

—Trop tard, balbutia-t-il, les hommes: se repentiraient donc d'avoir anéantis la race des petits êtres ailés? Puis d'un geste pénible il indiqua une cage en bambou suspendue à sa case et où s'agitaient deux oiseaux, les derniers. Et, crispant ses doigts maigres autour de la queue de vache, le père Vichnou expira.

XI.

Là-bas, à l'autre bout de la grande cité des hommes, l'Envie ricanait d'Isyskès et de sa découverte. Son rapport à l'Institut terrestre avait été d'abord une longue ovation; l'élite de la société féminine encaquée dans les galeries avait souligné de bravos et de sourires les passages où le savant évoquait l'idéale existence des Oiseaux.

Mais à la tribune encore vibrante était monté ensuite, lentement, doctoralement, le plus redoutable adversaire

d'Isyskès un physiologiste impassible, plus froid analyste que ses cornues, et boutonné dans sa méthode scientifique comme dans sa longue tunique d'où sortait une tête bilieuse, incapable d'un sourire ou d'une expression passionnelle.

Point par point, l'orateur avait démoli l'argumentation brillante d'Isyskès et démontré que l'existence d'êtres capables de s'élever en l'air sans le secours de l'industrie était une conception inane, imaginée par les poètes menteurs de l'antiquité.

L'auditoire, convaincu par cette sèche réfutation, avait souri de l'enthousiaste et naïf Isyskès. Le lendemain, la recette du tourniquet baissa des trois quarts.

XII.

Un matin, l'infortuné philologue corrigeait, auprès de sa fille, une épreuve des *Européens préhistoriques*. Lélia le considérait avec un petit air de pitié narquoise; elle ne croyait plus maintenant à la gloire paternelle.

Qui sait, peut-être doutait-il lui-même! En tout cas, il venait de faire disparaître les deux momies.

Soudain, la portière se soulève, et Hugo se précipite avec un cri de triomphe. Des oiseaux! Pour le coup, plus de scepticisme possible. C'étaient bien des oiseaux vivants qui s'agitaient, effrayés, les pattes crispées aux barreaux de la cage, que le jeune homme déposait sur la longue table noir de l'érudit.

L'honneur d'Isyskès était vengé. Hugo voyait assurée désormais la récompense de son amoureuse entreprise.

Une heure après, l'Institut, les Sociétés de gymnastique, les orphéons et le Sénat se pressaient, dans une

enthousiaste manifestation, sous les fenêtres du grand calomnié.

On lut dans les journaux du soir le suicide de son adversaire. Il s'était fait sauter avec ses cornues, après avoir écrit sur les murs du laboratoire:—O science tu n'es qu'un mot!

Le jour de la Blanchisseuse.

M^{me} LUBERT (criant).—Frédéric!... As-tu quelque chose à donner à la Blanchisseuse?

LUBERT.—Non, ma bonne, j'ai tout mis dans le coffre.

M^{me} LUBERT.—Tu n'as pas de mouchoirs oubliés dans tes poches, pas de cravates fourrées dans les coins?

LUBERT.—Je t'ai tout donné, absolument tout.

M^{me} LUBERT (à sa bonne).—Et vous, Céleste?

CÉLESTE.—Oh! moi, je sais si peu!...

M^{me} LUBERT.—Merci! Onze torchons en dix jours.

CÉLESTE.—Madame préférerait-elle la vaisselle mal essuyée?

M^{me} LUBERT.—Il ne s'agit pas de ça. Je dis que douze torchons en dix jours....

CÉLESTE.—Tout à l'heure il n'y en avait qu'onze.

M^{me} LUBERT.—En voilà assez!... Vous n'avez plus rien?

CÉLESTE.—Pardon, j'ai encore ça. (Elle donne un paquet à sa maîtresse.)

M^{me} LUBERT (déroulant le paquet et poussant une exclamation).—Un jupon tuyauté!... Mais c'est de la folie furieuse! Est-ce que j'en porte, moi?

CÉLESTE.—Madame a habité la province si longtemps!

M^{me} MUBERT.—Croyez-vous donc qu'on ne s'habille pas aussi bien à Pithiviers qu'à Paris?

CÉLESTE.—On dit ces choses-là dans les départements.

N^{me} LUBERT.—En voilà assez!... Vous payerez le blanchissage de votre jupon.

CÉLESTE.—Il a été convenu que Madame me blanchirait.

M^{me} LUBERT.—Pourquoi pas vos dentelles aussi?

CÉLESTE.—Madame sait bien que, pour soutenir une traîne, il faut des dessous tuyautés

M^{me} LUBERT (indigné).—Mademoiselle porte des robes à traîne! Où allons-nous, Seigneur Dieu! où allons-nous?

CÉLESTE.—Faut peut-être la jeter aux ordures?... Comme si les domestiques n'étaient pas assez malheureux de servir, sans les chicaner encore sur un jupon de plus ou de moins.

M^{me} LUBERT.—On sonne. Allez ouvrir.

(La Blanchisseuse fait le compte du linge qu'elle rapporte avec M^{me} Lubert.)

M^{me} LUBERT.—Je ne trouve que dix-sept mouchoirs, madame Jean, et il y en a dix-huit marqués sur le livre.

LA BLANCHISSEUSE.—Madame doit s'tromper. (Elle comote à son tour.) Douze, quatorze, seize.... et dix-sept. G'est singulier. Il sera resté à la maison. On le retrouvera.

M^{me} LUBERT.—C'est désolant! Il manque toujours du linge à chaque blanchissage.

LA BLANCHISSEUSE.—Pas faite pourtant d'y apporter du soin.

M^{me} LUBERT.—Que serait-ce danc si vous n'en apportiez pas? A propos, et la camisole de la dernière fois?

LA BLANCHISSEUSE.—Elle a été mise pae erreur dans le paquet de M^{me} Grandpont. On doit me la rendre au jourd'hui.

M^{me} LUBERT.—Hum!... comme la chemise brodée de l'autre jour. Va-t'en voir s'ils viennent.... Je vous prévins, madame Jean, qu'il n'en sera pas de même pour la camisole. Si elle est perdue, vous la payerez..

LA BLANCHISSEUSE.—Oui, madame.... Nous disons cinq paires de chaussettes sales.

M^{me} LUBERT (avec impatience).—Six!... Mon Dieu, comme vous comptez mal. (A son mari.) Qu'est-ce que tu veux, toi?

LUBERT.—J'apporte une chaussette tombée derrière le coffre.

M^{me} LUBERT.—Et l'autre?

LUBERT.—Elle doit être dans le tas de linge sale.

M^{me} LUBERT.—Du tout. J'ai regardé avec soin. Encore une paire de dépareillée. Ah! quel pillage! (Successivement Lubert apporte deux cravates, trois mouchoirs et un gilet de flanelle.)

M^{me} LUBERT.—Et tu disais que tu avais tout donné. On n'en finit jamais avec toi!

LUBERT.—Parce que j'ai cherché dans tous les coins. —Ah! madame Jean, malgré mes prières, malgré mes recommandations instantes, vous continuez d'empeser mes faux-cols d'une façon ridicule.—Ce n'est plus du linge, c'est du fer-blanc!

M^{me} LUBERT.—Oh! quelle exagération!

LUBERT.—Du bois tout au moins. Je vous conjure, madame Jean, de faire droit à més réclamations.

LA BLANCHISSEUSE.—Certainement, monsieur. Mais vous savez, les ouvrières sont si entêtées.

LUBERT (prenant un faux-col).—Y a-t-il du bon sens, je vous le demande, de se mettre un pareil carcan autour du cou?

LA BLANCHISSEUSE.—Ah! les ouvrières!... On a beau leur-z'y-dire.... Ce jupon-là en est-il?

M^{me} LUBERT.—Ça dépend. Combien de blanchissage?

LA BLANCHISSEUSE.—Un franc par volant: il y en a trois.

M^{me} LUBERT (bondissant).—Trois francs pour un jupon de bonne! (Elle sonne avec rage).—Céleste! Céleste!!...

CÉLESTE (nonchalamment).—Est-ce que le feu est à la maison que vous criez si fort?

M^{me} LUBERT.—Il y est.... moralement, mademoiselle!... Savez-vous combien on me demande pour blanchir cette saleté-là? (Elle jette le jupon loin d'elle avec dégoût.)

CÉLESTE.—Trois ou quatre francs, tout au plus.

M^{me} LUBERT (écrasée sous tant d'apiomb).—Ah!... ah!... c'est inoui!...

CÉLESTE.—Mais non, madame, c'est le prix partout.

M^{me} LUBERT.—Et vous trouvez tout simple de m'infliger cette dépense pour une semblable frivolité?

CÉLESTE.—Si madame n'avait pas habité la province si longtemps, elle comprendrait....

M^{me} LUBERT.—Vous m'ennuyez avec ma province.

CÉLESTE.—Madame n'aura pas plutôt vécu deux ou trois ans à Paris qu'elle aussi sera dans le mouvement.

M^{me} LUBERT.—Qu'est-ce que vous me rabâchez avec votre mouvement?

CÉLESTE.—Je veux dire que Madame finira par se conformer aux usages des gens comme il faut.

M^{me} LUBERT.—Mademoiselle suppose peut-être que j'ai passé ma vie avec des goujats?

CÉLESTE.—Oh! non, Madame. Seulement, la province n'a jamais passé pour l'école des belles manières.

M^{me} LUBERT.—Prodigieux!... Et c'est cette fille, sortie de chez une cocote, qui prétend me donner des leçons de savoir-vivre!

CÉLESTE.—J'en demande pardon à Madame; la baronne des Anges appartenait au meilleur monde.

M^{me} LUBERT.—Et c'est à cause de c'monde-là qu'on vient de la coffrer à Saint-Lazare pour deux ans?

CÉLESTE.—Nul n'est à l'abri des coups de la fortune. Madame, elle-même, peut du jour au lendemain...

M^{me} LUBERT (exaspérée).—Taisez-vous, impertinente!.. Ma parole d'honneur, j'en sue!

LA BLANCHISSEUSE.—Inscrivons-nous l'jupon?

M^{me} LUBERT.—Oui, si mademoiselle veut le payer; non, si elle s'y refuse.

CÉLESTE (avec un suprême dédain).—J'aurai donc l'honneur d'offrir ma démission à Madame.

M^{me} LUBERT.—Et je l'accepte avec transport!

CÉLESTE.—Heureuse que je suis de quitter une si pitoyable baraque.

M^{me} LUBERT.—Insolente! Je vous ferai repentir!... Venez me demander un certificat, je vous le signerai... et de la bonne encre!

CÉLESTE.—Je me garderai bien de vous donner cette peine. Il ne pourrait que me nuire pour entrer dans une maison bien tenue.

M^{me} LUBERT.—Sortez, fille de rien! Et que je n'entende jamais parler de vous!

CÉLESTE.—Je serai plus polie que Madame: si sa future bonne vient aux renseignements chez moi, je me con-

terterai de lui dire qu'elle sera chez Madame aussi bien qu'on peut être chez de petits bourgeois.

M^{me} LUBERT.—Allez-vous-en tout de suite, tout de suite!... Vous trouverez l'argent de vos huit jours chez la concierge.

CÉLESTE.—Ah! la province... Pouah! (Elle sort.)

M^{me} LUBERT (accablée).—Et voilà où nous en sommes aujourd'hui, ma pauvre madame Jean!

LA BLANCHISSEUSE.—Comme à la maison avec les ouvrières. La grêle, quoil! (Elle charge le paquet de linge sale sur son dos.) Au plaisir, Mame Lubert. A dans dix jours.

LUBERT (rentrant).—Un instant!... J'ai retrouvé l'autre chaussette... plus trois mouchoirs de poche et un caleçon égarés.... dans mon paletot.

Le filou

Étude sociale.

S'il est assurément une corporation honnie, méprisée, conspuée, c'est bien la nombreuse corporation des filous.

Et cependant il nous serait aisé de prouver combien la prévention du public à l'égard de cette espèce d'individus est regrettable autant que peu justifiée.

Le filou, dans notre société moderne, est un être absolument nécessaire, utile. Sans lui l'honnêteté n'existerait pas sur notre pauvre terre. Il est facile de com-

prendre, en effet, le rôle bienfaisant joué par les coquins. Ces gens qu'on estime peu ou pas du tout font vivre des milliers de fonctionnaires. Ils sont, en réalité, la providence d'une foule de gens et, sans eux, la vie publique deviendrait d'une monotonie désespérante.

Rien de plus simple à démontrer.

Grâce aux filous, la France entretient cinquante mille gendarmes, trente mille gardes champêtres, cent mille sergents de ville. L'immense armée des magistrats qui embellissent nos vingt-deux cours d'appel, et nos tribunaux n'ont été créés que pour leur usage.

Que de familles subsistent ainsi du filou et de ses dérivés aimables: voleur, faussaire, gredin, etc., etc.

Je parlais tout à l'heure de l'honnêteté. Qu'est-ce que l'honnêteté? On ne sait pas au juste. Cependant en se rappelant le proverbe—sage contre tous les proverbes—qui dit qu'on n'est honnête que lorsqu'on ne peut faire autrement, il s'ensuit logiquement que l'honnêteté n'est que le résultat de l'abondance des filous. Nombre de nos semblables se feraient coquins si la carrière du vol n'était pas tellement encombrée. Il y a concurrence, évidemment. On a trop dit que le filou réussissait mieux que l'honnête homme. Tout le monde veut être filou pour réussir et arriver plus vite. Malheureusement, nous le répétons, les places sont prises et bien prises. Ne pouvant donc songer à briller dans une carrière déjà tant accaparée, quantité d'individus se résignent à vivre honnêtement—non sans regrets, d'ailleurs.

Enfin s'il est une chose qui égale notre existence banale, c'est bien les petits incidents du Palais de justice. Quand il ouvre, le matin, son journal, l'abonné n'a rien de plus pressé à faire que de courir à la colonne: *Tribunaux*, ou au titre: *Faits divers*. Là, il se délecte

des incidents de police correctionnelle et de cour d'assises. Ici, il se repaît du récit du dernier crime ou des détails concernant le *pickpocketage* récent. Cette lecture l'intéresse, le séduit, le charme bien autrement que le compte-rendu des Académies ou des Chambres. Elle fait le sujet des longues causeries de coin du feu. Les cent mille loges de nos cent mille concierges retentissent des péripéties de la lutte engagée entre Jean Héroux et «son président». Puis les chroniqueurs à court de copie s'emparent des faits et se livrent à d'éloquents paragraphes longuement commentés. Les auteurs dramatiques détachent avec art de telle ou telle séance juridique les éléments d'une comédie émouvante ou d'un joyeux vaudeville que la foule s'empresse d'aller ensuite écouter et applaudir.

Ce sont les filous qui nous font apprécier l'utilité des coffres-forts et des serruriers.

Sans les filous, le revolver n'existerait presque pas, et quantité d'armuriers ne seraient pas millionnaires. C'est la crainte des voleurs qui nous fait soigneusement fermer les portes de nos appartements et nous éviter ainsi des courants d'air aussi pernicieux que redoutés.

Aux filous et aux voleurs revient tout l'honneur de l'invention du casse-tête et de la canne plombée, deux industries très florissantes en ce moment.

On le voit, l'humanité tout entière dépend peu ou plus de ces individus et leur doit des satisfactions sans nombre. Pourquoi donc persister à mettre au rang des parias une catégorie de *travailleurs* si indispensables au bonheur de la société?

C'est un préjugé absurde de plus à déraciner, et nous ne faillirons pas au devoir qui nous pousse à lutter dans ce sens. J'ai entendu bien souvent des personnes se

plaindre amèrement d'avoir été volées en omnibus, dans la rue, ou ailleurs. Eh! à qui la faute?... Si ces Jérémies avaient eu de poches bien dissimulés, le malheur dont ils gémissent ne serait pas arrivé. C'est une leçon salutaire qui leur est donnée, et à ce point de vue les filous sont de grands moralistes, Quand on pense à eux on se sent devenir soigneux, méticuleux. On range méthodiquement ses petites affaires, on ferme ses armoires, on ne laisse rien traîner sur les tables, on veille sur soi en toute occasion. Vivent les filous! vous dis-je, ce sont des gens précieux à qui nous devons la plus belle somme d'expérience que nous sommes susceptibles d'acquérir!

Les insectes

Jetons les yeux sur ce que la nature a créé de plus faible, sur ces atomes animés pour lesquels une fleur est un monde, et une goutte d'eau un océan. Les plus brillants tableaux vont nous frapper d'admiration. L'or, le saphir, le rubis, ont été prodigués à des insectes invisibles. Les uns marchent le front orné de panaches, sonnent la trompette, et semblent armés pour la guerre; d'autres portent des turbans enrichis de pierreries, leur robes sont étincelantes d'azur et de pourpre. Ils ont de longues lunettes, comme pour découvrir leurs ennemis, et de boucliers pour s'en défendre. Il en est qui exhalent le parfum des fleurs, et sont créés pour le plaisir.

On les voit avec des ailes de gaze, des casques d'argent,

des épieux noirs comme le fer, effleurer les ondes, voltiger dans les prairies, s'élançant dans les airs. Ici on exerce tous les arts, toutes les industries; c'est un petit monde qui a ses tisserands, ses maçons, ses architectes. On y reconnaît les lois de l'équilibre, et les formes savantes de la géométrie. Je vois parmi eux de voyageurs qui vont à la découverte, des pilotes qui, sans voile et sans boussole, voguent sur une goutte d'eau à la conquête d'un nouveau monde. Quel est le sage qui les éclaire, le savant qui les instruit, le héros qui les guide et les asservit? Quel est le Lycurgue qui a dicté des lois si parfaites? Quel est l'Orphée qui leur enseigne les règles de l'harmonie? Ont-ils des conquérants qui les égorgent, et qu'ils couvrent de gloire? Se croient-ils les maîtres de l'univers, parce qu'ils rampent sur sa surface? Contemplons ces petits ménages, ces royaumes, ces républiques, ces hordes semblables à celles des Arabes: une mite va occuper cette pensée qui calcule la grandeur des astres, émouvoir ce cœur que rien ne peut remplir, étonner cette admiration accoutumée aux prodiges. Voici un insecte impur qui s'enveloppe d'un tissu de soie, et se repose sous une tente; celui-ci s'empare d'une bulle d'air, s'enfonce au fond des eaux, et se promène dans son palais aérien. Il en est un autre qui se forme, avec un coquillage une grotte flottante, qu'il couronne d'une tige de verdure. Une araignée tend sous le feuillage des filets d'or, de pourpre et d'azur, dont les reflets sont semblables à l'arc-en-ciel. Mais quelle flamme brillante se répand tout à coup au milieu de cette multitude d'atomes animés? Ces richesses sont effacées par de nouvelles richesses. Voici des insectes à qui l'aurore semble avoir prodigué ses rayons les plus doux. Ce sont des flambeaux vivants qu'elle répand dans les prairies; voyez cette mouche qui luit

d'une clarté semblable à celle de la lune, elle porte avec elle le phare qui doit la guider. Tandis qu'elle s'élance dans les airs, un ver rampe au dessous d'elle; vous croyez qu'il va disparaître dans l'ombre; tout à coup il se revêt de lumière comme un habitant du ciel; il s'avance comme le fils des astres: tout s'illumine et ces reflets éclatants, ces flammes célestes qui rayonnent autour de lui, éclairent les doux combats, les extases et les ravissements de l'amour.

L' HOMME.

Le corps de l'homme est le corps de l'animal transfiguré et redressé vers le ciel, pour planer sur la terre du regard. Son pied, socle mobile étalé sur le sol, de manière à y prendre un large point d'appui, porte perpendiculairement une jambe élevée et flexible au genou, qui donne au pas, par sa hauteur et par sa flexion, plus d'ouverture et plus de légèreté. L'os du bassin, évasé sur la hanche et le col du fémur, projeté en arc-boutant, asseoit le tronc du corps d'aplomb sur une large base, dans un savant équilibre. Sa poitrine saillante, développée d'une épaule à l'autre, joue avec aisance et respire amplement le fluide nourricier de l'atmosphère. Le bras, inutile à la marche, pend au côté comme un organe disponible, réservé à quelque fonction ultérieure encore inconnue. Sa main, souple, charnue, intérieurement revêtue sous la pulpe d'une trame nerveuse pour mieux palper et mieux vibrer au contact; armée à son extrémité de quatre doigts allongés, articulés, contrac-

tiles, manœuvres chacun par un ressort particulier; fermée par un pouce en retour, opposable à volonté aux quatre autres doigts, pour mieux saisir et mieux enserrer l'objet saisi, est en quelque sorte un riche clavier aux touches indépendantes, qui peuvent agir une à une et moduler indéfiniment leur action par une innombrable variété de mouvements.

La tête, dernière vertèbre épanouie à l'extrémité de la colonne, suspendue dans l'espace, mobile sur son axe, et arrondie au sommet, semble réfléchir, par je ne sais quelle mystérieuse symétrie, la courbe du ciel dans la courbe de sa coupole. Le cerveau, plus vaste que chez aucun animal, dort abrité et recueilli sous la voûte du crâne comme sous le firmament de la pensée. La prunelle, étoile du regard, enfermée aussi dans une ellipse, rayonne, du fond de l'arcade surciliaire, sa paisible clarté. L'oreille ouvre à l'air libre, de chaque côté de la tête, sa conque harmonieuse creusée par l'onde du son comme l'anse de la rive par la vague de la mer. La narine incline vers la terre sa coupe renversée pour aspirer au passage la fumée montante du parfum. Le pli de la lèvre ondule en ligne brisée, arc souple et mobile toujours prêt à lancer la parole. Enfin la chevelure flotte au vent, éparse et répandue sur l'épaule en signe de force, comme la crinière du lion.

Le corps de l'homme est donc admirablement rythmé, pondéré pour la sensation et pour le mouvement. Il a, comme l'animal, quatre sens ouverts sur la nature, mais mieux disposés pour en réfléchir les impressions. Il peut voir, entendre du haut de sa stature, comme du haut d'un observatoire, dans toutes les directions et dans tous les vents de l'atmosphère. L'œil rapproché de l'œil donne à son regard l'unité de vision. L'oreille, modelée

sur la vibration du son, en saisit jusqu'à la plus imperceptible nuance. La narine privilégiée analyse au crible intérieur de sa membrane les diverses espèces de parfums. La langue, dépouillée d'écaillés par exception, savoure aisément les innombrables saveurs du goûter. La peau nue, couverte seulement çà et là de poil comme d'un reste de vêtement animal que la nature lui a aissé par pitié en attendant un autre manteau, absorbe ou peut absorber sans intermédiaire la volupté de la sensation par tous les pores de l'épiderme. La main, éminemment créatrice et plastique, pleine de grâces et de caresses, porte d'avance en elle toutes les formes d'art qu'elle doit successivement créer et semer dans les siècles de l'humanité.

Mais l'être extérieur, si parfait que nous le supposions dans ses harmonies, enveloppait un être intérieur, plus parfait encore dans ses facultés.

L'homme avait des facultés à part pour communiquer avec la vie universelle, pour la sentir et pour la réfléchir.

Il avait la sensation ou la faculté de la sensibilité; la sympathie ou la faculté de l'amour; la raison ou la faculté de la connaissance.

Il avait, de plus, pour reconnaître ses facultés, la conscience, pour retenir leur actes, la mémoire, pour les diriger, la volonté.

Sentir, aimer, connaître; savoir que l'on sent, que l'on aime, que l'on connaît; se rappeler que l'on a senti, aimé, appris; vouloir, sentir, aimer et connaître, voilà l'homme tout entier.

Il avait enfin d'autres facultés accessoires complémentaires de sa supériorité sur toutes les races de l'Éden; la faculté de la parole, qui est la voix modifiée à l'infini

pour exprimer la modulation infinie de la pensée: la faculté du travail, qui est l'action mécanique du corps, dirigée par l'intelligence et appropriée au besoin; la faculté de la prévoyance, qui est la préparation de l'avenir dans le présent, et une continuelle sollicitation au travail par l'espérance: la faculté enfin de la perfectibilité, qui est la prérogative de travailler sans cesse à l'amélioration de sa propre destinée.

L'homme est donc ici-bas l'être le plus vivant, parce qu'il est l'être le plus multiple, et il est l'être le plus multiple, parce qu'il est le résumé de toutes les autres existences. Il a, dans son organisme, une partie purement calcaire qui le rattache au minéral, purement végétale qui le rattache à la végétation. Il est à la fois par place, dans sa charpente, dans sa chevelure, dans sa fibrine, roche, plante, animal. Il est l'être des êtres. Sa vie sacrée est l'arche d'alliance de toutes les espèces errantes sur la planète. Il les contient toutes transfigurées et portées en lui à leur suprême puissance.

Par cela même que l'homme est l'être le plus complexe, il est aussi le plus personnel; car plus la vie est variée, plus elle est une, pour rattacher toutes les diversités à un centre commun, et plus, en même temps, ce centre commun, vivifié d'éléments divers, est puissant.

L'homme seul possède entre tous les commensaux de la terre la plus haute expression de la personnalité, la conscience. Lui seul sait qu'il vit, qu'il vivra toujours; lui seul a la tradition, qui est la mémoire de l'espèce dans l'individu; lui seul a la prévoyance, qui est l'antipation du présent sur l'avenir; lui seul veut, connaît, retient, pressent, intervient dans sa destinée, progresse, en un mot, avec la conscience de son progrès.

Plus il est vivant, plus chaque partie de son être est complice de la vie intégrale qui est en lui, en participant davantage au fluide vital, à la chaleur et à l'électricité, plus aussi elle est indépendante, personnelle à une fonction, et en même temps solidaire et responsable des autres parties, jusqu'à ce qu'enfin cette fédération diverse de membres distants aboutisse par une savante gradation d'organismes au visage, sanctuaire suprême qui les relie tous dans son unité.

Le visage est au corps de l'homme ce que ce corps lui-même est au reste de la création, l'être résumé et reproduit dans toute sa splendeur. Il représente plus que toute autre partie du mécanisme les trois règnes, minéral, végétal et animal, par ses os, ses muscles et ses cheveux. Il réfléchit une vie plus abondante par une ligne plus incidentée, qui ondoie continuellement d'ellipse en ellipse, depuis le front jusqu'au menton, et une couleur plus variée que partout ailleurs, depuis la pourpre de la lèvre et la lueur de l'aurore flottante sur la joue, jusqu'à l'iris de la prunelle et jusqu'à la boucle de cheveux ruisselante d'un rayon de soleil. Le visage de l'homme est le suprême idéal de la beauté.

Harmonie, grâce, proportion, raison, sympathie, sensibilité, action, mémoire, volonté, parole, prévoyance, industrie, perfectibilité, voilà, les premiers signes de la supériorité de l'homme sur les autres créatures. Mais l'homme constate encore sa grandeur à d'autres signes que la philosophie n'a pas enregistrés:

A mesure que les êtres descendent l'échelle de la vie, ils appartiennent de plus en plus à l'espace. Ils ne peuvent pas changer d'horizon, ni franchir certaines latitudes. La plante d'un soleil meurt sous un autre soleil. L'animal d'un climat languit dans une autre patrie. L'hom-

me seul brave cette loi d'une création plus finie que lui et il dresse partout sa tente du pôle à l'équateur. Sa vie est comme la vie universelle de la planète répandue à tous les points de la surface.

A mesure encore que les êtres s'enfoncent dans la nuit épaisse des premiers organismes, ils appartiennent de plus en plus au mouvement général de la gravitation. Une loi de fatalité remplace en eux la volonté et l'intelligence. Elle règle mécaniquement, périodiquement leurs actes et leurs fonctions. Ainsi, une saison allume et éteint, à une heure fixe, tous les amours dans chaque hémisphère. La plante reçoit, le même jour que l'oiseau, l'ordre d'aimer et de cesser d'aimer. L'homme seul viole cette consigne. Il ne reconnaît pas d'heure assignée à ses fiançailles, comme s'il était sur la terre le flambeau toujours allumé de l'amour.

Sans doute, l'homme n'échappe pas entièrement à la tyrannie de la gravitation. Il subit moins que la plante, le contrecoup de la révolution annuelle de la terre autour du soleil. Il la subit cependant. Il subit aussi l'influence de sa révolution diurne sur elle-même; il ne peut pas retenir sous ses pieds la terre qui le plonge violemment dans les ténèbres; mais il lutte contre cette double influence. Et tout à l'heure, en étudiant l'histoire de ses progrès, nous verrons comment il est sorti vainqueur de ce combat.

De même qu'il est présent sur la terre partout où la vie peut vivre; de même, il est omnivore, pour mêler dans une communion incessante avec l'univers, toutes les substances organiques dans sa substance sacrée et symboliser ainsi cette révolution perpétuelle de la vie qui triture indéfiniment, depuis le premier cataclisme, la matière des organismes inférieurs pour la jeter dans de

plus puissants organismes. Il fait ainsi passer dans sa chair, atome par atome, la fibre de chaque univers. Unité suprême des êtres sur la terre, chaque partie de l'être devait avoir sa place dans son unité

Voilà l'homme, prêtre du monde, appelé à rattacher religieusement la terre à Dieu, et à lui porter sur l'autel la création terrestre en holocauste.



UN VIEUX CONTE ESPAGNOL.

LE MENSONGE ET LA VÉRITÉ.



Au temps jadis, le Mensonge et la Vérité résolurent de vivre ensemble comme une paire d'amis. La Vérité était bonne personne, simple, timide, confiante; le Mensonge était élégant, hardi, beau parleur. L'un commandait; l'autre obéissait toujours. Tout allait donc pour le mieux dans cette aimable compagnie.

Un jour, le Mensonge dit à la Vérité qu'il serait bon de planter un arbre qui leur donnerait des fleurs au printemps, de l'ombre en été et des fruits en automne. La Vérité trouva la chose de son goût; l'arbre fut aussitôt planté.

Dès qu'il commença à grandir, le Mensonge dit à la Vérité: Ma sœur, choisissons chacun une part de l'arbre; une communauté trop étroite est cause de discorde; les bons comptes font les bons amis. Voici, par exemple,

les racines de l'arbre; ce sont elles qui le soutiennent et le nourrissent; elles sont à l'abri de l'orage et du temps, que ne les prenez-vous? Pour vous être agréable, je me contenterai, moi, des branches qui poussent en plein air, à la merci des oiseaux, des animaux, des hommes, du vent, de la chaleur et de la gelée. Que ne ferait-on pas pour ceux qu'on aime?

La Vérité, confuse de tant de bonté, remercia son compagnon, et s'enfonça en terre: grande joie pour le Mensonge, qui se trouvait seul parmi les hommes, et pouvait régner à son aise.

L'arbre poussa vite; ses grands rameaux versaient au loin l'ombre et la fraîcheur; il eut bientôt des fleurs plus éclatantes que la rose. Hommes et femmes accouraient de toutes parts pour admirer cette merveille. Perché sur la branche la plus haute, le Mensonge les appelait, et bientôt les charmaient par ses paroles mielleuses.

A cent lieues à la ronde, on ne parlait plus que du Mensonge et de sa sagesse, il était question de le faire roi; quant à la bonne Vérité, tapie dans sa tanière, personne n'y songeait: elle y pouvait mourir oubliée.

Dans cet abandon où chacun la laissait, elle en était réduite à vivre de ce qu'elle trouvait sous terre; et tandis que le Mensonge trônait parmi la verdure et les fleurs, la pauvre taupe rongea les racines amères de l'arbre qu'elle avait planté. Elle en rongea tant, qu'un jour où le Mensonge, plus éloquent que jamais, parlait à une foule innombrable, le vent s'éleva, et sans être violent renversa tout à coup l'arbre qui n'avait plus de racines pour le retenir. Dans leur chute, les branches étouffèrent tous ceux qu'elles couvrirent; le Mensonge en fut quitte pour un œil blessé et une jambe cassée; il demeura couché et boiteux: c'était encore s'en tirer à bon marché,

La Vérité, rendue soudain à la lumière, sortit à peine vêtue, la tête échevelée, la figure sévère, et commença d'une voix rude à reprocher aux assistants leur crédulité et leur faiblesse. Dès qu'il l'entendit, le Mensonge cria: «Voilà l'auteur de tous nos maux, voilà celle qui nous a perdus! A mort! à mort!» Et le peuple, armé de pierres et de bâtons, poursuivit la malheureuse, et, morte ou vivante, la jeta dans son trou. On scella aussitôt une large pierre, afin que la Vérité ne sortît plus de son tombeau.

Elle avait cependant quelques amis, car dans la nuit une main inconnue grava sur la pierre l'épithaphe suivante:

Aquí yace la Verdad,
A quien el Mundo cruel
Mató sin enfermedad
Porque no reinase en él
Sino Mentira y Maldad.

Le Mensonge ne souffre pas la contradiction, c'est là son moindre défaut. On chercha l'ami de la Vérité, et, sitôt trouvé, on le pendit haut et court. Il n'y a que les morts qui ne se plaignent pas. Pour être plus sûr de sa victoire, le Mensonge bâtit son palais sur le sépulcre de la Vérité; mais on assure que quelquefois elle se retourne dans sa tombe; ce jour-là, le palais tombe comme un château de cartes et écrase les innocents et les coquins qui l'habitent. Mais on a autre chose à faire qu'à pleurer les morts; on en hérite. Le peuple, dupe éternelle, reconstruit chaque fois un palais plus beau que l'ancien, et le Mensonge, louche et boiteux, règne toujours.

LA FEMME HOMME

Je ne reviens ni sur les fonctions publiques: maire, conseiller, député; ni sur les emplois juridiques avocat: procureur, juré; ni même sur les charges militaires, en dépit des amazones du roi Guézo. Les avoir nommées, c'est les avoir jugées.

Toutefois, ne nous y trompons point. Il n'est pas nécessaire que l'émancipation politique des femmes soit appliquée dans toute son étendue pour produire beaucoup de mal. L'idée seule suffit à ébranler la famille; le faux idéal fausse les positions, fausse les relations, fausse les affections. La vérité de l'état normal fait que tout le monde y est à l'aise; altérez cette vérité, le malaise surviendra. Dans nos temps agités, il importe plus qu'on ne croit de ne pas ajouter un grand désordre à tant de désordres, une révolution immense à tant de révolutions. Quand vous aurez démoli la famille, vous aurez démoli la société.

Les femmes qui réclament l'égalité politique, déclarent bien haut, et déclarent sans doute avec bonne foi, qu'elles n'abandonneront ni leurs devoirs d'épouses ni leurs devoirs de mères; elles font remarquer qu'en acquérant plus d'instruction et de sérieux elles ne seront que plus capables d'accomplir leurs obligations! — Nous ne contestons nullement ce point-là. Le développement intellectuel et moral ne saurait être qu'un avantage et nous y applaudissons. Mais il n'est pas question de dé-

veloppement, il est question des droits et des devoirs d'un sexe revendiqués par l'autre, il est question d'un changement absolu de vocation, de pensées, de travaux, d'individualité, et l'on nous persuadera difficilement que lorsque les hommes ont tant de peine à être hommes, les femmes puissent, tout en restant femmes, devenir hommes aussi, mettant ainsi la main sur les deux rôles, exerçant la double mission, résumant le double caractère de l'humanité! Nous perdrons la femme et nous n'aurons pas l'homme, voilà ce qui nous arrivera. On nous donnera ce quelque chose de monstrueux, cet être répuquant, qui déjà paraît à notre horizon.

L'avènement de la *femme-homme* est plus qu'une menace, c'est presque un fait accompli. La femme *bon garçon* lui sert de précurseur; modes masculines, costumes masculins, grosse voix, point de timidité, nulle gêne imposée ou acceptée, nulle exigence, pas même de simple politesse, on la reconnaît à cela; elle fume, secoue vigoureusement la main, et s'occupe de chevaux. La femme-homme, avec moins de laisser aller, ira plus loin. Elle rédigera des journaux, elle préparera des discours, elle chauffera des élections; pérorant, discutant, dissertant, pédante à la fois et politique! De rudes contacts lui auront fait perdre cette réserve craintive qui est la poésie de son sexe et qui en est aussi la protection. Avec le charme féminin notre respect aura disparu: ne trouvant plus que des hommes devant nous, nous deviendrons brutaux et rustres. Qui nous enseignerait la courtoisie? envers qui conserverions-nous des égards? pour qui s'imposer le moindre sacrifice de bien-être? Les mœurs se seront dépouillées de leur velouté, les relations se feront cassantes et brusques; les vraies élégances, la véritable distinction, l'urbanité, toutes ces choses

exquises dont les femmes étaient les protectrices disparaîtront dès qu'il n'y aura plus de femmes. L'ange gardien a laissé tomber ses ailes, la maison est dévastée, ouverte à tout vent, un objet sans nom, qu'on fuit avec des frissons d'épouvante.

Si jamais les femmes penchaient du côté de la prose grossière, tout serait définitivement perdu.

Ne désespérons pas. Les femmes sentiront que la poésie, que les instincts chevaleresques, que le côté relevé et en quelque mesure raffiné de la civilisation est placé sous leur égide; elles conserveront ce trésor. Voilà une vocation qui leur promet plus d'influence que tous les droits de suffrage, et cette vocation est tellement en accord avec l'ensemble de leur mission terrestre, que plus elles seront femmes, mieux elles s'en acquitteront; que mieux elles s'en acquitteront, plus elles seront femmes, dans le sens excellent et idéal du mot.

Revenons à la question spéciale.

Avez-vous prévu le cas où la femme électrice usera de son suffrage dans un sens opposé à celui du mari; le cas où chacun des époux servira sa politique à lui, qui ne sera pas celle de l'autre? Mesuré la portée, examiné les conséquences de cet antagonisme domestique appuyé sur l'exercice public et journalier d'un droit? C'est la famille transformée en parlement au petit pied, c'est la table devenue tribune, c'est la discorde à domicile!

Vous aurez beau faire, le mariage entre deux coélecteurs sera toujours impossible; l'intimité est fondée sur les différences: en créant des identités on la tue; vous aurez détruit autant qu'il est en vous cette admirable union établie par l'Éternel entre la force et la faiblesse, entre l'autorité et l'influence, entre la vie extérieure et

la vie intérieure, entre l'homme et la femme, entre les deux moitiés d'un même tout.

Encore une fois, ne nous effrayons pas trop. La réprobation qui a frappé les blooméristes, de l'autre côté de l'Atlantique, est un indice de cet instinct vivace et sûr aux simples clartés duquel bien des fantômes s'évanouissent pour ne plus revenir. La question des habits a son importance. L'habit féminin exprime en quelque sorte la vocation féminine; commode pour une vie d'intérieur, il se trouverait mal de l'action extérieure et prolongée, du contact immédiat et violent de la foule, de ses procédés brutaux. C'est bien pour cela qu'aux yeux des blooméristes, la robe constitue un signe de servitude, et que voulant émanciper la femme, elles ont essayé de la déguiser en homme. Le bon sens a protesté. En présence de tentatives plus sérieuses portant sur des points d'une bien autre valeur, le même bon sens trouvera de plus véhémentes indignations.

C'est sur les femmes que je compte pour repousser *le droit des femmes*.

LE FILOU

ÉTUDE SOCIALE

S'il est assurément une corporation honnie, méprisée, conspuée, c'est bien la nombreuse corporation des filous.

Et cependant il nous serait aisé de prouver combien la prévention du public à l'égard de cette espèce d'individus est regrettable autant que peu justifiée.

Le filou, dans notre société moderne, est un être absolument nécessaire, utile. Sans lui l'honnêteté n'existerait pas sur notre pauvre terre. Il est facile de comprendre, en effet, le rôle bienfaisant joué par les coquins. Ces gens qu'on estime peu ou pas du tout font vivre des milliers de fonctionnaires. Ils sont, en réalité, la providence d'une foule de gens et, sans eux, le vie publique deviendrait d'une monotonie désespérante.

Rien de plus simple à démontrer.

Grâce aux filous, la France entretient cinquante mille gendarmes; trente mille gardes champêtres, cent mille sergents de ville. L'immense armée des magistrats qui embellissent nos vingt-deux cours d'appel, et nos tribunaux n'ont été créés que pour leur usage.

Que de familles subsistent ainsi du filou et de ses dérivés aimables: voleur, faussaire, gredin, etc., etc.

Je parlais tout à l'heure de l'honnêteté. Qu'est-ce que

l'honnêteté? On ne sait pas au juste. Cependant en se rappelant le proverbe—sage contre tous les proverbes—qui dit qu'on n'est honnête que lorsqu'on ne peut faire autrement, il s'ensuit logiquement que l'honnêteté n'est que le résultat de l'abondance des filous. Nombre de nos semblables se feraient coquins si la carrière du vol n'était pas tellement encombrée. Il y a concurrence, évidemment. On a trop dit que le filou réussissait mieux que l'honnête homme. Tout le monde veut être filou pour réussir et arriver plus vite. Malheureusement, nous le répétons, les places sont prises et bien prises. Ne pouvant donc songer à briller dans une carrière déjà tant accaparée, quantité d'individus se résignent à vivre honnêtement—non sans regrets, d'ailleurs.

Enfin, s'il est une chose qui égaie notre existence banale, c'est bien les petits incidents du Palais de justice. Quand il ouvre, le matin, son journal, l'abonné n'a rien de plus pressé à faire que de courir à la colonne: *Tribunaux*, ou au titre: *Faits divers*. Là, il se délecte des incidents de police correctionnelle et de cour d'assises. Cette lecture l'intéresse, le séduit, le charme bien autrement que le compte rendu des Académies ou des Chambres. Elle fait le sujet des longues causeries de coin du feu. Les cent mille loges de nos cent mille concierges retentissent des péripéties de la lutte engagée entre Jean Héroux et «son président». Puis les chroniqueurs à court de copie s'emparent des faits et se livrent à d'éloquents paragraphes longuement commentés. Les auteurs dramatiques détachent avec art de telle ou telle séance juridique les éléments d'une comédie émouvante ou d'un joyeux vaudeville que la foule s'empresse d'aller ensuite écouter et applaudir.

Ce sont les filous qui nous font apprécier l'utilité des coffres-forts et des serruriers.

Sans les filous, le revolver n'existerait presque pas, et quantité d'armuriers ne seraient pas millionnaires. C'est la crainte des voleurs qui nous fait soigneusement fermer les portes de nos appartements et nous éviter ainsi des courants d'air aussi pernicieux que redoutés.

Aux filous et aux voleurs revient tout l'honneur de l'invention du casse-tête et de la canne plombée, deux industries très florissantes en ce moment.

Pourquoi donc persister à mettre au rang des parias une catégorie de *travailleurs* si indispensables au bonheur de la société?

C'est un préjugé absurde de plus à déraciner, et nous ne faillirons pas au devoir qui nous pousse à lutter dans ces sens. J'ai entendu bien souvent des personnes se plaindre amèrement d'avoir été volées en omnibus, dans la rue, ou ailleurs. Eh! à qui la faute?... Si ces Jérémies avaient eu des poches bien dissimulés, le malheur dont ils gémissent ne serait pas arrivé. C'est une leçon, une leçon salutaire qui leur est donnée, et à ce point de vue les filous sont de grands moralistes. Quand on pense à eux on se sent devenir soigneux, méticuleux. On range méthodiquement ses petites affaires, on ferme ses armoires, on ne laisse rien traîner sur les tables, on veille sur soi en toute occasion. Vivent les filous! vous dis-je, ce sont des gens précieux à qui nous devons la plus belle somme d'expérience que nous sommes susceptibles d'acquérir!

ENTRE DEUX VINS

Pendant la messe de minuit de l'an 1847 à Phalsbourg, le petit greffier de la justice de paix, Conrad Spitz et moi, nous vidions notre troisième bol de punch au café Schweitzer, près de la porte d'Allemagne. Les cloches ne sonnaient plus; tout le monde était à l'église depuis un quart d'heure; la veuve Schweitzer avant de partir, avait éteint les quinquets; la chandelle, placée entre Spitz et moi, éclairait vaguement un angle du billard, notre bol et nos verres: le reste se perdait dans l'ombre. La servante Grédel causait à voix basse dans la cuisine avec un trompette de hussards, et nous venions d'entendre une chaise tomber au milieu du silence

En ce moment, le petit greffier se prit à dire. «Comment se fait-il, mon cher Mr. Varderbach, qu'à cette heure indue... sans nous être dérangés de notre place au café Schwitzer, nous nous trouvions transportés chez Holbein, le tisserand... au coin de la halle aux grains et des vieilles boucheries?»

Ces paroles m'étonnèrent... Je regardai autour de moi, et je reconnus qu'en effet nous étions assis dans une petite chambre tellement basse, que les poutres enfumées du plafond nous touchaient presque la tête. Les petites vitres à mailles de plomb étaient ensevelies sous la neige. Un métier de tisserand en forme de buffet, des échelons de chanvre suspendus à des traverses, un rouet, un dévidoir, des navettes, un vieux bahut, un lit à bal-

draquin drapé de serge grise, un antique fauteuil à fond de cuir poli comme un plat à barbe, trois chaises effondrées, deux pots sur une étagère, une petite Vierge en plâtre au fond d'une niche, des ficelles tendues en tous sens, où pendaient des guenilles, de vieux bas, des linges filandreux... Voilà ce que je vis dans ce recoin du monde, large de dix pied au plus et haut de cinq. Les bas me pendaient sur le nez, les ficelles se croisaient autour de nous comme des toiles d'araignée... Enfin, entre le bahut et le pied du lit une perruque jaune s'élevait et s'abaissait tour à tour, et je reconnus, en la regardant attentivement, que c'était la tête du grand-père Holbein, tombé en enfance depuis quinze ans, et qui dormait toujours à la même place, plus jaune, plus ratatiné qu'une momie du temps de Sésostris.

Mais ce qui m'étonna le plus, c'est qu'en me retournant vers Spitz pour lui témoigner ma surprise, je me trouvai face à face avec une vieille pie chauve, posée sur le bâton supérieur de la chaise du greffier... le bec droit, la tête enfoncée entre les épaules, les yeux recouverts d'une pellicule blanche qu'elle relevait de temps en temps, et ses petites pattes sèches et noires cramponnées au bois vermoulu. Elle était immobile et rêveuse.

Je me dis aussitôt que Spitz, connu par son humeur caustique, s'était transformé en pie pour jouir de ma confusion; rien de plus naturel, il avait profité du moment où je tournais la tête... Du reste, son habit noir, sa cravate blanche, son nez pointu, ses petites mains nerveuses, lui donnaient les plus grandes facilités à cet égard.

—Oh! oh! camarade, lui dis-je, si tu veux jouir de mon embarras... tu te trompes... Ce n'est pas moi qui m'éton-

ne de ces choses-là... Il y a bel âge que j' ai entendu raconter de semblables histoires!

—Ce n'est pas pour cela que j'ai pris cette forme, dit-il, c'est parce qu'elle m'est plus commode... Ces chaises mal rempaillées ne me conviennent pas. Je suis bien mieux sur ce petit bâton... il semble avoir été fait tout exprès pour moi.

Je compris que ses raisons pouvaient être bonnes. Cependant, je l'avoue, sa nouvelle physionomie me parut bizarre et je le considérais avec une curiosité singulière: son bec d'un noir luisant, ses prunelles brillantes comme l'agate, son attitude endormie; et puis, le fond de la chambre, traversé de filaments inextricables, et je ne sais quelle odeur de moisi... tout me portait à m'extasier des choses les plus vulgaires.

—Conrad, repris-je en dissimulant mes véritables pensées, je m'étonne que Holbein, sa femme et sa grande fille borgne, abandonnent ainsi leur maison au milieu de la nuit... car enfin, si nous n'étions pas d'honnêtes gens, si nous ne faisons point partie de la magistrature, nous pourrions fort bien enlever ses écheveaux de chanvre, cette pièce de toile, cette Vierge de plâtre et même ce rouet et ce bahut... Il y a tant de coquins dans ce monde.

Oh! fit-il, je suis ici pour garder la maison.

Ce fut pour moi un trait de lumière. J'avais souvent remarqué sur le seuil de la vieille cassine et sur les volets à fleur de terre, une pie chauve... J'avais observé cet animal avec une vague défiance, ainsi que la mère Holbein, aux mains sillonnées de grosses veines bleuâtres... à la face creuse... aux yeux ternes... aux cheveux plus blancs que le lin.

—Hé! hé! me disait la vieille en brandissant la tête...

vous regardez mon oiseau... vous voudriez bien l'avoir... mais il est de la famille!

Je ne doutai pas alors que cette pie ne fût Spitzz lui-même; le petit greffier venait se reposer là de ses fatigues, se voyant bien accueilli par ces braves gens. Je lui communiquai ma supposition.

Hé! fit-il, vous êtes plus perspicace que je ne l'aurais cru, Mr. Vanderbach. En effet, c'est bien moi! Que voulez vous? La vieille Ursule me soigne bien; elle se priverait plutôt que de me laisser manquer... Chacun cherche ses avantages.

Nous causions ainsi, quand la voix du père Holbein, celle de sa femme et de sa fille se firent entendre au dehors. Ils traversaient la petite place encombrée de neige, tandis que les cloches annonçaient la fin de la messe.

Holbein descendit les trois marches de sa cassine en criant:—Orchel, tu as oublié de fermer notre porte... Que le diable emporte la vieille folle... Nous sommes peut être volés!

Puis il entra, et me voyant assis en face de la lampe:—Hé fit-il, c'est Mr. Vanderbach!

Puis la vieille, avec son livre de prières... puis la fille secouant la neige attachée au bas de sa robe, entrèrent à leur tour, en me saluant d'un: «Dieu vous bénisse.»

La pie s'envola sur l'épaule de la vieille, et Holbein me regardant, dit à sa femme:—He! hé! hé! ce bon Mr. Vanderbach!... Comment diable est-il-ici? Il m'a l'air d'avoir fait le réveillon.

—Oui, dit la femme, conduis-le chez lui.

—Allons, monsieur, dit le tisserand.... il est tard.... Prenez mon bras.

—Oh, je retournerai bien tout seul, lui répondis-je.

—C'est égal... c'est égal... faites-moi le plaisir de vous appuyer un peu.

Nous venions de sortir... il y avait deux pieds de neige.—«Et mon ami Spitz?» lui dis-je en marchant.

—Qui, Spitz?

—Le greffier?... La pie?...

—Ah! fit-il, oui... oui... je vous comprends... la pie va dormir... Vous avez causé avec elle... C'est un animal bien intelligent.

Et le brave homme me conduisit jusqu'à la porte de ma maison... Ma servante m'attendait... Elle le remercia. Cette nuit-là, je dormis comme un bienheureux.

Le lendemain, quand je rencontrai Spitz, il ne se souvenait plus de rien; il prétendit que j'étais sorti seul du café, et que j'étais entré en trébuchant chez les Holbein... Du reste, il ne voulut jamais convenir de sa transformation, et s'indigna même de mes propos à ce sujet!

UN DUO DE DÉSESPOIRS

Onze heures du soir. La nuit est noire et froide, la Seine coule avec un caplotement sinistre.

Deux hommes entrent à la fois sur le pont d'Iéna, le premier par la rive gauche, le second par la rive droite. Tous deux marchent à pas précipités et, en se retournant pour s'assurer qu'ils ne sont pas suivis, laissent échapper des phrases entrecoupées;

—Allons! c'en est fait! ma résolution est irrévocable.

Hésiter plus longtemps serait une lâcheté.

—Puisqu'elle ne m'aime pas, puisqu'elle a repoussé ma demande, je n'ai plus qu'à mourir.

—Sa main est promise à un rival, je ne survivrai pas à cette douleur.

—Elle seule pouvait faire la joie de ma vie.

—Sans elle mon existence ne serait qu'un long supplice.

—Quelle autre aurait ce charme, cette beauté irresistible?

—Quelle autre réveillerait un cœur qu'elle a pris tout entier?

—Tous mes préparatifs sont achevés.

—J'ai réglé mes dispositions dernières.

—Du courage!

—En avant!

—Hum! Un passant. Attendons qu'il s'éloigne. Il serait capable de me repêcher pour toucher la prime.

Quelqu'un! Laissons-le partir. Il n'aurait qu'à me sauver pour le plaisir de voir son nom dans les journaux de demain.

Les deux aspirants au suicide passent l'un à côté de l'autre en fredonnant pour se donner une contenance.

—Ce monsieur est bien gai. S'il était à ma place!...

—Il est heureux, celui-là, de chanter. S'il était ici pour le même motif que moi!...

—Il sort probablement de quelque bal.

—Il revient sans doute de soirée.

—Un bal! Elle aussi est peut-être au bal en ce moment. Insouciant et rieuse, elle n'a pas même un souvenir pour celui dont elle cause la mort.

—De soirée! Qui sait si, au moment où je vais me tuer pour elle, elle ne valse pas avec lui?

—Oh! cette pensée renouvelle mes tortures. Finissons-en!

—Un tel soupçon exaspère mon désespoir. Mettons un terme à ces angoisses.

—Encore un homme!

—Toujours ce monsieur!

—Quelque rendez-vous galant, —comme pour insulter à ma situation!

—Un Lovelace qui attend sa belle. Cruelle ironie!

—J'aurai du moins la satisfaction de lui être désagréable.

—Ma présence l'importune. Je reste.

—Il faut avouer qu'il y a des gens qui ont de singuliers goûts. Choisir un pareil lieu et une pareille heure! Il fait un froid!...

—Voilà ce que j'appelle avoir le diable au corps. On gèle ici.

—Si c'était un voleur? En y réfléchissant, je lui trouve un air étrange.

—Au fait, ce pourrait bien être un filou. Son allure, maintenant que j'y songe, me paraît plus que suspecte.

—Qu'il vienne, il sera bien tombé. Un homme qui va mourir n'a rien à craindre.

—Il n'a qu'à approcher. Dans ma situation on défie la peur.

—Ah! Lucie! Lucie! Nous aurions pu être si heureux!

—Valentine! Valentine!... Il ne tenait pourtant qu'à vous d'assurer notre bonheur à tous deux.

—Peut-être une nouvelle démarche aurait-elle fléchi son indifférence.

—En insistant, en plaidant de nouveau la cause de mon amour, j'aurais peut-être arraché son consentement....

—De la faiblesse!... Je suis honteux de moi même.

—Un semblable regret!... Je rougis de ma pusillanimité.

—Aussi pourquoi le hasard m'empêche-t-il d'exécuter mon dessein? C'est la faute de ce rôdeur.

—Les résolutions extrêmes doivent s'exécuter sur-le-champ! C'est la faute de ce drôle....

—La patience m'échappe à la fin.

—Je suis bien bon de me gêner.

Tous deux se rapprochent et s'interpellent en même temps:

—Monsieur!...

—Plaît-il?...

—Vous avez dit?

—Monsieur, pourriez-vous me dire quelle heure il est?

—J'allais vous faire la même question.

—(A part.) J'en étais sûr, c'est un voleur.

—(Idem.) C'est un filou, Je l'avais deviné.

—Monsieur, je n'ai pas de montre; mais ce que je sais, c'est qu'il est une heure à laquelle les honnêtes gens ne se promènent pas sur les ponts.

—Et moi, je ne sais ce que valent les individus qui prennent le frais sur un parapet dans un semblable moment.

—Prétendez-vous m'insulter?

—Serait-ce une injure?

—Voici déjà longtemps que j'ai l'œil sur vous.

—Il y a trois quarts d'heure que je vous observe.

—Vous me suivez.

—C'est vous qui vous attachez à mes pas.

—Eh bien! morbleu, s'il faut vous l'avouer....

—Si vous désirez le savoir....

—(Ensemble.) Vous me ferez plaisir de passer votre chemin. Je viens ici pour me suicider!

—Vous? Allons donc! Vous voulez rire. La plaisanterie, monsieur, est de bon goût.

—Vous plaisantez vous-même, et l'ironie, je ne le cache pas, me paraît plus que déplacée.

—Alors, monsieur, vous êtes fou. Vous suicider à votre âge!

—Permettez-moi de vous dire que nous sommes à peu près contemporains et que votre projet est d'un insensé!...

—Mais, malheureux! quel motif peut vous inspirer une si coupable pensée? Mourez-vous de faim? Non, vous êtes mis avec élégance.

—Pauvre extravagant! je comprendrais cela, si vous étiez traqué par la misère, mais vous êtes vêtu à la dernière mode.

—Je vous excuserais encore si vous aviez commis quelque action déloyale dont votre figure m'atteste que vous êtes incapable.

—Je vous pardonnerais tout au plus de vouloir échapper au déshonneur, mais votre mine loyale exclut cette hypothèse.

—Laissez le suicide aux infortunés qui, comme moi....

—La mort est le lot de l'homme qui, à mon exemple....

—Elle est si belle, monsieur!

—Monsieur, un ange! avec le cœur d'un démon!

—Un désespoir d'amour, vous aussi?

—Vous aussi, amoureux au point de mettre fin à vos jours?

—Ecoutez, je ne la connais pas, mais je vous garantis qu'elle ne mérite pas l'honneur que vous lui faites. Si c'était ma Lucie!

—Sans l'avoir vue, je vous affirme qu'elle est indigne de votre sacrifice. Il n'y a qu'une Valentine sur la terre.

—Brune, grande, vive.

—Blonde, petite, langoureuse.

—Vous aimez les blondes, vous? Peuh!

—Vous vous suicidez pour les brunes, vous! Ah!

—Mais, monsieur, la brune seule a cet air majestueux et charmant, ce regard altier et magnétique dont Lucie....

—A la blonde seule, cette tournure gracieuse et pleine d'abandon, ces yeux voilés et fascinateurs que Valentine...

—Monsieur, Diane était brunel!

—Vénus était blonde, monsieur!

—Vous voyez bien que, puisqu'elle refuse ma main, j'ai raison de mourir.

—Du moment qu'elle ne veut pas m'épouser, vous voyez bien qu'il me faut quitter la vie.

—Ne m'arrêtez plus.

—Inutile de me retenir.

—Comment! sérieusement, c'est pour une blonde...

—C'est vraiment une brune pour qui....

—Ma parole! votre accent sincère finit par me donner à réfléchir....

—Votre conviction me gagne presque.

—J'aurais pourtant juré qu'il était impossible d'aimer une autre femme comme j'aime....

—J'aurais prêté le même serment.

—Eh! non, vos beautés brunes ont toujours quelque chose de viril....

—Par exemple!

—Un tel blasphème!

—Suivez bien mon raisonnement.... Je vous disais donc....

—Daignez me prêter votre attention.... J'avais l'honneur de vous expliquer.... Mais pardon, j'aperçois un café ouvert, et s'il vous était égal d'y achever la conversation....

—Volontiers, car je sens que je m'enrhume.

EPILOGUE.—UNE HEURE APRÈS.

Les deux amis improvisés, sortant du café, légèrement animés par le punch et le dialogue:

—Cher ami, vous avez raison...., Vivent les brunes!

—Du tout, c'est vous.... Vivent les blondes!

—Dites donc, quand je pense que tout à l'heure nous avons failli.... Atchi!

(Ensemble)—Décidément, nous sommes enrhumés; cela nous apprendra.

Si le suicide n'était pas un crime, il serait toujours bien ridicule.

CONTE.

Toutes les fées étaient réunies autour du berceau d'un enfant.

Le père et la mère écoutaient émus et respectueux les souhaits de chacune d'elles.—«Enfant, tu seras beau, grand, bien fait; tu porteras des couronnes d'or! tu seras héros! La foule t'acclamera; tes admirateurs en délire traîneront ton char; tu feras rire, pleurer, trembler et tressaillir les peuples. Les poètes égrèneront leur perles à tes pieds, les musiciens accorderont leur lyre pour chanter tes louanges. Tu seras aimé par cent héroïnes-diverses. Le poison, le poignard seront impuissants contre toi; ta renommée traversera les monts et les océans.»

La mère était tombée à genoux, rendant grâces aux fées. Mais la porte s'ouvrit brusquement, et la fée des gloires éternelles apparut.

«Je ne puis, dit-elle, reprendre les présents de mes sœurs; mais pour vous punir de votre oubli, voici quel est mon souhait: Les couronnes d'or seront de carton; il rira, il pleurera, il aimera, mais par la volonté d'un autre. Ceux-là-mêmes qui l'auront acclamé lui refuseront cruellement le signe distinctif donné aux citoyens d'élite. Le peuple dont il sera l'idole le brisera dans sa pleine gloire et l'entraînera tout frémissant des raves de la veille au char de son nouveau héros. Ses lauriers se changeront sur sa tête en fleurs d'immortelles, et il mourra dans la tristesse et dans l'oubli, ne laissant rien, rien de lui!

—Que sera-t-il donc? s'écria le père terrifié.

—Il sera comédien!»

Alors la fée de la mort se leva lentement.

«Enfant, je te vengerai, dit-elle; après ta mort, on écrasera l'artiste naissant du poids de ton souvenir!...»

LE NÈGRE

I.

..... Horrible, ce nègre, n'est-ce-pas? Eh bien! ce noir spécimen de la plus laide des races a la passion des fleurs. J'en ai fait mon jardinier.

J'habite à quelques lieues d'Alger, sur les bords de la mer, une ancienne maison mauresque, perdue dans la verdure, ensevelie sous les fleurs. J'en suis l'heureux propriétaire depuis que j'ai mis quelque frein à mon humeur voyageuse.

Autour de ma maison, dans le jardin très étendu qui l'environne, végètent follement des plumbagos, des mimosas, des jasmins, des citronniers, des myrtes, toutes sortes de roses, depuis les bengales, dont la note rouge éclate superbement, jusqu'à la rose du Bosphore, plus modeste de port et de ton, mais embaumée comme aucune. Ça et là, Ali, c'est le nom de mon nègre, a disposé des corbeilles où, à force de soins et en accumulant les plus riches terreaux, il est parvenu, avec la complicité du soleil et de l'eau, à produire des miracles de floraison.

II.

Ali aime tellement les fleurs, qu'il en porte sur lui, à toutes les boutonnières de sa veste, dans les parties lâches de sa ceinture, partout où il peut les fixer, où elles peuvent tenir. Ses larges narines sont des cassolettes qu'il emplît continuellement de pétales de roses. Avec un goût charmant, il confectionne des chapelets de fleurs de jasmin qu'il attache à sa calotte d'où ils tombent, en pendeloques odorantes, des deux côtés de ses joues. Il est vraiment drôle, Ali, avec sa face noire, enguirlandée de blanches fleurs. Je le surprends à coqueter avec sa rustique parure comme une femme le ferait avec ses bijoux. Ajoutez qu'il est presque toujours perdu dans une demi-ivresse causée par l'absorption permanente de capiteuses senteurs. Lorsque, l'œil atone, silencieux et marchant tout d'une pièce, comme un halluciné, il s'avance, l'arrosoir à la main, vers ses œilletons ou ses tubereuses, je m'écarte pour ne point le distraire de son rêve....

III.

J'ai toute espèce de difficultés à contenir chez mon ardinier cette passion de fleurs qui me vaut, parfois, par les températures lourdes, de fortes migraines. Si je l'écoutais, mon homme couvrirait la montagne de plantes odoriférantes. Son projet serait d'y attirer toutes les

abeilles du monde qui y feraient du miel, sans compter, ajoute-t-il, que je retirerais un grand bénéfice de la distillation des fleurs.

Je l'envoie souvent à tous les diables, mais il arrive à des résultats si étonnants, il a transformé en un séjour si délicieux les abords de ma demeure, que je suis vraiment, en somme, plus disposé à l'admiration qu'au blâme et que j'ai de véritables remords lorsque, par le fait de mes injustes boutades, je vois mon pauvre nègre tout peiné.

IV.

—Ali, lui dis-je un jour, je te donne carte blanche, fais ce que tu voudras, embellis encore mon petit royaume; je veux y amener ma femme, car je me marie, Ali.

A ces mots, le visage du nègre exprima la plus vive contrariété.

—Quand la *mouquera* sera ici, Ali partir, me répondit-il en son langage.

—Allons donc!

—Ali plus libre, jamais, reprit-il, Ali s'en aller.

—Mais tu es fou, répliquai-je. Eh! quoi, t'en aller parce qu'il y aura une femme ici?—Mais tu y gagneras, au contraire. Au lieu d'un homme, désagréable parfois, qui te gronde, ce sera désormais une femme qui présidera aux enchantements dont tu es le génie, qui te dira avec une jolie petite voix—tu sais, la voix des oiseaux:— C'est bien, Ali, c'est bien!

Et j'appelais à moi tous les lyrismes et les phrases mielleuses, et les mots caressants, mes flatteries ne l'ébranlaient pas. Mon nègre tenait bon.

—Ali quitter toi, quand toi marié.

C'était sa conclusion suprême et, chaque fois, il la soulignait d'un geste énergique qui décelait chez lui une immuable résolution.

V.

Je revins de France avec ma femme. Le jardin fut trouvé superbe, le nègre horrible, la maison un peu solitaire, mais nous nous aimions, et l'amour, qui peuple de fantômes heureux les plus grandes solitudes, allait faire son miracle ordinaire dans la villa.

A peine étions-nous arrivés qu'Ali demanda à me parler.

Il se présenta, triste, les yeux baissés, et avec une voix dont le ton décisif contrastait avec l'attitude abattue de sa personne.

—Ali part, me dit-il, adieu.

Et sans demeurer davantage et tandis que je l'appelais vainement, Ali descendit comme un fou les escaliers et disparut.

Je ne le revis plus de la journée. Je le fis demander dans le voisinage, on ne l'avait pas vu.

Un matin, comme les goélands coassaient furieusement au fond de la crique, j'allai voir la cause de leur animation intempestive, Le ressac qui venait du large, où la mer était très forte, ballotait entre les rochers le cadavre gonflé d'un nègre. C'était Ali. Les jambes du noyé étaient attachées, indice de son âpre volonté de trouver la mort plus vite.

Le nègre n'avait pu se résoudre à s'en aller au loin, à fuir pour toujours; mais ne pouvant se déterminer à vi-

vre dans la villa où régnait la *mouquera*, il avait, du moins, voulu mourir près des merveilleux jardins qu'il avait créés, expirer en quelque sorte à leur ombre et dans l'atmosphère embaumée qu'il avait respirée si longtemps.

VI.

Par une coïncidence qui dut être la dernière joie du malheureux, tous les œillets et les roses avec eux s'étaient, ce matin même, ouverts aux brises d'avril—ils avaient déchiré, les amoureux, le calice des opulentes fleurs, et les senteurs enivrantes qui s'en étaient échappées avaient rappelé, un moment, au nègre décidé à mourir les pâmoisons, les griseries d'autrefois.

.....
Décidément, ma femme ne veut plus rester à la villa.
L'espectre d'Ali la poursuit partout...

UN PLUS PETIT QUE SOI

Personnages:

M. *Charles de Ventarrière*, conseiller général, futur candidat à la députation, résidant à Paris.

Maurice Valdrey, son secrétaire à demeure.

M^{lle} *Charlotte de Ventarrière*, sa fille unique.

Sébastien, domestique et confident.

I.

Le Cabinet de travail de M. de Ventarrière.

Sébastien (époussetant par intervalle et rangeant des papiers sur un bureau-ministre).—Ça me flatte, mais ça m'étonne tout de même, ce que l'on dit de Monsieur: qu'il écrit des choses superbes sur la politique et qu'il parle comme un livre. Seulement, avant que ce soit imprimé, tout ça, c'est écrit de l'écriture de M. Maurice, le fils d'un vrai savant et pas fier, puisque, depuis sa retraite au pays, ce bon M. Valdrey m'adresse des lettres à moi comme à un vieil ami. Mais j'entends monsieur qui vient avec M. Maurice....

M. *de Ventarrière* (à Maurice).—Certainement, oui, elle produira son effet, ma nouvelle brochure; je l'ai lue

et relue sur ces épreuves, et je ne trouve rien à y ajouter. Elle me mettra en très bonne posture auprès de mes électeurs et à la Chambre; car, du conseil général à la députation, il n'y a plus bien loin maintenant, et vous pourrez vous vanter d'être le secrétaire d'un homme d'Etat considérable.

M. *Charlotte* (frappant à la porte après l'avoir ouverte).—Peut-on entrer? Bonjour, père. Bonjour, monsieur Maurice. Si vous avez un moment avant le déjeuner, monsieur Maurice, je vous demanderai de venir m'aider à la bibliothèque, où je voudrais enfin ranger mes livres, puisque vous m'avez dit que, ce matin, vous pourriez. Depuis des jours et des jours, vous en faites de cette politique! Du matin au soir, même pendant les repas! Etes-vous content de papa? A-t-il bien travaillé aussi, lui?

M. *de Ventarrière*.—Voulez-vous bien, mademoiselle, être un peu plus respectueuse? Qui m'a donné une petite fille de cette impertinence?...

(M^{lle} *Charlotte* embrasse son père pour toute réponse et emmène Maurice.)

II.

DANS LA BIBLIOTHÈQUE.

M^{lle} *Charlotte*. — S'il y a de nouveaux livres, de nouveaux romans à lire, vous les choisirez pour moi, n'est-ce pas, monsieur Maurice? Et de nouvelles pièces de théâtre à aller voir, y en a-t-il?

Maurice.—Je vais me mettre au courant, mademoiselle.

M^{lle} Charlotte.—A propos de comédies, vous savez, monsieur Maurice, que M. de Frétillac père, le sénateur, et M. de Frétillac fils, attaché aux affaires étrangères, viennent encore dîner avec nous aujourd'hui, et que M. Hector de Frétillac, depuis trois mois déjà, se pose en prétendant.

Maurice.—En prétendant?

M^{lle} Charlotte.—Oh! vous comprenez très bien. N'allez pas faire le diplomate, vous aussi!.. Je voulais vous demander ce que vous savez, ce que vous pensez de lui.

Maurice.—Moi? Rien. Monsieur votre père doit connaître la situation présentée de ce jeune homme et l'avenir qui lui est promis...

M^{lle} Charlotte.—Dites aussi que mon père attend quelque chose de l'influence, supposée, de M. de Frétillac, un sénateur rallié, et que cela est pour beaucoup dans ses idées de mariage.... Moi, je ne dis ni oui ni non; j'attends.... Eh bien, monsieur Maurice, vous ne me conseillez pas, vous ne dites mot?

Maurice.—Pardon, mademoiselle; mais il me semble que, pour se marier, on a d'abord à se consulter soi-même, et....

M^{lle} Charlotte.—Alors, pas d'opinion, ou pas le courage de votre opinion.... C'est bien. Je continuerai à ne rien répondre. Vous allez voir....

III.

UN SALON.

M^{lle} Charlotte (au piano. Une partition nouvelle est devant elle. Ses mains distraites parcourent le clavier.) Trois semaines encore de passées, et je laisse faire et je laisse dire papa et monsieur Hector de Frétillac. Pourvu qu'ils n'aillent pas prendre trop vite mon silence pour un acquiescement! Et monsieur Maurice, voyez s'il parlera, lui!... On dit: timide comme une jeune fille. Eh bien, ce sont les garçons qu'il faut voir à ce jeu-là!... Ça lui fait un crève-cœur cependant de le voir avancer, leur projet de mariage, à ce que m'a dit Sébastien, qui l'a surpris tout inquiet, tout triste.... Je ne peux pourtant pas me jeter à sa tête! Que penserait-il de moi plus tard, après que nous serions mariés?...

Sébastien (arrivant du cabinet de M. de Ventarrière, un paquet de lettres à la main. Il s'approche de *M^{lle} Charlotte* et avec un respectueux sourire).—Mademoiselle me permettra de la féliciter...

M^{lle} Charlotte.—De quoi donc, Sébastien?

Sébastien.—Mademoiselle le sait bien: de son mariage! Voilà que monsieur vient de me charger d'aller porter ces notes aux journaux; tenez, il y en a huit d'un coup.

M^{lle} Charlotte.—Des notes sur mon mariage! Avec qui? Voyons, c'est impossible!

Sébastien.—Mais si, mademoiselle; j'ai bien entendu monsieur qui finissait d'en causer avec monsieur Maurice: quand il m'a fait venir pour cette commission.

M^{lle} Charlotte.—Et qu'en disait monsieur Maurice?

Sébastien.—Rien; et ça m'a çagriné un instant, parce que j'avais dans l'idée... Mais mademoiselle avant tout, et si mademoiselle a préféré ce mariage-là...,

M^{lle} Charlotte.—Chut! Donnez ce paquet de notes et suivez-moi.

IV.

CHAMBRE DE MADEMOISELLE.

Sébastien.—Qu' est-ce donc que mademoiselle veut faire?

M^{lle} Charlotte.—Mon bonheur, j'espère bien. Le père et la mère de M. Maurice n'ont pas de fiancée en vue pour lui, que vous sachiez?

Sébastien.—Oh! non. M. Valdrey père me l'aurait écrit.

M^{lle} Charlotte (elle ouvre les enveloppes et lit).—«Nous apprenons le prochain mariage de la fille unique d'un homme estimé parmi les sommités du monde politique, M. Charles de Ventarrière, conseiller général, désigné pour une des premières candidatures à la députation. Le gendre futur, M. Hector de Frétiliac, fils de l'honorable sénateur du centre gauche, est un jeune diplomate de grand avenir, tout à fait digne de cette alliance.» (Après cette lecture, M^{lle} Charlotte reste immobile, en proie à une vive agitation intérieure.) Oh! je vais aller dire à papa.... (Se ravisant, elle ouvre son pupitre, prend un cahier de papier et se met à copier cette note en nombre égal d'exemplaires. Seulement,

elle substitue au nom d'Hector de Frétiliac celui de Maurice Valdrey; au titre le diplomate, celui de publiciste, et, pour le futur beau-père, la qualité de savant à celle de sénateur.) Tenez, Sébastien voilà les notes qu'il faut aller remettre aux journaux, dans vos mêmes enveloppes. Là, c'est fait; partez vite et pas un mot.

V.

Chambre à coucher de M. de Ventarrière.

M. de Ventarrière (encore au lit. Sébastien vient de lui donner les journaux du matin, notamment ceux qui doivent contenir la note sur le mariage de sa fille. Après avoir ouvert trois ou quatre journaux avec une stupéfaction croissante, il se dresse sur son séant et tire fébrilement le cordon de sonnette. A Sébastien, accouru aussitôt).—Mes notes d'hier, pour les journaux, qui est allé les porter?

Sébastien (dominant son trouble). Moi, monsieur.

M. de Ventarrière.—Vous les avez donc laissées quelque part, ici, avant d'aller les remettre?

Sébastien.—Peut-être bien, je ne sais pas... Au salon je crois; oui, au salon, où je les ai retrouvées.

M. de Ventarrière.—Faites-moi venir M. Maurice, à l'instant. (Il achève de voir les journaux. Sa colère passe du rouge au blanc. A Maurice, qui entre). Lisez ceci, monsieur, lisez... C'est une abominable trahison, une indignité, une infamie, en fin, ça n'a pas de nom!....

Maurice (tout à fait abasourdi).—Je ne comprends pas.... C'est odieux. c'est absurde!....

M. de Ventarrière.—Votre nom substitué à celui de mon gendre! par qui, sinon par vous?

Maurice.—Oh! monsieur, mais j'en suis encore plus révolté....

M^{lle} Charlotte (elle était aux écoutes, et elle a ouvert subitement la porte).—Révolté de ce que j'ai fait, monsieur Valdrey, le mot est dur!

M. de Ventarrière.—Comment, toi! Que signifie?

M^{lle} Charlotte.—Te voilà bien à plaindre! Pour une fois qu'une jeune personne à marier choisit elle-même son mari, tu protesteras, toi, un homme d'intelligence et de progrès!

M. de Ventarrière.—Mais c'est archi-fou! Et M. de Frétiliac, malheureuse enfant?

M^{lle} Charlotte.—Mon ex-prétendant? Je m'en charge. Je lui ferai comprendre qu'il a trop d'esprit pour ne pas comprendre, et il comprendra.

M. de Ventarrière.—Et son père, le sénateur?

M^{lle} Charlotte.—Il saura bien ne pas t'en vouloir; on reste toujours l'ami d'un homme comme toi.

M. de Ventarrière. —Petite enjôleusel....

(Maurice, trop ému pour ne pas embrasser quelqu'un, se jette au cou de Sébastien.)

M^{lle} Charlotte.—Qu'aurais-tu fait d'un diplomate, voyons? J'étais condamnée à le suivre partout, à te quitter. Tandis que je te reste, comme ça; nous te restons, et avec ton petit gendre que voici tu deviendras grand député.

Sébastien.—Et grand-père. Ce qui me fera ma troisième génération d'enfants!...

Histoire du solitaire du Vésuve.

Ma jeunesse fut orageuse, j'essayai de tout, et je me dégoûtai de tout. J'étais éloquent; je fus célébré, et je me dis: «Qu'est-ce que cette gloire des lettres, disputée pendant la vie, incertaine après la mort, et que l'on partage souvent avec la médiocrité et le vice?» Je fus ambitieux, j'occupai un poste éminent, et je me dis: «Cela valait-il la peine de quitter une vie paisible; et ce que je trouve remplace-t-il ce que je perds?» Il en fut ainsi du reste: rassasié des plaisirs de mon âge, je ne voyais rien dans l'avenir, et mon imagination ardente me privait encore du peu que je possédais. Jeunes seigneurs, c'est un grand mal pour l'homme d'arriver trop tôt au but de ses désirs, et de parcourir dans quelques années les illusions d'une longue vie.

Un jour, plein des plus sombres pensées, je traversais un quartier de Rome peu fréquenté des grands, mais habité par un peuple pauvre et nombreux. Un édifice d'un caractère grave et d'une construction singulière frappa mes regards. Sous le portique, plusieurs hommes debout et immobiles paraissaient plongés dans la méditation.

Tandis que je cherchais à deviner quel pouvait être ce monument, je vis passer à mes côtés un homme original de la Grèce, comme moi naturalisé Romain. C'était un descendant de Persée, dernier roi de Macedoine.

Ses aïeux, après avoir été traînés au char de Paul Emile, devinrent simples greffiers à Rome. On m'avait jadis fait remarquer au coin de la rue Sacrée, sous un chétif abri cette grande dérision de la fortune. J'avais causé quelque fois avec Perséus; je l'arrêtai donc pour lui demander à quel usage était destiné le monument que je considérais: «C'est, me répondit-il, le lieu où je viens oublier le trône d'Alexandre: je suis chrétien.» Perséus franchit les marches du portique, passa au milieu des catéchumènes, pénétra dans l'enceinte du temple. Je l'y suivis avec émotion.

Les mêmes disproportions qui régnaient au dehors de l'édifice, se faisaient remarquer au dedans; mais ces défauts étaient rachetés par le style hardi des voûtes, et l'effet religieux de leurs ombres. Au lieu du sang des victimes et des orgies qui souillent l'autel des faux dieux, la pureté et le recueillement semblaient veiller au tabernacle des chrétiens. A peine le silence de l'assemblée était-il interrompu par la voix innocente de quelques enfants que des mères portaient dans leurs bras. La nuit approchait; la lumière des lampes luttait avec celle du crépuscule, répandue dans la nef et dans le sanctuaire. Des chrétiens priaient de toutes parts à des autels retirés: on respirait encore l'encens des cérémonies qui venaient de finir, et l'odeur parfumée des flambeaux que l'on venait d'éteindre.

Un prêtre, portant un livre et une lampe, sortit d'un lieu secret, et monta dans une chaise élevée. On entendit le bruit de l'assemblée qui se mettait à genoux. Le prêtre lut d'abord quelques oraisons sacrées; puis il recita une prière à laquelle les chrétiens répondaient à demi-voix, de toutes les parties de l'édifice. Ces réponses uniformes, revenant à des intervalles égaux, avaient

quelque chose de touchant, surtout lorsqu'on faisait attention aux paroles du pasteur, et à la condition du troupeau.

«Consolation des affligés, disait le prêtre, ressource des infirmes....»

Et tous les chrétiens persécutés, achevant le sens suspendu ajoutaient:

«Priez pour nous! priez pour nous!»

Dans cette longue énumération des infirmités humaines, chacun, reconnaissant sa tribulation particulière, appliquait à ses propres besoins quelques-uns de ces cris vers le Ciel. Mon tour ne tarda pas à venir. J'entendis le lévite prononcer distinctement ces paroles:

«Providence de Dieu, repos du cœur, calme de la tempête...»

Il s'arrêta: mes yeux se remplirent de larmes; il me sembla que les regards se fixaient sur moi, et que la foule charitable s'écriait:

«Priez pour lui! priez pour lui!»

Le prêtre descendit de la chaire, et l'assemblée se retira. Touché jusques au fond du cœur, j'allai trouver Marcellin, pontife suprême de cette religion qui console de tout; je lui racontai les peines de ma vie; il m'inscrivit des vérités de son culte: je me suis fait chrétien, et, depuis ce moment, mes chagrins se sont évanouis.

COLOMB.

Un homme allait de ville en ville, offrant aux princes de l'Europe un monde pour un vaisseau. Il avait longue-

ment pesé la terre à la lueur de sa lampe, dans l'apell-teau de sa pensée. Il ne lui trouvait pas le poids qu'elle devait avoir dans la création, et il continuait de rouler en silence ce problème. Il regardait le soir au couchant le soleil plonger dans l'écume de la Méditerranée. Où allait se sublime éclairer de l'espace qui fuyait à l'horizon dans la pourpre du nuage? Allait-il visiter de son rayon une autre contrée inconnue à notre regard? Si la terre était sphérique, la loi de l'équilibre le voulait ainsi.

A mesure qu'il prolongeait devant le ciel éteint cet interrogatoire du génie à sa propre pensée, son doute intérieur, successivement éclairé, prenait, au fond de son intuition, une apparence, une réalité. Le visionnaire voyait là, devant lui, à la frontière de la dernière étoile, aussi sûrement qu'avec les yeux des sens, un nouveau continent. Il bondit, comme soulevé par l'âme électrique toute entière de la planète. Il ouvrit les bras à l'espace et il cria: Je tiens un monde! La mer entendit son cri et le répéta de vague en vague jusqu'à la rive de l'Atlantide.

Le mendiant des princes erra longtemps, son bâton à la main, portant de cour en cour le continent de sa pensée. Aucun souverain de l'Italie ne voulut accepter ce don d'un rêve, et le prophète de l'hémisphère allait frapper à la porte d'un autre royaume. Il avait foi à sa vision. Il étouffait dans l'étroite enceinte de notre géographie. Son espérance marchait devant lui en lui montrant le chemin. Il la suivait, le front rayonnant, sans écouter le stupide murmure de l'ironie. Il trouva enfin une femme, une reine, qui voulut bien contribuer sur son trésor à la vérification de son pressentiment. Elle lui donna un vaisseau, et il partit.

L'esprit du progrès, ce complot universel, involon-

taire, de conjurés étrangers et dévoués, sans se connaître, les uns aux autres, avait déjà, par une admirable prévenance et une admirable sympathie, inventé la boussole, cet horloge de l'espace, qui marque la route des voyageurs, de la pointe de son aiguille. Conduit par cette muette assistance, que du fond de l'oubli, de l'Arabie peut-être, un collaborateur inconnu lui avait préparée, le hardi aventurier ouvrit la voile au souffle du mystère.

La côte avait fui derrière lui depuis des jours, depuis des semaines. Il allait, il allait toujours. Le flot venait et passait. Le vide renaissait du vide à son regard. Le soleil naissait et mourait sur la même incertitude. L'équipage douta d'une rive devant l'immensité. Il crut que le monde allait manquer. Il voulut forcer le conquérant d'une énigme à revenir sur sa témérité. Mais lui, invinciblement, confiant dans son rêve et enveloppé de toutes parts du néant, laissait le vent de Dieu pousser son vaisseau et regardait l'horizon. La terre était là, au bout de son doigt; il la voyait, il pouvait la montrer.

Et un matin, la nature avait mis ce jour-là sa robe de fête, comme pour une grande journée de l'humanité. L'intrépide navigateur vit tout à coup sortir de l'écume, à la proue de son navire, la terre de son rêve, parée de la palme du tropique et souriante dans le rayon du matin. Sa fiancée avait secoué à son approche le bouquet trempé de rosée, et semblait venir au-devant de lui dans un parfum. Il la reconnut; il l'avait vue tant de fois dans la contemplation de sa veillée! Il laissa échapper la barre du gouvernail, et tomba foudroyé sur le pont, à genoux. La chair était trop faible pour porter une pareille joie de l'esprit. Après cette seconde création, en quelque sorte du continent austral par une idée,

Colomb revint en Europe recevoir au fond d'une prison la récompense de sa conquête.

Il avait ouvert à sa patrie d'adoption la porte de la richesse, L'Espagne accourut sur ses traces ramasser l'or, dans le sillage du soleil. Lorsque Dieu veut attirer la civilisation vers une contrée, il y enfouit un trésor. L'éternel Argonaute du progrès franchit l'abîme pour conquérir la mystérieuse toison. L'Espagne avait d'abord été l'Hespéride au rayon tentateur qui appelait l'humanité à l'ouest. Mais le jour où la civilisation avait envahi l'Europe, l'Hespéride avait pris son vol en secouant son aile dorée, et avait disparu de l'autre côté de la mer dans le crépuscule du couchant. L'Espagne l'avait poursuivie à son tour et l'avait retrouvée dans une vallée des Cordilières. L'Hespéride fuira de nouveau encore, après quatre siècles, pour émigrer au bord d'une autre mer, en face de l'Asie. Messagère mystique de la caravane du progrès, elle lui indique son chemin dans l'espace.

A ma fenêtre.

I.

J'ai des habitudes campagnardes et je me lève avant l'angelus de six heures. C'est le bon moment pour travailler, surtout dans cette chaude saison. A cette heure matinale, la rue est silencieuse et presque solitaire. De

rare ouvriers filent le long du trottoir dans la direction de leur atelier. Le laitier et la fruitière commencent seuls à enlever les volets de leur boutique. Aux étages supérieurs, tout est encore endormi;—les martinets qui sifflent en volant comme des flèches au-dessus des toits, et moi, accoudé à l'appui de ma croisée, nous sommes à peu près les seuls êtres occupés à jouir de la fraîcheur de la matinée et à contempler le soleil qui monte dans des nuages roses au-dessus du clocher de l'église voisine.

II.

Avant-hier, cependant, je me suis aperçu que je n'étais pas l'unique spectateur du premier réveil de la rue. Dans l'hôtel meublé qui fait face à ma maison, une fenêtre était toute grande ouverte à la même hauteur que la mienne, et à travers les lames de ma jalousie baissée je pouvais suivre le va-et-vient affairé de la personne qui occupait la chambre. D'ordinaire les habitants de cet hôtel sont peu matineux, et, au risque d'être indiscret, je me mis à observer curieusement la voyageuse—car c'était une femme—qui se trouvait sur pied dès avant la sonnerie de l'angelus.—Elle pouvait avoir vingt ou vingt-deux ans. Elle venait de se coiffer et, sommairement vêtue d'une camisole blanche et d'une jupe de couleur sombre, elle était occupée à broser sa robe,—une simple robe noire qui ne paraissait plus très fraîche et à laquelle elle prodiguait des soins maternels. Elle l'effleurait à peine avec la brosse, puis, à l'aide d'une serviette mouillée, elle enlevait délicatement

les grains de poussière logés dans les coutures et les fronces. Dans l'encadrement de la fenêtre, un pied posé sur une chaise, elle se penchait vers la robe étalée sur son genou, de sorte que je pouvais, sans être vu, l'observer de face et de profil. Elle était bien faite; sans être jolie, elle avait une physionomie ouverte et intéressante, le teint un peu hâlé, de grands yeux, des cheveux châains encadrant un front bombé et intelligent. Elle avait l'air décidé, mais non effronté. Cette assurance semblait provenir d'un exercice précoce de la volonté et de l'initiative et n'excluait pas une honnête retenue, car, ayant entendu sans doute du bruit à la porte de sa chambre et craignant d'être surprise dans sa toilette sommaire, elle tressaillit tout d'un coup et se rejeta en arrière avec un geste pudiquement effarouché.

III.

Lorsqu'elle eut terminé son travail de nettoyage, elle quitta la fenêtre un moment, puis elle reparut vêtue de sa modeste robe noire, la taille svelte, la poitrine bombée sous l'étoffe déjà mûre du corsage. Je la vis prendre sur la table un grand carton de dessin et y enfermer une équerre et une règle plate toutes neuves. Peu après, vers sept heures, elle sortit de l'hôtel,—coiffée d'un chapeau de paille noire et portant le carton sous son bras,—et se dirigea vers les quais.—Alors je compris.—La matineuse jeune femme était une institutrice des environs de Paris, venue pour subir les épreuves d'un concours ou d'un examen à l'hôtel de Ville.

IV.

J'épiai son retour, le même soir, derrière ma jalousie. Elle rentra vers six heures, avec son grand carton de dessin. Elle paraissait harassée, écrasée à la fois par les émotions du jour et par la chaleur qui était suffocante. A peine dans sa chambre, sans se douter qu'elle pouvait être vue, elle enleva sa robe noire, y substitua une camisole blanche; les cheveux dénoués afin d'être plus à l'aise, elle tira de son carton des cahiers et des livres, et, accoudée à la table, elle se mit, la malheureuse, à préparer l'épreuve du lendemain. Vers sept heures, on lui monta de l'hôtel un maigre dîner qu'elle mangea tout en lisant, puis, quand la nuit arriva, elle resta étendue sans lumière, dans le fauteuil roulé près de la fenêtre, essayant de respirer un peu d'air frais, et écoutant dans une attitude lasse les bourdonnements de la rue bruyante.—Vers onze heures, quand je rentrai, je vis qu'elle avait allumé une bougie, et à cette vacillante lueur, elle relisait encore les matières de l'examen. Enfin elle s'endormit, mais de quel sommeil traversé de cauchemars, tous ceux qui ont passé des examens peuvent le deviner....

V.

Le lendemain quand je me levai à l'angelus, elle était déjà sur pied et coiffée. Elle recommença avec les mêmes précautions le nettoyage de sa robe noire, épingla son

chapeau de paille sur sa tête, puis, le carton sous le bras, reprit, vers sept heures le chemin de la salle des examens.

VI.

Elle revint à cinq heures de l'après-midi, mais cette fois avec une figure bouleversée. Elle se débarrassa de son carton, jeta son chapeau, et se laissant tomber dans le fauteuil, les coudes sur la table, les mains dans les cheveux, elle se mit à fondre en larmes. La cause de son chagrin n'était pas douteuse, hélas! La pauvre fille avait échoué à l'examen écrit. Tant de journées de travail, tant d'efforts, tout ce *surmenage* du cerveau, n'avaient abouti qu'à un échec. Sa douleur librement épanchée était navrante. On y devinait l'écroulement de plus d'un château en Espagne, l'anxiété de l'avenir, les humiliations du retour, toute une humble et lamentable tragédie....

VII.

Tout à coup elle se leva, essuya ses yeux rouges, plonge sa figure dans l'eau, puis, tandis que des sanglots convulsifs soulevaient encore sa poitrine, elle lia ensemble ses livres, ficela dans son carton l'équerre et la règle plate toutes neuves, enferma quelques menus objets de toilette dans un petit sac de cuir et sonna le garçon, sans doute pour demander sa note et commander une voiture, car, quelques instans après je la vis fouiller

dans son porte-monnaie et compter tristement l'argent qui lui restait.

VIII.

Au bout d'un quart d'heure, elle se recoiffa, revêtit un très modeste mantelet de laine et sans même jeter un regard d'adieu sur cette chambre où elle avait passé tant d'heures d'espoir et d'angoisses, elle s'en alla. Une voiture l'attendait à la porte de l'hôtel; elle y monta avec son mince bagage et le cocher fouetta sa bête.

J'accompagnai d'un regard ému cette voiture qui emportait la jeune fille vers la gare de l'Ouest, et qui disparut bientôt dans le poudroiement de la rue ensoleillée.

Et, depuis, je ne peux plus voir la fenêtre de la chambre de l'hôtel d'en face sans songer avec un serrement de cœur aux sanglots étouffés de la pauvre institutrice en robe noire.

LES CIEUX.

La vie universelle! Voilà ce que la Nature nous enseigne par cette voix intime et puissante à la fois qu'elle parle en tout lieu du monde,—par cette voix qui traverse les espaces et se fait entendre dans les cieux aux habitants de toutes les terres planant dans l'étendue,—par cette voix qui s'adresse à l'âme et que tous les hommes créés peuvent entendre. Voilà ce qu'elle annonçait jadis à nos sages, à nos poètes et à nos philosophes dont le génie s'était par sa seule puissance élevé jusqu'à elle. Voilà ce qu'elle vient démontrer aujourd'hui par les découvertes modernes de la science, qui, après une lutte de quinze siècles, est enfin parvenue à percer ses premiers secrets. Malgré l'imperitie de son interprète, elle a parlé d'une manière assez éloquente pour s'attirer les esprits et les cœurs; mais la conviction qu'elle tient à établir en nous doit être profonde et ineffaçable, et elle ne veut pas abandonner encore le tableau qu'elle a déroulé sous nos regards. Il est admis maintenant, nous l'espérons du moins, que la pluralité des mondes ne peut pas ne pas être, et si l'on ne peut pas certifier que *tel* ou *tel* monde spécialisé soit *aujourd'hui* nécessairement habité, il faut du moins admettre, en thèse générale, que l'habitation des mondes est leur état normal. Mais il est une considération plus générale que les précédentes qui doit venir maintenant les couronner et les confirmer. Le *microscope* nous a révélé que la puissance créatrice a répandu la vie en tous lieux sur la Terre, et qu'au-

dessous du monde visible il y a des êtres jusqu'à la plus extrême petitesse; le *télescope* va nous apprendre qu'il est impossible à notre esprit d'embrasser toute l'étendue de cette puissance, et que, selon la parole de Pascal, nous aurions beau enfler nos conceptions au delà des espaces imaginables, nous n'enfanterions jamais que des atomes au prix de la réalité.—Voici, en effet, le tableau le plus magnifique que puissent admirer nos regards, le spectacle le plus imposant dont il soit donné à l'homme d'être témoin; celui de *l'Immensité des Cieux*.

Et d'abord, notre système planétaire tel que nous l'avons présenté, c'est-à-dire terminé à l'orbite de Neptune, qui ne mesure pourtant pas moins de sept milliards de lieues de circonférence, ne borne pas à ces étroites limites l'empire immense du Soleil. Outre que des planètes inconnues, plus éloignées que Neptune, peuvent circuler au delà de son orbite, d'innombrables comètes, soumises également à l'attraction solaire, sillonnent en tous sens les plaines éthérées et reviennent à des époques déterminées s'abreuver à la source solaire, source abondante de lumière et d'électricité. Nous n'avons rien à ajouter ici sur la nature des comètes, si ce n'est qu'elles sont des amas de vapeur de la dernière ténuité, et s'enfoncent dans les cieux à toutes les profondeurs; nous n'avons rien à dire également de leur nombre, si ce n'est qu'il s'élève à des centaines de mille. Mais pour donner une idée de l'étendue du domaine de l'orbite de certaines comètes nous rappellerons que la grande comète de 1811 emploie 3000 ans à accomplir sa révolution, et que celle de 1680 n'achève son immense révolution qu'après une course non interrompue de 88 siècles; que le premier de ces astres s'éloigne à treize milliards six cent cin-

quante millions de lieues, et le second à plus de trente deux milliards.

Quelle que soit cette étendue, quelle que soit l'immensité du domaine solaire, les grandeurs précédentes, qui nous paraissent si prodigieuses, peuvent cependant à peine être comparées, tant elles sont exigües, aux grandeurs que l'on envisage dans les études de l'astronomie stellaire. Les nombres en usage dans l'astronomie planétaire disparaissent à côté des nombres en usage dans celle-ci. Ici, et quand cela est possible toutefois on ne compte plus par lieues ou par milliers de lieues, on prend pour *unité* le rayon moyen de l'orbite terrestre, égal comme on sait à trente huit millions deux cent trente mille lieues.

Chaque étoile du ciel est un soleil brillant de sa propre lumière. On a mesuré l'intensité lumineuse des étoiles les plus rapprochées, et l'on a constaté que quelques unes, comme Sirius, sont beaucoup plus radieuses et plus volumineuses que notre Soleil; transporté à la distance qui nous sépare de Sirius, l'astre splendide de nos jours offrirait à peine l'apparence d'une petite étoile de troisième grandeur.

Si notre système solaire est un type général dans l'ordre uranographique, ce qui est de la plus haute probabilité, ces vastes et brillants soleils sont autant de centres de magnifiques systèmes, dont quelques uns sont semblables au nôtre, dont d'autres peuvent lui être inférieurs, et dont un grand nombre lui sont supérieurs en étendue et en richesses planétaires. Si une telle disposition de mondes autour d'un astre illuminateur n'est pas répétée près de tous les soleils de l'espace, nous devons être certains, toutefois, que ceux-ci n'en sont pas moins autant de foyers d'une vie active, manifestée sur des

modes inconnues, autant de centres de créations, étrangères à celle que nous connaissons, mais grandes, admirables, sublimes, comme tout ce qui germe dans les sillons creusés par la main de la Nature.

Il serait beau d'embrasser sous le regard illimité de notre âme cette immensité prodigieuse où rayonnent les créations de l'éther; il serait beau de donner le dernier coup au petit firmament cristallin des anciens, et, nous dépouillant à jamais de l'antique illusion qui nous montrait les étoiles tournant à une égale distance autour de nous, de traverser par la pensée les espaces sans cesse renouvelés où se succèdent les mondes stellaires.

CUARTA PARTE.

STYLE ÉPISTOLAIRE.

STYLE ÉPISTOLAIRE



Madelaine à Suzanne.

Je t'écris, ma bonne Suzanne, et je n'ai rien à t'apprendre ni à te dire; ainsi tu es bien libre de déchirer ou de brûler ma lettre sans la lire. Je t'écris parce que je suis triste et ennuyée sans en savoir la cause, parce que tu es la seule que je puisse impunément fatiguer de mon bavardage.

Le temps est magnifique. Le soleil prend de la force, tout germe et se développe; la sève longtemps emprisonnée dans les rameaux, jaillit en feuillage d'un vert tendre; l'air tiède pénètre le corps et lui donne une langueur mêlée de plaisir et de peine. Depuis quelques jours il m'est impossible de rester en place, je vais du jardin à la maison et de la maison au jardin; je m'assieds avec un livre à la main, et bientôt mon livre tombe. Je respire l'odeur du jeune feuillage; je m'enivre de l'air printanier qui caresse mes cheveux, et je tombe dans une rêverie profonde, dans une taciturne contemplation. Des heures entières mes yeux restent fixés sur un brin d'herbe qui brille au soleil comme une émeraude, et je sens dans le cœur ce malaise qui fatigue l'estomac quand on n'a pas diné, pour aller plus tôt à un bal ou à une fête, une sorte de vide douloureux;

puis de grosses larmes roulent dans mes yeux, et je me soulage en pleurant de tout mon cœur. Et je te le jure, ma bonne Suzanne, je n'ai aucun chagrin; mon père m'adore et n'est heureux que de mon bonheur: il met tous ses soins à prévenir mes moindres désirs, et, malgré son amour pour ses tulipes et ses jacinthes et toutes les plantes de son jardin, il les néglige souvent pour me procurer un plaisir ou une distraction. Te souviens-tu, ma bonne Suzanne, du temps que nous avons passé ici ensemble, de ma folle gaieté et de mon insouciance? Je ne sais plus où est tout cela; tout autour de moi semble prendre une nouvelle vie, tout se pare des vêtements de fête.

Et moi seule je suis triste, et il y a comme un crêpe funèbre sur mes pensées. Les oiseaux se cherchent et se rassemblent sous le feuillage des tilleuls. Le printemps, dit-on, est la saison de l'amour et dispose l'âme aux douces impressions; et moi, je n'aspire qu'à être seule; et quand je suis seule, je pleure sans qu'aucune cause puisse justifier mes larmes; et, oserais-je te l'avouer! je ressens à pleurer un plaisir nouveau pour moi. Tu me trouves bien folle, n'est-ce pas? j'en suis plus surprise et plus effrayée que toi. Quand je regarde autour de moi, je ne vois que des raisons de rendre grâce à Dieu de tout le bonheur qu'il fait pour moi chaque jour, et je me trouve bien ingrate envers Lui et bien indigne de ses bontés.

Adieu, ma Suzanne.

Mis Berri à lady Granville.

Petersham, 5 juillet 1847.

Quoique je n'aie pas réussi à vous voir, lorsque vous occupiez, dans notre voisinage, le *Stud House*, je viens encore une fois vous importuner par l'expression de l'admiration que

m'inspire le dernier ouvrage de votre fille. Le style en est presque partout excellent, et je ne puis assez vous dire combien j'apprécie le talent avec lequel elle sait peindre les moindres nuances d'un caractère, et décrire les sentiments les plus profonds, ainsi que les souffrances les plus aiguës du cœur humain. Elle le fait avec une exactitude et une délicatesse de langage que fort peu d'écrivains possèdent. Je tiens d'autant plus à ce que, dans ce grand concert de louanges, ma voix vous parvienne séparément, que j'avoue à ma honte n'avoir reconnu que récemment la supériorité des facultés de l'auteur. Mais le voile épais de modestie sous lequel elle se cache, et la grande différence de nos âges, me faisaient, je l'avoue, ne voir en elle *que votre fille*, et lui refuser la part qui lui appartenait du charme de votre conversation et de votre société.

Ayant achevé maintenant de faire à la mère et à la fille la confession de tous mes torts (chose nécessaire à ma conscience, à l'âge que j'ai atteint) je demande à l'une et à l'autre de me croire avec une égale vérité, leur très vieille, très dévouée et très affectueuse amie,

M. BERRY.

Madame de Montausier à M. le Cardinal de la Valette

(1670-1671.)

Monseigneur, je n'oserai plus prendre la liberté de vous écrire, si vous continuez à prendre la peine de me faire réponse: j'ai assez d'autres marques de votre civilité pour n'avoir pas besoin de recevoir celle-là: car je sais qu'elle ne peut vous être qu'incommode dans un temps où vous avez tant d'affaires.

J'ai été ravie d'apprendre par M. Arnauld toutes les belles choses que vous avez faites, et, bien que je sois assurée qu'elles seront un jour dans l'histoire, je n'ose pas en parler, Monseigneur, de crainte que vous ne me grondiez de publier des choses que vous prenez tant de soins à cacher. Je l'avais prié de vous dire plusieurs nouvelles, dont il ne s'est pas voulu charger: car, depuis que l'on fait le procès au *Cid*, personne ne veut plus hasarder de rien raconter quoique vrai si n'est aussi vraisemblable: car c'est un des principaux chefs pour lesquels on pendra le malheureux. Les autres crimes sont assez ordinaires: car on ne l'accuse, outre cela, que d'avoir fait de mauvais vers. C'était ici une de mes nouvelles; les autres ne sont pas moins étranges: car Mlle. Aubery a une querelle avec M. le cardinal de Richelieu; tous ses amis sont occupés à la raccommo-der. M. le maréchal de Brezé a, dit-on, un lièvre qui le suis partout, et que personne ne saurait prendre. Voiture a quitté tous ses divertissemets pour jouer du psaltérion, parce que cela plaît à la Dame, la D.... Après des choses si extraordinaires, souffrez que je vous en dise une qui n'est pas de ce genre; mais je ne puis finir ma lettre que par des vœux pour votre conservation, et par les assurances que je vois ai données toute ma vie d'être, Monseigneur, votre très humble et très obéissante servante.

**La marquise de Normanby à lord Granville,
par Mme Graven.**

Paris, 5 juin 1847.

Laissez-moi vous remercier mille fois d'avoir songé à m'envoyer le livre charmant de votre sœur, je ne l'ai plus quitté après l'avoir ouvert, avant de l'avoir achevé, et maintenant je

voudrais le relire. Il est rempli de vérité et d'élévation, et l'intérêt du récit ne se ralentit pas un seul instant depuis le commencement jusqu'à la fin. Mais au lieu de vous parler de mon opinion, je veux vous en donner une autre qui vous flattera davantage. Hier au soir à Neuilly je les ai tous trouvés dans l'enthousiasme. La Reine (Marie-Amélie) a tiré le deuxième volume de son sac à ouvrage, et m'a dit qu'il l'intéressait tant qu'elle l'emportait partout avec elle. Elle m'a montré plusieurs passages dont elle était surtout charmée et qu'elle avait marqué au crayon: en particulier les descriptions de l'Italie et de Rome. Elle m'a dit que c'était le plus charmant livre qu'elle eût jamais lu, qu'elle aimait beaucoup le premier, mais qu'elle donnait la préférence à celui-ci. J'en fais autant...

Madame Swetchine au vicomte de Melun.

Paris, novembre 1846.

Mon cher ami, de vos nouvelles à tous et surtout des vôtres, je vous en prie! Je suis si souvent avec vous que j'ai bien des chances de rencontrer juste pour la chose que vous faites, les bonnes actions que vous méditez, la pensée qui traverse votre esprit, et surtout, hélas! pour les tristesses qui reviennent saisir votre pauvre cœur: mais on a beau deviner, on veut savoir! Vous ne me disiez pas dans votre petite lettre comment vous alliez de santé, comment allait ce larynx qui demande bien des ménagements dans cette saison de brumes, et qui me ferait bien désirer que pour le moment vous ne prissiez de la campagne que son repos. J'espère de toute mon âme qu'il vous sera profitable à tous, car vous avez éminemment les conditions du bien qu'il peut faire, par la directions que vous lui

donnez et les consolations qui s'y joignent. C'est aussi, après un si douloureux ébranlement, la meilleure des transitions à la reprise des habitudes: les contrastes venus trop tôt irritent la blessure. Vous n'avez jamais positivement à les redouter, mon cher ami, dans votre vie de Paris si utile et si sévère; aussi, je compte toujours, comme votre famille l'exigera sans doute, sur votre retour ici vers le jour que vous aviez fixé.

**Madame Swetchine à madame la Comtesse
de Mesnard.**

1845.

J'ai bien regretté hier que vous ayez quitté Paris si tôt; d'abord vous auriez été rassurée sur la santé du P. Lacordaire qui était déjà beaucoup mieux; et puis quelques mots prononcés par lui à l'occasion du tiers-ordre de Saint-Dominique vous eussent laissé l'impression intime et si pieusement pénétrante que sa parole a toujours: il semble que pour toucher, il n'ait jamais qu'à se recueillir. Son absence ne sera pas longue; d'après toute probabilité, il reviendra pour la Toussaint, et c'est juste le temps, nécessaire aux nombreux progrès que vous aurez, j'espère, à lui faire constater. Hélas! n'est-il pas trop triste de trouver, surtout dans le passé, la longue liste des grâces négligées? Et ce qui est désolant à la fin d'une époque quelconque, fût-elle de peu d'heures, quel nom lui donner quand ce regret est sans retour, parce que la vie est à la fin? Empêchons cela de tous nos efforts. Le P. Lacordaire est parti hier à onze heures et demie; il sera demain à Bâle et dimanche ou lundi chez lui.

Vous ne m'oublierez pas, j'espère, quand vous aurez un moment.

Lettre de Madame de Sévigné au comte de Bussi.

Bonjour, bon an, mon cher Comte: que cette année vous soit plus heureuse que celles qui sont passées; que la paix, le repos et la santé vous tiennent lieu de toutes les fortunes que vous n'avez pas, et que vous méritez; enfin, que vos jours désormais soient filés d'or et de soie, etc.

Réponse de M. Fléchier à M. le vicomte de*, 1704.**

Ce sont de bons commencements, Monsieur, et de bons présages d'année que des nouveaux témoignages d'une amitié comme la vôtre. Si je n'ai pas le plaisir de pouvoir raisonner avec vous, comme je faisais il y a quelques mois, je vous rends du moins souhaits pour souhaits, vœux pour vœux et je demande au ciel pour vous meilleure santé, meilleure fortune, ou la vertu nécessaire pour vous passer de l'une et de l'autre.

**Lettre de M. Fléchier à M., sur les couches
de son épouse, 1686.**

J'ai beaucoup de joie, Monsieur, d'apprendre l'heureux accouchement de madame votre femme: ce sont des bénédictions que Dieu donne aux mariages, dont on doit le remercier.

Il serait à souhaiter qu'il y eût beaucoup de pères comme vous, capables de bien élever leurs enfants, et de leur laisser autant de vertu que de bien! Je me réjouirai toujours de tous les avantages qui vous arriveront, et je serai toute ma vie, etc.

Réponse de M. de Harlay, nommé à l'intendance de Bourgogne, au comte de Bussi, 1686.

Je vous suis extrêmement obligé, Monsieur, de la part que vous voulez bien prendre à la grâce que le roi vient de me faire. Je souhaiterais qu'elle pût me fournir de fréquentes occasions de vous témoigner combien je suis sensible à l'honneur de votre souvenir, et à quel point je suis, etc.

Lettre de M. le comte de Bussi à Madame de D*, 1669.**

J'ai appris avec bien de déplaisir la perte de votre procès, madame; car je vous aime fort. Cependant contre fortune bon cœur; vous avez assez de bien pour perdre les plus grands procès sans en être incommodée: que cela ne vous altère donc point; conservez-vous, et croyez que, si vous survivez à vos parties adverses, ce seront elles qui auront perdu leur procès.

Lettre de M. de Baille à Madame de Maintenon, 1714.

Madame:

Vous avez eu la bonté de me permettre de recourir à vous dans les affaires les plus importantes qui pouvaient me regarder. Dans cette confiance, je vous prie de m'accorder votre protection. Je demande au roi de donner à mon fils une place de conseiller d'Etat, en remettant celle que je remplis. J'ai considéré qu'étant hors d'état de servir S. M. dans ses conseils, à cause de ma surdité, j'étais devenu un serviteur inutile; et, n'ayant qu'un fils, j'avoue que l'objet de mes vœux serait de lui voir cet établissement.

Daignez, madame, me donner en cette occasion des marques de vos anciennes bontés pour un vieillard sourd, goutteux, reconnaissant, et revenu de toute ambition, mais non des sentiments paternels.

Réponse de Madame de Sévigné à sa fille.

Mon Dieu, que votre état est violent! qu'il est pressant, et que j'y entre toute entière avec une véritable douleur! Mais; ma fille, que les souhaits sont faibles et fades dans de pareilles occasions! et qu'il est inutile de vous dire que si j'avais encore, comme j'ai eu, quelque somme portative qui dépendait de moi, elle serait bientôt à vous! Je me trouve en petit volume, accablée et menacée de mes petits créanciers, et je ne sais même si je pourrai les contenter, comme je l'espérais; car je me trouve suffoquée par la obligation de payer tout à l'heure cinq mille

livres de lods et ventes des terres de madame d'Acigné que j'a achetées, pour n'en pas payer dix, si j'attendais encore deux ans. Ainsi, me voilà; mais ce n'est que pour vous dire la douleur que me donne mon extrême impossibilité. Votre frère m'a paru sensible à votre peine et je suis sûre qu'il ferait bien son devoir si le temps était comme autrefois, c'est-à-dire, qu'on trouvât à emprunter. Il veut vous parler lui-même, et vous dir^e comme il pense sur ce sujet.

Lettre de M. le marquis de Tallard à madame de Maintenon.

Madame,

Recevez, s'il vous plaît, ici, mes très-humbles remerciements du mot que vous me fîtes l'honneur de me dire hier. Rien n'égale vos bontés, rien n'égale ma reconnaissance.

Vous m'avez accordé votre protection pour me faire chevalier de l'ordre; j'en ai ressenti les effets quand j'étais duc. Vous achèverez, Madame, quand il vous plaira de me mettre au rang de mes camarades. Pour moi je ne songerai toute ma vie qu'à marquer au roi et à vous la reconnaissance de ce que je dois à l'un et à l'autre; trop heureux, Madame, si vous êtes aussi persuadée de mes sentiments, que je le mérite par la sincérité de la reconnaissance et du respect avec lesquels etc.

Réponse de M. P.* au comte de Bussi, 1673.**

Monsieur,

Le faible service que j'ai tâché de vous rendre. ne méritait pas la manière dont vous me témoignez que vous l'avez reçu, et vous deviez me laisser la satisfaction de avoir fait une action que vous désirez, sans y mêler un compliment que je n'avais pas attendu. Soyez assuré, Monsieur, du plaisir que je trouverai toujours à vous témoigner, par mes services, la vérité avec laquelle je suis, etc.

Lettre de Madame de Sévigné à sa fille, 1689.

Il y aura demain un an que je ne vous ai vue, que je ne vous ai embrassée. que je ne vous ai entendue parler, et que je vous quittai à Charenton. Mon Dieu, que ce jour est présent à ma mémoire! et que je souhaite en retrouver un autre qui soit marqué par vous revoir, par vous embrasser, par m'attacher à vous pour jamais! Que ne puis-je ainsi finir ma vie avec la personne qui l'a occupée toute entière! Voilà ce que je sens, et ce que je vous dis, ma chère enfant, sans le vouloir, et en solennisant ce bout de l'an de notre séparation.

Lettre de Fléchier à M.***

Un de nos bons marchands de Nîmes, Monsieur, a une affaire devant vous qu'il croit juste, et qui lui est de conséquence. Comme il sait l'amitié que vous avez pour moi, il croit que ma recommandation auprès de vous ne lui sera pas inutile. Je vous prie, Monsieur de lui rendre la justice qu'il vous demande, et de lui faire les grâces qui accompagnent le bon droit, s'il l'a: je vous en serai très-obligé. Je suis, monsieur, etc.

Lettre de Madame de Maintenon à Madame de Villette, 1708.

Je vous prie, Madame, de donner vingt louis par extraordinaire à Madame de Scudéry, et dix à Madame de Conflans. Si vous ne savez pas où prendre celle-ci, Madame de Caylus est en grand commerce avec elle. De la manière dont on nous parla hier de *Madame* de Pontchartrain, je la crois morte présentement. Vous savez mes sentiments là-dessus pour la personne qui la perd, et en particulier pour Madame la chancelière; acquittez-moi donc de tous mes devoirs. Tant que vous serez à Paris vous devriez me mander des nouvelles; nous aurions besoin qu'elles fussent divertissantes; car je vous assure que nous mourons d'ennui.

Lettre de Madame de Maintenon à Madame de Chanteloup, 1666.

Me voilà, madame, bien éloignée de la grandeur prédite! Je me sou mets à la providence: et que gagnerais-je à murmurer contre Dieu? Mes amis m'ont conseillé de m'adresser à M.***, comme s'ils avaient oublié les raisons que j'ai de n'en rien espérer. Irai-je le regagner par mes soumissions, et briguer l'honneur d'être à ses gages? On m'a envoyée à M. Colbert, mais sans fruit. J'ai fait présenter deux placets au roi, où l'abbé Testu a mis toute son éloquence: ils n'ont pas seulement été lus. Oh! si j'étais dans la faveur, que je traiterais différemment les malheureux! Qu'on doit peu compter sur les hommes! quand je n'avais besoin de rien, j'aurais obtenu un évêché; quand j'ai besoin de tout, tout m'est refusé. Madame de Chalais m'a offert sa protection, mais du bout des lèvres; madame de Lyonne m'a dit: *je verrai, je parlerai*, du ton dont on dit le contraire. Tout le monde m'a offert des services, et personne ne m'en a rendu. Le duc est sans crédit, le maréchal occupé à demander pour lui-même. Enfin, Madame, il est très-sûr que ma pension ne sera point rétablie. Je crois que Dieu m'appelle à lui par ces épreuves; il appelle ses enfants par les adversités. Qu'il m'appelle, je le suivrai dans la règle la plus austère; je suis aussi lasse du monde que les gens de la cour le sont de moi. Je vous remercie, Madame, des consolations chrétiennes que vous m'offrez, et des bontés que mon frère m'écrit que vous daignez lui témoigner.

Lettre de Madame de Sévigné au comte de Bussi.

J'apprends, mon cher cousin, que ma nièce ne se porte pas trop bien: c'est qu'on ne peut pas être heureux en ce monde; ce sont des compensations de la providence, afin que tout soit égal, ou qu'au moins les plus heureux puissent comprendre, par un peu de chagrin et de douleur, ce que souffrent les autres qui en sont accablés. Le P. Bourdaloue nous fit l'autre jour un sermon contre la prudence humaine, qui fit bien voir combien elle est soumise à l'ordre de la providence, et qu'il n'y a que celle du salut que Dieu nous donne lui-même qui soit estimable. Cela console, et fait qu'on se soumet plus doucement à sa mauvaise fortune. La vie est courte; c'est bientôt fait; le fleuve qui nous entraîne est si rapide, qu'à peine pouvons-nous y paraître. Voilà des moralités de la semaine sainte.

Lettre de Madame de Sévigné à sa fille.

Il faut cependant écrire à ce nouveau cardinal (de Janson); c'est ce que je viens de faire. Je suis persuadée que vous n'y manquerez pas. *Point d'ennemis*, ma chère enfant; faites vous une maxime de cette pensée, qui est aussi chrétienne que politique.

Je dis non-seulement *point d'ennemis*, mais *beaucoup d'amis*. Vous en avez senti la douceur dans votre procès. Vous avez un fils; vous pouvez avoir besoin de tel que vous ne croyez pas qui puisse jamais vous servir. On se trompe. Voyez comme

madame de la Fayette se trouve riche en amis de tous côtés, et de toutes conditions. Elle a cent bras, elle atteint partout; ses enfants savent bien qu'en dire, et la remercient tous les jours de s'être formé un esprit si liant.

Lettre de madame la comtesse de Plessis à M. de Bussi, 1672.

Je suis fort paresseuse quand il n'est question que de faire compliments à des amis, ou de les assurer que je les aime toujours. Je crois qu'ils ne doivent pas douter du dernier, et pour l'autre, il me semble qu'il n'importe guère à celui qui l'écrit et à celui qui le reçoit; voilà mes raisons bonnes ou mauvaises; je vous les mande comme je le pense. Il n'en est pas de même quand il est question du service de quelqu'un que j'aime autant que vous, et à qui je suis aussi proche. Mandez-moi à quoi je puis vous être utile, Monsieur, et vous verrez avec quelle vivacité je m'emploierai pour vous marquer ma tendresse.

Lettre de Madame Pavillon à Madame***

Quoil parce que mademoiselle votre sœur se fait religieuse, faut-il que vous soyez au désespoir? Ne peut-on vivre contente dans le monde sans avoir une sœur? Est-ce un grand malheur de perdre l'espérance d'avoir un beau-frère, et le plaisir de partager avec lui la succession paternelle? Il n'est pas permis, Ma-

dame, d'assister à l'autel en habit de deuil, et de pleurer sur la victime.

Mademoiselle votre sœur n'est pas tant à plaindre que vous pensez; elle est morte à la vérité pour la famille, mais c'est d'une mort volontaire à son égard, précieuse devant Dieu, et que les hommes appellent civile, parce qu'on ne saurait rien faire de plus honnête et de plus obligeant pour ceux qui restent.

Lettre de Mademoiselle de Lenclos à M. de Saint
Evremont.

Je défie Dulcinée de sentir avec plus de joie le souvenir de son chevalier. Votre lettre a été reçue comme elle le [*mérite*, et la triste figure n'a point diminué *le mérite* des sentiments." Je crois comme vous que les rides sont les marques de la sagesse. Je suis ravie que vos vertus extérieures ne vous attristent point. Je tâche d'en user de même. Vous avez un ami gouverneur de province, qui doit sa fortune à ses agréments. C'est le seul vieillard qui ne soit pas ridicule à la cour. M. de Turenne ne voulait vivre que pour le voir vieux. Il le verrait père de famille, riche et plaisant; il a plus dit de plaisanteries sur sa nouvelle dignité, que les autres n'en ont pensé. M. d'Elbène, que vous appelez le *cunctator*, est mort à l'hôpital. Qu'est-ce que les jugements des hommes? Si M. d'Olonne vivait, et qu'il eût lu la lettre que vous m'écrivez, il vous aurait continué votre qualité de son philosophe. M. de Lausun est mon voisin; il recevra vos compliments. Je vous rends très-tendrement ceux de M. de Charleval.

QUINTA PARTE

POÉSIE

POÉSIE



RONDE.

Danse autour du cep, vieux soleil de Gaule!
Donne à chaque pied, mets dans chaque grain
Tout ce qui sourit, tout ce qui console,
Et que le sanglot s'achève en refrain.
Danse autour du cep, vieux soleil de Gaule!

Danse autour du blé, soleil de chez nous!
Donne à chaque épi, mets dans chaque gerbe
Toute la santé nécessaire à tous.
Rends la mère heureuse et l'enfant superbe.
Danse autour du blé, soleil de chez nous!

Danse autour des fronts, soleil de la France!
Fais luire à nos yeux longtemps obscurcis
Un rayon de gloire, un feu d'espérance;
Mets ton nimbe d'or sur nos noirs soucis.
Danse autour des fronts, soleil de la France!

Danse autour des cœurs, soleil du bon Dieu!
Verse dans chaque homme, inspire à chaque être,
L'immense besoin de s'aider un peu.
Car vivre pour soi mieux vaut ne pas naître!
Danse autour des cœurs, soleil du bon Dieu!

Paul Déroulède.

GRENADE

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

Soit lointaine, soit voisine,
Espagnole ou sarrasine,
Il n'est pas une cité
Qui dispute, sans folie,
A Grenade la jolie
La pomme de la beauté,
Et qui, gracieuse, étale
Plus de pompe orientale
Sous un ciel plus enchanté.

Cadix a les palmiers; Murcie a les oranges;
Jaën, son palais goth aux tourelles étranges;
Agreda, son couvent bâti par saint Edmond;
Ségovie a l'autel dont on baise les marches,
Et l'aqueduc aux trois rangs d'arches
Et lui porte un torrent pris au sommet d'un mont.

Llers a des tours; Barcelone
Au faite d'une colonne
Lève un phare sur la mer,
Aux rois d'Aragon fidèle,
Dans leurs vieux tombeaux Tudele
Garde leur sceptre de fer;
Tolose a des forges sombres
Qui semblent, au sein des ombres,
Des soupiraux de l'enfer.

Le poisson qui rouvrit l'œil mort du vieux Tobie
Se joue au fond du golfe où dort Fontarabie;
Alicante aux clochers mêle les minarets;

Compostelle a son saint; Cordoue aux maisons vieilles
A sa mosquée où l'œil se perd dans les merveilles;
Madrid a le Manzanarès.

Bilbao, des flots converté,
Jette une pelouse verte
Sur ses murs noirs et caducs;
Medina la chevalière,
Cachant sa pauvreté fière
Sous le manteau de ses ducs,
N'a rien que ses sycomores,
Car ses beaux ponts sont aux Maures,
Aux Romains ses aqueducs.

Valence a les clochers de ses trois cents églises;
L'austère Alcantara livre au souffle des brises
Les drapeaux turcs, pendus en foule à ses piliers;
Salamanque en riant s'assied sur trois collines,
S'endort au son des mandolines,
Et s'éveille en sursaut aux cris des écoliers.

Tortose est chère à saint Pierre;
Le marbre est comme la pierre
Dans la riche Puycerda;
De sa bastille octogone
Tuy se vante, et Tarragone
De ses murs qu'un roi fonda;
Le Douro coule à Zamore;
Tolède a l'alcazar maure,
Séville a la Giralda.

Burgos de son chapitre étale la richesse;
Peñaflor est marquise, et Girone est duchesse;
Bivar est une nonne aux sévères atours;
Toujours prête au combat, la sombre Pampelune,
Avant de s'endormir aux rayons de la lune,
Ferme sa ceinture de tours.

Toutes ces villes d'Espagne
S'épandent dans la campagne
Ou hérissent la Sierra,
Toutes ont des citadelles
Dont sous les mains infidèles
Aucun beffroi ne vibra;
Toutes sur leurs cathédrales
Ont des clochers en spirales;
Mais Grenade a l'Alhambra.

L'Alhambra! l'Alhambra! palais que les Génies
Ont doré comme un rêve et rempli d'harmonies,
Forteresse aux créneaux festonnés et croulants,
Où l'on entend la nuit de magiques syllabes,
Quand la lune, à travers les mille arceaux arabes,
Sème les murs de trèfles blancs!

Grenade a plus de merveilles
Que n'a de graines vermeilles
Le beau fruit de ses vallons;
Grenade, la bien nommée,
Lorsque la guerre enflammée
Déroule ses pavillons,
Cent fois plus terrible éclate
Que la grenade écarlate
Sur le front des bataillons.

Il n'est rien de plus beau ni de plus grand au monde,
Soit qu'à Vivatubin Vivacoulond réponde,
Avec son clair tambour de clochettes orné;
Soit que, se couronnant de feux comme un calife,
L'éblouissant Généralife
Élève dans la nuit son faite illuminé.
Les clairons des Tours-Vermeilles
Sonnent comme des abeilles
Dont le vent chasse l'essaim;

Alçaçava pour les fêtes
A des cloches toujours prêtes
A bourdonner dans son sein,
Qui dans leurs tours africaines
Vont éveiller les dulcaynes
Du sonqre Albaycin.

Grenade efface en tout ses rivales: Grenade
Chante plus mollement la molle sérénade;
Elle peint ses maisons de plus riches couleurs,
Et l'on dit que les vents suspendent leurs haleines,
Quand par un soir d'été Grenade dans ses plaines
Répand ses femmes et ses fleurs.

L'Arabie est son aïeule,
Les Maures, pour elle seule,
Aventuriers hasardeux,
Joueraient l'Asie et l'Afrique;
Mais Grenade se raille d'eux;
Grenade, la belle ville,
Serait une autre Séville
S'il en pouvait être deux.

Victor Hugo.

A L'INACCESSIBLE

Argile toujours vierge, imburinable airain,
Magicien masqué plus tyran que la femme,
Art! Terrible envoûteur qui martyrise l'âme,
Railleur mystérieux de l'esprit pèlerin!
Il n'est pas de poète insoumis à ton frein:

Et tout ceux dont la gloire ici-bas te proclame;
Savent que ton autel épuisera leur flamme
Et qu'ils récolteront ton mépris souverain.

Rageuse inquiétude et patience blême
Usent leurs ongles d'or à fouiller ton problème;
L'homme évoque pourtant ton mirage moqueur;

Longuement il te cherche et te poursuit sans trêve
Abîme où s'engloutit la tendresse du cœur,
Zenith où cogne en vain l'avidité du rêve.

Maurice Rollinat.

ELLE!

Mes vers, volez vers elle ainsi qu'un papillon,
Chantez pour elle ainsi qu'un rossignol farouche;
Car elle est le parfum, car elle est le rayon;
L'étoile est dans les yeux, et la fleur sur la bouche.

François Copée.

SONNET

La grille toute en fer de tôle recouverte
A dû coûter très-cher, on ne peut le nier;
Un garçon de bureau plutôt qu'un jardinier
S'y tient, grave et bien mis, la tête découverte.

Irréprochablement unie, ovale et verte,
La pelouse, un tapis sans rien de printanier,
Semble attendre un conseil facile à manier
Et dire aux invités: «La séance est ouverte.»

La serre en cabinet, l'allée en corridor,
Les plantes vert papier, le sable jaune d'or,
La boule ayant des airs de lingot, rien n'y manque.

Au fond, comme une caisse assise carrément,
La villa s'entrevoit au sein d'un bois charmant
Où la feuille a ces bruits qu'ont les billets de banque.

Edouard Pailleron.

A RICHARD WAGNER

Homme brutal et riche en sève
Qui voyais passer, comme un rêve,
De grands chevaliers éclatants,
D'aveuglants tournoiments d'épées,
Et d'effroyables équipées,
De surnaturels combattants,

Toi dont les mains se sont meurtries
Aux cuirasses des Walkyries,
Partant à cheval en plein ciel,
Ame éprise de la chimère
Et que rendait toujours amère
Un âpre épanchement de fiel.

Qu'es-tu donc devenue, à l'heure,
Où ton Allemagne te pleure?

De quel pays pourras-tu voir
Le sombre réseau de tes rues
Où d'officielles cohues
Se lamenteront par devoir?

Mais que nous importe? Ma lyre,
Quelque long que fut ton délire,
Quelque grand que fut ton orgueil,
Se refuse la raillerie,
Car les gens de notre patrie
Ne rient jamais sur un cercueil!

Et pourtant personne n'oublie
Ta démoniaque folie
Qui, voici douze ans, sans remords.
Se fit lourdement une fête,
De notre sanglante défaite
Et ricana devant les morts!

Oui, l'on sait tes blagues funèbres
Et ton style plein de ténèbres,
On se souvient qu'allègrement
Tu vins célébrer ta victoire
Avec des boniments de foire
Et des calembours d'Allemand!

Mon âme, encore frémissante,
Entend ta prose croassante,
Pareille à ces cris de corbeaux
Qui, le soir des grandes mêlées,
S'abattent, par noires volées,
Sur les bataillons sans tombeaux!

Tu trouvas des rires infâmes
Pour nos enfants et pour nos femmes

Qui mouraient de faim par vertu,
Et dans ton gros pathos sonore
Tu réincarnais Matamore,
Toi qui n'avais pas combattu!

Malgré leur joyeuse apparence,
Est-ce ainsi que les fils de France
Se montrent quand ils sont vainqueurs?
Ah! regarde-les, nos génies,
Exempts de toutes félonies,
Regarde-les, tous les grands cœurs.

Hugo criant: «Pitié suprême!»
Lamartine, vivant poème
D'amour et de fraternité,
Berlioz au profond sourire,
Mourant méconnu, sans maudire
Ceux qui ne l'ont point écouté!

Homme féodal et servile,
Tu fus heureux quand la grand'ville
Mangea des rats et du cheval,
Et tu voudrais nous apparaître
Comme un noble esprit, comme un prêtre
Et du juste et de l'idéal!

Non, Wagner, jamais! Rien n'efface
Ta rancune féroce et basse,
Ton jargon, de rage écumeant,
Et les outrages inutiles
Que le peuple noir des «Reptiles»
Acclama, pour ton châtement!

En vain ton œuvre ressuscite
Plus d'un pur chevalier qu'excite

Un but sublime et généreux!
Va! c'est bien dans notre patrie
Que revit la chevalerie
Et que marchent les anciens preux!

Avec le rire sur la bouche
Nous pardonnons au plus farouche
Quand son bras devient impuissant,
Et nul ne nous vit, dans l'histoire,
Ou lâches après la victoire,
Ou stupides en haïssant.

Ch. Grandmougin.

UNE NUIT AU DÉSERT

...Le rideau des nuits, lentement déroulé,
Confond avec le sol l'horizon reculé;
Le bruit de la bataille expire, et dans la plaine
Le silence pensif a repris son domaine.
Alors les sons confus d'un étrange concert
S'élèvent lentement; l'immobile désert
Ecoute, comme un homme en sa vague insomnie,
Des cascades du Nil la bruyante harmonie;
Dans ses cris éternels le nocturne grillon
Demande au sol brûlant un humide sillon;
Et, transfuge des eaux, sur le sable infertile
Se traîne en mugissant l'immense crocodile.
A ces bruits solennels, pour la première fois,
Des hommes inconnus mêlent leur grande voix;
Sur la ligne du camp le cri d'éveil résonne,

Et va s'éteindre au loin comme un bruit monotone,
Que, sous un long portique au milieu de la nuit
L'écho redit plus faible à l'écho qui le suit.
Aux rougeâtres lueurs dont la plaine est semée,
Comme une masse énorme on distingue l'armée,
Et les soldats errants dans les groupes confus.
Assis sur le tambour, couchés sur les affûts,
Les vétérans conteurs, accoutumés aux veilles,
De leurs premiers travaux redisent les merveilles,
Alors qu'au mont Cénis, d'un geste de sa main,
Le jeune Bonaparte imposait un chemin,
Et que, du haut des monts, l'armée enorgueillie
Contemplait sous ses pieds l'éclatante Italie.
Ils passent tour à tour, dans leur rapide élan,
De Crémone à Lodi, de Mantoue à Milan;
Et répètent sans fin cette tragique histoire
Où chaque nom de ville est un nom de victoire.
Cependant autour d'eux leurs compagnons assis
Des Homères du camp écoutent les récits;
Et l'étrange bivouac que la nuit enveloppe,
Dans un cadre d'Asie offre un tableau d'Europe.
Les pieds heurtent souvent les sables africains,
Les turbans dont les plis recèlent des sequins;
Des étalons sans maître, errant à l'aventure,
Passent en hennissant parmi la foule obscure;
Vers le fond de la scène, acteurs silencieux,
Des Mameluks captifs on voit briller les yeux,
Et sur les rangs pressés des groupes circulaires
S'allonge pesamment le cou des dromadaires.

M. Barthélemy.

WARWICK

(Warwick raconte dans quelles circonstances il a connu et aimé Formosa.)

Tiens, mon cœur est trop plein pour ne point Se répandre.
.....—C'était près d'ici, le jour même
De mon départ. Tu sais comme le peuple m'aime;
Il courait sur mes pas avec emportement
Et, grossissant toujours, orageux, écumant,
Prêt à tout submerger, s'écrasait aux murailles.
Cette foule soudain croisa des funérailles.
C'était l'enterrement d'Essex. Il était mort
D'une querelle avec les ouvriers du port,
Lesquels, ses serviteurs dégainant des rapières,
Leur avaient riposté d'une grêle de pierres.
Comme on avait pendu, tandis qu'il se mourait,
Quatre des ouvriers, le peuple l'exécrait.
Et, voyant son cercueil, l'outragea. Son escorte
Tenta de résister, mais elle était peu forte,
Et l'on parlait déjà de briser en morceaux
La bière et de traîner le cadavre aux ruisseaux;
Épouvantés devant la colère qui monte,
Prêtre et valets fuyaient. Mais la fille du comte
Qui conduisait le deuil, et qu'un voile aux plis longs
Enveloppait de noir de la tête aux talons,
Laisant les hommes fuir, resta près de la bière,
Droite, la défendant contre la ville entière,
Dédaigneuse de vivre; et ce fut sombre à voir
Ce cadavre gardé par ce grand spectre noir!
Mais la foule hésita quelques instants à peine.
Alors, voulant qu'on vît son mépris et sa haine,
Elle arracha son voile et pâle, l'œil en feu,

Pour les insulter tous à la fois dans leur dieu,
Tourna sur moi sa face indignée—et si belle
Que j'en souffris. J'étais arrivé tout près d'elle.
J'arrêtai mon cheval et je la saluai.
Et ceux par qui le mort venait d'être hué
Se découvrirent tous, et laissèrent le père
A la fille, et, tombant à genoux sur la terre,
Celle chez qui la peur ne savait pas entrer:
Ne vit plus que son père et se mit à pleurer.

Auguste Vacquerie.

MURCIE

En ces temps-là, vers l'an sept cent dix du Messie,
Ayant Abd-el-Aziz ben Mouça pour émir,
Les Arabes faisaient le siège de Murcie;
Les Goths d'Espagne avaient pour chef Téodomir.

Or, des murs de Tolède aux murs de Carthagène,
On voyait sur la croix resplendir le croissant,
Et par cinq ans entiers de résistance vaine
L'Espagne était à bout de forces et de sang.

Seule encore, Murcie arrêta la conquête;
Téodomir, forçant les Sarrasins surpris,
Avait su rallier, au soir d'une défaite,
Dans la ville en ruine, une armée en débris.

Abd-el-Aziz avait souri de l'entreprise:
Ses Arabes étaient plus nombreux douze fois;

Un seul assaut d'une heure, et Murcie était prise...
Et Murcie en trois jours en eût repoussé trois.

Car ces vaincus étaient d'invincible nature,
Sachant, si près que soit le glaive menaçant,
Qu'une trop prompte paix fait la honte qui dure,
Et que l'honneur d'un peuple est plus cher que son sang.

Pourtant elles étaient terribles les batailles,
On ne tuait pourtant de ces chiens de chrétiens;
Mais toujours leurs soldats couronnaient les murailles,
Et jamais leurs créneaux ne restaient sans gardiens.

Après trente longs jours de défense tenace,
Ab-el-Aziz songeur ne savait que penser:
«Ils ne sont pas en tout trois mille dans la place.
»Où prennent-ils le sang que je leur fais verser?»

Tharick, son lieutenant, lui dit: «Ces gens qu'on tue
»Se font tuer, seigneur, sûrs qu'il leur faut mourir;
»Mais promets-leur la vie, et Murcie est rendue.»
Abd-el-Aziz lui dit: «Tu peux la leur offrir.»

Tharick revint bientôt: «Je m'étais trompé, maître,
»C'est trop peu que la vie à ce peuple indompté;
»La liberté, voilà ce qu'il faut leur promettre.»
Et l'émir dit: «J'accorde aussi la liberté.»

Pour la seconde fois, Tharick ne tarda guère:
»Maître, ces obstinés ont la folie au front;
»Ils exigent de nous les honneurs de la guerre.»
»Par Mahom! dit l'émir, c'est la mort qu'ils auront.»

Mais, avant d'ordonner ce dernier holocauste,
L'émir fit à cheval le tour de leurs remparts;

Les Espagnols armés étaient tous à leur poste,
Et les lances d'acier brillaient de toutes parts.

Tharick, qui l'escortait, mordant sa barbe grise:
«Des vainqueurs comme nous sont assez glorieux
»Pour que, sans amoindrir notre part déjà prise,
»Nous rendions quelque honneur à des vaincus comme eux.

»D'autant que si la lutte est ce que tout l'annonce,
»Nous perdrons bien du temps, bien des hommes, ici...
»Si j'allais leur porter une bonne réponse?»
Abd-el-Aziz, lassé, lui répondit: «Vas-y.»

Une heure après, Murcie ouvrait sa lourde porte;
Le cortège avançait silencieux, hautain;
Téodomir marchait en tête, sans escorte,
Blessé. —Devant l'émir il s'arrêta soudain.

«Sultan vainqueur, dit-il, vois-tu qui m'accompagne?
»Vois-tu ces longs cheveux? Vois-tu ces faibles mains?
»Les femmes de Murcie ont défendu l'Espagne,
»Donnant aux hommes morts ces vengeurs surhumains.»

Les cœurs de vrais soldats aiment les grandes âmes.
Abd-el-Aziz, frappé de respect, s'inclina:
«Ma coutume n'est pas de dépouiller les femmes;
»La ville de Murcie est à vous, gardez-la.»

C'est ainsi que vers l'an sept cent dix du Messie,
Abd-el-Aziz, le sage et glorieux émir,
Octroyait un royaume aux femmes de Murcie,
Et les femmes prenaient pour roi Téodomir.

Paul Déroulède.

LA CHUTE DES FEUILLES.

De la dépouille de nos bois
L'automne avait jonché la terre:
Le bocage était sans mystère,
Le rossignol était sans voix.
Triste et mourant, à son aurore,
Un jeune malade, à pas lents,
Parcourait une fois encore
Le bois cher à ses premiers ans:
«Bois que j'aime! adieu... Je succombe;
Votre deuil me prédit mon sort;
Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un présage de ma mort.
Fatal oracle d'Epidaure,
Tu m'as dit: Les feuilles des bois
A tes yeux jauniront encore,
Mes c'est pour la dernière fois.
L'éternel cyprès t'entourne:
Plus pâle que le pâle automne,
Tu t'inclines vers le tombeau.
Ta jeunesse sera flétrie
Avant l'herbe de la prairie,
Avant les pampres du coteau.
Et je meurs!... De leur froide haleine
M'ont touché les sombres autans;
Et j'ai vu comme une ombre vaine
S'évanouir mon beau printemps.
Tombe, tombe, feuille éphémère!
Voile aux yeux ce triste chemin;
Cache au désespoir de ma mère

La place où je serais demain,
Mais vers la solitaire allée,
Si mon amante échevelée
Venait pleurer quand le jour fuit
Eveille par ton léger bruit
Mon ombre un instant consolée.»
Il dit, s'éloigne... et sans retour!
La dernière feuille qui tombe
A signalé son dernier jour.
Sous le chêne on creusa sa tombe...
Mais son amante ne vint pas
Visiter la pierre isolée;
Et le pâtre de la vallée
Troubla seul du bruit de ses pas
Le silence du mausolée.

Millevoye.

LES BURGRAVES

PREMIÈRE PARTIE

SCÈNE VI.

GALERIE DES PORTRAITS SEIGNEURIAUX DU BURG DE HEPPENHEFF.

PERSONNAGES.

JOB, *burgrave de Heppenheff.*—MAGNUS (*fils de Job*), *burgrave de Wardeck.*—HATTO (*fils de Magnus*), *burgrave de Nollig.*—GORLOIS (*fils bâtard de Hatto*).—LUPUS, *comte de Mons.*—GIANNILARO.—GILISSA, *margrave.*—CADWALLA, *burgrave.*— *Autres princes, quelques femmes parées, pages, soldats, officiers, hérauts, etc.*

Gorlois et quelques pages se sont approchés de la fenêtre et regardent au dehors.

Gorlois à Hatto.

Ha! père, viens donc voir ce vieux à barbe blanche.

Le comte Lupus, courant à la fenêtre.

Comme il monte à pas lents le sentier! son front penche.

Giannilaro, s'approchant.

Est-il las!

Le comte Lupus.

Le vent souffle aux trous de son manteau.

Gorlois.

On dirait qu'il demande abri dans le château.

Le margrave Gilissa.

C'est quelque mendiant!

Le burgrave Cadwalla.

Quelque espion!

Le burgrave Darius.

Arrière!

Hatto, à la fenêtre.

Qu'on me chasse à l'instant ce drôle à coups de pierre!

Lupus, Gorlois et les pages jetant des pierres.

Va-t'en, chien!

Magnus, comme se réveillant en sursaut.

En quel temps sommes-nous, Dieu puissant!
Et qu'est-ce donc que ceux qui vivent à présent?
On chasse à coups de pierre un vieillard qui supplie!

Les regardant tous en face.

De mon temps,—nous avions aussi notre folie,
Nos festins, nos chansons....—On était jeune, enfin!—
Mais qu'un vieillard, vaincu par l'âge et par la faim,
Au milieu d'un banquet, au milieu d'une orgie,

Vint à passer, tremblant, la main de froid rougie,
Soudain on remplissait, cessant tout propos vain,
Un casque de monnaie, un verre de bon vin.
C'était pour ce passant, que Dieu peut-être envoie!
Après, nous reprenions nos chants, car, plein de joie,
Un peu de vin au cœur, un peu d'or dans la main,
Le vieillard souriant poursuivait son chemin.
— Sur ce que nous faisons jugez ce que vous faites!

Job, se redressant, faisant un pas, et touchant l'épaule
de Magnus.

Jeune homme, taisez-vous.— De mon temps, dans nos fêtes.
Quand nous buvions, chantant plus haut que vous encor,
Autour d'un bœuf entier posé sur un plat d'or,
S'il arrivait qu'un vieux passât devant la porte,
Pauvre, en haillons, pieds nus, suppliant; une escorte
L'allait chercher; sitôt qu'il entra, les clairons
Éclataient; on voyait se lever les barons;
Les jeunes, sans parler, sans chanter, sans sourire,
S'inclinaient, fussent-ils princes du saint-empire;
Et les vieillards tendaient la main à l'inconnu
En lui disant: Seigneur, soyez le bienvenu!

A Gorlois.

— Va quérir l'étranger!

Hatto, s'inclinant.

Mais....

Job, à Hatto.

Silence!

Le duc Gerhard, à Job.

Excellence...

Job, au duc.

Qui donc ose parler lorsque j'ai dit: Silence?

Tous reculent et se taisent. Gorlois obéit et sort.

Otbert, à part.

Bien, comte!— O vieux lion, contemple avec effroi
Ces chats-tigres hideux qui descendent de toi;
Mais s'ils te font enfin quelque injure dernière
Fais-les frissonner tous en dressant ta crinière!

Gorlois, rentrant, à Job.

Il monte, monseigneur.

Job, à ceux des princes qui sont restés assis.

Debout!

A ses fils.

— autour de moi!

A Gorlois.

Ici!

Aux hérauts et aux trompettes.

Sonnez, clairons, ainsi que pour un roi!

Fanfares, Les burgraves et les princes se rangent à gauche. Tous les fils et petits-fils de Job, à droite autour de lui. Les pertuisaniers au fond, avec la bannière haute.

Bien.

SCÈNE VII.

Les mêmes, UN MENDIANT.

Job, debout au milieu de ses enfants, au mendiant immobile sur le seuil.

Qui que vous soyez, avez-vous ouï dire
Qu'il est dans le Taunus, entre Cologne et Spire,
Sur un roc, près duquel les monts sont des coteaux,
Un château, renommé parmi tous les châteaux,
Et dans ce burg, bâti sur un monceau de laves,
Un burgrave fameux parmi tous les burgraves?
Vous a-t-on raconté que cet homme sans lois,
Tout chargé d'attentats, tout éclatant d'exploits,
Par la diète à Francfort, par le concile à Pise,
Mis hors du saint-empire et de la sainte église,
Isolé, foudroyé, réprouvé, mais resté
Debout dans sa montagne et dans sa volonté,
Poursuit, provoque et bat, sans relâche et sans trêves,
Le comte palatin, l'archevêque de Trêves,
Et, depuis soixante ans, repousse d'un pied sûr
L'échelle de l'empire appliquée à son mur?
Vous a-t-on dit qu'il est l'asile de tout brave,
Qu'il fait du riche un pauvre, et du maître un esclave;
Et qu'au-dessus des ducs, des rois, des empereurs,
Aux yeux de l'Allemagne en proie à leurs fureurs,
Il dresse sur sa tour, comme un défi de haine,
Comme un appel funèbre aux peuples qu'on enchaîne,
Un grand drapeau de deuil, formidable haillon
Que la tempête tord dans son noir tourbillon?
Vous a-t-on dit qu'il touche à sa centième année,
Et qu'affrontant le ciel, bravant la destinée,

Depuis qu'il s'est levé sur son rocher, jamais,
Ni la guerre arrachant les burgs de leurs sommets,
Ni César furieux et tout-puissant, ni Rome,
Ni les ans, fardeau sombre, accablement de l'homme,
Rien n'a vaincu, rien n'a dompté, rien n'a ployé
Ce vieux titan du Rhin, Job l'Excommunié?
—Savez-vous cela?

Le Mendiant.

Oui.

Job.

Vous êtes chez cet homme.
Soyez le bienvenu, seigneur. C'est moi qu'on nomme
Job-le-Maudit.

Montrant Magnus.

Voici mon fils à mes genoux,

Montrant Hatto, Gorlois et les autres.

Et les fils de mon fils, qui sont moins grands que nous.
Ainsi notre espérance est bien souvent trompée.
Or, de mon père mort je tiens ma vieille épée,
De mon épée un nom qu'on redoute, et du chef
De ma mère je tiens ce manoir d'Heppenheff.
Nom, épée et château, tout est à vous, mon hôte.
Maintenant, parlez-nous à cœur libre, à voix haute.

Le Mendiant.

Princes, comtes, seigneurs,—vous esclaves, aussi!
J'entre et je vous salue, et je vous dis ceci:

Si tout est en repos au fond de vos pensées,
Si rien, en méditant vos actions passées,
Ne trouble vos cœurs, purs comme le ciel est bleu,
Vivez, riez, chantez!—Sinon, pensez à Dieu!
Jeunes hommes, vieillards aux longues destinées,
—Vous, couronnés de fleurs,—vous, couronnés d'années,
Si vous faites le mal sous la voûte des cieux,
Regardez devant vous et soyez sérieux.
Ce sont des instants courts et douteux que les nôtres;
L'âge vient pour les uns, la tombe s'ouvre aux autres.
Donc, jeunes gens, si fiers d'être puissants et forts,
Songez aux vieux; et vous, vieillards, songez aux morts!
Soyez hospitaliers surtout! C'est la loi douce.
Quand on chasse un passant, sait-on qui l'on repousse?
Sait-on de quelle part il vient?—Fussiez-vous rois,
Que le pauvre pour vous soit sacré!—Quelquefois,
Dieu, qui d'un souffle abat les sapins centenaires,
Remplit d'événements, d'éclairs et de tonnerres
Déjà grondant dans l'ombre à l'heure où nous parlons,
La main qu'un mendiant cache sous ses haillons!

Victor Hugo.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	4
PRIMERA PARTE	
Pronunciacion y lectura.	
De las vocales simples.	10
Vocales compuestas	15
Vocales nasales.	17
Diptongos.	20
De las consonantes.	20
Enlace de las consonantes finales.	40
Voces homófonas	42
SEGUNDA PARTE	
Ejercicios gramaticales.	
I.—Artículo determinante.	61
II.—Artículo indefinido	62
III.—El partitivo y la preposicion <i>de</i>	63
IV.—Comparativos de igualdad	63
V.—Adjetivos y pronombres posesivos.	64
VI.—Adjetivos y pronombres demostrativos.—Demostrativos relativos	66
VII.—Numerales	67
VIII.—Colectivos.	68

	<u>Páginas.</u>
IX.—Nombres personales.	69
X.—Pronombres complementos.	70
XI.—Adjetivos y pronombres indefinidos.	71
XII.—Pronombres relativos.	72
XIII.—Palabras <i>y, en</i>	74
XIV.—Pronombres reflexivos.— <i>Soi y lui</i>	75
XV.—Verbos auxiliares.	75
XVI.—Verbos impersonales.— <i>Être</i> impersonal.— <i>Il</i> y ce sujetos de <i>être</i>	76
XVII.—Oraciones condicionales.	78
XVIII.—Participios.	79
XIX.—Adverbios.	80
XX.—Negacion.	82
XXI.—Preposiciones.	83
XXII.—Conjunciones.	84
Nombres de los A. A. citados abreviadamente en estos ejercicios	85

TERCERA PARTE

Traduccion.

Preliminar	89
Improvisation de Corinne au Capitole	93
Le Rosier	102
La Tabatière	105
La conquête de l'Algérie	106
La vie et la mort	111
La vie d'outre mer. Honolulu	116
Les derniers oiseaux	119
Le jour de la blanchisseuse.	126

	<u>Páginas.</u>
Le filou	131
Les insectes	134
L'homme.	156
Un vieux conte espagnol	142
La femme-homme.	145
Le filou	149
Entre deux vins	152
Un duo de désespoirs.	157
Conte	163
Le nègre :	165
Un plus petit que soi.	170
Histoire du solitaire du Vésuve.	177
Colomb	179
A ma fenêtre	182
Les cieux.	188

CUARTA PARTE

Style épistolaire.

Madelaine à Suzanne.	195
Miss Berri à lady Granville.	196
Mad. de Montausier à M. le Cardinal de la Valette.	197
Mad. la Marquise de Normamby à lord Granville.	198
Mad. Swetchine au vicomte de Melun.	199
Mad. Swetchine à la Comtesse de Mesnard.	200
Mad. de Sévigné au comte de Bussi.	201
M. Fléchier au vicomte de***.	201
M. Fléchier à M.	201
M. de Harlay au comte de Bussi.	202
M. le comte de Bussi à Mad. de D***.	202

M. de Baille à Mad. de Maintenon	203
Mad. de Sévigné à sa fille.	203
Le marquis de Tallard à Mad. de Maintenon.	204
M. P. au comte de Bussi.	205
Mad. de Sévigné à sa fille	205
M. de Fléchier à M.	206
Mad. de Maintenon à Mad. de Villette	206
Mad. de Maintenon à Mad. de Chanteloup.	207
Mad. de Sévigné au comte de Bussi.	208
Mad. de Sévigné à sa fille.	208
La comtesse de Plessis à M. de Bussi.	209
Mad. de Pavillon à Mad***.	209
Mlle. de Lenclos à M. de Saint-Evremont	210

QUINTA PARTE

Poesie.

Ronde.	213
Grenade	214
A l'inaccessible.	217
Elle.	218
Sonnet	218
A Richard Wagner	219
Une nuit au désert	222
Warwick	224
Murcie	225
La chute des feuilles	228
Les burgraves	230



Biblioteca Universitaria
GRANADA

Sala B
Estante 23
Tabla _____
Número 261

BIBLIOTECA REAL

Sala B
Estante 9
Número 210

PRACTICA FRANCESA.



14969

7. 624

PRÁCTICA FRANCESA

POR

D. MARIO MÉNDEZ

CÁTEDRÁTICO POR OPOSICIÓN EN EL INSTITUTO DE
GRANADA, LICENCIADO
EN FILOSOFÍA Y LETRAS Y EN DERECHO CIVIL Y CANÓNICO,
INDIVIDUO CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE
BUENAS LETRAS Y DE LA ROMANA «UNIVERSALIUM
QUIRITUM CÆTUM.»



GRANADA.
Imp. del COMERCIO.
1894.

PROLOGO

Si la experiencia desterró el *Telémaco*, cuya clásica elegancia no era mérito bastante para responder á las exigencias de una enseñanza práctica, no se adelantó mucho al sustituirlo con trozos de escritores franceses pertenecientes en su mayoría al ciclo áureo de la literatura traspirenaica.

No se tuvo presente que el francés de nuestros días, más rico y flexible que el del siglo XVII, si bien menos puro, no podía modelarse en las páginas de Fénelon, Racine ó Lafontaine, y que el alumno después de estudiar esos admirables modelos, no se hallaría en disposición de traducir un artículo de un periódico contemporáneo ni de entender el francés vivo, tan diferente del clásico como nuestro lenguaje actual del empleado por nuestros autores del siglo XVI.

Además, una Práctica Francesa no debe, no puede limitarse á nuda selección de trozos literarios, sino desenvolverse al compás de la teo-

ría para consolidar los conocimientos y descubrir las deficiencias del estudio.

La primera dificultad con que se tropieza al comunicar una lengua extraña, es una dificultad mere-material: la pronunciación. El aparato vocal se resiste á ejercicios no acostumbrados y la primera atención del profesor debe ser educar los órganos cuyo concurso necesita, bien así como un profesor de música comienza por educar los dedos del aprendiz de piano hasta dotarlos de la agilidad y soltura indispensables para el dominio del instrumento. Preparación ha sido ésta muy descuidada en general por los catedráticos de lenguas vivas, y cuya importancia, resaltando más cada día, avivó nuestro deseo de subvenir á esta necesidad, y nos movió á redactar la primera parte de este libro cuyo contenido es una série gradual de ejercicios de pronunciación, dispuestos en el orden, forma y gradación idóneos para constituir una gimnástica del aparato vocal, perfeccionando paulatinamente su funcionamiento y la pureza de la pronunciación.

No menos importante es ofrecer al discípulo larga copia de ejemplos, comprensivos de todos los casos y de las variedades y excepciones todas, para disipar las dudas que la aplicación de los cánones gramaticales despierten en su inte-

ligencia y, no pudiendo cumplirse esta misión en las páginas de la Gramática sin riesgo de incidir en pesadez y de dotarla de enormes proporciones, hemos juzgado utilísimo reunir y clasificar ejemplos numerosos, entresacados, para mejor garantía, de los más celebrados autores franceses, con el fin de que puedan ser cómodamente consultados al surgir una dificultad y de que entre su rica variedad de giros se halle siempre el modelo de la frase que se debe emplear.

Los trozos de traducción que forman las tres últimas divisiones de este libro, son en general modelos de lenguaje contemporáneo para familiarizar al alumno con las formas vivas del idioma francés evitando el inconveniente con anterioridad señalado. Hállanse en nuestra autología todos los estilos, desde el más sublime al más familiar, recorriendo todas las gradaciones de la expresión, y se ha procurado que los artículos, como destinados, salvo rarísimas excepciones, á juveniles inteligencias en que la imaginación es la facultad predominante, ofrezcan interés artístico, recreen y predispongan favorablemente el ánimo, inspirando el deseo de terminar la lectura comenzada, para que el discípulo, en vez de rehuir las arideces de la práctica, coopere con voluntario concurso á la obra didáctica, induci-

do por el deleite ó la curiosidad á una práctica inconsciente; más no por inconsciente menos estimable y fructuosa.

¿Hemos acertado en la realización de nuestro empeño? No podemos asegurarlo. Enemigos de ensalzar nuestros humildes trabajos, tan ricos de buena voluntad como exíguos de brillantes facultades, sometemos nuestra labor al fallo definitivo del público y al crisol irrecusable de la experiencia, deponiendo toda sugestión de la vanidad ó el egoísmo, tan dispuestos á continuar por esta senda si lisongero éxito coronara nuestro esfuerzo, como á abandonarla y condenar estas páginas si la experiencia y el voto de la opinión conviniesen en que nada útil habíamos realizado para el bien de la juventud y la cultura de nuestra patria.



PRIMERA PARTE

PRONUNCIACIÓN Y LECTURA

PRÁCTICA FRANCESA

PRONUNCIACIÓN Y LECTURA

I.

De las vocales simples.

A

A: suena como en español y es muda en las palabras

Août, aouteron, toast,
Saône, Aoste, taon, aoriste.

E

puede ser abierta, cerrada ó muda. La última se denomina así por su sonido muy débil y á veces imperceptible.

La e es muda 1.º cuando va sin acento al final de una sílaba. 2.º En los polisílabos plurales. 3.º En el final *ent* de las terceras personas de plural de los verbos. 4.º Cuando está precedida de *g* y seguida de *a* ú *o*. 5.º En el participio y en los pretéritos del verbo *avoir*. 6.º En los nombres terminados en *aen* como *Caen* y en las iniciales en *ress*.

Ejercicios acerca de la e muda.

I.

Be, Ce, De, Ge, Pe, Te, Ve,
Le, Fe, Me, Ne, Gne, Re, Se.

II.

Lame, pape, dire, file, lime, mine, pipé, vide, vive,
code, mode, note, merle, perle, golfe, poste, corde, por-
te, sabre, tigre, litre, table, vitre, brave, plaque, corne.

III.

Denis, repas, brebis, levier, repos, renard, grenier,
levant, regard, grelot, premier, venir, tenir, dedans,
dehors, melon, demi, devant.

IV.

Vendredi, cabane, grenadier, délire, divine, madame,
mérite, morale, navire, parole, pelote, salade, sonore,
olive, alcove, organe, active, cocarde, réforme, marty-
re, cascade.

V.

Mademoiselle, capitale, limonade, pyramide, séréna-
de, éconoie, carabine, hyperbole, parabole, amicale,
camarade, délicate, femmelette, ordinairement.

VI.

Pie, copie, patrie, colonie, Amélie, punie, pluie, nie,
finie, crie, choisie, sortie, jolie, monnaie, plaie, venue,
tendue, corrompue, remplie, boucherie, poésie.

VII.

La table du père.—Il te parle et me charme.—La tan-

te et la mère de la petite fille.—Porte cette lettre à la
poste.—Je te donnerai des figues.—La tête du jeune
homme est très jolie.—Le visage du frère est noble.

VIII.

Les romains étaient braves et leurs mœurs très cor-
rompues.—Les filles parlèrent et les autres ne se turent
pas.—Les élèves ne seraient jamais punis s'ils étudiaient.
—Les enfants qui travaillent méritent une récompense.
—Les chiens qui courent et les chevaux qui galopent.

IX.

Surseoir, asseoir, mangeable, mangeoire,
douceâtre, nageant, nageons, abrégeant,
protégeant, engageant, Caen, dénuement.

Ejercicio con la e abierta.

Père, mère, cèdre, lèvres, mètre, crème, carême, forêt,
prêtre, évêque, tempête, grêle, galère, sévère, modèle,
manière, ébène, élève, vèpres, rêve, excès, congrès, ab-
cès, baromètre, atmosphère.

Es muda en

Oignon, douarière, Montaigne, encoignure, poignée,
poignard.

Es muda en

Paon, Faon, Laon, Craon.

U

Ejercicios con la u francesa.

Bu, du, fut, lu, mu, nu, rue, pue, su, vu, tu, bru, venu, écu, vertu, futur, prune, tuteur, enflure, pure, pureté, rancune, férule, pendule, nature, subite, volume, dreté, numero, revenu, écume, dreté, unité, absolue, armure, virgule, solitude, dénaturé, utile, utilité, ridicule, manufacture, urbanité, aptitude, leur, sueur, fureur.

II.

Lui, huit, nuit, puit, cuir, étui, pluie, fruit, autrui, bruit, minuit, aujourd'hui, appui, produit. Tu as été élu député.

La U es muda en las combinaciones *gue, gui*, excepto cuando lleva diéresis y en las palabras

Aiguille, aiguillon, aiguiser, arguer, linguistique, Guise.

También es muda después de *q*. Sin embargo, hay unas ciento sesenta dicciones, pertenecientes la mayor parte á las matemáticas y á las ciencias naturales en que la *u* precedida de *q* es sonora, con la particularidad de sonar *u* francesa en las combinaciones *que, qui* y *u* española en la combinación *qua*. De estas palabras las más usuales son

Quadragnaire, quadragésime, quadrangulaire, quadrat, quadratrice, quadrature, quadrige, quadrilatère, quadrinôme, quadrumane, quadrupède, quadruple, in quarto, quartz, quaternaire, quintuple, exequator, aquarelle, aquatique, équateur, liquation, adéquat, questeur, équestre, liquéfaction, équiangle, équidistant, équilate- ral, équimultiple, équitation, équidiffèrent, quinquen- nal, ubiquiste, équation, loquace.

VOCALES COMPUESTAS

Ejercicios con las vocales AI, AY, (i) EI, EY.

I.

Laine, balcine, fontaine, contraire, parfait, laide, li- braire, prairie, maire, maigre, vrais. portugais, lait, craie, paire, maître, faible, éclair, grammaire, verveine, reine, peine; Seine, affaire, balai, veine, aile, épais, élé- mentaire.

II. (2)

Crayon, pays, payer, balayer, éssuyer, paysan, paysa- ge, paysagiste, ayez, ressayer.

Ay suena *ai* por excepción en

Bayonnette, bayadère, mayeux, mayonnaise, y en casi todos los nombres propios.

Bayard, Bayonne, Biscaye, Cayenne, Hendaye, Ma- yence, Mayenne, Bayeux, Baylen, Fayence, Lafayette, Haydn, Taygète,

pero sonará *e* en

Buenos Ayres, La Haye, Aveyron.

(1) *Ai* suena en general como e abierta.

Suena como e cerrada en los finales de los verbos.

Suena como e muda en *faisant*.

(2) Debe recordarse que la *y* equivale á dos *ies* latinas cuando se halla entre vocales y no va seguida de e muda. El mismo valor tiene en la pa- labra *pays* y sus derivados.

Que se pronunciarán:

Buenozèr, La Hè y Avero.

Ejercicio con las vocales AU, EAU.

Eau, beau, peau, laurier, autorité, mauve, Paul, tau-reau, tableau, crapaud, aumône, gâteau, rideau, veau, faux, beauté, mauvais, paupière, pauvre, marteau, prunEAU, corbeau, faute, taupe, fléau, bureau, manteau, plumeau, tonneau, applaudir, épaule, couteau, aussitôt.

Ejercicios con la vocal EU, ŒU.

Peu, feu, fleur, pleur, leur, seul, mœurs, aveu, neveu, neuf, meule, ardeur, acteur, peur, créateur, Dieu, lieu, nœud, deux, odeur, porteur, cœur, lecteur, adieu, bœuf, curieux, voleur, bonheur, docteur, œuf, veuf, peureux, facteur, furieux, protecteur, débiteur, directeur, laborieux, rédacteur, navigateur, cultivateur, conducteur, demeurer, pleurer, monsieur. Dieu seul est parfait. Ma sœur a un cœur qui est heureux.

EU suena U francesa en el verbo *avoir* y en los terminados en *geure*.

EJERCICIO

J'eus, tu eus. il eut, nous eûmes, vous eûtes ils eurent. J'ai eu, que j'eusse, que tu eusses, qu'il eût, que nous eussions, que vous eussiez, qu'ils eussent. Gageure.

Œ tiene el sonido francés de *eu* en

Œil, œillade, œillet,

y *ue* tiene el mismo sonido delante de *il* ó *ill*.

Cueillir, orgueil, accueil.

Ejercicio con la vocal OU.

Cou, sou, mou, jour, loue, fou, poule, pou, coupe, moule, route, bravoure, mouton, trou, touve, soupe, loup, clou, boutique, couvert, cour, tout, groupe, louve, boucle, bouche, couleur, foule, fouine, ouvrier, verrou, goutte, douteux, couturière, laboureur, déboutonner, gouvernement, couverture, nourriture, boutonnière.

VOCALES NASALES

E M

suena *a* delante de otra *m*, como en *prudemment, femme*.

Suena *em* en los vocablos procedentes de lenguas muertas como *Jérusalem, hymen* etc.

Suena *e* en *lemme, dilemme* y *sel gemme*.

Suena *an* en *emmenner, emmagasiner, emmailloter, emmurer, emmancher, emmanteler, emmêler, emmenotter, emmieller, s'emmenager* y algún otro poco usual.

EN

suena generalmente *an*.

Suena *e* delante de otra *n* como en *triennal*.

Suena *a* en *ennoblir*, *ennui*, *ennuyer*, *hennir*, *solemniser*, *ennemi* y en los derivados de *Rouen*, pronunciándose la *n* sencilla.

Suena *en*: 1.º, en las palabras terminadas en *ien*, *ien* y *oyen*, aunque marcando bien el carácter nasal de este sonido.—2.º, en los tiempos de los verbos en *enir*.—3.º, en las palabras *compendium* y *examen*.—4.º, en muchos nombres propios como *Mentor*, *Benjamin*, *Rubens*. &c.²

Suena *ann* en las voces *enivrer*, *enorgueillir*, *enouseler*, *enherber* y *enhuiler*.

Ent no suena en los verbos al final de las terceras parsonal de plural.

Ejercicios con las vocales EM, EN.

I.

En, rente, fente, pente, tente, tendre, dent, dentiste, enlever, entourer, enfermé, renversé, enfant, talent, vent, client, moment, contenter, remplir, torrent, temps, environ, mentir, pendant, enclos, mendiant, apprenti, ornement, argent, complètement.

II.

Ennemi, solennel, ennui, ennoblissant, emmancher, Vienne, hennir, enorgueilli, femme, lemme, persienne, ennuyant, enivré, Jérusalem, Rouen, ennoblir, emmagasiner, harem, Nemrot, rouennerie, ennuyeux, enherbé, ardemment, eden, gluten, examen, emmener, dilemme, amen.

III.

Idem, Mentor, prudemment, enrichi, abdomen, hymen, bien, aérien, persienne, Ils viennent, spécimen, solemniser, emmieller, Ils tiennent, Elles appartiennent,

Ils deviennent, moyen, doyen, citoyen, Rubens, européen, indien.

Ejercicios con las vocales IM, YM, IN, AIN, EIN.

Vin, matin, timbre, venin, craindre, plein, en vain, pin, lapin, dindon, imprimeur, train, peint, bain, pain, fin; épingle, intrépide, demain, feindre, étain, faim, lin, interprète, Inde, importune, gain, daim, fin, frein, crin, inventeur, inférieur, grain, atteindre, sein, impoli, invité, enfin, imparfait, infirme, peintre. L'imprimerie a été inventée par Guttemberg. Les assassins sont insensibles. La nature est infinie.

IM, IN, suenan *i* delante de otra *m* ú otra *n* y en los nombres propios extranjeros.

EJERCICIO

Scrutin, incapable, innocent, inhumer, Selim,, inné, dinde, satin, immense, intime, jardin, syndic, sapin, pinte, Ephraïm, innocence, thym, immobile, gratin, dauphin, innover, immensité, immortel, sympathie.

Ejercicio con las vocales Um, Un.

Um, suena *ou* en las palabras latinas, en *rum* y *punch*.

Un, importun, parfum, humble, aucun, Dominum, chacun, brun, jeun, vobiscum, nostrum, rum, punch, Christum. Un importun n'est jamais humble. Le thym a un doux parfum.



DIPTONGOS

Ejercicios con los diptongos OI, OY y su sonido nasal CIN.

OY suena *oi* en *Oyonax*.

Foi, loi, roi, moi, toi, soi, soie, doigt, soir, voir, oie, noir, toile, devoir, abreuvoir, loin, coing, trois, pourquoi, noix, boire, poivre, mouvoir, mémoire, droit, foin, quelquefois, voix, moine, voile, tiroir, ivoire, boîte, point, quoique, pouvoir, mois, poire, miroir, armoire, victoire, témoin, moitié, oindre, pois, gloire, bois, comptoir, avoine, moins, vouloir, Moïse, joint, amoindrir, lointain, pleuvoir, foire, soin.

DE LAS CONSONANTES

Ejercicios con las consonantes B, V.

Márquese bien la diferencia entre ambos sonidos.

Ba, be, bi, bo, bu, bou, boi.

Va, ve, vi, vo, vu, vou, voi.

Vol, banc, vie, boucher, vipère, biscuit, révolte, cabane, rival, bonbon, vu, balai, devis, bois, lavé, bôle,

favori, abandon, vif, bouche, louve, aube, pavé, baume, avis, bandit, gravir, bec, vendre, billard, sévère, bouton, carnaval, bénir, vocal, boire, verdure, charbon, ivoire, bombe, bavard, bavarder, bave, brave, bravoure, novembre.

La B es muda en *radoub*, *rumb* y en voces extranjeras como *Joab*, *club*, etc.

C

Esta consonante tiene el sonido de *k*, cuando lo tiene también en español y cuando precede a *æ* y suena como *s* española cuando lleva cedilla ó va seguida de *e* ó *i*.

La *c* suena también como *ch* española en *violoncelle* y como *g* suave en *second*, *secret*, y *Claude*. No obstante, Girault Du Vivier sostiene con razón que no es *g* en *Claude* sino en esta sola expresión: *Prune de Reine Claude*. La Academia no marca la excepción.

Respecto á *secret* hay diversidad de opiniones y la Academia nada establece acerca del particular.

La *c* final es sonora aunque vaya seguida de una *t*; pero es muda en las palabras *abject*, *accroc*, *amiet*, *arsenic*, *blanc*, *broc*, *clerc*, *cognac*, *croc*, *estomac*, *escroc*, *franc*, *jonc*, *lacs*, *marc*, *tabac*, *tronc*. La *c* final de *blanc* y *franc* se hace sonora al unirse á otra palabra que comience por vocal, p. ej. *du blanc au jaune* (*blan-co-jon*.)

Ejercicios con las consonantes C y Ç.

Cirque, garçon, cidre, acerve, français, carrosse, cinq, second, cire, cendre, blanc, leçon, citron, merci, récit, secret, force, plaça, estomac, maçon, coquin, domicile, cœur, glace, lance, tronc, façon, enfance, caisse, tabac, noce, cygne, marc, forçat, société, connaissance, soupçon, reçu, façade, morceau, ça et là, nécessité.

F

Esta letra suena como en español y cambia su sonido en el de la *v* cuando se liga con la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *f* final es muda en las palabras *cerf* y *clef*.

La *f* final de las palabras *bœuf*, *œuf* y *nerf* es sonora en singular y muda en plural. En dichas palabras y en *chef* también es muda la *f* cuando forman nombres compuestos como *chef d'œuvre*, *bœuf-gras*, *bœuf-salé*, *œuf-dur*, *œuf-frais*, *nerf-de bœuf*.

Ejercicios con las consonantes F y PH.

I.

Siphon, frais, canif, bœuf, éléphant, phare, femme, phrase, phoque, œuf, fer, foi, physique, orthographe, fin, télégraphe, chef, bœufs, œufs, désinfectant, téléphone, nerf de bœuf, faon, Philippe, France, faire, pharmacie, chef d'œuvre, atmosphère, philosophe.

II.

Famille, Philadelphie, filleul, Bosphore, fauteuil, Adolphe, faim, Alphonse, enfant, camphre, foule, phase, flatter, prophète, Soif ardente, Neuf enfants.

G

Suena como *c* en la primera sílaba de *gangrène* y al final de las palabras cuando se liga con la vocal inicial de la palabra siguiente:

Es muda en *faubourg*, *leg*, *doigt*, *vingt*, *étang*, *hareng*, *coing*, *poing*, *seing*, *long*, *oing* y *sang*.

La *g* doble suena como sencilla, según la regla general; pero si va seguida de *e* como en *suggérer*, la primera suena *gue* y la segunda *j* francesa.

Ejercicios con las consonantes G y J.

I.

Ga, ge, gi, go, gu, ja, je, ji, jo, ju,
gai, goi, gou, gue, geai, geoi, geou, gea, geo,
jan, jen, jcan, jonc, jeun, joie, jour, joua.

II.

Bague, jeudi, injure, gant, jument, sage, rage, langue, joujou, faubourg, ouragan, juste, argent, gibier, guère, major, doigt, gomme, géographie, janvier, cage, guitare, jardin, vingt, nageons, jeunesse, page, danger, guirlande, jaune, étang, suggestion, jambe, courage, gilet, aigle, jujube, hareng, suggérer, jupe, avantage, juin, grâce, journal, poing, nageant, jugement, toujours.

Jamais, génie, long, gangrène, gaze, aiguille, déjà, gendre, sang, sang-sue, bijou, aiguiser, jusque, genceve, coing, gazon, jalousie, aigu.

H

La *h* puede ser *muda*, en cuyo caso es puramente etimológica y no tiene sonido alguno, ó *aspirada*, es decir, que comunica un sonido gutural, aunque muy leve, á la vocal que la acompaña. Hay próximamente unas 340 palabras que comienzan por *h* aspirada, de las cuales 170 empiezan por *ha*, 120 por *ho*, *hu*, y 50, por *he*, *hi*.

Son aspiradas las haches:

1.º De las palabras procedentes de voces bárbaras. Las que provienen del griego y del latín son mudas.

2.º Las derivadas de palabras que tienen *h* aspirada.

3.º Ordinariamente las que están entre vocales como *cohue*, *cheurter*, etc.

4.º Las de nombres de países.

La *h* aspirada de *Hollande* y *Hongrie* se hace muda en las frases *fro-mage d'Hollande*, *toiles d'Hongrie* &c.^{as}, y las de *huit*, *huitième* son mudas en las palabras *dix-huit*, *dix-huitième*.

Aunque las palabras *oui*, *onze* y *onzième* no tienen *h* se pronuncian con una ligera aspiración. Así se dice: *Le oui*, *le onze* *le onzième* y no *Voui*, *Vonze*, *Vonzième*. No obstante, cuando *oui* va precedido de *que* puede decirse: Je dis *qu'oui* y otras frases análogas. También en el estilo familiar pudiera decirse: Je n'en ai *qu'onze* y suele hacerse muda la *h* de *Henri*.

Vocablos primitivos que comienzan con H aspirada y la conservan en sus derivados:

Hasard,
Hase,

Casualidad, ventura
Liebre hembra

Haubans,
Haubert,
Hausse-col,
Hautbois,
Hautesse,
Hâve,
Havir,
Havre,
Hél,
Hêler,
Hérait,
Hère,

Obenques (náutica)
Loriga
Gola
Oboe
Alteza (tratamiento)
Macilento
Sollamar
Ensenada
Ah!
Llamar con bocina (náutica)
Heraldo
Petate

Vocablos primitivos que comienzan con H aspirada y no la conservan en sus derivados:

Hachis,
Haie,
Hagard,
Haillon,
Haire,
Halage,
Hallage,
Halle,
Hallebarde,
Hallebreda,
Hallier,
Haloir,
Halo,
Halte,
Hamac,
Hameau,
Hampe,
Han,
Hanche,
Hangar,
Hanneton,

Picadillo
Cercado
Uraño
Harapo
Cilicio
Maniobra marítima
Cierta derecho
Mercado
Alabarda
Farotona (voz injuriosa)
Jaral
Sitio para secar el cáñamo
Halo, meteoro
Alto, nombre ó interjección
Hamaca
Aldea pequeña
Asta de pica, lanza
Gran parador en Oriente
Cadera
Cobertizo
Abejorro, insecto

Hanse,	Hansa, federación
Hansière,	Cable grueso (náutica)
Hanter,	Frecuentar
Happe,	Tenacillas
Happelourde,	Piedra falsa, oropel, farolón
Happer,	Zampar (el perro,) echar la mano
Hableur,	Charlatán
Hache,	Hacha
Haine,	Odio
Halbran,	Anade pequeño, albrán
Hâle,	Aire solano, bochorno
Haleine,	Aliento
Haletant,	Jadeante
Hardiesse,	Atrevimiento
Hareng,	Arenque
Hâte,	Priesa
Hausse,	Alza
Haut,	Alto
Hennir,	Relinchar
Henri,	Enrique
Hérissier,	Erizar
Hernie,	Hernia
Héron,	Garza Real
Hochement,	Cabeceo, movimiento de cabeza
Hotte,	Banasta con correas
Houle,	Oleo, marejada (náutica)
Hourdage,	Pared ú obra hecha con ripio (arquitectura)
Hox,	Acebo
Huit,	Ocho
Haquenée,	Acanea, jaca
Haquet,	Carromato
Harangue,	Arenga
Haras,	Puesto de caballos padres
Harasser,	Fatigar

Harder,	Atraillar
Hardes,	Equipage, ropas
Harem,	Haren
Harneux,	Arisco
Haricot,	Habichuela, judía
Haridelle,	Caballería mala y flaca
Harnacher,	Enjaezar un caballo
Harnais,	Arnés, armadura
Haro!,	Justicial!, favor!
Harpe,	Arpa
Harpeau,	Retón, especie de ancla
Harper (se),	Agarrarse dos que riñen
Harpie,	Arpía
Harpin,	Garfio
Harpon,	Arpon, arma
Harponer,	Lanzar el arpon
Hart,	Vencejo
Héros,	Héroe
Herse,	Rastrillo
Hêtre,	Haya
Heurt,	Choque, topetazo
Heurtoir,	Llamador
Hibou,	Buho
Hic,	Hito, punto de la dificultad
Hideux,	Horroroso
Hiérarchie,	Jerarquía
Hie,	Mazo, pisón de empedrado
Hisser,	Izar (náutica)
Hoberau,	Aguilucho
Hoc,	Chilindrón (juego)
Hoche,	Muesca, entalladura
Hochepot,	Cierto guisado
Hocher,	Sacudir, menear
Hollande,	Holanda
Holà!	Hola! Ea!
Homard,	Langosta

Hongre,	Caballo castrado
Honnir,	Infamar
Honte,	Vergüenza
Hoquet,	Hipo
Hoqueton,	Cota de archero
Horde,	Horda
Horion,	Topetón
Hors,	Fuera
Hottentot,	Hotentote
Houblon,	Lúpulo
Houe,	Azada
Houille,	Hulla
Houlette,	Cayado
Houpe,	Borla, penacho
Houppelande,	Hopalanda, vestido talar
Houri,	Hurí (virgen)
Hourvari,	Jaleo, trapisonda
Hussard,	Húsar
Houspiller,	Sacudir, pegar
Housoir,	Escoba de acebo
Hoyau,	Gancho, escardillo
Huche,	Artesa
Huée,	Chifla, gritería
Huguenot,	Hugonote
Humer,	Sorber
Hunier,	Gavia, vela (náutica)
Huppe,	Abubilla
Hure,	Cabeza de jabalí, oso, salmón, &. ^a
Hurlement,	Aullido
Hutte.	Choza

Terminaremos lo relativo á la *h* aspirada con dos observaciones generales.

1.º En las dicciones derivadas del griego se observa que si la palabra

griega comienza por vocal señalada con espíritu áspero, la voz francesa comienza por *h* muda.

2.º Las palabras francesa que empiezan por *h* aspirada son onomatopéyas ó derivaciones del celta y del germano.

Ejemplo de la primera clase son *hennir*, *hurler*, *hérissier* etc. y de la segunda *hâte*, *hameau*, *harangue* etc.

CH

Esta letra suena *k* cuando va seguida de consonante y en las palabras de origen extranjero como

Chœur, écho, archange, lichen, orchestre, chaos, chioromancie, etc.

No obstante suena como *ch* francesa francesa en los terminados en *chie* y en

Archiprêtre, architecte, archiduc, chimie, chirurgien, chérubin, stomachique, Achéron, Zachée, Joachin, Ezéchias, Ezéchiél.

Además se pronuncia

como *ch* francesa en

Archevêque
Bachique
Patriarche
Michel

como *k* en

Archiépiscopal
Bacchante
Patriarchal
Michel-Ange

La *ch* suena como *j* francesa en *douche*, como *g* en *drachme* y es muda en *almanach*.

Ejercicios con la consonante CH.

I.

Cha, che, chi, cho, chu, chou, choi, chat, chant, cher, chair, char, chaise, cheval, hache, chose, charité, char-rue, architecte, échelle, poche, vache, chèvre, chambre, chandelle, cloche, moustache, bouche, chemise, charrette, château, acheter, cacheter, marcher, boucher, machine, chuchottent.

II.

Chercher, cherchant, cherché, je cherchais, je chercherai, je cherche, cherchons, Le pêcheur toujours couché cherche à pêcher, mais il ne pêche pas.

III.

Chacun, chaos, charbon, Joachin, louche, douche, chicane, chanson, chlore, chanson, chimique, patriârche, rocher, échanson, chapeau, chrétien, chemin, chérubien, drachme, chimère, méchante, chagrin, chlorure, biche, chirurgien, archevêque, Michel, chûte, chameau, eucharistie, riche, archiduc, almanach, archiépiscopal.

IV.

Chage, Jache, Jochui, Choju, jouchot, Choujot, juchuchu, Chajajacha, jeucheu, choujouchou, jochau, jachejichou, Chujochijechat, Joli chat et joyeux château.

L

Esta letra suena como en español y se pronuncia al final de las palabras, excepto en las siguientes: *baril, chenil, coutil, cul, fourmil, frat-sil, fusil, nombril, persil, sourcil, gentil, fils, pouls, Quinault, soûl* y en los plurales *gentilshommes* y *aulx*.

La *l* final precedida de *i* y esta de otra vocal suena como *ll* española quedando muda la *i*, excepto en *poil*.

Además suena *ll* la *l* final en las palabras *babil, cil, gril, mil, péril, fénil, grésil, gentilhomme* y la medial en *Milhau* (ciudad.)

LL

Suena esta doble consonante como sencilla, según la regla general, salvo en los casos siguientes:

Suena como *dos eses*: 1.º en las voces que comienzan por *ill* como *illuminer*, 2.º después de *y* si no le sigue *e* muda como en *syllabe*, 3.º en los derivados de *mille*, aunque en esta palabra y en *million, billion* etc., suena como sencilla, 4.º en los verbos *osciller, titiller, instiller, scintiller, solliciter, vaciller* y sus derivados, 5.º y, en fin, en las palabras *calville, capillaire, fibrille, myrtille, sibylle, ville, allusion, allégorie, appellatif, belliqueux, codicille, collation, colliguc, collusion, constellation, gallican, imbecillité, pupille, pusillanime* y *tranquille*.

La *ll* precedida de *i* y esta de otra vocal toma el sonido de *ll* española, quedando muda la *i*. P. ej. *paille* se pr. *paill*.

Además suena como *ll* española en los siguientes casos: 1.º, en todos los verbos terminados en *iller* excepto en *distiller* y en los arriba citados; 2.º en los nombres propios *Cully*, *Sully* y *Vully*; 2.º y, en general, cuando va precedida de *i*.

Ejercicios con las consonantes L y LL.

I.

Mantille, papillon, œil, fenouil, babille, babil, travail, œillet, rouille, péril, ville, malle, famille, corail, fauteuil, dépouille, tranquille, belle, filleul, éventail, deuil, bouilli, pupille, dentelle, lentille, détail, écureuil, brouillard, flanelle, celle, soleil, orgueil, rouille, veille, meilleur.

II.

Email, caillou, vermeil, pelle, fusiller, vaciller, fusil, bétail, bataille, abeille, salle, distiller, persil, allusion, portail, paille, pareil, osciller, million, gentil, pupille, syllabe, illuminer, fil, poil, cil, mille, solliciter, illustrer, pouls, gentilhomme, gentilshommes.

N

Suena la *n* doble en

Annexe, annal, annate, annotation, annihiler, ennéagone.

GN.

Por excepción se pronuncia *n* en

Signet, Regnard, Régnault, Copiègne

y suena como en español en

Agnus, agnation, cognation, cognition, diagnostic, géognosie, igné, ignition, inexpugnable, magnificat, régnicoles, stagnation, gnostique, gnome, Progné y Gnide.

Ejercicios con la consonante GN.

Rossignol, agneau, lorgnon, vigne, ignorant, Espagne, cigogne, peigne, ligne, enseignement, campagne, beignet, enseigne, araignée, épargne, montagne, gagner.

P.

Es muda al final de palabra, excepto en *cap*, *cep*, *croup*, *jalap*, *julep*, *Alap* y *Grap*. Además la *p* no enlaza nunca con la vocal inicial de la palabra siguiente, excepción hecha de las voces *trop*, *coup* y *beaucoup*.

La *p* en medio de dicción es muda en *baptiser*, *compter*, *cheptel*, *dompter*, *exempter*, *prompte*, *sept*, *sculpter* y *symptôme* y en sus derivados. No obstante, suena en *baptismal*, *exemption*, *impromptu*, *septembre*, *les septante*, *septennal*, *septuagenaire*, *septuagésime*, *septuple* y *septupler*.



Q.

La *q* final es sonora en *coq* y también suena en *cinq* cuando la palabra que sigue comienza por vocal ó h muda.

R.

La R final no se pronuncia

- 1.^a en *Monsieur*.
 - 2.^a en los infinitivos terminados en *er*.
 - 3.^a en los polisílabos terminados en *er* ó *ier*.
- No obstante es sonora en los nombres propios y en

Amer, belvédér, cancer, cuiller, enfer, éther, gaster, hiver.

S.

Sea sencilla, sea doble, la *s* suena como una *s* española, pero toma el sonido de la *ç* francesa en los siguientes casos: 1.^o, cuando es sencilla y va entre vocales ó entre vocal y h muda ó entre *l* y *a* como en *balsamique*. No obstante, si la palabra es compuesta, y el segundo miembro empieza por *s*, esta conserva su sonido de *s* española como en *contre-sens*, *havre-sac* etc.—2.^o, en la sílaba *trans* seguida de vocal ó h muda, excepto en *transir* y sus derivados y en *Transylvanie*.—3.^o, cuando precede á *b* ó á *d*.—4.^o, en los nombres propios.—5.^o, en la voz *jasmin*.—6.^o, cuando es final y se une á la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *s* es muda delante de las sílabas *ce*, *ci*, *che*, *chi*, salvo en *schène* que se pronuncia *squén*. También es muda en el apellido *Du Glesclin*.

La *s* final es sonora en *atlas*, *alo's*, *bibus*, *blocus*, *morbus*, *chorus*, *derois*, *galis*, *jadis*, *laps*, *lis*. (No suena en *fleur de lis*), *omnibus*, *relaps*, *forceps*, *iris*, *oasis*, *obus*, *papyrus*, *prospectus*, *rebus*, *tiphus*, *mais*, *mars*, *ours*, *vis* y en los nombres propios extrangeros, excepto en *Judas Thomas* y *Mathias* en que es muda, así como en los nombres propios franceses.

La *s* final de *plus*, *près*, *lors*, *puis*, que es muda, suena en sus compuestos *plus-que-parfait*, *presque*, *lorsque* etc.

T

La *t* suena *s* delante de una combinación de vocales que empiece por *i* (*tial*, *tion*, *tier* etc.)

Esta regla tiene las siguientes excepciones:

- 1.^o En los verbos, cuando la *i* pertenece á la terminacion.
- 2.^o En las combinaciones *sti*, *xiti*, *thi* (*gestion*, *mixtion*, *Mathias* etc.)
- 3.^a En los substantivos y adjetivos terminados en *tié*, *tier* ó *tien*.
- 4.^a En los substantivos cuya terminacion *tie*, está precedida de otra consonante, excepto *inertie* é *ineptie* en que suena *s*.
- 5.^o En el verbo *s'étioler*.

En general puede decirse que la *t* seguida de *i* y otra ú otras vocales suena *s* cuando en la palabra española correspondiente hay *c*, exceptuando *Sarmatie* (*Sarmacia*) en que suena la *t* y que toma su sonido propio, el de *t*, cuando tambien hay *t* en español exceptuando *jonction* (*juntura*) y *spartiate* (*espartano*) en que se pronuncia como *s*.

La *t* es muda en las palabras compuestas de *mont* si la otra palabra comienza por consonante, p. ej. *Montrouge*. Como excepción se pronuncia en *Montreuil*.

La *t* final es sonora en las siguientes voces: *accesit*, *apt*, *brut*, *chut*, *contact*, *correct*, *dot*, *driect*, *déficit*, *fat*, *indult*, *infect*, *lest*, *luth*, *fet*, *rapt*, *strict*, *occiput*, *tact*, *transit*, *vivat*, *çénit*, *Est*, *Ouest*, *mat*, y *toast* (palabra inglesa que se pronuncia *tost* y significa *brindis*).—Suena tambien la *t* final de *Christ* pero es muda en *Jesus-Christ*.

La *t* final de *sept*, *huit* es sonora cuando estas voces se emplean como sustantivos (Le huit de trèfle) ó cuando les sigue vocal, h muda ó una pausa.

La *t* de *vingt* es sonora cuando sigue vocal ó h muda y en la decena de veinte á treinta: pero no en la de *quatre-vingts*.

La combinacion *th* es muda en *asthme*.

X

Esta consonante se pronuncia de cinco modos:

1.º Suena *cs* cuando es inicial ó final y casi siempre que no va precedida de *e*.

2.º Suena *gs* cuando es inicial de nombres propios y cuando va precedida de *e* y seguida de vocal, pero en *sexe* y algunas otras palabras suena *es*.

3.º Suena *k* delante de *ce*, *ci*.

4.º Suena *s* en *six*, *dix* y *soixante*, cuando son finales de un periodo; y cuando es medial en los nombres propios.

5.º Suena *ç* francesa en *six*, *dix* y *soixante*, salvo el caso anterior y cuando siendo la *x* final de una palabra se une á la vocal inicial de la palabra siguiente.

La *x* solo es inicial en palabras de origen griego en las cuales suena *cs*, exceptuando *Xavier*, *Xénophon* y *Xerxès* en que suena *gs*. Su sonido propio cuando es medial es el de *cs* y solo es final en algunas voces de etimología latina.

La *x* final siempre es muda, excepto en los casos citados, en los nombres propios extrangeros y en algunos vocablos como *index*, *larynx*, *onyx*, *prefix*, *smilax*, *sphinx* y *storax* en que suena *cs*.

Z

La *z* final es muda; pero suena en *gaz* y en los nombres propios con sonido de *s*.

Ejercicios con las consonantes S, T, X, Z,

I.

Sa, se, si, so, su, sou, soi, seu,
za, ze, zi, zo, zu, zou, zoi, zeu
xa, xe, xi, xo, xu, xou, xoi, xeu

Saze, Saxe, Zizo, Suzu, sexe, seuzeu, zeuseu, soissonze,
zixonce, zuxasse, seuzeuxeu, xazisu, Sacexiso, Zuxou-
soizeu, Zaxezisso, Suzuxussu.

II.

Rasoir, Soissons, soupe, ressource, gazon, désir, rose,
escalier. ciseau, scène, haïssons, blesser, douzaine, sta-
tue, casquette, braise, spasme, ministre, sceau, zèbre,
cousin, coussin, festin, vase, sculpture, soldat, zinc, zo-
ne, désert, dessert, conscience, choisir, scrupule, insul-
te, science, bronze, poison, poisson, fraisé, casaque,
sténographe, moisson, zéro, Zambèze, discipline.

III.

Les bons élèves, Les âmes des morts, Fais à autrui,

Reçois avec plaisir, Viens avec moi, Certains animanx,
Allez dans vos appartements.

IV

Exercice, dix, axiome; index, Xénophon, sixain, auxiliaire, expérience, examen, silex, excès, deuxième, lexicque, extrémité, exactitude, sphinx, exception, maxime, expression, exécution, lynx, excellent, réflexion, excuse, six, existir, onyx, Xavier, exaltation, excessif, dixième, soixante, excédent, Dix enfants.

V.

Diction, notion, portion, soutien, question, friction, action, patience, nation, entretien, amnistie, fraction, caution, démocratie, section, maintient, mixtion, mention, amitié, partiel, partie, révolution, châtier, admiration, pitié, dévotion, étioier, éducation, partions, perfection, métier, convention, étiage, condition, évitiez, proportion.

ENLACE DE LAS CONSONANTES FINALES

Es norma general de la pronunciación francesa que si á una palabra terminada en consonante sigue otra que comienza por vocal ó *h* muda,

la consonante final del primer vocablo se une al siguiente soldándose ambos y pronunciándose como si fuera una sola dicción.

Este enlace, que en el antiguo francés era muy poco frecuente, solo se verifica con todo rigor en la poesía y en el estilo elevado; pero en el estilo ordinario se considera como afectación y se restringe mucho el enlace de las consonantes finales.

Podemos decir en general que el enlace se verifica cuando las dos palabras están tan íntimamente unidas por el sentido que no puede hacerse pausa entre una y otra. Así sucede entre el artículo y el nombre, entre el sustantivo y el adjetivo etc. En *cet homme*, p. ej. habrá enlace; pero no en *le perroquet écoutait*, pues cabe una ligera pausa entre el sujeto y el verbo.

Detallando ahora la aplicación del enlace y sus excepciones, veamos como y cuando se verifica según la letra en que termine la palabra.

B. Esta letra no se liga á la palabra siguiente.

C. La *c* después de *n* se enlaza casi siempre.

No se liga en las palabras en que es muda, excepto *tabac*, que liga siempre y *croc* y *broc* que ligan en las locuciones *croc-en-jambe* y *broc en bouche*.

D. La *d* final sola ó precedida de *r* no se enlaza, exceptuando *piéd á terre*, *de piéd en cap* y *perd* (de *perdre*, este sobre todo en la forma interrogativa. La *d* enlaza siempre sonando como *t*, en las tres excepciones citadas y cuando va precedida de *n*. No suele enlazarse en las frases: *fond inépuisable*, *tisserand habile*, *grand et généreux*, *fécond en ressources*.

F. Esta consonante liga casi siempre y toma el sonido de *v*.

G. Esta gutural no liga más que cuando va precedida de *n* y en *bourg*. Sin embargo es muda en las frases *sang illustre*, *poing ouvert* y *étang ovale*. Enlaza con sonido de *K*.

L. La *l* se liga cuando no es muda, excepto en la frase *gril en fer* en que la *l* aunque muda se enlaza con sonido de *ll*, *Gentil* se une también con igual sonido.

M. La *m* final no articulada no se enlaza jamás con la vocal inicial de la palabra siguiente.

N. Esta letra se liga ó no, según la regla general que hemos expuesto al comienzo de este artículo.

La terminación *in* no se enlaza más que en los adjetivos *divin* y *malin*.

P. La *P* enlaza siempre excepto en *champ* y *camp* y estas frases: *Un coup inattendu*, *le drap est bon*, *le loup es mort*.

R. La *r* liga siempre, aunque el uso no es uniforme respecto á los infinitivos en *er*.

S. La *s* enlaza con sonido de *z* francesa en los casos que comprende la regla general salvo en aquellas voces en que es muda.

La final *s* no articulada no liga cuando pertenece á un sustantivo, adjetivo ó participio en singular (*avis intéressant*), pero sí liga en plural. También enlaza siempre la *s* de *sus*.

T. La *t* final se une casi siempre. La *t* de *et* no liga nunca. Cuando la *t* va precedida de *n* enlaza ó no sin que puedan determinarse los casos por reglas claras y positivas. La *t* de *quant* se une siempre y también la de *cent* excepto cuando esta precede á *et* y á *un*. La *t* precedida de *r* no se une por lo general. En la palabra *fort* no hay enlace cuando es sustantivo (*le fort a été pris*), lo hay cuando es adverbio (*fort habile*) y no se liga siendo adjetivo, salvo en la locución *fort et ferme*. Se unirá también la *t* final de un verbo excepto la de la terminación *ent* de las terceras personas de plural.

X. Z. Estas letras se unen cuando pertenecen á un determinativo seguido de sustantivo ó á un verbo seguido de circunstancial (*faux amis, courez à son secours*). El enlace no es obligatorio entre sustantivo y adjetivo (*époux affligé, nez aquilin*); pero es indispensable en el plural.

La *x* final de sustantivo ó adjetivo no enlaza con el verbo que sigue, (*les voix étaient partagés*).



Ejercicios acerca

del enlace de las consonantes finales.

I.

Des draps anglais—Un singulier événement—Une gril en fer—Le moyen âge—Avant hier—Des cahiers en ordre—Léger obstacle—Un ancien ami—Un faux ami—Courez à son secours—Des fusils à aiguille—Le premier homme—Aucun étranger—Tabac à fumer—Une

nuit épaisse—Des deserts arides—Grand homme—Vend-il?—Mon excellent frère—La neige fond au soleil—Un méchant homme—Des méchants hommes—Des chefs armés—Des gentils enfants—Il y a neuf ans—Mon enfant n' a rien appris—Suer sang et eau.

II.

On a raison en Angleterre—Je vais à l'école—Des époux affligés—L'orateur parlait avec feu—Les bras étendus—Des nez aquilins—Du blanc au noir—Mon père est trop heureux—Cet arbre—Voyez des avis intéressants—Le divin Homère—Je vous en avertis—Mes pauvres enfants en parlent beaucoup—Mon long ennui—Jean est instruit et fort habile—Manger de la viande de broc en bouche—Il est un franc étourdi.

Ejercicio de casos en que no se efectúa el enlace.

Du plomb en vente—Son estomac est gâté—Mon neveu est un tisserand habile—J'ai acheté un fusil à vent—Le malheureux a éprouvé la faim et la soif—Chacun a ses petits défauts—L'un et l'autre sont morts—Le loup a été tué—Un avis intéressant—Je lui ai donné un os à ronger—J'ai payé cent un louis—Un desert immense—Le voyageur part à l'instant—Les français s'adressent à la ville—Les voix étaient unanimes.

ÍNDICE DE VOCES QUE CON UNA MISMA PRONUNCIACIÓN
TIENEN UN MODO DE ESCRIBIRSE DIFERENTE.

A.

Alène,	lesna.
Haleine,	aliento.
Antre,	cueva.
Entre,	entre, <i>preposición.</i>
Art,	arte.
Arrhes,	señas de ajuste, arras
Hart,	vencejo.
Avant,	antes.
Avent,	adviento.

NOTA.—Se encontrarán en la *e* las voces que tienen el sonido de *ai*, y en la *o* las que tienen el de *au*.

B.

Bai,	bayo.
Baie,	bahía.
Bal,	sarao.

Balle,	bala, etc.
Ballet,	baile.
Balai,	escoba.
Ban,	bando, etc.
Banc,	banco.
Bar,	ciudad de Lorena.
Barre,	barra.
Bas,	bajo, etc.
Bât,	albarda.
Bon,	bueno.
Bond,	bote (golpe).
Bonace,	bonanza.
Bonasse,	bonazo.
Boue,	lodo.
Bout,	cabo, etc.
Bouilli,	cocido.
Bouillie,	sopilla para los niños.

C.

Camp,	campamento.
Quand,	cuando.
Quant,	en cuanto á.
Kan,	el Kan, jefe de los tártaros.
Car,	porque, pues
Quart,	cuarto, etc.

Carte,	naipe, tarjeta, lista defonda etc.
Quarte,	cuarta, <i>medida</i> .
Cartier,	fabricante de naipes.
Quartier,	cuartel, etc.
Cane,	hembra del pato.
Canne,	caña.
Cerf,	ciervo.
Serf,	siervo.
Chêne,	encina.
Chaîne,	cadena.
Chair,	carne.
Chaire.	púlpito, cátedra etc.
Cher,	caro.
Chère (bonne chère,)	comida regalada.
Champ,	campo.
Chant,	canto, <i>el acto de cantar</i> .
Chaud,	caliente, etc.
Chaux,	cal.
Cigne,	cisne.
Signe,	señal.
Cire,	cera
Sire,	Señor, <i>tratamiento que dan los franceses al rey</i> .
Clair,	claro.
Clerc,	clérigo.
Cœur,	corazón.
Chœur,	coro.
Coin,	esquina, etc.
Coing,	membrillo.

Comptant,	contante.
Contant,	contando.
Content.	contento.
Compte,	cuenta.
Comte.	conde.
Conte,	cuento.
Cor,	callo, etc.
Corps,	cuerpo.
Cuir,	cuero.
Cuire,	cocer.

NOTA.—Véanse en la s las demás voces en cuya ortografía compite la c con la s.

D.

Dam, voz ascética,	daño.
Dent,	diente, etc.
Dans,	en.
Danse,	danza.
Dense,	denso.
Délacer,	desatar.
Délasser,	descansar.
Différend,	contienda.
Différent,	diferente.
Dom,	Don, <i>tratamiento</i> .
Don,	dádiva.
Donc,	pues, luego.
Dont,	cuyo, cuya.

E.

Elle,	ella.
Aile,	ala.
Enter,	ingertar.
Hanter,	tratar con uno.
Equipée,	travesura de muchacho.
Équiper,	equipar, etc.
Ère,	era.
Air,	aire.
Aire,	era donde se trilla el trigo.
Haire,	especie de cilicio.
Ergo,	voz latina que se usa en sentido de <i>pues ó luego</i> .
Ergot,	espolón de gallo.
Étendu,	extendido.
Étendue,	extensión.
Ètre,	ser ó estar.
Hètre,	haya, <i>àrbol</i> .

NOTA.—Las voces donde *en* se pronuncian *an* están en la A.

F

Faim,	hambre.
Fin,	fino, etc.
Feint,	fingido.
Fer,	hierro.
Faire,	hacer.
Fait,	hecho.
Faix,	carga, fardo.
Faîte,	cumbre, techo.
Fête,	fiesta.
Faite	hecha.
Fil,	hilo.
File,	hilera.
Flan,	flan.
Flanc,	flanco.
Foi,	fé.
Foie,	hígado.
Fois,	vez.
Fond,	fondo.
Fonts,	pila bautismal.

G

Gril,	parrillas.
Gris,	pardo.
Gué,	vado.
Guet,	guardia, ronda.

H

Héraut,	rey de armas.
Héros,	héroe.
Hors,	fuera.
Or,	oro, etc.
Houe,	azadón.
Houx,	acebo.

NOTA.—Véanse en la o los sonidos en *hau* y *ho*.

J

Jarre,	tinaja.
Jars,	ánsar.

L

Lai,	lego, <i>Frère-lai</i> , fraile lego.
Laid,	feo.
Laie,	hembra de jabalí.
Lait,	leche.
Legs,	legado.
Lac,	lago.
Laque,	laca.
Lacer,	atacar, atar etc.
Lasser,	cansar.
Lieu,	lugar, etc.
Lieue,	legua.
Lie,	hez.
Lit,	cama, etc.
Lisse,	liso.
Lice,	liza, arena, coso.
Luth,	laud.
Lutte,	lucha.

M

Maire,	alcalde.
--------	----------

Mère,	madre.
Mer,	mar.
Mais,	pero, <i>conjunción.</i>
Mes,	mis, <i>pronombre.</i>
Mets,	manjar.
Mai	Mayo
Mal,	mal.
Malle,	maleta.
Marie,	María.
Mari,	marido.
Marri (voz ascética),	arrepentido.
Martyr,	mártir.
Martyre,	martirio
Maure,	moro.
More,	negro.
Mort,	muerte, etc.
Mors,	bocado de freno
Mercurial,	mercurial
Mercuriale,	reprensión.
Mi,	mi, <i>nota de música.</i>
Mie,	miga.
Mon,	mi, <i>pronombre.</i>
Mont,	monte.
Mur,	muro, etc.
Mûre,	mora, <i>fruta.</i>
Mûr,	maduro.
Mou,	blando, etc.
Moue,	mueca

Moût, mosto.

N.

None, nona.
Nonne, monja.
Nom, nombre.
Non, no.

O.

Au, al, *artículo.*
Aux, á los ó á las.
Eau, agua.
Haut, alto, etc.
Autel, altar.
Hôtel, fonda
Auteur, autor.
Hauteur, altura, etc.
Oubli, olvido.
Oublie, barquillo, etc.
Oui, si.
Oüïe, oído, *sentido,*

P.

Pain,	pan, etc.
Pin,	pino.
Peint,	pintado.
Pair,	par, <i>dignidad.</i>
Paire,	par, <i>colectivo.</i>
Père,	padre.
Pari,	apuesta.
Paris,	París.
Par,	por.
Part,	parte.
Parc,	parque.
Parque,	Parca.
Parti,	partido, etc.
Partie,	parte.
Pau,	ciudad de Francia.
Peau,	piel.
Panser,	curar una llaga, etc.
Penser.	pensar.
Peine,	pena.
Pène,	pestillo de cerradura.
Pie,	urraca.
Pis,	peor, etc.

Pieu,	estaca.
Pieux,	piadoso, etc.
Plain,	llano.
Plein,	lleno.
Plaine,	llanura.
Pleine,	llena.
Pli,	pliegue, etc.
Plie,	platija, <i>especie de pez.</i>
Poids,	peso.
Pois,	guisantes.
Poix,	pez, resina.
Poing,	puño.
Point,	punto, etc.
Porc,	puerco.
Port,	puerto.
Pou,	piojo.
Pouls,	pulso.
Pris,	tomado.
Prix,	precio, etc.

Q.

Quel,	cual.
Quelle,	cual, (femenino.)

Qu'elle, que ella.

NOTA.—Véanse en la *c* las voces que se escriben con *q*, y pueden equivocarse con *c*.

R.

Raie,	raya, etc.
Rais,	rayos de rueda.
Rets,	red.
Raisonner,	raciocinar.
Résonner,	resonar.
Reine,	reina.
Rène,	rienda.
Ris,	risa.
Rit,	rito.
Riz,	arroz.
Rôti,	asado.
Rôtie,	tostado de pan.
Roue,	rueda.
Roux,	rojo.
Rue,	calle.
Rut,	brama, celo,

S.

Soûl,	harto,
Sou,	sueldo, <i>moneda</i> .
Sous,	debajo.
Saut,	salto.
Sceau,	sello.
Seau,	cubo.
Sôt,	necio.
Sain,	sano.
Saint.	santo.
Sein,	seno.
Seing,	firma.
Ceint,	ceñido.
Sang,	sangre.
Sans,	sin.
Sens,	sentido.
Cent,	ciento.
Sale,	súcio.
Salle,	sala.
Seller.	ensillar.
Sceller,	sellar.
Céler,	ocultar.
Sel,	sal.
Selle,	silla.

Celle	(pronombre.)
Scène,	escena.
Seine,	el rio Sena.
Cène,	cena, <i>ceremonia del jueves Santo.</i>
Serein,	sereno.
Serin,	canario.
Soi,	si, <i>pronombre.</i>
Soie,	seda.
Soit,	sea.
Son,	sonido, etc.
Sont,	son ó están.

NOTA.—Véanse en la *c* las demás voces en que la *s* compete con la *c* en el modo de escribir.

T_

Tan,	corteza de roble que sirve á los curtidores.
Tant,	tanto.
Taon,	tábano.
Temps,	tiempo.
Tante,	tia.
Tente,	tienda de campaña.
Tapis,	agazapado.

Tapis,	tapiz.
Tard,	tarde.
Tare,	tara.
Teint,	tez, etc.
Thim,	tomillo.
Tyran,	tirano.
Tirant,	tirante.
Toi,	tú.
Toit,	tejado.
Ton,	tono, etc.
Thon,	atun.
Tortu,	tuerto, torcido.
Tortue,	tortuga.
Tout,	todo.
Tous,	todos.
Toux,	tos.
Trop,	demasiado.
Trot,	trote.

V_

Vain,	vano.
Vin,	vino.
Vingt,	veinte.
Il vint,	él vino, <i>verbo.</i>
Vanter,	jactar, ponderar.
Venter,	ventear.

Vaine,	vana.
Veine,	vena.
Van,	especie de harnero.
Vent.	viento.
Ver,	gusano.
Verre,	vidrio, etc.
Vert,	verde.
Vers,	verso, etc.
Vesce,	algarroba.
Vesse,	zullon.
Vil,	vil.
Ville,	ciudad.
Viol,	estupro.
Virole,	viola.
Voie,	via, etc.
Voix,	voz.
Il voit,	él vé.
Vu,	visto.
Vue,	vista.
Vol,	robo.
Vole,	capote, término del juego de naipes.

SEGUNDA PARTE

EJERCICIOS GRAMATICALES

I.—Artículo determinante.

La femme qui donna *le* jour *aux* deux Corneille avait l'âme grande, l'esprit élevé, *les* mœurs sévères; elle ressemblait à *la* mère des Gracques. (Ai.)—Lui même livre *aux* flammes *le* plus riche de ses palais. (Ség.)—*Le* Sénat se trouva composé de ceux qui s'opposaient *le* plus à *la* loi. (S. R.)—Qui veut *l'* ange fait *la* bête. (P.)—*L'*éloquence est un don *de* l'âme lequel nous rend maîtres *du* cœur et *de* l'esprit *des* hommes. (L. B.)—Je parcourus *l'*ancienne Bétique où *les* anciens avaient placé *le* bonheur. (Ch.)—Rien ne suffit *aux* gens qui nous viennent de Rome. (L. F.)—*La* pourpre, *l'*or, *le* crystal étincelaient de toutes parts. (Ch.)—Le sage est ménager *du* temps et *des* paroles. (L. F.)—*Le* cœur, l'esprit, *les* mœurs, tout gagne à *la* culture. (V.)—*Le* printemps est *la* saison *de* l'amour et dispose l'âme *aux* douces impressions. (A. K.)—Ainsi quand nous parlerons *des* hôpitaux, *des* missions, *des* collèges *de* *la* France, il faut aussi se figurer *les* hôpitaux,

les missions, les collèges de l'Italie, de l'Espagne, de la Russie, de l'Angleterre, de l'Amérique, de l'Asie. (Ch).

II.—Artículo indefinido,

Pour lors Rome ne fut plus cette dont le peuple n'avait eu qu'un même esprit, un même amour de la liberté, une même haine pour la tyrannie. (Mont.)—Il a recueilli cette année *une* grande quantité de blé. (Ac.)—Accorde-nous *une* trêve d'un an. (Ver.)—Je ne suis pas *un* homme à vouloir rien. (M.)—*Un* missionnaire romain s'établit comme simple évêque à Londres. (A. T.)—Rome veut *un* maître et non *une* maîtresse. (R.)—Sa maladie sont *des* vapeurs. (Sév.)—La rime est *une* esclave et ne doit qu'obéir. (B.)—Je tombe dans *une* rêverie profonde, dans *une* taciturne contemplation. (A. K.)—Mais, mon Dieu, c'est don *une* peste, *un* mal qui se gagne, la noblesse? (Dau.)—*Un* métier de tisserand en forme de buffet, *des* écheveaux de chanvres suspendus à *des* traverses, *un* rouet, *un* dévidoir, *des* navettes, *un* vieux bahut, *un* lit à baldraquin dupé de serge grise, *un* antique fauteuil à fond de cuir poli comme *un* plat à barbe, trois chaises effondrés, deux pots sur *une* étagère, *une* petite Vierge en plâtre au fond d'*une* niche, des ficelles tendues en tous sens, où pendaient *des* guenilles, de vieux bas, de linges filandreux..... Voilà ce que je vis (E. Ch).

III.—El partitivo y la preposición DE.

Combien tous ses discours ont *de* grace et *de* charme! (Chén.)—La prodigieuse quantité de gladiateurs et d'esclaves dont Rome et l'Italie étaient surchargés a causé *d'*effroyables violences. (Bos.)—Qu'est-ce qui sent *du* plaisir en nous? (P.)—Il y a *des* reproches qui louent et *des* louanges qui médisent. (L. R.)—Il y a *des* gens d'une certaine étoffe contre qui il n'est pas même *d'avoir* raison. (L. B.)—Dans une saison où il n'y a encore ni *de* grains ni *de* fruits mûrs. (Bern.)—*De* pareilles choses ne se pensent jamais. (Bes.)—La nourriture ordinaire de l'écureuil sont *des* fruits, *des* amandes, *des* noisettes, *de* la faîne et *du* gland. (Buf.)—Ce que je vous dis là ne sont pas des chansons (M.)—Le soleil prend *de* la force. (A. K.)—Je n'ai jamais vu *de* si beau, *de* si bon, *de* si aimable, *de* si neuf, *de* si bien arrangé, *de* si éloquent, *de* si régulier, en un mot, *de* si merveilleux que votre lettre. (Main.)—Il n'y a pas *de* mal dont il ne naisse un bien. (V.)—*Des* heures entières mes yeux restent fixés sur un brin d'herbe (A. K.)—*Des* gens assis contre les murs, *de* chaises, *des* tabourets autour de petites tables. (Dan.)

IV.—Comparativos SI, AUSSI, TANT y AUTANT.

Il faut *autant* qu'on peut, obliger tout le monde (L. F.)

—Rien n'empêche *tant* d'être naturel que l'envie de le devenir. (L. R.)—Son livre n'est pas si rare ni *si* gros qu'on ne puisse le lire tout entier. (S.)—Donc, jeunes gens *si* fiers d'être puissants et forts (H.)—Je ne connais personne *aussi* heureux que cette femme. (Ac.)—Oh! quel malheur de naître dans de *si* grands périls. (L. F.)—Tout ce qu'il dit sont *autant* d'impostures. (R.)—*Autant* d'ennemis il a attaqués, *autant* il en a vaincus (Dess.)—En sais-tu *tant* que moi? (L. F.)—*Autant* la modestie plait, *autant* l'arrogance blesse et irrite. (Ay.)—On n'est jamais *si* malheureux qu'on pense (L. R.)—Il vit *aussi* magnifiquement qu'un Prince. (Ac.)—L'homme ne serait fait que pour la terre? il remplirait sa destinée en remplissant un rôle *si* méprisable, il n'aurait paru sur la terre que pour y donner un spectacle *si* risible et *si* digne de pitié? (Mas.)—Il est *aussi* riche que vous. (Ac.)—Il est *aussi* à plaindre que vous. (Id.)—L'activité est *aussi* nécessaire au bonheur que l'agitation lui est contraire. (Ay.)—*Tant* vaut l'homme, *tant* vaut la terre (Id.)

V.—Adjetivos y pronombres posesivos.

Les pères mourants envoient *leurs* fils pleurer sur *leur* général mort. (Fléch.)—Qui chérit *son* erreur ne la veut point connaître. (Corn.)—Revenu chez soi, il reprend *ses* mœurs. (L. B.)—Baissez *vos* yeux sur la terre, chétifs vers que vous êtes, et regardez les bêtes dont vous

êtes les compagnons (P.)—Chaque mot sur *mon* front fait dresser *mes* cheveux. (R.)—Il m'a défendu de découvrir *ma* tête. (M.)—Le commandant phénicien, arrêta *ses* yeux sur Télémaque croyant se souvenir de l'avoir vu. (Fén.)—La franchise est bonne en soi, mais elle a *ses* excès. (Ml.)—*Ma* vie est rude et *ses* aspérités me blesent. (Ch.)—La source de toutes les passions est la sensibilité; l'imagination détermine *leur* pente. (J. R.)—Le tumulte de fêtes est passé, mon âme en est plus à *son* aise. (V.)—J'ai tout à craindre de *leurs* larmes, de *leurs* soupirs, de *leurs* plaisirs même. (Mont.)—Ces arbres sont bien exposés mais *leurs* fruits ne mûrissent pas. (Buff.)—La guerre a *ses* fureurs ainsi que *ses* disgrâces. (R.)—Paul et Virginie ne connaissaient d'autres époques que celles de la vie de *leurs* mères. (Bern.)—Il met tous *ses* soins à prévenir *mes* moindres désirs. (A. K.)—Les pédagogues ne s'occupent qu'à remplir la mémoire de *leurs* élèves et ne travaillent pas à former *leur* jugement. (Fr.)—Elle est *mienn*e et non *vôtre*. (R.)—Monsieur, je suis tout *vôtre*. (M.)—J'avance mes opinions, non comme vraies, mais comme *miennes*. (Bern.)—Je fais choix *du tien* que je connais bon. (Les.)—Cesse de plus mêler *ton* intérêt au *sien*. (Corn.)—Mais j'ai *les miens*, la cour, le peuple à contenter. (L. F.)—Cette découverte est *mienn*e. (Ac.)—Pas un pouvoir ne saurait lui prendre la moindre parcelle de cette liberté légale, bien autrement avantageuse que *la nôtre*. (D. f.)—Le clerc répondit elle est *mienn*e et non *vôtre*. (R.)—Ces fruits sont à *moi*. (Ay.)—*Le mien* et *le tien* sont la cause de toutes les querelles, de tous les procès. (Ac.)—Il ne demande que *le sien*. (Id.)

VI.—Adjetivos y pronombres demostrativos.—Demostrativos relativos.

Ce bienfait ne fut pas perdu. (L. F.)—L'oracle de *cette* époque daigna consacrer *ce* triomphe. (H.)—*Cette* femme était belle comme une déesse. (Fén.)—Voyez *ce* papillon échappé du tombeau. (Dil.)—*Ces gens-là* croient toujours parler à des soldats. (Beau.)—*Cette vie-ci* n'est plus qu'un songe. (V.)—Vous savez qu'il y a une édition contrefaite de mon livre, laquelle doit paraître *ces* fêtes. (J. R.)—*Ce* bloc enfariné ne me dit rien qui vaille. (L. F.) Pourquoi, si votre poitrine n'est point attaquée, vous avez toujours *ce* poids et *cette* chaleur au même côté? (Sév.)—Vous osez m'avouer *cela*. (Sal.)—Dieux! eussiez vous dit, que sont devenus *ces* toits de chaume et *ces* foyers rustiques qu'habitaient jadis la modération et la vertu? Quesignent *ces* statues, *ces* tableaux, *ces* édifices? (J. R.)—Elle s'ennuie, *cette* petite de huit ans. (Dan.)—J'entre, je vous salue et je vous dit *ceci*. (H.)—Contemplons *ces* petits ménages, *ces* royaumes, *ces* républiques, *ces* hordes semblables à celles des Arabes, une mite va occuper *cette* pensée qui calcule la grandeur des astres, émouvoir *ce* cœur que rien ne peut remplir, étonner *cette* admiration accoutumée aux prodiges. (Ai.)—Molière a surpassé Plaute dans *ce que celui-ci* a fait de meilleur. (Bon.)—*Ceux-là* ne se donnent pas la peine d'instruire un peuple qui ne veut être instruit. (V.)—C'est un méchant métier que *celui* de médire. (B.)—*Celui qui* gouverne doit être le plus obéissant à la loi. (Fén.)—

L'Épire sauvera *ce que* Troie a sauvé. (R.)—Tel est l'avantage qu'ont sur la beauté les talents: *ceux-ci* plaisent dans tous les temps, *celle-là* n'a qu'un temps pour plaire. (V.)—On tient les conditions qu'on reçoit, non *celles-qu'on* impose. (Ch.)—Écoute *celui qui* t'aime. (J. R.)—Je nourris *celui-ci* depuis longues années. (L. F.)—Nous vivons dans un temps où la religion n'est plus considérée que comme une poésie pour *ceux-là* (Bal.)—Quelqu'un a-t-il connu le vrai bonheur? Qu'il dise *ce que* c'est. (Bois.)—*Ceux qui* sont amis de tout le monde ne le sont de personne. (Bar.)—*Cela* même est un fruit que je goûte aujourd'hui. (L. F.)

VII.—Numerales.

Les comtes promirent d'observer pour *cent et un* an les *douze* articles. (Mich.)—Vous serez *un* et quand vous serez *un* vous serez tout. (Lam.)—La lune vole *quatre-vingt* fois plus légèrement que le son. (L. B.)—Vous êtes *la seconde* sur ma liste. (Ac.)—Qu'appellez-vous *douze* hommes de bonne volonté? (Ml.)—Tel brille au *second* rang qui l'éclipse au *premier*. (Corn.)—J'ai eu un oncle qui n'était pas un homme fort miraculeux, lequel a nourri *vingt-quatre* années une espèce de bichon qu'il avait. (B.)—Nous regardions *tous-deux* cette reine cruelle. (Fén.)—Il a un *cinquième* dans les bénéfices. (Ac.)—On ne voit point *deux* fois le rivage des morts. (R.)—A *quatre* ans on est tout parents. (Mich.)—Solon, l'*un* de *sept* sages, donnait des lois aux athéniens.

(Bos.)—Le corps législatif, un corps de *cent* membres, recevait communication des lois. (His.)—Charles douze avait douze ans lorsqu'il perdit sa mère. (V.)—J'ai fait cinq fois plus de chemin que vous. (Ac.)—Je ne veux de trois mois rentrer dans la maison. (R.)—Et ce jour effroyable arrive dans deux jours. (R.)—En mille quatre-cent quatre-vingt-deux Quasimodo avait grandi. (H.)—Les monastères étaient très riches au huitième et au neuvième siècle. (Ch.)—Le colibri à gorge carmin a quatre puces et demie de longueur. (Buf.)—Soudain vont s'élever un million de clameurs. (J. F.)—Une cinquantaine de personnes se trouva sur pied. (G. S.)

VIII.—Collectivos.

La plupart des savants le sont à la manière des enfants. (V.)—Avec le temps on y admit les paysans même, portion du peuple injustement méprisée ailleurs. (V.)—L'ignorance est préférable à une multitude de connaissances entassées dans l'esprit. (Bart.)—Une infinité de gens vivent dans l'oisiveté. (Mont.)—Quelle foule de sentiments aimables répandue dans ses écrits! (Lah.)—Une troupe de montagnards écrasa la maison de Bourgogne. (Dom.)—Cette espèce d'hommes n'est pas faite pour porter des chaînes. (Bart.)—Une partie de ses amis ne peut apprendre sa mort que l'autre n'en soit déjà consolée. (Ch.)—La plus grande partie de mots grecs admis dans notre ancienne langue sont dus à l'introduction du christianisme. (Chev.)—Un grand nombre

d'hommes peut être nuisible à l'État. (Ml.)—Le roi n'avait avec lui que six cents gardes, le reste n'avait pu le suivre. (V.)—Quelque peu de français qui restèrent auprès de lui furent massacrés. (Id.)—La moitié des humains rit aux dépens de l'autre. (Des.)

IX.—Nombres personnelles

Il ne me parla point ni moi à lui. (J. R.)—Je ne leur dois que justice en parlant d'eux et je la leur rends. (J. R.)—Jamais tant de beauté fut-elle couronné! (R.) Le moi consiste dans ma pensée. (P.)—On dirait qu'en elle une autre elle se meut. (Mich.)—Moi, je vais vous porter, vous, vous serez mon guide. (Fl.)—Le voilà lui même. (M.)—Et que me fait à moi cette Troie où je cours.? (R.)—La fortune nous a persécutés, lui et moi. (Fén.)—Avant que je la demande à lui souffrez que je la demande à vous. (Mar.)—Hâtons-nous, le temps vole et nous traîne avec soi. (B.)—Toi-même, tu te fais ton procès. (L. F.)—Tu as porté l'opprobre et la mort dans une famille innocente qui, sans toi, le serait encore. (Ml.)—Mesdames, quiconque de vous sera assez hardie pour médire de moi, je l'en ferai repentir. (Ac.)—Suis-je bien affermi? Puis-je être ici tranquille? (Duc.)—Ces papiers sont tout pour moi et ne sont rien pour toi. (H.)

X.—Pronombres complementos.

Il est difficile d'embellir ce qui ne doit *l'* être que jusqu'à un certain degré. (Th.) Le bœuf remplit ses deux premiers estomacs autant qu'ils peuvent *l'*être. (Buff.)—Celui qui critique trop sévèrement mérite de *l'*être. (Mich.)—Les francs qui envahirent la Gaule *lui* donnèrent leur nom. (Ac.)—Les romains avaient des oracles qui promettaient à Rome d'être la capitale du monde et elle *le* devint. (Bern.)—Les fourbes croient aisément que les autres *le* sont. (L. B.)—Vous savez que je ne fais pas la jeune, je ne *le* suis nullement. (Sév.)—Vous m'avez aimé comme je ne *le* serai jamais. (G. S.)—Dieu est esprit et ce n'est que par l'esprit qu'on *le* peut atteindre. (Bos.)—Tu trahis mes bienfaits, je *les* veux redoubler. (Corn.)—Quand vous aurez des nouvelles, faites-*les*-moi savoir. (Ac.)—Si le public a eu quelque indulgence pour moi, je *le* dois à votre protection. (Cond.)—Les objets de nos vœux *le* sont de nos plaisirs. (Corn.)

XI.—Adjetivos y pronombres indefinidos.

Tout change dans la nature, *tout* s'altère, *tout* périt. (Buff.)—*Aucun* n'est prophète chez soi. (L. F.)—*Certain* païen gardait chez lui un dieu de bois. (L. F.)—Je crois cela par *plusieurs* raisons. (Ac.)—Il était là *maintes* filles savantes. (Gr.)—Il y a de *certaines* choses dont la médiocrité est insupportable. (L. B.)—*Tout* vous est aquilon, *tout* me semble zéphir. (L. F.)—Le *trop* d'expédients peut gâter une affaire. (L. F.)—Le lait sert de boisson à *quantité* de peuples. (Buff.)—Quand *chaque* année on est sûr de la suivante, qui peut troubler la paix de celle qui court? (J. R.)—La vie est courte et ennuyeuse, elle se passe *toute* à désirer. (L. B.)—J'ai dévoré *force* moutons. (L. F.)—Il y eut quelques tables où le rôti manqua à cause de *plusieurs* dîners. (Sév.)—Qu'ai-je fait, Monsieur, pour que vous m'accordiez une *telle* faveur? (Sou.)—Dans nos souhaits innocents nous désirons être *tout* vue, pour jouir des riches couleurs de l'aurore, *tout* odorat, pour sentir les parfums de nos plantes, *tout* ouïe pour entendre le chant des oiseaux, *tout* cœur pour reconnaître ces merveilles. (Bern.)—Qui rit d'*autrui* doit craindre qu'à son tour *on* rie aussi de lui. (M.)—Quand *on* nous donne un soufflet, doit *on* l'endurer? (P.)—*On* regarde les gents par leurs méchants côtés. (M.)—Les symptômes ne furent pas partout *les mêmes*. (S.)—*Quiconque* flatte ses maîtres les trahit. (M.)—Il n'y a *personne* qui ne soit dangereux pour

quelqu' un. (Sév.)—Ce qui m'intéresse moi et tous mes semblables, c'est que *chacun* sache qu'il existe un arbitre du sort des humains. (J. L.)—Il n'est tel que les malheureux pour se plaindre *les uns les autres.* (M.)—On sait que les bonnes lois sont rares, mais que leur exécution l'est encore davantage. (V.)—*On* crie toujours contre *quelqu'un* ou contre *quelque chose.* (D. L.)—Nous allâmes nous reposer *chacun* de notre côté. (Les.)—En fin *les uns* sont contents, *les autres* non, c'est le monde. (Sév.)—Je veux que *l' on* m'écoute. (M.)—Qu'entends-je? Quels conseils ose-t-on me donner? (R.)—Heureux ou malheureux l'homme a besoin d' *autrui.* (Del)—Cette dispense vaut cependant bien *quelque chose.* (D. f.)

XII.—Pronombres relatifs.

Il n'y a point de vice *qui n'ait* une fausse ressemblance avec quelque vertu (L. B.)—Voici de *quoi* je me plains. (Les.)—*Qui* vous rend à vous même, en un jour, si contraire? (R.)—Berger, *quel* est-tu donc? *Qui* t'agite? (Chén.)—De *quoi* cela vous servira-t-il? (V.)—Un bienfait *que* l'on reproche a perdu son mérite. (L. B.)—Je suis Léandre *qui* suis amoureux de Luscinde. (M.)—Il y a là une espèce d'enchantement, *auquel* mil hommes ne résistent. (J. R.)—Mais en aimant, *qui* ne veut être aimé? (L. Fi)—Sur *qui* sera d'abord sa vengeance exercée? (R.)—Si l'on nous offrait l'immortalité sur la terre *qui* est ce *qui* voudrait accepter ce triste présent. (S. R.)—*Qu'est-ce-que* c'est *que* cette logique? (M.)—*Qu'est-ce*

donc *qui* vous trouble? (Fén.)—*Qui* fait l'oiseau? C'est le plumage. (L. F.)—La flatterie est l'écueil contre *lequel* viennent se briser les plus sages. (Fén.)—Un coup de sabre, *qu'est-ce que c'est que* ça pour un homme? (A.)—Tirsiis *qui* l'aperçut, se glisse entre les saules. (L. F.)—Sois mon héritier, toi *qui* as eu assez d'esprit pour démêler le sens de mon inscription. (Les.)—J'ai fondé Carthage,, il faut *que* je l'habite, sans *quoi* Carthage périrait. (V.)—Il n'acheta que des langues, *lesquelles* il fit accommoder à toutes les sauces. (L. F.)—C'est un recours *où* je ne songeais pas. (M.)—Les imbéciles, *dont* l'âme est sans action, rêvent comme les autres hommes. (Buff.)—Celui-là seul avait le droit de demander le triomphe sous les auspices *duquel* la guerre était faite. (Mont.)—Comment avez-vous pu entrer dans cette île *d'où* vous sortez? (Fén.)—*Quelles que* soient les lois, il faut toujours les suivre. (Mont.)—Et je soutiens la vue de ce sacré soleil *dont* je suis descendue. (R.)—*Qui que ce soit qui* vous l'aie dit, il s'est trompé. (Ac.)—La mère Barbeau se mit à pleurer *dont* le père Barbeau se mit peu en peine. (G. S.)—*Quoi* que vous écriviez, évitez la bassesse. (B.)—Infortunés *que* nous sommes! (R.)—Elle a toujours à *qui* dire ses pensées. (N.)—Je n'ai *que* faire de vos dons. (M.)—Les dattes donnent à l'homme de *quoi* le nourrir, le vêtir et le loger. (V.)—Laissons là la médecine *où* vous ne croyez point. (M.)—Hier fut un jour sur les événements *duquel* il faut peut-être jeter un voile. (Thi.)—Dieu, *dont* nous admirons les œuvres. (Ac.)—On prétend *que* le Tibre, doit cette couleur limoneuse aux pluies *qui* tombent dans les montagnes *dont* il descend. (Ch.)—Il y eut un instant *où* les plus déterminés palpitèrent. (H.)

XIII.—Palabras Y, EN.

Est-ce que nous sommes la cause qu'ils s'en éloignent? (Ml.)—Les Troglodytes aimaient leurs femmes et *en* étaient tendrement chéris. (Mon.)—L'écriture n'est point la peinture de la parole; parce qu'elle n'y ressemble en rien. (W.)—On m'a dit tant de mal de cet homme et j'y *en* vois si peu. (L. B.)—La vraisemblance y est toute entière. (L. B.)—J'espère retrouver mes parents. j'*en* attends des nouvelles avec impatience. (M.)—C'est un événement bien triste, j'*en* suis très affligé. (Ac.)—Quoique je parle beaucoup de vous, ma fille, j' y pense encore davantage. (Sev.)—Et j'*en* prends à témoin votre père lui-même. (M.)—Néron, bourreau de Rome, *en* était l'histrion. (Del.)—Pour avoir des vrais amis, il faut être capable d'*en* faire et digne d'*en* avoir. (L. R.)—Prenez-y garde, vos louanges et vos approbations sont dangereuses. (Sév.)—Je suis en repos, je veux tacher d'y rester. (J. R.)—D'abord, moi qui ai joué la tragédie, j'*en* ai l'habitude. (Me.)—Désormais je choisirai mieux mes confidants; j'*en* veux de plus capables que vous de décider. (Les.)

XIV.—Pronombres reflexivos.—SOI y LUI.

L'amour propre, si susceptible pour *lui même* ne dévine presque jamais la susceptibilité des autres. (St.)—L'avare qui a un fils prodigue n'amasse ni pour *soi* ni pour *lui*. (Bon.)—Chacun ne songe plus qu'à *soi*. (J. R.)—L'amour propre *nous* fait tout rapporter à nous-mêmes. (Mas.)—Ce divin modèle, que chacun de nous porte avec *lui*, nous enchante. (J. R.)—L'égoïste ne vit que pour *soi*. (Bon.)—Idoménée revenant à *soi* remercia ses amis. (Fén.)—Toute tromperie porte avec *elle* sa punition. (Bern.)—Les événements s'étaient succédé avec rapidité. (Ac.)—Je *me* parle à *moi*-même. (M.)—Certain païengardait chez *lui* un dieu de bois. (L. F.)—Mais surtout il s' étudiait *lui* même. (Fén.)—Qu'avez-vous qui *vous* puisse émouvoir? (M.)—Deux pigeons s'aimaient d'amour tendre. (L. F.)—Être Bonaparte et *se* faire Sire.... il aspire à descendre. (C.)—Qu'il fasse autant pour *soi* comme je fais pour *lui*. (Corn.)

XV.—Verbos auxiliares.

Lui, qu'un Pape *a couronné*, est mort dans une île déserte. (Bér.)—La révolution *a blanchi* beaucoup de têtes sans les mûrir. (Bon.)—Elles *ont* duré un certain nom-

bre d'années et tombé ensuite avec la puissance de leurs sectateurs. (Mas.)—Il *a* monté quatre fois à sa chambre. Il *est* monté dans sa chambre et il y *est* resté. (Ac.)—Te souviens-tu, ma bonne Suzanne, du temps que nous *avons* passé ici ensemble? (A. K.)—Ces brébis *sont* mortes de la clavelée. (Ac.)—Il *a* ôté son chapeau, et l'on voit pendre sa résille rouge. (E. S.)—Un embarras qui *a* continué et qui ne *s'est* pu débrouiller. (P.)—Les montagnes se *sont* élevées et les vallons se *sont* descendus en la place que le Seigneur leur *a* marqué. (Fén.)—Il y aura demain trois semaines que je *suis* sorti de Paris. (R.)—S'il n'y a point d'avenir, quel dessein digne de sa sagesse Dieu *aurait-il* pu se proposer en créant les hommes? (Mas.)—Ma voisine que je vois regarder si le gant ne *s'est* pas piqué. (Dan.)—Je reconnus que nous *étions* assis dans une petite chambre. (E. Ch.)—Avant-hier je me *suis* aperçu que je n'étais pas l'unique spectateur du premier reveil de la rue. (Theu.)—Vous *aviez* promis de m'épargner des souffrances inutiles. (A. T.)

XVI.—Verbos impersonales.

Être impersonal.—Il y ce sujetos de être.

Il n'est meilleur ami ni parent que soi-même. (L. F.)
Mon fils, savez-vous ce qu'il y a? C'est qu'il faut songer à vous défaire de votre amour. (M.)—Je veux qu'on dise un jour aux siècles effrayés: *Il fut* des juifs, *il fut*

une insolente race. (R.)—*Il me faudrait* des journées entières pour me bien expliquer. (M.)—*C'est* à côté, Mes sieurs, je vais ouvrir la porte. (Rich.)—*Il se trouve* là de belles choses. (Ac.)—Monsieur, ce n'est pas cela dont *il est* question. (M.)—*Il était* là maintes filles savantes. (Gr.)—*S'il était* quelqu'un que la vanité a rendu heureux, assurément ce quelqu'un était un sot. (J. R.)—*Il en sortait* une fumée noire et épaisse. (Fén.)—*Il vaut* mieux que cela soit ainsi. (Ac.)—*Il est* doux de revoir les murs de la patrie. (Corn.)—Le plaisir de bons cœurs *c'est* la reconnaissance. (Lah.)—*Il en va* de même des autres planètes. (J.)—*Ce sont* les Phéniciens qui les premiers inventèrent l'écriture. (B.)—*Ce n'est* pas les Troyens, *c'est* Hector qu'on poursuit. (R.)—*Est-ce* donc là les pensées qui doivent occuper le cœur du fils d'Ulisse? (Fén.)—Conservez votre sagesse, *c'est* le plus précieux des trésors. (Mus.)—Pourquoi les riches sont-ils si durs envers les pauvres? *C'est* qu'ils n'ont pas peur de le devenir. (J. R.)—*Il est* bon de parler et meilleur de se taire. (L. F.)—Tu domines nôtre âge, ange ou démon, qu'importe? (H.)—*C'est* une chose bien douce que l'indépendance. (Ac.)—Et *c'est-toi* que l'on veut qui choisisses des deux. (M.)—*Il vaut* mieux prévenir le mal que d'être réduit à le punir. (Fén.)—Taisez-vous, je vous apprendrai bien *s'il faut* sortir sans nous. (M.)—*C'est* une objection à quoi il n'y a pas de réponse. (Res.)—La chose à quoi l'avare pense le moins, *c'est* à secourir les pauvres. (Wa.)—*Il y va* de ma gloire. (Corn.)—*Il s'était* formé une puissance nouvelle, celle de l'opinion. (Mig.)—*Il s'est trouvé* dans tous les temps des hommes qui ont su commander aux autres par la puissance de la parole. (Auff.)

XVII.—Oraciones condicionales.

Si Dieu n'existait pas il faudrait l'inventer (V.)—S'il entre jamais je veux jamais ne boire. (M.)—Si l'on m'en avait cru, tout n'en irait que mieux. (Reg.)—Les romains auraient conservé l'empire de la terre, s'ils avaient conservé leurs anciennes vertus. (Bos.)—Si César et Pompée avaient pensé comme Caton, d'autres auraient pensé comme César et Pompée. (Mont.)—Que je sois foudroyé, Jupiter, si je mens. (Pon.)—Si j'avais dit un mot on vous donnait la mort. (V.)—Voulons-nous être heureux? évitons les extrêmes. (Font.)—Jamais, s'il me veut croire, il ne se fera peindre. (M.)—Fallait-il régler sa maison? c'était un macédonien. Fallait payer les dettes des soldats, faire part de sa conquête aux Grecs, faire la fortune de chaque homme de son armée? il était Alexandre. (Mont.)—Dis-moi qui tu hantes, je te dirai qui tu es. (Ac.)—Vienne encore un procès et je suis achevé. (Corn.)—Posé que cela fût, que feriez vous? (Ac.)—Y a-t-il une belle terre? elle appartient aux Mamelouks. Y a-t-il une belle esclave, un beau cheval, une belle maison? cela appartient aux Mamelouks. (Bonap.)—Il est vrai, s'il m'eût cru, qu'il n'eût point fait des vers (B.)—Il eût cru s'abaisser, servant un médecin. (L. F.)—Supposé que vous trouviez à propos de les présenter, prenez la peine d'y mettre votre cachet. (B.)—Tout propriétaire veut l'ordre, la paix et la justice, hors qu'il ne soit fonctionnaire ou pense à le devenir. (C.)—Pourvu qu'il y consente, je me charge

du reste. (Ay.)—En cas que vous persistiez, il faudra que j'allègue au prince et au roi même votre mauvaise santé. (Fén.)—Je ne sors point d'ici qu'on ne m'en chasse. (Reg.)—Qu'on lui ferme la porte au nez, il reviendra par la fenêtre (L. F.)—Je te pardonne à la charge que tu mourras. (M.)—Je vous écrirai au cas qu'il me dise quelque nouvelle. (Sév.)

XVIII.—Participios.

Tous ces fleuves arrivent à l'angle du golfe Adriatique, *amenant* avec eux les terres qu'ils ont *entraînées*. (D.)—Dieu était dans Jesus Christ *réconciliant* le monde avec soi. (Bour.)—J'ai *su* tromper les yeux par qui j'étais *gardé*. (R.)—Madame se meurt, Madame est *morte*. (Bos.)—Les autres hommes paraissent *tremblants* à ses pieds. (Fén.)—Cette maison est ouverte aux *allants* et *venants*. (Ac.)—Jamais personne ne s'est *conduit* comme vous avez *fait*. (Sév.)—La volonté du ciel soit *faite* en toute chose. (M.)—Dieu a *créé* le genre humain et *en* le *créant* il n'a pas *dédaigné* de lui enseigner le moyen de le servir et de lui plaire. (Bos.)—L'arbre qu'on a *planté* rit plus à notre vue. (V.)—Je les ai *fait* chercher partout. (Ac.)—Malheur aux aveugles qui conduisent, malheur aux aveugles qui sont *conduits*. (P.)—Suzanne s'est *trouvée* innocente. (Res.)—La queue du faune paraissait derrière se *jouant* sur son dos. (Fén.)—Cette position devint bientôt *embarrassante* pour tous. (Nod.)—Leur parole

écoutée était leur seule loi. (Lam.)—Les peuples *errants* doivent être les derniers qui aient *écrit*. (V.) Les défauts de l'esprit augmentent *en vieillissant* comme ceux du visage. (L. R.)—Les eaux *dormantes* sont meilleures pour les chevaux que les eaux vives. (Buf.)—Les animaux *tremblants* l'évitent avec peine. (Del.)—Songez-vous qu'*en naissant* mes bras vous ont *reçue*? (R.)—*Chargés* d'un feu secret vos yeux s'appesantissent. (R.)—Ils ont *trompé* les soins d'un père infortuné. (Id.)—Quant aux sottés gens, plus j'en ai *connus*, moins j'en ai *estimés*. (Dess.)—Rien ne peut suppléer la joie qu'ont *otée* les remords. (Bos.)—Un air *dévorant*, des cendres *étincelantes*, des flammes *détachés* embrasaient notre respiration courte, sèche, *haletante* et déjà presque *suffoquée* par la fumée. (S.)—Je vous trouve aujourd'hui bien *raisonnante*. (M.)—Tu foules une terre *fumant* toujours du sang des malheureux mortels. (Fén.)—Les sénateurs accumulèrent sur sa tête plus d'honneurs qu'aucun mortel n'en avait *reçus*. (S.)—La froideur qu'avaient *témoignée* les tribuns déconcertait ses vues. (Ver.)—Il est vrai que lui et moi nous sommes *parlé* des yeux. (M.)—A ces mots j'ai *frémi*, mon âme s'est *troublée*. (Corn.)

XIX.—Adverbios.

L'on hait avec excès *lorsque* l'on hait un frère. (R.)
—*Plus* on aime quelqu'un *moins* il faut qu'on le flatte.
(M.) Les belles choses le sont *moins* hors de leur place.

(L. B.)—Le fils d'Ulysse le surpasse déjà en éloquence. (Fén.)—Vous le trouverez *maintenant* vers ce petit bois que voilà. (M.)—*Quelque* étroites que soient les bornes du cœur on n'est pas malheureux tant qu'on s'y renferme. (J. R.)—Helà! s'écriait Télémaque, *voilà* donc les maux que la guerre entraîne après elle. (Fén.)—Tous les animaux ont en soi un sentiment qui ne les trompe *jamais*. (Ruff.)—Il y en a *beaucoup* qui sont d'une opinion différente. (Ac.)—*Quelque* bons traducteurs qu'ils soient, ils ne comprennent pas ce passage. (Bon.)—De *combien* de centimètres est-il plus grand? (Ac.)—Il parvint à lire couramment son bréviaire, ce qu'il n'avait jamais fait *auparavant*. (Les.)—Il semble *toujours* rire en lui-même de ceux qu'il croit ne le valoir pas. (L. B.)—Dieux, s'il en reste *encore* quelqu'un d'*assez* juste, punissez, punissez Ulysse. (Fén.)—Ce qui s'apprend dès le berceau ne s'oublie jamais. (Wa.)—Que voulez-vous dire avec votre visage? Monsieur l'a *fort* mauvais. (M.)—*Comment* donc, Gil Blas, vous dans cette ville? (Les.) *Aujourd'hui* n'amène *plus logiquement* demain. (H.)—Un savetier chantait du matin *jusqu'au* soir. (L. F.)—Oui, je la défendrai *contre* toute l'armée. (R.)—Je ne pouvais pas ne point regarder *bientôt* Casimir comme le meilleur et le plus sûr de mes amis. (G. S.)—Ulysse entend *mieux* que nul autre mortel les lois de Minos. (Fén.)—Il n'avait *guère* dormi, mais il était tranquille et *comme* abattu. (G. S.)—Se croire un personnage est *fort* commun en France. (M.)—Je vous demande, si ce qui vous déplaît en lui ne sont *peut-être* pas ses bonnes qualités. (Mus.)—J'ai consulté, non mes devoirs; mon esprit égaré ne les connaît *plus*, mais mon cœur. (J. R.)—Pour *bien* assurer qu'une chose est *mal* faite il faut voir en même temps qu'on pourrait mieux faire. (V.)—

On n'attaque point à Dieu *impunément*. (Bour.)—Tu me trouves *bien* folle, n'est-ce pas? (A. K.)—Il s'ensuit que vous commanderez *modestement* et *humblement* et qu'on vous obéira *fidèlement* et *promptement*. (Bour.)

XX.—Negacion.

Je crains votre silence et *non pas* vos injures. (R.)—Il n'y a *nuls* vices extérieurs et *nuls* défauts qui *ne* soient aperçus par les enfants. (L. B.)—Si nous *n'avions point* d'orgueil nous *ne* nous plaindrions *pas* de celui des autres. (L. R.)—Il *n'ouvre* la bouche *que* pour répondre. (L. B.)—Ma foi, la nuit on *n'y* voit *goutte*. (M.)—O mort tant désirée! *que ne* viens-tu? (L. F.) *Jamais* je *n'* eus si grand besoin de prudence et *jamais* la peur d'en manquer *ne* nuit tant au peu que j'en ai. (J. R.)—On *n'aurait guère* de plaisir si l'on *ne* se flattait *jamais*. (L. R.)—Le chat paraît *ne* sentir *que* pour soi. (Buff.)—Eh bien? *que n'aimes* tu? (Chén.)—La mort *n'* a *rien* d'affreux pour qui *n'a* rien à craindre. (Corn.)—Mes affaires *n'avancent point*, ce qui me désespère. (Sév.)—Je *ne* sais qu'est devenu mon fils. (R.)—Il *n'y* a *rien* dans le monde dont Dieu *ne* soit l'auteur. (Res.)—*Non*, je *ne* reçois *point* vos funestes adieux. (R.)—Les envieux mourront, mais *non jamais* l'envie. (M.)—*Pas* tant que vous pourriez penser. (Id.)—L'amour, *ne* vous déplaît, est un je *ne* sais quoi, qui vous prend, je *ne* sais ni par où, ni pour quoi. (Regn.)—Je crains que vous *ne* me fassiez des propositions que je *ne* pourrais entendre sans horreur. (Regn.)—La morale *n'* est une science uti-

le qu'autant qu'elle est réduite en art. (Ml.)—*Ne* ferions nous *pas* bien d'aller voir où l'on est? (Gr.)—*Pas* de bruit, malgré tout ce mouvement. (Dan.)

XXI.—Preposiciones.

Les blés sont *en* fleur. (J. R.)—Un trône *n'est point à* dédaigner. (Cr.)—On craint de se montrer *sous* sa propre figure. (B.)—Que gagnez vous, dites moi, *par* journée? (L. F.)—Soutiendrez-vous un faix *sous* qui Rome succombe? (R.)—Je pardonne à la main *par* qui Dieu m'a frappé. (V.)—Il y a des choses *sur* qui le poète n'a aucun droit. (Corn.)—Ce n'est pas le bonheur *après* quoi je soupire. (M.)—C'est encore ici une des raisons pourquoi je veux élever Emile *à* la campagne. (J. R.)—*Sans* les insectes, les oiseaux n'auraient pas de quoi nourrir leurs petits. (Bern.)—Rien de beau *au* monde comme un bon cœur. (Bois.)—Puissé-je *de* mes yeux y voir tomber la foudre! (R.)—Je n'ai osé aller *à* Samos. (Fén.)—Les gémisséments doivent être laissés *à* la solitude et *au* silence *à* qui elle les a confiés. (Fléch.)—Il naquit un lion *dans* la forêt prochaine. (L. F.)—Quels flots de sang *pour* elle n'avez-vous répandus! (R.)—Les pieds et les ongles de la perruche *aux* ailes d'or sont couleur *de* chair pâle. (Buf.)—Je tiens *pour* maxime incontestable que quiconque n'a vu qu'un peuple, *au* lieu de connaître les hommes, ne connaît pas les gens *avec* lesquels il a vécu. (J. R.)—Les oiseaux se cherchent et se rassemblent *sous* le feuillage des tilleuls. (A. K.)—Jamais la philosophie ne divisera l'idée *de* justice ni ne la concevra divisée *en* dif-

férentes portions, ayant *entre* elles des rapports de grandeur, *de* forme et *de* distance. (Lam.)—Quand pourrai-je, *au travers* d'une noble poussière, suivre *de* l'œil un char fuyant *dans* la carrière? (R.)—*Autour* d'elle volaient les noirs soucis. (Fén.)—Je ressens à pleurer un plaisir tout nouveau *pour* moi. (A. K.)

XXII.—Conjunciones.

Non, je ne reviens pas, *car* je n'ai pas été; je ne vais pas aussi, *car* je suis arrêté. (M.)—Aujourd'hui *cependant* il n'y a défense qui tienne. (B.)—*D'ailleurs* abstinence de toute autre boisson que de l'eau. (C.)—Nous ne vivons jamais; *mais* nous espérons de vivre. (P.)—*Malgré* son amour pour ses tulipes, il les néglige souvent. (A. K.) *Tantôt* artisan, *tantôt* artiste, quelquefois homme à talents, j'avais partout quelque connaissance de mise. (J. R.)—Les têtes, un peu après être coupées, se remuent encore et mordent la terre, *non obstant* qu'elles ne soient plus animées. (Dess.)—Je pleure *sans* qu'aucune chose puisse justifier mes larmes. (A. K.)—Ce malheur *toutefois* sert à croître sa gloire. (Corn.)—Heureux, *mais* gouvernés; libres, *mais* sous des maîtres. (V.)—Lorsque l'on pend quelqu'un on lui dit pourquoi c'est. (M.)—*Ni* le jour, *ni* les ténèbres, *ni* le bruit, *ni* le silence, rien ne peut mettre obstacle à l'esprit d'un homme qui sait penser. (Cond.)—La haine et la vengeance consentent à souffrir *pourvu qu'* elles nuisent. (Ray.)—*Ou* jeune, *ou* vieille, *ou* grande, *ou* petite, *ou* dondon, *ou*

maigre, *ou* blonde, *ou* brune, enfin tout vous est bon. (Dan.)—Rien n'enfle *et* n'éblouit les grandes âmes, *parce que* rien n'est plus haut *qu'*elles.—Je reçus une de vos lettres et quoiqu'il ne soit *que* lundi et *que* celle-ci ne parte *que* mercredi, je commence à causer avec vous. (Sév.)—Promettez-moi *donc* que je pourrai vous parler cette nuit.—(M.)

Nombres de los autores citados abreviadamente en estos ejercicios.

A.	Augier	Cond.	Condillac.
Ai.	Aimé Martin.	Corn.	Corneille.
A. T.	A. Thierry.	Cr.	Crébillon.
A. Th.	A. Thiers.	D.	Daru.
Ac.	Académie.	Dan.	Dancourt.
A. K.	A. Karr.	Dau.	Daudet.
Ay.	C. Ayer.	Del.	Delille.
B.	Boileau.	D. L.	De Ligne.
Bal.	Balzac.	D. f.	Dumas (fils).
Bar.	Barthélemy.	Duc.	Ducis.
Beau.	Beaumarchais.	Des.	Destouches.
Bern.	B. de St. Pierre.	Dom.	Domergue.
Bes.	Bescherelle,	F.	Fontenelle.
Bér.	Béranger.	Fén.	Fénelon.
Bour.	Bourdaloue.	Fl.	Florian.
Bois.	Boiste.	Fléch.	Fléchier.
Bon.	Boniface.	Fr.	Frédéric le Grand.
Bonap.	Bonaparte.	Font.	Fontanes.
Bos.	Bossuet.	E. Ch.	Erckmann-Cha- trian.
Buff.	Buffon.	E. S.	E. Sué.
C.	Courier.	Gr.	Gresset.
Ch.	Chateaubriand.	G. S.	G. Sand.
Chev.	Chevallet.	H.	V. Hugo.
Chen.	Chenier.		

J. J.	J. Janin.	Pon.	Ponsard.
J. R.	J. J. Rousseau.	R.	Racine.
Lah.	La Harpe.	Ray.	Raynouard.
Lam.	Lammenais.	Reg.	Regnard.
L. B.	La Bruyère.	Regn.	Régnier.
Les.	Lesage.	Res.	Restaut.
L. F.	La Fontaine.	Rich.	Richebourg.
L. R.	La Rochefoucauld.	S.	Ségur.
M.	Molière.	Sal.	Sales.
Maint.	M. de Maintenon.	Sév.	Sévigné.
Mar.	Marivaux.	Sism.	Sismondi.
Mas.	Massillon.	Sou.	Souvestre.
Mé.	Mérimée.	S. R.	Saint-Réal.
Mich.	Michelet.	St.	Staël.
Mig.	Mignet.	Th.	Thomas.
Ml.	Marmontel.	Theu.	Theuriet.
Mon.	Montemont.	Thi.	Thiers.
Montesq.	Montesquieu.	V.	Voltaire.
Mus.	Musset.	Ver.	Vertot.
N.	Nisard.	W.	F. Wey.
P.	Pascal.	Wa.	Wailly.

TERCERA PARTE

—
TRADUCCIÓN

PRELIMINAR.

Traducir es expresar en una lengua lo que se dice ó se escribe en otra. La traducción puede ser *directa* ó *inversa*.

Directa es la que se verifica de una lengua extranjera á la lengua del traductor.

Inversa es, por el contrario, la que se efectúa de la lengua del traductor á otro idioma cualquiera.

También puede ser la traducción *directa* y *mediata*. *Directa* en esta relación es la que se realiza de una lengua á otra sin mediación de un tercer idioma.

Mediata se llama la que vierte una obra de otro idioma diferente de aquel en que primitivamente se escribió.

Además, aunque no es frecuente, puede traducirse de un idioma extraño á otro también extraño al traductor.

Por otro concepto, la traducción puede ser *literal*, *libre* ó *traducción propiamente dicha*.

Se llama *literal* la que reproduce fielmente todas las palabras y giros emitidos por el orador ó escritor.

Libre es la que se limita á reproducir el pensamiento variando la forma, ya amplificando, ya restringiendo, para embellecer su expresión.

La *traducción propiamente dicha* es la que sin sujetarse al yugo de un molde extraño á la lengua del traductor y sin permitirse licencias á veces peligrosas y siempre ajenas al autor, hace hablar á éste como si fuera del país á cuyo idioma se traduce.

Así el pensamiento del autor se reproduce con mayor fidelidad que copiando sus palabras una por una, pues el valor de los vocablos en cada país no presenta siempre la equivalencia de los diccionarios, los giros pueden hacerse inteligibles y el lenguaje en general expresar las ideas en una lengua con el mismo vigor y elegancia que en otra.

El traductor no debe jamás preguntarse ¿qué significan tales frases en mi lengua? sino ¿Cómo se hubiera expresado el autor si hubiese escrito en mi lengua?

De esta suerte se revela la dignidad y propia nobleza del arte de traducir, que no es mera ocupación rutinaria; sino verdadera obra y creación literaria de difícil empeño, digna de claras inteligencias y de bien cortadas plumas.

Las condiciones de una buena traducción son las siguientes:

- 1.^a Fidelidad en la expresión del pensamiento del autor ú orador.
- 2.^a Exacta sustitución del lenguaje del autor por el lenguaje equivalente del traductor.
- 3.^a Imitar, en la medida que el idioma consienta, la fluidez y armonía del original en el mismo límite y grado.

4.^a Corrección en el estilo y en el idioma del traductor y nacionalización del estilo y lengua del original.

Finalmente, el traductor ha de mostrar gran delicadeza en el empleo de *galicismos*, pues tanto pueden estos constituir una belleza como ser gravísimo defecto, según la acepción que se dé á la palabra, es decir, según sean *idiotismos* ó *barbarismos*.

Explicaremos sumariamente esta diferencia.

Idiotismos son aquellas construcciones privativas de una lengua cualquiera que se apartan de los cánones ordinarios del language.

Como indica la etimología de la palabra, los *idiotismos* son giros peculiares, característicos de un idioma é indirectamente del espíritu de una nación ó de una raza, por cuya razón abundan más en el language del pueblo que en el de la sociedad culta, como más propios de la espontaneidad que de la reflexión.

La aplicación oportuna de los *idiotismos* es singular mérito literario porque en ellos va lo más genuino y nacional del estilo y del idioma.

Cuando los *idiotismos* son del idioma griego se apellidan *helenismos*, cuando son del latín *latinismos*, cuando del francés, español, alemán etc. se llaman respectivamente *galicismos*, *hispanismos*, *germanismos* etc.

Barbarismo es toda palabra ó giro que copiamos ó imitamos de otro idioma y, según su procedencia, se denominan también *helenismos*, *galicismos* etc.

El uso de *barbarismos* cuando en el propio idioma existen voces y construcciones expresivas de la misma idea es feísimo defecto literario y en extremo depresivo para el traductor porque supone en él censurable descuido ó grave ignorancia de su propia lengua.

Nada más ridículo que emprender versiones de otro idioma cuando se patentiza no conocer el propio.

Ya consignada la diferencia entre *idiotismo* y *barbarismo* bueno será ampliar siquiera levemente la noción de los galicismos por su excepcional importancia en el proceso de las lenguas vivas y ser la mayor dificultad para los extranjeros.

Casi todos los autores los reputan rarezas ó singularidades del lenguaje; pero no son rarezas en el vulgar sentido de la palabra; sino formas particulares que revelan el genio del pueblo, de la raza ó del tiempo y tan espontáneas en su producción que casi todas nacen en el lenguaje popular y dan al estilo cierta ingenuidad de que los literatos han sacado brillantísimo partido.

Con relación al estilo suelen dividirse en tres clases, á saber: de estilo *noble*, *familiar* y *bajo*.

Beauzée los divide en *regulares é irregulares*. Regulares son los que, respetando las leyes esenciales del lenguaje, solo quebrantan lo que hay en las lenguas de arbitrario y accidental. Irregulares son los que violan las reglas fundamentales de la Gramática.

Girault du Vivier los agrupa en cuatro clases: 1.^a *Galicismos que consisten en asociaciones singulares de palabras*, á cuya serie corresponden todos los giros en que el significado de la palabra depende de su posición ó de la preposición que se le antepone, p. ej.: *Être de condition* equivale á ser de estirpe distinguida y *Être en condition* significa ser doméstico ó criado. 2.^a *Galicismos de figura*. Estos son los más numerosos; pero no han de incluirse en este grupo las figuras gramaticales ó retóricas que al escritor plazca emplear, sino las expresiones figuradas que forman parte del lenguaje ordinario, como la misma frecuente pregunta: *Comment vous portez-*

vous?, literalmente *¿cómo se lleva V.?* y otras innumerables del estilo familiar. Naciendo los idiotismos en los primeros días del lenguaje para subvenir á la pobreza de idiomas nacientes, claro es que la mayor parte proceden de antiguas usanzas y que se ignora el origen de un considerable número. Varios pertenecen á los hábitos de la antigua caballería como *Rompre en visière*, contradecir sin miramientos, frase derivada de que en los torneos no era lícito asestar el golpe á la visera del adversario. Otros proceden de las prácticas venatorias como *Être à bout ó à bout de voix*. No pocos se derivan de los juegos y de sus accidentes como *Friser la corde, donner de travers, on vous la donne belle*. Otros, en fin, constituyen figuras no poco atrevidas como *Parler en l'air, faire la barbe* etc.—3.^a *Galicismos de construcción*. Estos consisten en elipsis ó en infracciones de la construcción gramatical, como *En vouloir, S'en donter, Il n'est rien moins que, en vez de haïr, soupçonner, il n'est point* etc.—4.^a *Galicismos consistentes en el empleo especial de una palabra*. Estos pertenecen por completo al uso familiar como cuando se dice que una persona es *raisonnablement ennuyeuse, honnêtement laide* etc.

Juzgamos suficientes las advertencias que preceden para que el alumno pueda proceder, con la dirección del profesor, á los ejercicios graduales de la traducción y del análisis.

Improvisation de Corinne au Capitole.

I.

Italie, empire du soleil; Italie, maîtresse du monde;

Italie, berceau des lettres, je te salue. Combien de fois la race humaine te fut soumise, tributaire de tes armes, de tes beaux-arts, et de ton ciel!

Un dieu quitta l'Olympe pour se réfugier en Ausonie; l'aspect de ce pays fit rêver les vertus de l'âge d'or, et l'homme y parut trop heureux pour l'y supposer coupable.

Rome conquit l'univers par son génie, et fut reine par la liberté. Le caractère romain s'imprima sur le monde; et l'invasion des barbares, en détruisant l'Italie, obscurcit l'univers entier.

II.

L'Italie reparut, avec les divins trésors que les Grecs fugitifs rapportèrent dans son sein; le ciel lui révéla ses lois; l'audace de ses enfants découvrit un nouvel hémisphère; elle fut reine encore par le sceptre de la pensée; mais ce sceptre de lauriers ne fit que des ingrats.

L'imagination lui rendit l'univers qu'elle avait perdu. Les peintres, les poètes enfantèrent pour elle une terre, un Olympe, des enfers, et des cieux; et le feu qui l'anime, mieux gardé par son génie que par le dieu des païens, ne trouva point dans l'Europe un Prométhée qui le ravît.

III.

Pourquoi suis-je au Capitole? pourquoi mon humble front va-t-il recevoir la couronne que Pétrarque a portée, et qui reste suspendue au cyprès funèbre du Tasse? pourquoi.... si vous n'aimiez assez la gloire, ô mes con-

citoyens, pour récompenser son culte autant que ses succès?

Eh bien! si vous l'aimez cette gloire, qui choisit trop souvent ses victimes parmi les vainqueurs qu'elle a couronnés, pensez avec orgueil à ces siècles qui virent la renaissance des arts. Le Dante, l'Homère des temps modernes, poète sacré de nos mystères religieux, héros de la pensée, plongea son génie dans le Styx, pour aborder à l'enfer; et son âme fut profonde comme les abîmes qu'il a décrits.

IV.

L'Italie, au temps de sa puissance, revit tout entière dans le Dante. Animé par l'esprit des républiques, guerrier aussi bien que poète, il souffle la flamme des actions parmi les morts, et ses ombres ont une vie plus forte que les vivants d'aujourd'hui.

Les souvenirs de la terre les poursuivent encore; leurs passions sans but s'acharnent à leur cœur; elles s'agitent sur le passé, qui leur semble encore moins irrévocable que leur éternel avenir.

V.

On dirait que le Dante, banni de son pays, a transporté dans les régions imaginaires les peines qui le dévoraient. Ses ombres demandent sans cesse des nouvelles de l'existence, comme le poète lui-même s'informe de sa patrie; et l'enfer s'offre à lui sous les couleurs de l'exil.

Tout à ses yeux se revêt du costume de Florence. Les

morts antiques qu'il évoque semblent renaître aussi Toscans que lui; ce ne sont point les bornes de son esprit, c'est la force de son âme qui fait entrer l'univers dans le cercle de sa pensée.

VI.

Un enchaînement mystique de cercles et de sphères le conduit de l'enfer au purgatoire, du purgatoire au paradis: historien fidèle de sa vision, il inonde de clarté les régions les plus obscures; et le monde qu'il crée dans son triple poème est complet, animé, brillant comme une planète nouvelle, aperçue dans le firmament.

A sa voix, tout sur la terre se change en poésie; les objets, les idées, les lois, les phénomènes, semblent un nouvel Olympe de nouvelles divinités; mais cette mythologie de l'imagination s'anéantit, comme le paganisme, à l'aspect du paradis, de cet océan de lumières, étincelant de rayons et d'étoiles, de vertus et d'amour.

VII.

Les magiques paroles de notre plus grand poète sont le prisme de l'univers; toutes ses merveilles s'y réfléchissent, s'y divisent, s'y recomposent; les sons imitent les couleurs, les couleurs se fondent en harmonie; la rime, sonore ou bizarre, rapide ou prolongée, est inspirée par cette divination poétique, beauté suprême de l'art, triomphe du génie, qui découvre dans la nature tous les secrets en relation avec le cœur de l'homme.

VIII

Le Dante espérait de son poème la fin de son exil; il comptait sur la renommée pour médiateur, mais il mourut trop tôt pour recueillir les palmes de la patrie. Souvent la vie passagère de l'homme s'use dans les revers; et si la gloire triomphe, si l'on aborde enfin sur une plage plus heureuse, la tombe s'ouvre derrière le port, et le destin à mille formes annonce souvent la fin de la vie par le retour du bonheur.

IX

Ainsi le Tasse infortuné, que vos hommages, Romains, devaient consoler de tant d'injustices, beau, sensible, chevaleresque, rêvant les exploits, éprouvant l'amour qu'il chantait, s'approcha de ces murs, comme ses héros de Jérusalem, avec respect et reconnaissance. Mais, la veille du jour choisi pour le couronner, la mort l'a réclamé pour sa terrible fête: le ciel est jaloux de la terre, et rappelle ses favoris des rives trompeuses du temps.

X

Dans un siècle plus fier et plus libre que celui du Tasse, Pétrarque fut aussi, comme le Dante, le poète valeureux de l'indépendance italienne. Ailleurs on ne connaît de lui que ses amours; ici des souvenirs plus sévères honorent à jamais son nom, et la patrie l'inspira mieux que Laure elle-même.

Il ranima l'antiquité par ses veilles, et, loin que son imagination mît obstacle aux études les plus profondes, cette puissance créatrice, en lui soumettant l'avenir, lui révéla les secrets des siècles passés. Il éprouva que connaître sert beaucoup pour inventer; et son génie fut d'autant plus original, que, semblable aux forces éternelles, il sut être présent à tous les temps.

XI.

Notre air serein, notre climat riant ont inspiré l'Arioste. C'est l'arc-en-ciel qui parut après nos longues guerres: brillant et varié comme ce messager du beau temps, il semble se jouer familièrement avec la vie, et sa gaieté légère et douce est le sourire de la nature, et non pas l'ironie de l'homme.

XII.

Michel-Ange, Raphaël, Pergolèse, Galilée, et vous, intrépides voyageurs, avides de nouvelles contrées, bien que la nature ne pût nous offrir rien de plus beau que la vôtre, joignez aussi votre gloire à celle des poètes! Artistes, savants, philosophes, vous êtes comme eux enfants de ce soleil qui tour à tour développe l'imagination, anime la pensée, excite le courage, endort dans le bonheur, et semble tout promettre ou tout faire oublier.

XIII.

Connaissez-vous cette terre, où les orangers fleuris-

sent, que les rayons des cieus fécondent avec amour? Avez-vous entendu les sons mélodieux qui célèbrent la douceur des nuits? avez-vous respiré ces parfums, luxe de l'air déjà si pur et si doux? Répondez, étrangers, la nature est-elle chez vous belle et bienfaisante?

Ailleurs, quand des calamités sociales affligent un pays, les peuples doivent s'y croire abandonnés par la Divinité; mais ici nous sentons toujours la protection du ciel, nous voyons qu'il s'intéresse à l'homme, et qu'il a daigné le traiter comme une noble créature.

XIV.

Ce n'est pas seulement de pampres et d'épis que notre nature est parée; mais elle prodigue sous les pas de l'homme, comme à la fête d'un souverain, une abondance de fleurs et de plantes inutiles qui, destinées à plaire, ne s'abaissent point à servir.

Les plaisirs délicats, soignés par la nature, sont goûtés par une nation digne de les sentir; les mets les plus simples lui suffisent; elle ne s'enivre point aux fontaines de vin que l'abondance lui prépare: elle aime son soleil, ses beaux-arts, ses monuments, sa contrée tout à la fois antique et printanière; les plaisirs raffinés d'une société brillante; les plaisirs grossiers d'un peuple avide, ne sont pas faits pour elle.

XV.

Ici les sensations se confondent avec les idées, la vie s'épuise tout entière à la même source; et l'âme, comme l'air, occupe les confins de la terre et du ciel. Ici le gé-

nie se sent à l'aise, parce que la rêverie y est douce; s'il agite, elle calme; s'il regrette un but, elle lui fait don de mille chimères; si les hommes l'oppriment, la nature est là pour l'accueillir.

XVI.

Ainsi, toujours elle répare, et sa main secourable guérit toutes les blessures. Ici l'on se console des peines même du cœur, en admirant un Dieu de bonté, en pénétrant le secret de son amour; le revers passagers de notre vie éphémère se perdent dans le sein fécond et majestueux de l'immortel univers.

XVII.

Il est des peines cependant que notre ciel consolateur ne saurait effacer; mais dans quel séjour les regrets peuvent-ils porter à l'âme une impression plus douce et plus noble que dans ces lieux?

Ailleurs, les vivants trouvent à peine assez de place pour leurs rapides courses et leurs ardents désirs; ici, les ruines, les déserts; les palais inhabités, laissent aux ombres un vaste espace. Rome maintenant n'est-elle pas patrie des tombeaux?

XVIII.

Le Colisée, les obélisques, toutes les merveilles qui, du fond de l'Égypte et de la Grèce, de l'extrémité des siècles, depuis Romulus jusqu'à Léon X, se sont réunies ici, comme si la grandeur attirait la grandeur, et qu'un

même lieu dût renfermer tout ce que l'homme a pu mettre à l'abri du temps; toutes ces merveilles sont consacrées aux monuments funèbres. Notre indolente vie est à peine aperçue, le silence des vivants est un hommage pour les morts; ils durent, et nous passons.

XIX.

Eux seuls sont honorés, eux seuls sont encore célèbres; nos destinées obscures relèvent l'éclat de nos ancêtres, notre existence actuelle ne laisse debout que le passé, il ne se fait aucun bruit autour des souvenirs. Tous nos chefs-d'œuvre sont l'ouvrage de ceux qui ne sont plus, et le génie lui-même est compté parmi les illustres morts.

XX.

Peut-être un des charmes secrets de Rome est-il de réconcilier l'imagination avec le long sommeil. On s'y résigne pour soi, l'on en souffre moins pour ce qu'on aime. Les peuples du Midi se représentent la fin de la vie sous des couleurs moins sombres que les habitants du Nord. Le soleil, comme la gloire, réchauffe même la tombe.

XXI.

Le froid et l'isolement du sépulcre sous ce beau ciel, à côté de tant d'urnes funéraires, poursuivent moins les esprits effrayés. On se croit attendu par la foule des

ombres; et, de notre ville solitaire à la ville souterraine, la transition semble assez douce.

XXII.

Ainsi la pointe de la douleur est émoussée; non que le cœur soit blasé, non que l'âme soit aride, mais une harmonie plus parfaite, un air plus odoriférant, se mêlent à l'existence. On s'abandonne à la nature avec moins de crainte, à cette nature dont le Créateur a dit: Les lis ne travaillent ni ne filent, et cependant quels vêtements des rois pourraient égaler la magnificence dont j'ai revêtu ces fleurs!»

Le rosier.

Si notre brillante et bruyante capitale est le centre des jeux, des plaisirs, des spectacles, des aventures piquantes et des scènes comiques, les faits touchants, les actes d'amitié, de sensibilité, n'y sont pas non plus étrangers, peut-être même y sont-ils plus communs qu'on ne le pense. Si on les connaît moins, c'est que les Français, toujours portés à rire, aiment mieux raconter une plaisanterie qu'une anecdote sentimentale.

Dans un des quartiers les plus peuplés de cette ville, habitait une pauvre femme qui, après avoir perdu suc-

cessivement son mari et ses enfants, se trouvait forcée de travailler pour vivre. Elle n'était plus jeune et logeait au cinquième étage; en considération de son âge, les personnes qui l'employaient lui faisaient porter de l'ouvrage et l'envoyaient reprendre, afin qu'elle ne se fatiguât pas en courses souvent répétées.

Dans une maison en face de celle où logeait la pauvre dame, demeurait une jeune fille de dix-huit ans, jolie, douce, sage, et cependant orpheline, vivant seule dans une petite chambre au sixième étage, dont la fenêtre donnait précisément en face de celle de la vieille dame.

La jeune fille brodait pour vivre, elle travaillait avec assiduité. Toute la journée, assise contre sa fenêtre, sa seule distraction était de soigner un beau rosier qu'elle plaçait tous les matins sur sa croisée. Probablement monsieur le commissaire ne regardait pas cette fenêtre-là.

Tout en brodant, la jeune fille aperçut sa voisine, dont l'air respectable lui plut, parce qu'elle n'était pas de ces demoiselles qui tournent les mamans en ridicule. De son côté, la bonne dame était édifiée de la sagesse, de l'aptitude au travail dont la jeune brodeuse faisait preuve. On se salua, on se parla: puis enfin la jeune fille, en allant et venant pour reporter son ouvrage, monta chez la vieille dame. Bientôt l'amitié la plus sincère s'établit entre ces deux personnes; quoique d'un âge différent, elles pensaient de même; la jeune regardait la plus âgée comme sa mère, et celle-ci croyait retrouver dans la jeune fille un des enfants qu'elle avait perdus.

Cette liaison durait depuis près d'une année; elle n'était pas de celles que le caprice forme ou détruit. Mais la jeune brodeuse tomba malade; l'excès du travail avait attaqué sa poitrine, et cette maladie cruelle,

qui se développe souvent au printemps de la vie, fit en peu de temps chez elle de terribles ravages.

La plus grande peine de la jeune fille était de ne plus pouvoir aller aussi souvent près de celle qu'elle appelait sa mère. Bientôt il lui fallut renoncer entièrement à ce plaisir. Descendre six étages pour en remonter cinq autres, devenait trop fatigant pour la jeune malade, qui chaque jour perdait ses forces, et, de son côté la vieille dame ne pouvait plus que difficilement quitter son fauteuil.

Il fallut donc se contenter de se voir à la fenêtre. La jeune brodeuse y plaçait chaque matin son rosier pour le reprendre le soir. Tant que le rosier n'était pas sur la croisée, la vieille dame savait que sa jeune amie n'avait pas encore ouvert sa fenêtre; elle restait alors contre la sienne, et attendait qu'elle se montrât pour lui faire quelques signes d'amitié.

Chaque jour cependant le rosier se montrait plus tard, car la jeune malade ne pouvait plus être matinale.... Elle s'éteignait sans le savoir; mais sa pauvre voisine s'apercevait du changement effrayant qui s'opérait en elle, et quand le rosier tardait à se montrer, son inquiétude devenait plus vive.

La pauvre petite faisait un effort surnaturel pour atteindre et ouvrir encore sa fenêtre; mais un jour cela lui fut impossible.... sa vieille amie attendit vainement que le rosier parût.... La journée s'écoula, et le rosier ne se montra pas.—Hélas! dit la bonne dame, j'ai perdu mon enfant!

En effet, la jeune brodeuse n'était plus; on la trouva près du rosier qu'elle voulait encore essayer de montrer à son amie.

La Tabatière.

Un jeune homme en Russie eut l'imprudence, en jouant chez un grand seigneur, de mettre sur la table de jeu une fort belle tabatière garnie en diamants; la tabatière disparut. Il tenait beaucoup à sa tabatière.

Il confia sa mésaventure au maître de la maison, employant toute sorte de circonlocutions pour en arriver à lui dire qu'il avait un voleur chez lui. Mais à sa grande stupéfaction, le maître de la maison ne parut pas autrement étonné.

—Donnez-moi le signalement bien exact de votre tabatière, lui dit-il.

Le jeune homme le lui donna.

—Bien, dit l'autre, je tâcherai de vous la rattraper.

—Vous-allez vous adresser à la police, alors?

—Oh! pas du tout; ce serait le moyen que vous ne la revissiez jamais. Ne dites pas un mot du vol, au contraire.

—Mais quel moyen emploieriez-vous?

—C'est mon affaire; je vous dirai cela en vous rendant la tabatière.

Au bout de huit jours, le grand seigneur se presenta chez le jeune homme.

—Est-ce celle-là? lui demanda-t-il, en lui montrant une tabatière.

—Justement, dit celui-ci.

—C'est votre tabatière?

—Mais certainement.

—Et bien, la voici; mais ne la posez plus sur les ta-

bles de jeu: je comprends qu'on vous l'ait volée; elle vaut dix mille francs comme un kopek.

—Comment diable avez-vous pu la rattraper?

—C'était un des amis qui vous l'avait prise: le comte un tel.

—Et vous avez osé la lui redemander?

—La lui redemander? Oh! non pas, il se serait blessé de la réclamation.

—Comment avez-vous fait, alors?

—Comme il avait fait lui même: je la lui ai volée.—

La conquête de l'Algérie.

I.

L'Algérie est la terre classique des désastres inattendus, où le conquérant européen a payé cher sa trop grande confiance en lui-même. Tous les peuples qui ont tenté depuis l'antiquité de prendre pied sur l'Atlas y ont reçu de dures leçons. Il y a tantôt quatre cents ans, le gouverneur espagnol de Mers-el Kébir, voulant étendre sa sphère d'action, allait soumettre les tribus des environs de Misserghin, tout comme le colonel Bonnier est allé conquérir Tombouctou; lui aussi, réussissait, mais au retour, comme il se gardait mal, il fut surpris par la cavalerie arabe et mis en pleine déroute.

II.

Quand nous eûmes pris pied en Algérie, la facilité avec laquelle Alger avait été conquis fit oublier souvent les précautions les plus élémentaires. Un an après notre arrivée, le 2 juillet 1831, le général Berthezène, revenant de Médéah en victorieux, était attaqué au-dessous d'un col (Ténia), avec une colonne composée de près de 5.000 hommes; aucune mesure n'avait été prise pour conserver les hauteurs, les Arabes qui poursuivaient leurs vainqueurs en prirent possession et, du haut des crêtes, firent un feu terrible sur nos soldats dont une partie se débanda. Sans le commandant Duvivier qui réussit à contenir l'ennemi avec son bataillon, nous éprouvions une défaite honteuse et peut-être la possession de l'Algérie était compromise.

III.

En 1835, nouvelle leçon. Le général Trézel, sans ordre précis, quitte Oran pour aller atteindre Adb-el-Kader dans Mascara, espérant, par un coup d'audace, mettre fin à la lutte. Une première surprise eut lieu dans la forêt de Muley-Ismaïl, le 26 juin. L'armée, mal éclairée, se trouve entourée par l'ennemi caché dans les broussailles; l'avant-garde et le 66^e se replient; sans le colonel Oudinot, qui chargea à la tête des chasseurs d'Afrique et paya de sa vie sa bravoure, c'était un désastre. On put disperser l'ennemi et gagner les bords du Sig qui, plus bas, à sa jonction avec l'Habra, prend le nom de Macta.

IV.

Abd-el Kader nous y poursuivit; de nouveaux contingents avaient réparé ses pertes. Le général, comprenant qu'il s'était trop aventuré, voulut battre en retraite sur Arzew. L'émir s'attendant à cette détermination, alla s'installer au-dessus de gorges où la colonne française devait passer; pour y arriver plus vite, il fit emporter des fantassins en croupe par ses cavaliers. Lorsque le général Trézel parvint à la Macta, sans même avoir cherché à reconnaître le terrain, il fut attaqué par des milliers d'Arabes. Dans ce défilé étroit, la défense devint bientôt impossible, l'ennemi se précipita sur les voitures qui transportaient les blessés de Muley-Ismaïl et égorga ou mutila ceux-ci. Ce fut un affreux désordre: les voitures sont abandonnées, chacun cherche à fuir, la Macta est un obstacle où nombre d'hommes se noient. Au lieu de marcher, on piétine sur place, laissant l'ennemi tirer à loisir sur la masse; les Arabes s'emparent du convoi et d'un obusier. Sans une cinquantaine d'hommes qui se groupèrent autour du capitaine Bernard, qui faisait bonne contenance avec quarante chasseurs à cheval, sans l'appui de quelques canons, heureusement dirigés par le capitaine Allaud, tout était perdu; une charge du capitaine Bernard dégageda enfin le terrain. On put atteindre les bords de la mer et, pays en découvert, refouler l'ennemi. On avait marché seize heures et combattu pendant quatorze heures. Nous eûmes trois cents morts, deux cents blessés et dix-sept prisonniers. Presque tout le matériel était resté aux mains de l'ennemi. La faiblesse des troupes était telle que le général Trézel n'osa pas les ramener par terre; il fallut les envoyer à

Oran par bateau. La distance entre Arzew et Oran n'est cependant que de 42 kilomètres.

V.

Pendant dix années, aucun autre désastre d'une telle importance ne se produisit; mais, en 1845, eut lieu la catastrophe de Sidi-Brahim, la plus fameuse de ces surprises. Le drame rappelle, par plus d'un côté, la surprise de Dougoï.

Le colonel de Montagnac commandait à Djemaa-Ghazaouat, aujourd'hui Nemours; c'était un esprit entreprenant, désireux de se signaler, à tel point que le maréchal Bugeaud lui avait donné la consigne absolue de ne pas quitter ses lignes, quoi qu'il pût advenir. Cependant il se laissa prendre à une lettre des Souhalias, inspirée par Abd-el-Kader, lui demandant du secours contre les réguliers de l'émir. Il sortit de la ville avec 350 hommes de 8^e chasseurs et 62 hussards, bien qu'à ce moment le général Cavaignac lui eût demandé d'envoyer les chasseurs à Marnia. Le 22 septembre, il s'avancait chez les Souhalias; près du marabout de Sidi-Brahim, il tombait au milieu des troupes d'Abd-el-Kader. On sait comment, au bout de deux jours de combat héroïque, 322 Français dont tous les officiers étaient morts et 95 prisonniers ou blessés. Douze seulement des héros de Sidi-Brahim purent gagner Djemaa-Ghazaouat.

VI.

En 1864, alors que l'Algérie était définitivement con-

quise, nouveau massacre. Le bachagha des Oulad-Sidi-Cheikh, Si Sliman s'était révolté, le colonel Beauprêtre, commandant supérieur de Tiaret, se porta à sa poursuite avec une compagnie de tirailleurs, un escadron de spahis et un contingent fourni par les Harars. Le 6 avril, Beauprêtre avait dressé son camp en plein désert, à Bou-Allem. On se gardait mal. Le 8, au point du jour, le camp fut assailli par Si Sliman, les Harars nous trahissaient et faisaient cause commune avec les Oulad-Sidi-Cheikh. Le bach-agma se ruait sur la tente du colonel et poignardait le malheureux officier, mais Beauprêtre put faire feu de son pistolet sur le chef arabe qui le regardait mourir et il lui fit sauter la cervelle.

VII.

La catastrophe de la mission Flatters et quelques incidents de la campagne contre Bou-Amama peuvent rentrer dans le même ordre de surprises. Chaque fois on avait dédaigné les précautions d'usage ou fait montre d'une confiance naïve envers l'adversaire.

VIII.

Au Dahomey, les surprises furent moins heureuses pour l'ennemi. Si l'organisation même de l'expédition n'a pas révélé dans l'administration de la marine une science bien profonde de la guerre au point de vue matériel, la direction militaire a montré dans le général Dodds un chef soucieux d'éviter les embûches. Le seul fait de guerre qui rappelle les événements semblables à la Macta est le combat de Dogba, mais là, au moins, nos troupes étaient sur leurs gardes, l'alarme fut don-

née par une sentinelle qui aperçut les Dahoméens. Les dangers un instant encourus par la colonne ont été causés par le terrain qu'on n'avait pu débroussailler assez loin, dominé par de grands arbres où les tirailleurs de Behanzin, étant groupés, pouvaient à l'aise faire feu sur nos soldats. Si les pertes y furent douloureuses, elles ne peuvent se comparer à celles des catastrophes qui marquèrent la conquête de l'Algérie.

La vie et la mort.

I.

Tambours, tambours, tambours, tambours
Me poursuivrez-vous donc toujours,
Tambours, tambours, tambours, tambours?

Vous êtes bien capable de croire que ces trois vers sont de moi, car ils sont mauvais. Ils sont de Béranger, et c'est, je crois, sa dernière chanson. Il la composa en 1848.

Nous étions dans ce temps-là assourdis par les tambours. Ceux de la troupe ne faisaient pas grand bruit; mais la plupart des députations qui se rendaient à l'Hôtel de Ville «pour parler au gouvernement» tenaient à avoir leur tambour. C'était un tapage infernal. Ajoutez la *Marseillaise* et les *Girondins*, agrémentés de quelques coups de fusil quand l'enthousiasme était trop débordant.

II.

Je me souviendrai toujours d'un vieux petit tambour, qui avait l'air d'être descendu d'un cadre d'Horace Vernet, et qui prit une part principale dans une conversation où je me trouvais mêlé. C'était à l'Hôtel de Ville. Une députation de gardes nationaux, qui n'avaient d'autre uniforme qu'un fusil et un sabre, venait remonter au citoyen Lamartine combien il serait convenable de déclarer la guerre à tous les tyrans. Lamartine répondait, comme toujours, en poète inspiré, et des gardes nationaux véritables, au nombre desquels je me trouvais, pressés autour de lui, applaudissaient ses paroles avant qu'elles fussent prononcées. Mon diable de tambour avait entrepris de scander tous les discours avec des roulements et des rataplans, selon l'importance de la question et de la riposte, comme l'orchestre scandait alors, au boulevard de Crimée, les tirades de Frédéric ou de Bocage. On s'y faisait au bout de quelques minutes. Il semblait que quelque chose aurait manqué à la solennité d'une déclaration si elle n'avait pas été accompagnée d'un roulement.

III.

Nous sommes moins mélodramatiques aujourd'hui. Même, il y a eu un moment où le général Farre a voulu nous priver tout à fait de nos tambours. Le général Billot nous les a rendus, et ce sera pour lui dans l'avenir un titre impérissable à la reconnaissance de la poésie et de la musique.

Il me semble que les tambours sont devenus plus modestes depuis leur aventure sous le général Farre. Leur

dimension a été réduite, et leur bruit, par conséquent... Ils gardent plus souvent le silence... Songez que les armées sont au moins quadruplées. Si les anciens tambours et les anciennes sonneries avaient été conservés, ils feraient quatre fois plus de bruit qu'avant les nouvelles lois militaires. Nous en serions littéralement ahuris, même sans la coopération des tambours civils et des tambours révolutionnaires.

IV.

Pendant que la guerre remplira nos oreilles de roulements, nos yeux d'amas de boulets, nos arsenaux d'habits et de souliers qui seront usés avant de pouvoir être portés, nos cadres de généraux qui ne remporteront pas de victoires, faute d'avoir eu l'occasion de combattre, et nos tables de mortalité de jeunes soldats tués par l'agglomération aussi meurtrière que le canon; Pasteur d'un côté, Brouardel de l'autre, les Colin et les Dujardin-Beaumetz dans l'armée, et, dans la marine, les successeurs de Foulloye et de Rochard, travaillent sans tambours et sans faste à réparer les ravages que leurs voisins ne se lassent pas de faire, et à diminuer la mortalité que les engins explosibles, les marches, les contremarches, les mobilisations et les manœuvres ne cessent de produire. C'est comme un duel permanent entre l'art de tuer et l'art de faire vivre. Le public juge les coups; mais il faut le dire (est-ce à sa honte ou à sa gloire?), il préfère hautement les tueurs aux guérisseurs. Le moindre colonel qui aura délogé une centaine de sauvages embusqués derrière un rempart de terre battue sera plus populaire que Pasteur, qui a délogé la rage, et qui, dans ce moment même, serre de près la diphtérie et le tétanos.

V.

Il semble que le sens commun n'existe plus quand il s'agit de juger les médecins et la médecine. Lorsqu'est arrivée la mésaventure du docteur Koch, il y avait des gens malavisés qui en triomphaient contre lui. Ils ne pouvaient reprocher à M. Koch que de s'être trop pressé; il n'en est pas moins un grand savant et un grand homme.

On n'ose pas nier les progrès de la médecine comme science. Oui, dit-on en forme de concession, les médecins classent mieux les maladies qu'ils ont en magasin; il font de bonnes descriptions et de bons catalogues; mais le remède, où est-il? Il n'y a que le remède qui importe!

Sans doute, c'est du remède qu'il s'agit; mais des études bien dirigées conduisent à trouver le remède. On trouve quelquefois le remède puisque Jenner l'a trouvé pour la variole et Pasteur pour la rage; et en attendant qu'on trouve le remède radical, on trouve souvent des adoucissants, des palliatifs, des remèdes efficaces qui ne sont pas des remèdes radicaux et définitifs. On a presque vaincu la fièvre typhoïde en découvrant que les eaux en étaient le principal véhicule.

VI.

Los mécréants trouvent encore un autre prétexte. Ce n'est pas, disent-ils, la médecine qui rend des services, c'est l'hygiène. Mais qu'est-ce que l'hygiène, sinon une des sciences médicales? Où trouve-t-on des hygiénistes, sinon parmi les médecins? Ce fait même d'avoir cons-

taté l'importance capitale de l'hygiène est le plus grand service que la médecine nous ait rendu.

Je ne cesserai de protester contre cette ingratitude et de dire que les Pasteur, les Germain Sée, les Koch, les Brouardel, les Proust, les Alphonse Guérin, les Labbé gagnent des batailles.

VII.

J'admire les citadelles quoiqu'elles ne soient plus imprenables, et les cuirassés quoiqu'ils aient peine à se défendre contre les torpilleurs. J'admire nos généraux et nos soldats. Je sais que, s'ils donnent la mort, ils savent aussi la braver. Ils sont la sauvegarde et l'honneur de la patrie. Nous leur devons ce qu'il y a de généreux et d'héroïque dans le caractère national. Mais si j'aime l'armée qui menace la vie humaine, je ne veux pas être ingrat pour celle qui la défend.

Je me rappelle à quel âge on était vieux et infirme il y a cinquante ans, et je vois à quel âge on l'est aujourd'hui. Dans ma jeunesse, on parlait à soixante ans de la nécessité de se reposer; aujourd'hui, c'est tout au plus si on ose réclamer le repos à quatre-vingts ans. Toutes les infirmités ont été refoulées dans le quatrième quart de la vie, et, même parmi les septuagénaires, elles ont perdu de leur nombre et de leur force. La mort même a subi à son tour de rudes coups, puisque la mortalité est tombée, en chiffre rond, de 24 à 19.

On dira dans l'avenir, de cette fin de siècle, ce qu'on chante à l'église à propos de la Passion:

Mors et vita duello
Confluxere mirando,

La vie d'outre-mer.

Honolulu

Métropole d'un petit royaume polynésien, Honolulu, capitale de l'archipel havaïen, déploie, dans l'île de Oahu, au fond d'un golfe largement échancré, ses riantes villas qu'enserrent une végétation tropicale, ses jardins fleuris, ses rues ombreuses comme les allées d'un beau parc. Dans la ville commerçante, attenant au port, de massives constructions en pierre de corail; de vastes magasins, des comptoirs et des maisons de banque, des entrepôts de sucre et de café témoignent d'un commerce actif et d'une prospérité croissante. Mais à côté des ces manifestations, surtout les mêmes, d'un trafic qui, ici, presque en tout diffère, le cadre, le climat, la race, le mode de vie sont autres dans cet archipel que dans le continent voisin. Les sept jours de mer qui séparent Honolulu de San Francisco séparent deux mondes bien distincts, deux modes d'existence qui n'ont entre eux que de lointaines analogies.

Ici la note gaie domine. Le voyageur qui débarque à Honolulu est tout d'abord agréablement frappé par le côté pittoresque du cadre, par Diamond-head, dont l'assise puissante et les nettes arêtes se détachent en relief sur le bleu de la mer et le vert des collines, par la ceinture de cocotiers élancés et d'épaisses ramures qui borde la plage, par le cône tronqué qui domine la ville et auquel sa forme bizarre a fait donner le nom de «Bol de Punch». Il note la prédominance d'une race cuivrée, belle de formes et fière d'allures, sans dédain comme

sans obséquiosité vis-à-vis du blanc, par lui traitée en égale, avec lui polie et courtoise. Frappé de l'activité et du mouvement qui règne dans le port et sur les quais, il augure bien de la prospérité du pays; pénétrant plus avant, dans la ville, il augure bien de la sociabilité de ses habitants. Les villes se succèdent, encadrées de jardins, ombragées de beaux arbres, coudoyant, en amicales voisines, les cases indigènes construites en bambous et aux toitures en feuilles de pandanus. Sous les vérandas des cottages, Européens ou Américains, reposant sur des chaises longues chinoises ou bercés dans des *rocking chairs* yankees, fument nonchalamment; au seuil des huttes, les indigènes, accroupis sur des nattes, se passent de l'un à l'autre la pipe classique creusée dans une noix de kuffui. Dans les rues larges, ombreuses et soigneusement entretenues, les femmes canaques, bien campées sur leurs chevaux, jambe de ci, jambe de là, pittoresquement drapées d'étoffes flottantes et de couleur vive, couronnées de *thyarées* et portant au cou des colliers de fleurs d'hibiscus, passent au galop, jetant à leurs amis et connaissances de joyeux *alohas* et de frais éclats de rire. Le coup d'œil est charmant; les yeux vifs et grands pétillent de gaieté, les traits délicats et fins, le port de tête élégant, les gestes souples et gracieux attirent et charment le regard. On se sent au milieu d'une population fille des tropiques, insouciant, heureuse de vivre, avide de mouvement.

Elle l'est, et aussi de fêtes, de banquets, de danses, de longues chevauchées et d'excursions. Rien ici qui rappelle la gaieté bruyante du noir émancipé, affirmant son indépendance par sa nonchalance, demeuré obséquieux et servile; non plus que mélancolique tristesse et la sombre ivresse du Huanca péruvien, regrettant l'an-

tique grandeur de sa nation déchue et démembrée; non plus que la haine sourde du Malais contre l'Européen vainqueur et dominateur, ou la fataliste résignation de l'Indien. Le blanc ne fut jamais un maître pour cette race polynésienne, mais un hôte, bien accueilli, auquel elle est redevable de ce qu'elle sait, car ici on ne trouverait pas un homme ou une femme de vingt ans qui ne sache lire, écrire et compter, et, en outre, qui ne parle ou n'entende l'anglais. L'ordre parfait qui règne, la confortable apparence des choses sont l'œuvre du blanc; il a civilisé l'autochtone; il a mis en valeur ce pays qui l'enrichit; il l'a embelli et façonné à son usage.

Variées d'aspect, de formes, de teintes, les autres îles de l'archipel réservent au visiteur des paysages d'une incomparable grandeur, des coins charmants où le désir vient au plus nomade de planter sa tente. L'étonnant cratère de Kilauéa est à lui seul un spectacle assez émouvant pour mériter même un plus long voyage. Aujourd'hui, ces excursions sont devenues faciles et relativement peu coûteuses. Si, sur quelques points, les hôtels font encore défaut, les Canaques sont partout hospitaliers et les planteurs se font une fête d'accueillir l'étranger. Il en est de même dans tous les ports et jusque dans la capitale, où les lettres de recommandation sont un passeport qui ouvre toutes les portes. Dans cette ville de 23,000 âmes, dont 4,000 blancs tout au plus, on ne saurait être admis dans une famille sans l'être de plein droit dans toutes celles avec lesquelles elle est en relation d'amitié.

Les derniers oiseaux.

I.

En ces temps-là, il n'y avait plus d'oiseaux.

La Terre était une ville énorme, toute d'acier, recouverte, en guise de voûte céleste, par un inextricable écheveau de fils téléphoniques et de rails pour les aérostats.

L'homme avait réalisé le rêve de l'économie sociale et conquis sa dignité vraie. Aussi s'ennuyait-il ferme. Plus d'oiseaux, plus de fleurs; à peine avait-on conservé les femmes.

Il y en avait pourtant de bien jolies encore, mais à quoi bon? Si les jeunes gens dérobaient un cheveu à leurs tresses luisantes, c'était pour fabriquer des hygromètres. On considérait comme maniaque un blondin frisé au petit fer qui perdait ses heures, accoudé sur un divan, à bavarder avec Lélia, la fille de l'illustre philologue Isyskès.

II.

Le blondin s'appelait Hugo, du nom d'un grand poète de l'antiquité. Il s'était résigné au rôle de secrétaire d'Isyskès qu'il aidait dans la composition de son fameux ouvrage sur les *Européens préhistoriques*.

D'ailleurs, sans aucune conscience, Hugo, au lieu de fouiller les bibliothèques, écoutait sonner le heures auprès de Lélia, délicieusement; puis il griffonnait au hasard, avec un sourire sceptique, quelques notes sur

l'anthropophagie en France ou les sacrifices humains au dix-neuvième siècle. Le savant reprenait ces notes et les insérait dans son livre, qui devait faire foi contre tous en matière d'histoire ancienne.

Le ciel châtiait Hugo. Malgré son calme sourire, il était au fond mélancolique, et rêvait, triste, aux indifférences joyeuses de Lélia, bonne fille du reste en son insouciance, et prête à sangloter devant un cheval abattu.

III.

Parfois, il s'abîmait en des songeries morbides à contempler l'adorée qui, dans la tiédeur de sa chambre aux tapis profonds; copiait, avec un mignon pinceau, les motifs conservés sur les faïences antiques de son père; elle peignait surtout les roses, ces roses comme il en avait existé jadis.

Alors son ami, nourri de fortes études classiques, et vaguement attristé par l'évocation des amours anciennes, laissait tomber de ses lèvres quelques vers des poètes féminins de l'antiquité, de Sully-Prudhomme ou de Musset. Lélia se retournait avec un léger rire, et renvoyait le pédant au collège.

IV.

Un soir, l'illustre Isyskès entra dans la chambre à grand bruit.

— Enfin, s'écria-t-il, enfin, je les tiens, ces oiseaux dont les vieilles littératures nous parlent sans cesse. Qu'on les traite maintenant d'êtres fabuleux! Voyez plutôt.

Et sur un guéridon le philologue déposait, avec d'innombrables précautions, deux minces paquets raides, détério-

rés, avec de la ouate sortant du ventre. Il avait acheté cela chez un marchand de bric-à-brac.

—Hugo, vite une plume!

Et le savant dicta la dépêche suivante:

«Isyskès à l'Institut Terrestre.—Découverte inappréciable. Oiseaux authentiques. Convoquez séance. Je préparerai mon rapport cette nuit.»

V.

Puis il gagna son cabinet et commença une grave étude où il démontrait que les oiseaux avaient existé réellement et qu'il devait en être de même pour les sphinx, chimères et autres accessoires poétiques des Anciens.

Tout à sa préoccupation académique, Isyskès avait oublié sur le guéridon l'un des petits paquets rigides. Il s'était encore moins inquiété du flirt de son secrétaire avec sa fille.

Vieux, personnel, il désirait leur union, rêvant d'un gendre qui poursuivît après sa mort le grand ouvrage sur les Européens préhistoriques. Il avait confié aussi d'avance à Hugo le manuscrit de sa propre oraison funèbre.

VI.

Seuls maintenant, dans la chambre bleu sombre de Lélia, les jeunes gens contemplaient, silencieux, l'oiseau resté sur le guéridon; elle, avec une curiosité rayonnante d'enfant; lui, avec des retours d'âme mélancoliques vers le passé de rêve et de poésie qu'évoquait cette petite momie poussiéreuse dont les yeux d'émail éteints par les siècles regardaient avec une fixité douloureuse.

—Ainsi, cela vivait autrefois? questionnait Lélia, déployant un peu les ailes rigides.

—Oui. Les poètes anciens nous décrivent les oiseaux volant parmi les fleurs et chantant. Leur vie n'était qu'un gazouillis perpétuel, une joyeuse débauche d'air et de soleil.

—Ecoutez, Hugo, reprit la jeune fille subitement songeuse. Vous m'avez débité mille fadaises, prêté vingt serments d'immuable amour; cet amour, il m'en faut une preuve réelle.

—Parlez. Quel caprice encore?

—J'exige que vous m'apportiez un de ces petits êtres vivant.

—Impossible.

—Il n'y a pas d'impossible en amour. Adieu.

Et elle le congédia d'un sourire bon enfant et inflexible tout à la fois.

VII.

Lui, désolé, songea d'abord au suicide; mais se remémorant sa fière devise: *Je veux, je peux*, il se promit de découvrir l'être fabuleux qu'on exigeait, dût-il l'aller chercher dans la planète Mars, où les habitants de la Terre venaient de fonder une colonie.

Cependant, à la nouvelle de la découverte faite par Isyskès, son voisinage s'était ému. Dans l'énorme cité humaine, il habitait le quartier des Français, séjour des théâtres et des cafés-concerts dont le tapage échevelé troublait ses doctes investigations.

On était curieux et potinier en diable dans ce quartier. Des centaines de visiteurs affluèrent chez l'acadé-

micien qui mû par les instincts utilitaires de son époque, finit par établir un tourniquet.

Et quel émoi parmi ces visiteurs! D'abord une stupéfaction devant les frêles momies couchées sur de la ouate sous un vitrage; puis une enfantine pitié, et enfin un regret atavique pour quelque chose d'éteint en eux, plut doux, plus sincère que l'ivresse matérialiste,—pour le Rêve.

VIII.

Tandis que l'orgueil et la cupidité d'Isyskès trouvaient leur jeu à cette exhibition des petits êtres momifiés, son futur gendre courait les rues de la Terre, afin de découvrir quelque spécimen vivant.

Vains efforts! Le nom même d'oiseau avait disparu de la mémoire des hommes.

Il allait renoncer à ses investigations, lorsqu'un article de journal lui suggéra l'idée d'une suprême tentative: il s'agissait du nivellement prochain des monts Himalaya, dont une cime, encore mal peuplée, conservait quelques traces de végétation.

Le jeune homme prit le tube pneumatique et le soir même il débarquait place de l'Inde. Vite il grimpa sur les buttes, parmi un dédale d'usines et d'hôtels en construction.

IX.

O providence manifeste des amoureux! En ce quartier, on connaissait encore les oiseaux.

A vrai dire, les derniers avaient disparu du petit bouquet de mimosas qui constituait à peu près l'unique dé-

bris de la végétation terrestre. Mais on donna au jeune homme l'adresse d'un centenaire qui seul pourrait lui dire s'il existait encore un spécimen ornithologique quelconque.

Ce centenaire était connu sous le sobriquet de père Vichnou, à cause d'une religion très ancienne dont il restait l'unique dépositaire.

X.

Hugo trouva le père Vichnou dans son jardinet, en train de rendre l'âme, étendu sur une natte en roseaux du Gange et tenant à la main une queue de vache, selon les rites sacrés des brahmes.

Le vieillard, déjà ravi par l'extase des paradis védiques, sortit de sa léthargie en entendant prononcer ce mot, les oiseaux.

—Trop tard, balbutia-t-il, les hommes: se repentiraient donc d'avoir anéantis la race des petits êtres ailés? Puis d'un geste pénible il indiqua une cage en bambou suspendue à sa case et où s'agitaient deux oiseaux, les derniers. Et, crispant ses doigts maigres autour de la queue de vache, le père Vichnou expira.

XI.

Là-bas, à l'autre bout de la grande cité des hommes, l'Envie ricanait d'Isyskès et de sa découverte. Son rapport à l'Institut terrestre avait été d'abord une longue ovation; l'élite de la société féminine encaquée dans les galeries avait souligné de bravos et de sourires les passages où le savant évoquait l'idéale existence des Oiseaux.

Mais à la tribune encore vibrante était monté ensuite, lentement, doctoralement, le plus redoutable adversaire

d'Isyskès un physiologiste impassible, plus froid analyste que ses cornues, et boutonné dans sa méthode scientifique comme dans sa longue tunique d'où sortait une tête bilieuse, incapable d'un sourire ou d'une expression passionnelle.

Point par point, l'orateur avait démoli l'argumentation brillante d'Isyskès et démontré que l'existence d'êtres capables de s'élever en l'air sans le secours de l'industrie était une conception inane, imaginée par les poètes menteurs de l'antiquité.

L'auditoire, convaincu par cette sèche réfutation, avait souri de l'enthousiaste et naïf Isyskès. Le lendemain, la recette du tourniquet baissa des trois quarts.

XII.

Un matin, l'infortuné philologue corrigeait, auprès de sa fille, une épreuve des *Européens préhistoriques*. Lélia le considérait avec un petit air de pitié narquoise; elle ne croyait plus maintenant à la gloire paternelle.

Qui sait, peut-être doutait-il lui-même! En tout cas, il venait de faire disparaître les deux momies.

Soudain, la portière se soulève, et Hugo se précipite avec un cri de triomphe. Des oiseaux! Pour le coup, plus de scepticisme possible. C'étaient bien des oiseaux vivants qui s'agitaient, effrayés, les pattes crispées aux barreaux de la cage, que le jeune homme déposait sur la longue table noir de l'érudit.

L'honneur d'Isyskès était vengé. Hugo voyait assurée désormais la récompense de son amoureuse entreprise.

Une heure après, l'Institut, les Sociétés de gymnastique, les orphéons et le Sénat se pressaient, dans une

enthousiaste manifestation, sous les fenêtres du grand calomnié.

On lut dans les journaux du soir le suicide de son adversaire. Il s'était fait sauter avec ses cornues, après avoir écrit sur les murs du laboratoire:—O science tu n'es qu'un mot!

Le jour de la Blanchisseuse.

M^{me} LUBERT (criant).—Frédéric!... As-tu quelque chose à donner à la Blanchisseuse?

LUBERT.—Non, ma bonne, j'ai tout mis dans le coffre.

M^{me} LUBERT.—Tu n'as pas de mouchoirs oubliés dans tes poches, pas de cravates fourrées dans les coins?

LUBERT.—Je t'ai tout donné, absolument tout.

M^{me} LUBERT (à sa bonne).—Et vous, Céleste?

CÉLESTE.—Oh! moi, je sais si peu!...

M^{me} LUBERT.—Merci! Onze torchons en dix jours.

CÉLESTE.—Madame préférerait-elle la vaisselle mal essuyée?

M^{me} LUBERT.—Il ne s'agit pas de ça. Je dis que douze torchons en dix jours....

CÉLESTE.—Tout à l'heure il n'y en avait qu'onze.

M^{me} LUBERT.—En voilà assez!... Vous n'avez plus rien?

CÉLESTE.—Pardon, j'ai encore ça. (Elle donne un paquet à sa maîtresse.)

M^{me} LUBERT (déroulant le paquet et poussant une exclamation).—Un jupon tuyauté!... Mais c'est de la folie furieuse! Est-ce que j'en porte, moi?

CÉLESTE.—Madame a habité la province si longtemps!

M^{me} MUBERT.—Croyez-vous donc qu'on ne s'habille pas aussi bien à Pithiviers qu'à Paris?

CÉLESTE.—On dit ces choses-là dans les départements.

N^{me} LUBERT.—En voilà assez!... Vous payerez le blanchissage de votre jupon.

CÉLESTE.—Il a été convenu que Madame me blanchirait.

M^{me} LUBERT.—Pourquoi pas vos dentelles aussi?

CÉLESTE.—Madame sait bien que, pour soutenir une traîne, il faut des dessous tuyautés

M^{me} LUBERT (indigné).—Mademoiselle porte des robes à traîne! Où allons-nous, Seigneur Dieu! où allons-nous?

CÉLESTE.—Faut peut-être la jeter aux ordures?... Comme si les domestiques n'étaient pas assez malheureux de servir, sans les chicaner encore sur un jupon de plus ou de moins.

M^{me} LUBERT.—On sonne. Allez ouvrir.

(La Blanchisseuse fait le compte du linge qu'elle rapporte avec M^{me} Lubert.)

M^{me} LUBERT.—Je ne trouve que dix-sept mouchoirs, madame Jean, et il y en a dix-huit marqués sur le livre.

LA BLANCHISSEUSE.—Madame doit s'tromper. (Elle comote à son tour.) Douze, quatorze, seize.... et dix-sept. G'est singulier. Il sera resté à la maison. On le retrouvera.

M^{me} LUBERT.—C'est désolant! Il manque toujours du linge à chaque blanchissage.

LA BLANCHISSEUSE.—Pas faite pourtant d'y apporter du soin.

M^{me} LUBERT.—Que serait-ce danc si vous n'en apportiez pas? A propos, et la camisole de la dernière fois?

LA BLANCHISSEUSE.—Elle a été mise pae erreur dans le paquet de M^{me} Grandpont. On doit me la rendre au jourd'hui.

M^{me} LUBERT.—Hum!... comme la chemise brodée de l'autre jour. Va-t'en voir s'ils viennent.... Je vous prévins, madame Jean, qu'il n'en sera pas de même pour la camisole. Si elle est perdue, vous la payerez..

LA BLANCHISSEUSE.—Oui, madame....Nous disons cinq paires de chaussettes sales.

M^{me} LUBERT (avec impatience).—Six!... Mon Dieu, comme vous comptez mal. (A son mari.) Qu'est-ce que tu veux, toi?

LUBERT.—J'apporte une chaussette tombée derrière le coffre.

M^{me} LUBERT.—Et l'autre?

LUBERT.—Elle doit être dans le tas de linge sale.

M^{me} LUBERT.—Du tout. J'ai regardé avec soin. Encore une paire de dépareillée. Ah! quel pillage! (Successivement Lubert apporte deux cravates, trois mouchoirs et un gilet de flanelle.)

M^{me} LUBERT.—Et tu disais que tu avais tout donné. On n'en finit jamais avec toi!

LUBERT.—Parce que j'ai cherché dans tous les coins. —Ah! madame Jean, malgré mes prières, malgré mes recommandations instantes, vous continuez d'empeser mes faux-cols d'une façon ridicule.—Ce n'est plus du linge, c'est du fer-blanc!

M^{me} LUBERT.—Oh! quelle exagération!

LUBERT.—Du bois tout au moins. Je vous conjure, madame Jean, de faire droit à més réclamations.

LA BLANCHISSEUSE.—Certainement, monsieur. Mais vous savez, les ouvrières sont si entêtées.

LUBERT (prenant un faux-col).—Y a-t-il du bon sens, je vous le demande, de se mettre un pareil carcan autour du cou?

LA BLANCHISSEUSE.—Ah! les ouvrières!... On a beau leur-z'y-dire.... Ce jupon-là en est-il?

M^{me} LUBERT. —Ça dépend. Combien de blanchissage?

LA BLANCHISSEUSE.—Un franc par volant: il y en a trois.

M^{me} LUBERT (bondissant).—Trois francs pour un jupon de bonne! (Elle sonne avec rage).—Céleste! Céleste!!...

CÉLESTE (nonchalamment).—Est-ce que le feu est à la maison que vous criez si fort?

M^{me} LUBERT.—Il y est.... moralement, mademoiselle!... Savez-vous combien on me demande pour blanchir cette saleté-là? (Elle jette le jupon loin d'elle avec dégoût.)

CÉLESTE.—Trois ou quatre francs, tout au plus.

M^{me} LUBERT (écrasée sous tant d'apiomb).—Ah!... ah!... c'est inoui!...

CÉLESTE.—Mais non, madame, c'est le prix partout.

M^{me} LUBERT.—Et vous trouvez tout simple de m'infliger cette dépense pour une semblable frivolité?

CÉLESTE.—Si madame n'avait pas habité la province si longtemps, elle comprendrait....

M^{me} LUBERT.—Vous m'ennuyez avec ma province.

CÉLESTE.—Madame n'aura pas plutôt vécu deux ou trois ans à Paris qu'elle aussi sera dans le mouvement.

M^{me} LUBERT.—Qu'est-ce que vous me rabâchez avec votre mouvement?

CÉLESTE.—Je veux dire que Madame finira par se conformer aux usages des gens comme il faut.

M^{me} LUBERT.—Mademoiselle suppose peut-être que j'ai passé ma vie avec des goujats?

CÉLESTE.—Oh! non, Madame. Seulement, la province n'a jamais passé pour l'école des belles manières.

M^{me} LUBERT.—Prodigieux!... Et c'est cette fille, sortie de chez une cocote, qui prétend me donner des leçons de savoir-vivre!

CÉLESTE.—J'en demande pardon à Madame; la baronne des Anges appartenait au meilleur monde.

M^{me} LUBERT.—Et c'est à cause de c'monde-là qu'on vient de la coffrer à Saint-Lazare pour deux ans?

CÉLESTE.—Nul n'est à l'abri des coups de la fortune. Madame, elle-même, peut du jour au lendemain...

M^{me} LUBERT (exaspérée).—Taisez-vous, impertinente!.. Ma parole d'honneur, j'en sue!

LA BLANCHISSEUSE.—Inscrivons-nous l'jupon?

M^{me} LUBERT.—Oui, si mademoiselle veut le payer; non, si elle s'y refuse.

CÉLESTE (avec un suprême dédain).—J'aurai donc l'honneur d'offrir ma démission à Madame.

M^{me} LUBERT.—Et je l'accepte avec transport!

CÉLESTE.—Heureuse que je suis de quitter une si pitoyable baraque.

M^{me} LUBERT.—Insolente! Je vous ferai repentir!... Venez me demander un certificat, je vous le signerai... et de la bonne encre!

CÉLESTE.—Je me garderai bien de vous donner cette peine. Il ne pourrait que me nuire pour entrer dans une maison bien tenue.

M^{me} LUBERT.—Sortez, fille de rien! Et que je n'entende jamais parler de vous!

CÉLESTE.—Je serai plus polie que Madame: si sa future bonne vient aux renseignements chez moi, je me con-

terterai de lui dire qu'elle sera chez Madame aussi bien qu'on peut être chez de petits bourgeois.

M^{me} LUBERT.—Allez-vous-en tout de suite, tout de suite!... Vous trouverez l'argent de vos huit jours chez la concierge.

CÉLESTE.—Ah! la province... Pouah! (Elle sort.)

M^{me} LUBERT (accablée).—Et voilà où nous en sommes aujourd'hui, ma pauvre madame Jean!

LA BLANCHISSEUSE.—Comme à la maison avec les ouvrières. La grêle, quoil! (Elle charge le paquet de linge sale sur son dos.) Au plaisir, Mame Lubert. A dans dix jours.

LUBERT (rentrant).—Un instant!... J'ai retrouvé l'autre chaussette... plus trois mouchoirs de poche et un caleçon égarés.... dans mon paletot.

Le filou

Étude sociale.

S'il est assurément une corporation honnie, méprisée, conspuée, c'est bien la nombreuse corporation des filous.

Et cependant il nous serait aisé de prouver combien la prévention du public à l'égard de cette espèce d'individus est regrettable autant que peu justifiée.

Le filou, dans notre société moderne, est un être absolument nécessaire, utile. Sans lui l'honnêteté n'existerait pas sur notre pauvre terre. Il est facile de com-

prendre, en effet, le rôle bienfaisant joué par les coquins. Ces gens qu'on estime peu ou pas du tout font vivre des milliers de fonctionnaires. Ils sont, en réalité, la providence d'une foule de gens et, sans eux, la vie publique deviendrait d'une monotonie désespérante.

Rien de plus simple à démontrer.

Grâce aux filous, la France entretient cinquante mille gendarmes, trente mille gardes champêtres, cent mille sergents de ville. L'immense armée des magistrats qui embellissent nos vingt-deux cours d'appel, et nos tribunaux n'ont été créés que pour leur usage.

Que de familles subsistent ainsi du filou et de ses dérivés aimables: voleur, faussaire, gredin, etc., etc.

Je parlais tout à l'heure de l'honnêteté. Qu'est-ce que l'honnêteté? On ne sait pas au juste. Cependant en se rappelant le proverbe—sage contre tous les proverbes—qui dit qu'on n'est honnête que lorsqu'on ne peut faire autrement, il s'ensuit logiquement que l'honnêteté n'est que le résultat de l'abondance des filous. Nombre de nos semblables se feraient coquins si la carrière du vol n'était pas tellement encombrée. Il y a concurrence, évidemment. On a trop dit que le filou réussissait mieux que l'honnête homme. Tout le monde veut être filou pour réussir et arriver plus vite. Malheureusement, nous le répétons, les places sont prises et bien prises. Ne pouvant donc songer à briller dans une carrière déjà tant accaparée, quantité d'individus se résignent à vivre honnêtement—non sans regrets, d'ailleurs.

Enfin s'il est une chose qui égale notre existence banale, c'est bien les petits incidents du Palais de justice. Quand il ouvre, le matin, son journal, l'abonné n'a rien de plus pressé à faire que de courir à la colonne: *Tribunaux*, ou au titre: *Faits divers*. Là, il se délecte

des incidents de police correctionnelle et de cour d'assises. Ici, il se repaît du récit du dernier crime ou des détails concernant le *pickpocketage* récent. Cette lecture l'intéresse, le séduit, le charme bien autrement que le compte-rendu des Académies ou des Chambres. Elle fait le sujet des longues causeries de coin du feu. Les cent mille loges de nos cent mille concierges retentissent des péripéties de la lutte engagée entre Jean Héroux et «son président». Puis les chroniqueurs à court de copie s'emparent des faits et se livrent à d'éloquents paragraphes longuement commentés. Les auteurs dramatiques détachent avec art de telle ou telle séance juridique les éléments d'une comédie émouvante ou d'un joyeux vaudeville que la foule s'empresse d'aller ensuite écouter et applaudir.

Ce sont les filous qui nous font apprécier l'utilité des coffres-forts et des serruriers.

Sans les filous, le revolver n'existerait presque pas, et quantité d'armuriers ne seraient pas millionnaires. C'est la crainte des voleurs qui nous fait soigneusement fermer les portes de nos appartements et nous éviter ainsi des courants d'air aussi pernicieux que redoutés.

Aux filous et aux voleurs revient tout l'honneur de l'invention du casse-tête et de la canne plombée, deux industries très florissantes en ce moment.

On le voit, l'humanité tout entière dépend peu ou plus de ces individus et leur doit des satisfactions sans nombre. Pourquoi donc persister à mettre au rang des parias une catégorie de *travailleurs* si indispensables au bonheur de la société?

C'est un préjugé absurde de plus à déraciner, et nous ne faillirons pas au devoir qui nous pousse à lutter dans ce sens. J'ai entendu bien souvent des personnes se

plaindre amèrement d'avoir été volées en omnibus, dans la rue, ou ailleurs. Eh! à qui la faute?... Si ces Jérémies avaient eu de poches bien dissimulés, le malheur dont ils gémissent ne serait pas arrivé. C'est une leçon salutaire qui leur est donnée, et à ce point de vue les filous sont de grands moralistes, Quand on pense à eux on se sent devenir soigneux, méticuleux. On range méthodiquement ses petites affaires, on ferme ses armoires, on ne laisse rien traîner sur les tables, on veille sur soi en toute occasion. Vivent les filous! vous dis-je, ce sont des gens précieux à qui nous devons la plus belle somme d'expérience que nous sommes susceptibles d'acquérir!

Les insectes

Jetons les yeux sur ce que la nature a créé de plus faible, sur ces atomes animés pour lesquels une fleur est un monde, et une goutte d'eau un océan. Les plus brillants tableaux vont nous frapper d'admiration. L'or, le saphir, le rubis, ont été prodigués à des insectes invisibles. Les uns marchent le front orné de panaches, sonnent la trompette, et semblent armés pour la guerre; d'autres portent des turbans enrichis de pierreries, leur robes sont étincelantes d'azur et de pourpre. Ils ont de longues lunettes, comme pour découvrir leurs ennemis, et de boucliers pour s'en défendre. Il en est qui exhalent le parfum des fleurs, et sont créés pour le plaisir.

On les voit avec des ailes de gaze, des casques d'argent,

des épieux noirs comme le fer, effleurer les ondes, voltiger dans les prairies, s'élançant dans les airs. Ici on exerce tous les arts, toutes les industries; c'est un petit monde qui a ses tisserands, ses maçons, ses architectes. On y reconnaît les lois de l'équilibre, et les formes savantes de la géométrie. Je vois parmi eux de voyageurs qui vont à la découverte, des pilotes qui, sans voile et sans boussole, voguent sur une goutte d'eau à la conquête d'un nouveau monde. Quel est le sage qui les éclaire, le savant qui les instruit, le héros qui les guide et les asservit? Quel est le Lycurgue qui a dicté des lois si parfaites? Quel est l'Orphée qui leur enseigne les règles de l'harmonie? Ont-ils des conquérants qui les égorgent, et qu'ils couvrent de gloire? Se croient-ils les maîtres de l'univers, parce qu'ils rampent sur sa surface? Contemplons ces petits ménages, ces royaumes, ces républiques, ces hordes semblables à celles des Arabes: une mite va occuper cette pensée qui calcule la grandeur des astres, émouvoir ce cœur que rien ne peut remplir, étonner cette admiration accoutumée aux prodiges. Voici un insecte impur qui s'enveloppe d'un tissu de soie, et se repose sous une tente; celui-ci s'empare d'une bulle d'air, s'enfonce au fond des eaux, et se promène dans son palais aérien. Il en est un autre qui se forme, avec un coquillage une grotte flottante, qu'il couronne d'une tige de verdure. Une araignée tend sous le feuillage des filets d'or, de pourpre et d'azur, dont les reflets sont semblables à l'arc-en-ciel. Mais quelle flamme brillante se répand tout à coup au milieu de cette multitude d'atomes animés? Ces richesses sont effacées par de nouvelles richesses. Voici des insectes à qui l'aurore semble avoir prodigué ses rayons les plus doux. Ce sont des flambeaux vivants qu'elle répand dans les prairies; voyez cette mouche qui luit

d'une clarté semblable à celle de la lune, elle porte avec elle le phare qui doit la guider. Tandis qu'elle s'élance dans les airs, un ver rampe au dessous d'elle; vous croyez qu'il va disparaître dans l'ombre; tout à coup il se revêt de lumière comme un habitant du ciel; il s'avance comme le fils des astres: tout s'illumine et ces reflets éclatants, ces flammes célestes qui rayonnent autour de lui, éclairent les doux combats, les extases et les ravissements de l'amour.

L' HOMME.

Le corps de l'homme est le corps de l'animal transfiguré et redressé vers le ciel, pour planer sur la terre du regard. Son pied, socle mobile étalé sur le sol, de manière à y prendre un large point d'appui, porte perpendiculairement une jambe élevée et flexible au genou, qui donne au pas, par sa hauteur et par sa flexion, plus d'ouverture et plus de légèreté. L'os du bassin, évasé sur la hanche et le col du fémur, projeté en arc-boutant, asseoit le tronc du corps d'aplomb sur une large base, dans un savant équilibre. Sa poitrine saillante, développée d'une épaule à l'autre, joue avec aisance et respire amplement le fluide nourricier de l'atmosphère. Le bras, inutile à la marche, pend au côté comme un organe disponible, réservé à quelque fonction ultérieure encore inconnue. Sa main, souple, charnue, intérieurement revêtue sous la pulpe d'une trame nerveuse pour mieux palper et mieux vibrer au contact; armée à son extrémité de quatre doigts allongés, articulés, contrac-

tiles, manœuvres chacun par un ressort particulier; fermée par un pouce en retour, opposable à volonté aux quatre autres doigts, pour mieux saisir et mieux enserrer l'objet saisi, est en quelque sorte un riche clavier aux touches indépendantes, qui peuvent agir une à une et moduler indéfiniment leur action par une innombrable variété de mouvements.

La tête, dernière vertèbre épanouie à l'extrémité de la colonne, suspendue dans l'espace, mobile sur son axe, et arrondie au sommet, semble réfléchir, par je ne sais quelle mystérieuse symétrie, la courbe du ciel dans la courbe de sa coupole. Le cerveau, plus vaste que chez aucun animal, dort abrité et recueilli sous la voûte du crâne comme sous le firmament de la pensée. La prunelle, étoile du regard, enfermée aussi dans une ellipse, rayonne, du fond de l'arcade surciliaire, sa paisible clarté. L'oreille ouvre à l'air libre, de chaque côté de la tête, sa conque harmonieuse creusée par l'onde du son comme l'anse de la rive par la vague de la mer. La narine incline vers la terre sa coupe renversée pour aspirer au passage la fumée montante du parfum. Le pli de la lèvre ondule en ligne brisée, arc souple et mobile toujours prêt à lancer la parole. Enfin la chevelure frotte au vent, éparse et répandue sur l'épaule en signe de force, comme la crinière du lion.

Le corps de l'homme est donc admirablement rythmé, pondéré pour la sensation et pour le mouvement. Il a, comme l'animal, quatre sens ouverts sur la nature, mais mieux disposés pour en réfléchir les impressions. Il peut voir, entendre du haut de sa stature, comme du haut d'un observatoire, dans toutes les directions et dans tous les vents de l'atmosphère. L'œil rapproché de l'œil donne à son regard l'unité de vision. L'oreille, modelée

sur la vibration du son, en saisit jusqu'à la plus imperceptible nuance. La narine privilégiée analyse au crible intérieur de sa membrane les diverses espèces de parfums. La langue, dépouillée d'écaillés par exception, savoure aisément les innombrables saveurs du goûter. La peau nue, couverte seulement çà et là de poil comme d'un reste de vêtement animal que la nature lui a aissé par pitié en attendant un autre manteau, absorbe ou peut absorber sans intermédiaire la volupté de la sensation par tous les pores de l'épiderme. La main, éminemment créatrice et plastique, pleine de grâces et de caresses, porte d'avance en elle toutes les formes d'art qu'elle doit successivement créer et semer dans les siècles de l'humanité.

Mais l'être extérieur, si parfait que nous le supposions dans ses harmonies, enveloppait un être intérieur, plus parfait encore dans ses facultés.

L'homme avait des facultés à part pour communiquer avec la vie universelle, pour la sentir et pour la réfléchir.

Il avait la sensation ou la faculté de la sensibilité; la sympathie ou la faculté de l'amour; la raison ou la faculté de la connaissance.

Il avait, de plus, pour reconnaître ses facultés, la conscience, pour retenir leur actes, la mémoire, pour les diriger, la volonté.

Sentir, aimer, connaître; savoir que l'on sent, que l'on aime, que l'on connaît; se rappeler que l'on a senti, aimé, appris; vouloir, sentir, aimer et connaître, voilà l'homme tout entier.

Il avait enfin d'autres facultés accessoires complémentaires de sa supériorité sur toutes les races de l'Éden; la faculté de la parole, qui est la voix modifiée à l'infini

pour exprimer la modulation infinie de la pensée: la faculté du travail, qui est l'action mécanique du corps, dirigée par l'intelligence et appropriée au besoin; la faculté de la prévoyance, qui est la préparation de l'avenir dans le présent, et une continuelle sollicitation au travail par l'espérance: la faculté enfin de la perfectibilité, qui est la prérogative de travailler sans cesse à l'amélioration de sa propre destinée.

L'homme est donc ici-bas l'être le plus vivant, parce qu'il est l'être le plus multiple, et il est l'être le plus multiple, parce qu'il est le résumé de toutes les autres existences. Il a, dans son organisme, une partie purement calcaire qui le rattache au minéral, purement végétale qui le rattache à la végétation. Il est à la fois par place, dans sa charpente, dans sa chevelure, dans sa fibrine, roche, plante, animal. Il est l'être des êtres. Sa vie sacrée est l'arche d'alliance de toutes les espèces errantes sur la planète. Il les contient toutes transfigurées et portées en lui à leur suprême puissance.

Par cela même que l'homme est l'être le plus complexe, il est aussi le plus personnel; car plus la vie est variée, plus elle est une, pour rattacher toutes les diversités à un centre commun, et plus, en même temps, ce centre commun, vivifié d'éléments divers, est puissant.

L'homme seul possède entre tous les commensaux de la terre la plus haute expression de la personnalité, la conscience. Lui seul sait qu'il vit, qu'il vivra toujours; lui seul a la tradition, qui est la mémoire de l'espèce dans l'individu; lui seul a la prévoyance, qui est l'antipation du présent sur l'avenir; lui seul veut, connaît, retient, pressent, intervient dans sa destinée, progresse, en un mot, avec la conscience de son progrès.

Plus il est vivant, plus chaque partie de son être est complice de la vie intégrale qui est en lui, en participant davantage au fluide vital, à la chaleur et à l'électricité, plus aussi elle est indépendante, personnelle à une fonction, et en même temps solidaire et responsable des autres parties, jusqu'à ce qu'enfin cette fédération diverse de membres distants aboutisse par une savante gradation d'organismes au visage, sanctuaire suprême qui les relie tous dans son unité.

Le visage est au corps de l'homme ce que ce corps lui-même est au reste de la création, l'être résumé et reproduit dans toute sa splendeur. Il représente plus que toute autre partie du mécanisme les trois règnes, minéral, végétal et animal, par ses os, ses muscles et ses cheveux. Il réfléchit une vie plus abondante par une ligne plus incidentée, qui ondoie continuellement d'ellipse en ellipse, depuis le front jusqu'au menton, et une couleur plus variée que partout ailleurs, depuis la pourpre de la lèvre et la lueur de l'aurore flottante sur la joue, jusqu'à l'iris de la prunelle et jusqu'à la boucle de cheveux ruisselante d'un rayon de soleil. Le visage de l'homme est le suprême idéal de la beauté.

Harmonie, grâce, proportion, raison, sympathie, sensibilité, action, mémoire, volonté, parole, prévoyance, industrie, perfectibilité, voilà, les premiers signes de la supériorité de l'homme sur les autres créatures. Mais l'homme constate encore sa grandeur à d'autres signes que la philosophie n'a pas enregistrés:

A mesure que les êtres descendent l'échelle de la vie, ils appartiennent de plus en plus à l'espace. Ils ne peuvent pas changer d'horizon, ni franchir certaines latitudes. La plante d'un soleil meurt sous un autre soleil. L'animal d'un climat languit dans une autre patrie. L'hom-

me seul brave cette loi d'une création plus finie que lui et il dresse partout sa tente du pôle à l'équateur. Sa vie est comme la vie universelle de la planète répandue à tous les points de la surface.

A mesure encore que les êtres s'enfoncent dans la nuit épaisse des premiers organismes, ils appartiennent de plus en plus au mouvement général de la gravitation. Une loi de fatalité remplace en eux la volonté et l'intelligence. Elle règle mécaniquement, périodiquement leurs actes et leurs fonctions. Ainsi, une saison allume et éteint, à une heure fixe, tous les amours dans chaque hémisphère. La plante reçoit, le même jour que l'oiseau, l'ordre d'aimer et de cesser d'aimer. L'homme seul viole cette consigne. Il ne reconnaît pas d'heure assignée à ses fiançailles, comme s'il était sur la terre le flambeau toujours allumé de l'amour.

Sans doute, l'homme n'échappe pas entièrement à la tyrannie de la gravitation. Il subit moins que la plante, le contrecoup de la révolution annuelle de la terre autour du soleil. Il la subit cependant. Il subit aussi l'influence de sa révolution diurne sur elle-même; il ne peut pas retenir sous ses pieds la terre qui le plonge violemment dans les ténèbres; mais il lutte contre cette double influence. Et tout à l'heure, en étudiant l'histoire de ses progrès, nous verrons comment il est sorti vainqueur de ce combat.

De même qu'il est présent sur la terre partout où la vie peut vivre; de même, il est omnivore, pour mêler dans une communion incessante avec l'univers, toutes les substances organiques dans sa substance sacrée et symboliser ainsi cette révolution perpétuelle de la vie qui triture indéfiniment, depuis le premier cataclisme, la matière des organismes inférieurs pour la jeter dans de

plus puissants organismes. Il fait ainsi passer dans sa chair, atome par atome, la fibre de chaque univers. Unité supreme des êtres sur la terre, chaque partie de l'être devait avoir sa place dans son unité

Voilà l'homme, prêtre du monde, appelé à rattacher religieusement la terre à Dieu, et à lui porter sur l'autel la création terrestre en holocauste.

UN VIEUX CONTE ESPAGNOL.

LE MENSONGE ET LA VÉRITÉ.

Au temps jadis, le Mensonge et la Vérité résolurent de vivre ensemble comme une paire d'amis. La Vérité était bonne personne, simple, timide, confiante; le Mensonge était élégant, hardi, beau parleur. L'un commandait; l'autre obéissait toujours. Tout allait donc pour le mieux dans cette aimable compagnie.

Un jour, le Mensonge dit à la Vérité qu'il serait bon de planter un arbre qui leur donnerait des fleurs au printemps, de l'ombre en été et des fruits en automne. La Vérité trouva la chose de son goût; l'arbre fut aussitôt planté.

Dès qu'il commença à grandir, le Mensonge dit à la Vérité: Ma sœur, choisissons chacun une part de l'arbre; une communauté trop étroite est cause de discorde; les bons comptes font les bons amis. Voici, par exemple,

les racines de l'arbre; ce sont elles qui le soutiennent et le nourrissent; elles sont à l'abri de l'orage et du temps, que ne les prenez-vous? Pour vous être agréable, je me contenterai, moi, des branches qui poussent en plein air, à la merci des oiseaux, des animaux, des hommes, du vent, de la chaleur et de la gelée. Que ne ferait-on pas pour ceux qu'on aime?

La Vérité, confuse de tant de bonté, remercia son compagnon, et s'enfonça en terre: grande joie pour le Mensonge, qui se trouvait seul parmi les hommes, et pouvait régner à son aise.

L'arbre poussa vite; ses grands rameaux versaient au loin l'ombre et la fraîcheur; il eut bientôt des fleurs plus éclatantes que la rose. Hommes et femmes accouraient de toutes parts pour admirer cette merveille. Perché sur la branche la plus haute, le Mensonge les appelait, et bientôt les charmaient par ses paroles mielleuses.

A cent lieues à la ronde, on ne parlait plus que du Mensonge et de sa sagesse, il était question de le faire roi; quant à la bonne Vérité, tapie dans sa tanière, personne n'y songeait: elle y pouvait mourir oubliée.

Dans cet abandon où chacun la laissait, elle en était réduite à vivre de ce qu'elle trouvait sous terre; et tandis que le Mensonge trônait parmi la verdure et les fleurs, la pauvre taupe rongea les racines amères de l'arbre qu'elle avait planté. Elle en rongea tant, qu'un jour où le Mensonge, plus éloquent que jamais, parlait à une foule innombrable, le vent s'éleva, et sans être violent renversa tout à coup l'arbre qui n'avait plus de racines pour le retenir. Dans leur chute, les branches étouffèrent tous ceux qu'elles couvrirent; le Mensonge en fut quitte pour un œil blessé et une jambe cassée; il demeura couché et boiteux: c'était encore s'en tirer à bon marché,

La Vérité, rendue soudain à la lumière, sortit à peine vêtue, la tête échevelée, la figure sévère, et commença d'une voix rude à reprocher aux assistants leur crédulité et leur faiblesse. Dès qu'il l'entendit, le Mensonge cria: «Voilà l'auteur de tous nos maux, voilà celle qui nous a perdus! A mort! à mort!» Et le peuple, armé de pierres et de bâtons, poursuivit la malheureuse, et, morte ou vivante, la jeta dans son trou. On scella aussitôt une large pierre, afin que la Vérité ne sortît plus de son tombeau.

Elle avait cependant quelques amis, car dans la nuit une main inconnue grava sur la pierre l'épithaphe suivante:

Aquí yace la Verdad,
A quien el Mundo cruel
Mató sin enfermedad
Porque no reinase en él
Sino Mentira y Maldad.

Le Mensonge ne souffre pas la contradiction, c'est là son moindre défaut. On chercha l'ami de la Vérité, et, sitôt trouvé, on le pendit haut et court. Il n'y a que les morts qui ne se plaignent pas. Pour être plus sûr de sa victoire, le Mensonge bâtit son palais sur le sépulcre de la Vérité; mais on assure que quelquefois elle se retourne dans sa tombe; ce jour-là, le palais tombe comme un château de cartes et écrase les innocents et les coquins qui l'habitent. Mais on a autre chose à faire qu'à pleurer les morts; on en hérite. Le peuple, dupe éternelle, reconstruit chaque fois un palais plus beau que l'ancien, et le Mensonge, louche et boiteux, règne toujours.

LA FEMME HOMME

Je ne reviens ni sur les fonctions publiques: maire, conseiller, député; ni sur les emplois juridiques avocat: procureur, juré; ni même sur les charges militaires, en dépit des amazones du roi Guézo. Les avoir nommées, c'est les avoir jugées.

Toutefois, ne nous y trompons point. Il n'est pas nécessaire que l'émancipation politique des femmes soit appliquée dans toute son étendue pour produire beaucoup de mal. L'idée seule suffit à ébranler la famille; le faux idéal fausse les positions, fausse les relations, fausse les affections. La vérité de l'état normal fait que tout le monde y est à l'aise; altérez cette vérité, le malaise surviendra. Dans nos temps agités, il importe plus qu'on ne croit de ne pas ajouter un grand désordre à tant de désordres, une révolution immense à tant de révolutions. Quand vous aurez démoli la famille, vous aurez démoli la société.

Les femmes qui réclament l'égalité politique, déclarent bien haut, et déclarent sans doute avec bonne foi, qu'elles n'abandonneront ni leurs devoirs d'épouses ni leurs devoirs de mères; elles font remarquer qu'en acquérant plus d'instruction et de sérieux elles ne seront que plus capables d'accomplir leurs obligations! — Nous ne contestons nullement ce point-là. Le développement intellectuel et moral ne saurait être qu'un avantage et nous y applaudissons. Mais il n'est pas question de dé-

veloppement, il est question des droits et des devoirs d'un sexe revendiqués par l'autre, il est question d'un changement absolu de vocation, de pensées, de travaux, d'individualité, et l'on nous persuadera difficilement que lorsque les hommes ont tant de peine à être hommes, les femmes puissent, tout en restant femmes, devenir hommes aussi, mettant ainsi la main sur les deux rôles, exerçant la double mission, résumant le double caractère de l'humanité! Nous perdrons la femme et nous n'aurons pas l'homme, voilà ce qui nous arrivera. On nous donnera ce quelque chose de monstrueux, cet être répuquant, qui déjà paraît à notre horizon.

L'avènement de la *femme-homme* est plus qu'une menace, c'est presque un fait accompli. La femme *bon garçon* lui sert de précurseur; modes masculines, costumes masculins, grosse voix, point de timidité, nulle gêne imposée ou acceptée, nulle exigence, pas même de simple politesse, on la reconnaît à cela; elle fume, secoue vigoureusement la main, et s'occupe de chevaux. La femme-homme, avec moins de laisser aller, ira plus loin. Elle rédigera des journaux, elle préparera des discours, elle chauffera des élections; pérorant, discutant, dissertant, pédante à la fois et politique! De rudes contacts lui auront fait perdre cette réserve craintive qui est la poésie de son sexe et qui en est aussi la protection. Avec le charme féminin notre respect aura disparu: ne trouvant plus que des hommes devant nous, nous deviendrons brutaux et rustres. Qui nous enseignerait la courtoisie? envers qui conserverions-nous des égards? pour qui s'imposer le moindre sacrifice de bien-être? Les mœurs se seront dépouillées de leur velouté, les relations se feront cassantes et brusques; les vraies élégances, la véritable distinction, l'urbanité, toutes ces choses

exquises dont les femmes étaient les protectrices disparaîtront dès qu'il n'y aura plus de femmes. L'ange gardien a laissé tomber ses ailes, la maison est dévastée, ouverte à tout vent, un objet sans nom, qu'on fuit avec des frissons d'épouvante.

Si jamais les femmes penchaient du côté de la prose grossière, tout serait définitivement perdu.

Ne désespérons pas. Les femmes sentiront que la poésie, que les instincts chevaleresques, que le côté relevé et en quelque mesure raffiné de la civilisation est placé sous leur égide; elles conserveront ce trésor. Voilà une vocation qui leur promet plus d'influence que tous les droits de suffrage, et cette vocation est tellement en accord avec l'ensemble de leur mission terrestre, que plus elles seront femmes, mieux elles s'en acquitteront; que mieux elles s'en acquitteront, plus elles seront femmes, dans le sens excellent et idéal du mot.

Revenons à la question spéciale.

Avez-vous prévu le cas où la femme électrice usera de son suffrage dans un sens opposé à celui du mari; le cas où chacun des époux servira sa politique à lui, qui ne sera pas celle de l'autre? Mesuré la portée, examiné les conséquences de cet antagonisme domestique appuyé sur l'exercice public et journalier d'un droit? C'est la famille transformée en parlement au petit pied, c'est la table devenue tribune, c'est la discorde à domicile!

Vous aurez beau faire, le mariage entre deux coélecteurs sera toujours impossible; l'intimité est fondée sur les différences: en créant des identités on la tue; vous aurez détruit autant qu'il est en vous cette admirable union établie par l'Éternel entre la force et la faiblesse, entre l'autorité et l'influence, entre la vie extérieure et

la vie intérieure, entre l'homme et la femme, entre les deux moitiés d'un même tout.

Encore une fois, ne nous effrayons pas trop. La réprobation qui a frappé les blooméristes, de l'autre côté de l'Atlantique, est un indice de cet instinct vivace et sûr aux simples clartés duquel bien des fantômes s'évanouissent pour ne plus revenir. La question des habits a son importance. L'habit féminin exprime en quelque sorte la vocation féminine; commode pour une vie d'intérieur, il se trouverait mal de l'action extérieure et prolongée, du contact immédiat et violent de la foule, de ses procédés brutaux. C'est bien pour cela qu'aux yeux des blooméristes, la robe constitue un signe de servitude, et que voulant émanciper la femme, elles ont essayé de la déguiser en homme. Le bon sens a protesté. En présence de tentatives plus sérieuses portant sur des points d'une bien autre valeur, le même bon sens trouvera de plus véhémentes indignations.

C'est sur les femmes que je compte pour repousser *le droit des femmes*.

LE FILOU

ÉTUDE SOCIALE

S'il est assurément une corporation honnie, méprisée, conspuée, c'est bien la nombreuse corporation des filous.

Et cependant il nous serait aisé de prouver combien la prévention du public à l'égard de cette espèce d'individus est regrettable autant que peu justifiée.

Le filou, dans notre société moderne, est un être absolument nécessaire, utile. Sans lui l'honnêteté n'existerait pas sur notre pauvre terre. Il est facile de comprendre, en effet, le rôle bienfaisant joué par les coquins. Ces gens qu'on estime peu ou pas du tout font vivre des milliers de fonctionnaires. Ils sont, en réalité, la providence d'une foule de gens et, sans eux, le vie publique deviendrait d'une monotonie désespérante.

Rien de plus simple à démontrer.

Grâce aux filous, la France entretient cinquante mille gendarmes; trente mille gardes champêtres, cent mille sergents de ville. L'immense armée des magistrats qui embellissent nos vingt-deux cours d'appel, et nos tribunaux n'ont été créés que pour leur usage.

Que de familles subsistent ainsi du filou et de ses dérivés aimables: voleur, faussaire, gredin, etc., etc.

Je parlais tout à l'heure de l'honnêteté. Qu'est-ce que

l'honnêteté? On ne sait pas au juste. Cependant en se rappelant le proverbe—sage contre tous les proverbes—qui dit qu'on n'est honnête que lorsqu'on ne peut faire autrement, il s'ensuit logiquement que l'honnêteté n'est que le résultat de l'abondance des filous. Nombre de nos semblables se feraient coquins si la carrière du vol n'était pas tellement encombrée. Il y a concurrence, évidemment. On a trop dit que le filou réussissait mieux que l'honnête homme. Tout le monde veut être filou pour réussir et arriver plus vite. Malheureusement, nous le répétons, les places sont prises et bien prises. Ne pouvant donc songer à briller dans une carrière déjà tant accaparée, quantité d'individus se résignent à vivre honnêtement—non sans regrets, d'ailleurs.

Enfin, s'il est une chose qui égaie notre existence banale, c'est bien les petits incidents du Palais de justice. Quand il ouvre, le matin, son journal, l'abonné n'a rien de plus pressé à faire que de courir à la colonne: *Tribunaux*, ou au titre: *Faits divers*. Là, il se délecte des incidents de police correctionnelle et de cour d'assises. Cette lecture l'intéresse, le séduit, le charme bien autrement que le compte rendu des Académies ou des Chambres. Elle fait le sujet des longues causeries de coin du feu. Les cent mille loges de nos cent mille concierges retentissent des péripéties de la lutte engagée entre Jean Héroux et «son président». Puis les chroniqueurs à court de copie s'emparent des faits et se livrent à d'éloquents paragraphes longuement commentés. Les auteurs dramatiques détachent avec art de telle ou telle séance juridique les éléments d'une comédie émouvante ou d'un joyeux vaudeville que la foule s'empresse d'aller ensuite écouter et applaudir.

Ce sont les filous qui nous font apprécier l'utilité des coffres-forts et des serruriers.

Sans les filous, le revolver n'existerait presque pas, et quantité d'armuriers ne seraient pas millionnaires. C'est la crainte des voleurs qui nous fait soigneusement fermer les portes de nos appartements et nous éviter ainsi des courants d'air aussi pernicieux que redoutés.

Aux filous et aux voleurs revient tout l'honneur de l'invention du casse-tête et de la canne plombée, deux industries très florissantes en ce moment.

Pourquoi donc persister à mettre au rang des parias une catégorie de *travailleurs* si indispensables au bonheur de la société?

C'est un préjugé absurde de plus à déraciner, et nous ne faillirons pas au devoir qui nous pousse à lutter dans ces sens. J'ai entendu bien souvent des personnes se plaindre amèrement d'avoir été volées en omnibus, dans la rue, ou ailleurs. Eh! à qui la faute?... Si ces Jérémies avaient eu des poches bien dissimulés, le malheur dont ils gémissent ne serait pas arrivé. C'est une leçon, une leçon salutaire qui leur est donnée, et à ce point de vue les filous sont de grands moralistes. Quand on pense à eux on se sent devenir soigneux, méticuleux. On range méthodiquement ses petites affaires, on ferme ses armoires, on ne laisse rien traîner sur les tables, on veille sur soi en toute occasion. Vivent les filous! vous dis-je, ce sont des gens précieux à qui nous devons la plus belle somme d'expérience que nous sommes susceptibles d'acquérir!

ENTRE DEUX VINS

Pendant la messe de minuit de l'an 1847 à Phalsbourg, le petit greffier de la justice de paix, Conrad Spitz et moi, nous vidions notre troisième bol de punch au café Schweitzer, près de la porte d'Allemagne. Les cloches ne sonnaient plus; tout le monde était à l'église depuis un quart d'heure; la veuve Schweitzer avant de partir, avait éteint les quinquets; la chandelle, placée entre Spitz et moi, éclairait vaguement un angle du billard, notre bol et nos verres: le reste se perdait dans l'ombre. La servante Grédel causait à voix basse dans la cuisine avec un trompette de hussards, et nous venions d'entendre une chaise tomber au milieu du silence

En ce moment, le petit greffier se prit à dire. «Comment se fait-il, mon cher Mr. Varderbach, qu'à cette heure indue... sans nous être dérangés de notre place au café Schwitzer, nous nous trouvions transportés chez Holbein, le tisserand... au coin de la halle aux grains et des vieilles boucheries?»

Ces paroles m'étonnèrent... Je regardai autour de moi, et je reconnus qu'en effet nous étions assis dans une petite chambre tellement basse, que les poutres enfumées du plafond nous touchaient presque la tête. Les petites vitres à mailles de plomb étaient ensevelies sous la neige. Un métier de tisserand en forme de buffet, des échelons de chanvre suspendus à des traverses, un rouet, un dévidoir, des navettes, un vieux bahut, un lit à bal-

draquin drapé de serge grise, un antique fauteuil à fond de cuir poli comme un plat à barbe, trois chaises effondrées, deux pots sur une étagère, une petite Vierge en plâtre au fond d'une niche, des ficelles tendues en tous sens, où pendaient des guenilles, de vieux bas, des linges filandreux... Voilà ce que je vis dans ce recoin du monde, large de dix pied au plus et haut de cinq. Les bas me pendaient sur le nez, les ficelles se croisaient autour de nous comme des toiles d'araignée... Enfin, entre le bahut et le pied du lit une perruque jaune s'élevait et s'abaissait tour à tour, et je reconnus, en la regardant attentivement, que c'était la tête du grand-père Holbein, tombé en enfance depuis quinze ans, et qui dormait toujours à la même place, plus jaune, plus ratatiné qu'une momie du temps de Sésostris.

Mais ce qui m'étonna le plus, c'est qu'en me retournant vers Spitz pour lui témoigner ma surprise, je me trouvai face à face avec une vieille pie chauve, posée sur le bâton supérieur de la chaise du greffier... le bec droit, la tête enfoncée entre les épaules, les yeux recouverts d'une pellicule blanche qu'elle relevait de temps en temps, et ses petites pattes sèches et noires cramponnées au bois vermoulu. Elle était immobile et rêveuse.

Je me dis aussitôt que Spitz, connu par son humeur caustique, s'était transformé en pie pour jouir de ma confusion; rien de plus naturel, il avait profité du moment où je tournais la tête... Du reste, son habit noir, sa cravate blanche, son nez pointu, ses petites mains nerveuses, lui donnaient les plus grandes facilités à cet égard.

—Oh! oh! camarade, lui dis-je, si tu veux jouir de mon embarras... tu te trompes... Ce n'est pas moi qui m'éton-

ne de ces choses-là... Il y a bel âge que j' ai entendu raconter de semblables histoires!

—Ce n'est pas pour cela que j'ai pris cette forme, dit-il, c'est parce qu'elle m'est plus commode... Ces chaises mal rempaillées ne me conviennent pas. Je suis bien mieux sur ce petit bâton... il semble avoir été fait tout exprès pour moi.

Je compris que ses raisons pouvaient être bonnes. Cependant, je l'avoue, sa nouvelle physionomie me parut bizarre et je le considérais avec une curiosité singulière: son bec d'un noir luisant, ses prunelles brillantes comme l'agate, son attitude endormie; et puis, le fond de la chambre, traversé de filaments inextricables, et je ne sais quelle odeur de moisi... tout me portait à m'extasier des choses les plus vulgaires.

—Conrad, repris-je en dissimulant mes véritables pensées, je m'étonne que Holbein, sa femme et sa grande fille borgne, abandonnent ainsi leur maison au milieu de la nuit... car enfin, si nous n'étions pas d'honnêtes gens, si nous ne faisons point partie de la magistrature, nous pourrions fort bien enlever ses écheveaux de chanvre, cette pièce de toile, cette Vierge de plâtre et même ce rouet et ce bahut... Il y a tant de coquins dans ce monde.

Oh! fit-il, je suis ici pour garder la maison.

Ce fut pour moi un trait de lumière. J'avais souvent remarqué sur le seuil de la vieille cassine et sur les volets à fleur de terre, une pie chauve... J'avais observé cet animal avec une vague défiance, ainsi que la mère Holbein, aux mains sillonnées de grosses veines bleuâtres... à la face creuse... aux yeux ternes... aux cheveux plus blancs que le lin.

—Hé! hé! me disait la vieille en brandissant la tête...

vous regardez mon oiseau... vous voudriez bien l'avoir... mais il est de la famille!

Je ne doutai pas alors que cette pie ne fût Spitzz lui-même; le petit greffier venait se reposer là de ses fatigues, se voyant bien accueilli par ces braves gens. Je lui communiquai ma supposition.

Hé! fit-il, vous êtes plus perspicace que je ne l'aurais cru, Mr. Vanderbach. En effet, c'est bien moi! Que voulez vous? La vieille Ursule me soigne bien; elle se priverait plutôt que de me laisser manquer... Chacun cherche ses avantages.

Nous causions ainsi, quand la voix du père Holbein, celle de sa femme et de sa fille se firent entendre au dehors. Ils traversaient la petite place encombrée de neige, tandis que les cloches annonçaient la fin de la messe.

Holbein descendit les trois marches de sa cassine en criant:—Orchel, tu as oublié de fermer notre porte... Que le diable emporte la vieille folle... Nous sommes peut être volés!

Puis il entra, et me voyant assis en face de la lampe:—Hé fit-il, c'est Mr. Vanderbach!

Puis la vieille, avec son livre de prières... puis la fille secouant la neige attachée au bas de sa robe, entrèrent à leur tour, en me saluant d'un: «Dieu vous bénisse.»

La pie s'envola sur l'épaule de la vieille, et Holbein me regardant, dit à sa femme:—He! hé! hé! ce bon Mr. Vanderbach!... Comment diable est-il-ici? Il m'a l'air d'avoir fait le réveillon.

—Oui, dit la femme, conduis-le chez lui.

—Allons, monsieur, dit le tisserand.... il est tard.... Prenez mon bras.

—Oh, je retournerai bien tout seul, lui répondis-je.

—C'est égal... c'est égal... faites-moi le plaisir de vous appuyer un peu.

Nous venions de sortir... il y avait deux pieds de neige.—«Et mon ami Spitz?» lui dis-je en marchant.

—Qui, Spitz?

—Le greffier?... La pie?...

—Ah! fit-il, oui... oui... je vous comprends... la pie va dormir... Vous avez causé avec elle... C'est un animal bien intelligent.

Et le brave homme me conduisit jusqu'à la porte de ma maison... Ma servante m'attendait... Elle le remercia. Cette nuit-là, je dormis comme un bienheureux.

Le lendemain, quand je rencontrai Spitz, il ne se souvenait plus de rien; il prétendit que j'étais sorti seul du café, et que j'étais entré en trébuchant chez les Holbein... Du reste, il ne voulut jamais convenir de sa transformation, et s'indigna même de mes propos à ce sujet!

UN DUO DE DÉSESPOIRS

Onze heures du soir. La nuit est noire et froide, la Seine coule avec un caplotement sinistre.

Deux hommes entrent à la fois sur le pont d'Iéna, le premier par la rive gauche, le second par la rive droite. Tous deux marchent à pas précipités et, en se retournant pour s'assurer qu'ils ne sont pas suivis, laissent échapper des phrases entrecoupées;

—Allons! c'en est fait! ma résolution est irrévocable.

Hésiter plus longtemps serait une lâcheté.

—Puisqu'elle ne m'aime pas, puisqu'elle a repoussé ma demande, je n'ai plus qu'à mourir.

—Sa main est promise à un rival, je ne survivrai pas à cette douleur.

—Elle seule pouvait faire la joie de ma vie.

—Sans elle mon existence ne serait qu'un long supplice.

—Quelle autre aurait ce charme, cette beauté irrésistible?

—Quelle autre réveillerait un cœur qu'elle a pris tout entier?

—Tous mes préparatifs sont achevés.

—J'ai réglé mes dispositions dernières.

—Du courage!

—En avant!

—Hum! Un passant. Attendons qu'il s'éloigne. Il serait capable de me repêcher pour toucher la prime.

Quelqu'un! Laissons-le partir. Il n'aurait qu'à me sauver pour le plaisir de voir son nom dans les journaux de demain.

Les deux aspirants au suicide passent l'un à côté de l'autre en fredonnant pour se donner une contenance.

—Ce monsieur est bien gai. S'il était à ma place!...

—Il est heureux, celui-là, de chanter. S'il était ici pour le même motif que moi!...

—Il sort probablement de quelque bal.

—Il revient sans doute de soirée.

—Un bal! Elle aussi est peut-être au bal en ce moment. Insouciant et rieuse, elle n'a pas même un souvenir pour celui dont elle cause la mort.

—De soirée! Qui sait si, au moment où je vais me tuer pour elle, elle ne valse pas avec lui?

—Oh! cette pensée renouvelle mes tortures. Finissons-en!

—Un tel soupçon exaspère mon désespoir. Mettons un terme à ces angoisses.

—Encore un homme!

—Toujours ce monsieur!

—Quelque rendez-vous galant, —comme pour insulter à ma situation!

—Un Lovelace qui attend sa belle. Cruelle ironie!

—J'aurai du moins la satisfaction de lui être désagréable.

—Ma présence l'importune. Je reste.

—Il faut avouer qu'il y a des gens qui ont de singuliers goûts. Choisir un pareil lieu et une pareille heure! Il fait un froid!...

—Voilà ce que j'appelle avoir le diable au corps. On gèle ici.

—Si c'était un voleur? En y réfléchissant, je lui trouve un air étrange.

—Au fait, ce pourrait bien être un filou. Son allure, maintenant que j'y songe, me paraît plus que suspecte.

—Qu'il vienne, il sera bien tombé. Un homme qui va mourir n'a rien à craindre.

—Il n'a qu'à approcher. Dans ma situation on défie la peur.

—Ah! Lucie! Lucie! Nous aurions pu être si heureux!

—Valentine! Valentine!... Il ne tenait pourtant qu'à vous d'assurer notre bonheur à tous deux.

—Peut-être une nouvelle démarche aurait-elle fléchi son indifférence.

—En insistant, en plaidant de nouveau la cause de mon amour, j'aurais peut-être arraché son consentement....

—De la faiblesse!... Je suis honteux de moi même.

—Un semblable regret!... Je rougis de ma pusillanimité.

—Aussi pourquoi le hasard m'empêche-t-il d'exécuter mon dessein? C'est la faute de ce rôdeur.

—Les résolutions extrêmes doivent s'exécuter sur-le-champ! C'est la faute de ce drôle....

—La patience m'échappe à la fin.

—Je suis bien bon de me gêner.

Tous deux se rapprochent et s'interpellent en même temps:

—Monsieur!...

—Plaît-il?...

—Vous avez dit?

—Monsieur, pourriez-vous me dire quelle heure il est?

—J'allais vous faire la même question.

—(A part.) J'en étais sûr, c'est un voleur.

—(Idem.) C'est un filou, Je l'avais deviné.

—Monsieur, je n'ai pas de montre; mais ce que je sais, c'est qu'il est une heure à laquelle les honnêtes gens ne se promènent pas sur les ponts.

—Et moi, je ne sais ce que valent les individus qui prennent le frais sur un parapet dans un semblable moment.

—Prétendez-vous m'insulter?

—Serait-ce une injure?

—Voici déjà longtemps que j'ai l'œil sur vous.

—Il y a trois quarts d'heure que je vous observe.

—Vous me suivez.

—C'est vous qui vous attachez à mes pas.

—Eh bien! morbleu, s'il faut vous l'avouer....

—Si vous désirez le savoir....

—(Ensemble.) Vous me ferez plaisir de passer votre chemin. Je viens ici pour me suicider!

—Vous? Allons donc! Vous voulez rire. La plaisanterie, monsieur, est de bon goût.

—Vous plaisantez vous-même, et l'ironie, je ne le cache pas, me paraît plus que déplacée.

—Alors, monsieur, vous êtes fou. Vous suicider à votre âge!

—Permettez-moi de vous dire que nous sommes à peu près contemporains et que votre projet est d'un insensé!...

—Mais, malheureux! quel motif peut vous inspirer une si coupable pensée? Mourez-vous de faim? Non, vous êtes mis avec élégance.

—Pauvre extravagant! je comprendrais cela, si vous étiez traqué par la misère, mais vous êtes vêtu à la dernière mode.

—Je vous excuserais encore si vous aviez commis quelque action déloyale dont votre figure m'atteste que vous êtes incapable.

—Je vous pardonnerais tout au plus de vouloir échapper au déshonneur, mais votre mine loyale exclut cette hypothèse.

—Laissez le suicide aux infortunés qui, comme moi....

—La mort est le lot de l'homme qui, à mon exemple....

—Elle est si belle, monsieur!

—Monsieur, un ange! avec le cœur d'un démon!

—Un désespoir d'amour, vous aussi?

—Vous aussi, amoureux au point de mettre fin à vos jours?

—Ecoutez, je ne la connais pas, mais je vous garantis qu'elle ne mérite pas l'honneur que vous lui faites. Si c'était ma Lucie!

—Sans l'avoir vue, je vous affirme qu'elle est indigne de votre sacrifice. Il n'y a qu'une Valentine sur la terre.

—Brune, grande, vive.

—Blonde, petite, langoureuse.

—Vous aimez les blondes, vous? Peu!

—Vous vous suicidez pour les brunes, vous! Ah!

—Mais, monsieur, la brune seule a cet air majestueux et charmant, ce regard altier et magnétique dont Lucie....

—A la blonde seule, cette tournure gracieuse et pleine d'abandon, ces yeux voilés et fascinateurs que Valentine...

—Monsieur, Diane était brun!

—Vénus était blonde, monsieur!

—Vous voyez bien que, puisqu'elle refuse ma main, j'ai raison de mourir.

—Du moment qu'elle ne veut pas m'épouser, vous voyez bien qu'il me faut quitter la vie.

—Ne m'arrêtez plus.

—Inutile de me retenir.

—Comment! sérieusement, c'est pour une blonde...

—C'est vraiment une brune pour qui....

—Ma parole! votre accent sincère finit par me donner à réfléchir....

—Votre conviction me gagne presque.

—J'aurais pourtant juré qu'il était impossible d'aimer une autre femme comme j'aime....

—J'aurais prêté le même serment.

—Eh! non, vos beautés brunes ont toujours quelque chose de viril....

—Par exemple!

—Un tel blasphème!

—Suivez bien mon raisonnement.... Je vous disais donc....

—Daignez me prêter votre attention.... J'avais l'honneur de vous expliquer.... Mais pardon, j'aperçois un café ouvert, et s'il vous était égal d'y achever la conversation....

—Volontiers, car je sens que je m'enrhume.

EPILOGUE.—UNE HEURE APRÈS.

Les deux amis improvisés, sortant du café, légèrement animés par le punch et le dialogue:

—Cher ami, vous avez raison...., Vivent les brunes!

—Du tout, c'est vous.... Vivent les blondes!

—Dites donc, quand je pense que tout à l'heure nous avons failli.... Atchi!

(Ensemble)—Décidément, nous sommes enrhumés; cela nous apprendra.

Si le suicide n'était pas un crime, il serait toujours bien ridicule.

CONTE.

Toutes les fées étaient réunies autour du berceau d'un enfant.

Le père et la mère écoutaient émus et respectueux les souhaits de chacune d'elles.—«Enfant, tu seras beau, grand, bien fait; tu porteras des couronnes d'or! tu seras héros! La foule t'acclamera; tes admirateurs en délire traîneront ton char; tu feras rire, pleurer, trembler et tressaillir les peuples. Les poètes égrèneront leur perles à tes pieds, les musiciens accorderont leur lyre pour chanter tes louanges. Tu seras aimé par cent héroïnes-diverses. Le poison, le poignard seront impuissants contre toi; ta renommée traversera les monts et les océans.»

La mère était tombée à genoux, rendant grâces aux fées. Mais la porte s'ouvrit brusquement, et la fée des gloires éternelles apparut.

«Je ne puis, dit-elle, reprendre les présents de mes sœurs; mais pour vous punir de votre oubli, voici quel est mon souhait: Les couronnes d'or seront de carton; il rira, il pleurera, il aimera, mais par la volonté d'un autre. Ceux-là-mêmes qui l'auront acclamé lui refuseront cruellement le signe distinctif donné aux citoyens d'élite. Le peuple dont il sera l'idole le brisera dans sa pleine gloire et l'entraînera tout frémissant des raves de la veille au char de son nouveau héros. Ses lauriers se changeront sur sa tête en fleurs d'immortelles, et il mourra dans la tristesse et dans l'oubli, ne laissant rien, rien de lui!

—Que sera-t-il donc? s'écria le père terrifié.

—Il sera comédien!»

Alors la fée de la mort se leva lentement.

«Enfant, je te vengerai, dit-elle; après ta mort, on écrasera l'artiste naissant du poids de ton souvenir!...»

LE NÈGRE

I.

..... Horrible, ce nègre, n'est-ce-pas? Eh bien! ce noir spécimen de la plus laide des races a la passion des fleurs. J'en ai fait mon jardinier.

J'habite à quelques lieues d'Alger, sur les bords de la mer, une ancienne maison mauresque, perdue dans la verdure, ensevelie sous les fleurs. J'en suis l'heureux propriétaire depuis que j'ai mis quelque frein à mon humeur voyageuse.

Autour de ma maison, dans le jardin très étendu qui l'environne, végètent follement des plumbagos, des mimosas, des jasmins, des citronniers, des myrtes, toutes sortes de roses, depuis les bengales, dont la note rouge éclate superbement, jusqu'à la rose du Bosphore, plus modeste de port et de ton, mais embaumée comme aucune. Ça et là, Ali, c'est le nom de mon nègre, a disposé des corbeilles où, à force de soins et en accumulant les plus riches terreaux, il est parvenu, avec la complicité du soleil et de l'eau, à produire des miracles de floraison.

II.

Ali aime tellement les fleurs, qu'il en porte sur lui, à toutes les boutonnières de sa veste, dans les parties lâches de sa ceinture, partout où il peut les fixer, où elles peuvent tenir. Ses larges narines sont des cassolettes qu'il emplît continuellement de pétales de roses. Avec un goût charmant, il confectionne des chapelets de fleurs de jasmin qu'il attache à sa calotte d'où ils tombent, en pendeloques odorantes, des deux côtés de ses joues. Il est vraiment drôle, Ali, avec sa face noire, enguirlandée de blanches fleurs. Je le surprends à coqueter avec sa rustique parure comme une femme le ferait avec ses bijoux. Ajoutez qu'il est presque toujours perdu dans une demi-ivresse causée par l'absorption permanente de capiteuses senteurs. Lorsque, l'œil atone, silencieux et marchant tout d'une pièce, comme un halluciné, il s'avance, l'arrosoir à la main, vers ses œilletons ou ses tubereuses, je m'écarte pour ne point le distraire de son rêve....

III.

J'ai toute espèce de difficultés à contenir chez mon ardinier cette passion de fleurs qui me vaut, parfois, par les températures lourdes, de fortes migraines. Si je l'écoutais, mon homme couvrirait la montagne de plantes odoriférantes. Son projet serait d'y attirer toutes les

abeilles du monde qui y feraient du miel, sans compter, ajoute-t-il, que je retirerais un grand bénéfice de la distillation des fleurs.

Je l'envoie souvent à tous les diables, mais il arrive à des résultats si étonnants, il a transformé en un séjour si délicieux les abords de ma demeure, que je suis vraiment, en somme, plus disposé à l'admiration qu'au blâme et que j'ai de véritables remords lorsque, par le fait de mes injustes boutades, je vois mon pauvre nègre tout peiné.

IV.

—Ali, lui dis-je un jour, je te donne carte blanche, fais ce que tu voudras, embellis encore mon petit royaume; je veux y amener ma femme, car je me marie, Ali.

A ces mots, le visage du nègre exprima la plus vive contrariété.

—Quand la *mouquera* sera ici, Ali partir, me répondit-il en son langage.

—Allons donc!

—Ali plus libre, jamais, reprit-il, Ali s'en aller.

—Mais tu es fou, répliquai-je. Eh! quoi, t'en aller parce qu'il y aura une femme ici?—Mais tu y gagneras, au contraire. Au lieu d'un homme, désagréable parfois, qui te gronde, ce sera désormais une femme qui présidera aux enchantements dont tu es le génie, qui te dira avec une jolie petite voix—tu sais, la voix des oiseaux:— C'est bien, Ali, c'est bien!

Et j'appelais à moi tous les lyrismes et les phrases mielleuses, et les mots caressants, mes flatteries ne l'ébranlaient pas. Mon nègre tenait bon.

—Ali quitter toi, quand toi marié.

C'était sa conclusion suprême et, chaque fois, il la soulignait d'un geste énergique qui décelait chez lui une immuable résolution.

V.

Je revins de France avec ma femme. Le jardin fut trouvé superbe, le nègre horrible, la maison un peu solitaire, mais nous nous aimions, et l'amour, qui peuple de fantômes heureux les plus grandes solitudes, allait faire son miracle ordinaire dans la villa.

A peine étions-nous arrivés qu'Ali demanda à me parler.

Il se présenta, triste, les yeux baissés, et avec une voix dont le ton décisif contrastait avec l'attitude abattue de sa personne.

—Ali part, me dit-il, adieu.

Et sans demeurer davantage et tandis que je l'appelais vainement, Ali descendit comme un fou les escaliers et disparut.

Je ne le revis plus de la journée. Je le fis demander dans le voisinage, on ne l'avait pas vu.

Un matin, comme les goëlands coassaient furieusement au fond de la crique, j'allai voir la cause de leur animation intempestive, Le ressac qui venait du large, où la mer était très forte, ballotait entre les rochers le cadavre gonflé d'un nègre. C'était Ali. Les jambes du noyé étaient attachées, indice de son âpre volonté de trouver la mort plus vite.

Le nègre n'avait pu se résoudre à s'en aller au loin, à fuir pour toujours; mais ne pouvant se déterminer à vi-

vre dans la villa où régnait la *mouquera*, il avait, du moins, voulu mourir près des merveilleux jardins qu'il avait créés, expirer en quelque sorte à leur ombre et dans l'atmosphère embaumée qu'il avait respirée si longtemps.

VI.

Par une coïncidence qui dut être la dernière joie du malheureux, tous les œillets et les roses avec eux s'étaient, ce matin même, ouverts aux brises d'avril—ils avaient déchiré, les amoureux, le calice des opulentes fleurs, et les senteurs enivrantes qui s'en étaient échappées avaient rappelé, un moment, au nègre décidé à mourir les pâmoisons, les griseries d'autrefois.

.....
Décidément, ma femme ne veut plus rester à la villa.
L'espectre d'Ali la poursuit partout...

UN PLUS PETIT QUE SOI

Personnages:

M. *Charles de Ventarrière*, conseiller général, futur candidat à la députation, résidant à Paris.

Maurice Valdrey, son secrétaire à demeure.

M^{lle} *Charlotte de Ventarrière*, sa fille unique.

Sébastien, domestique et confident.

I.

Le Cabinet de travail de M. de Ventarrière.

Sébastien (époussetant par intervalle et rangeant des papiers sur un bureau-ministre).—Ça me flatte, mais ça m'étonne tout de même, ce que l'on dit de Monsieur: qu'il écrit des choses superbes sur la politique et qu'il parle comme un livre. Seulement, avant que ce soit imprimé, tout ça, c'est écrit de l'écriture de M. Maurice, le fils d'un vrai savant et pas fier, puisque, depuis sa retraite au pays, ce bon M. Valdrey m'adresse des lettres à moi comme à un vieil ami. Mais j'entends monsieur qui vient avec M. Maurice....

M. *de Ventarrière* (à Maurice).—Certainement, oui, elle produira son effet, ma nouvelle brochure; je l'ai lue

et relue sur ces épreuves, et je ne trouve rien à y ajouter. Elle me mettra en très bonne posture auprès de mes électeurs et à la Chambre; car, du conseil général à la députation, il n'y a plus bien loin maintenant, et vous pourrez vous vanter d'être le secrétaire d'un homme d'Etat considérable.

M. *Charlotte* (frappant à la porte après l'avoir ouverte).—Peut-on entrer? Bonjour, père. Bonjour, monsieur Maurice. Si vous avez un moment avant le déjeuner, monsieur Maurice, je vous demanderai de venir m'aider à la bibliothèque, où je voudrais enfin ranger mes livres, puisque vous m'avez dit que, ce matin, vous pourriez. Depuis des jours et des jours, vous en faites de cette politique! Du matin au soir, même pendant les repas! Etes-vous content de papa? A-t-il bien travaillé aussi, lui?

M. *de Ventarrière*.—Voulez-vous bien, mademoiselle, être un peu plus respectueuse? Qui m'a donné une petite fille de cette impertinence?...

(M^{lle} *Charlotte* embrasse son père pour toute réponse et emmène Maurice.)

II.

DANS LA BIBLIOTHÈQUE.

M^{lle} *Charlotte*. — S'il y a de nouveaux livres, de nouveaux romans à lire, vous les choisirez pour moi, n'est-ce pas, monsieur Maurice? Et de nouvelles pièces de théâtre à aller voir, y en a-t-il?

Maurice.—Je vais me mettre au courant, mademoiselle.

M^{lle} Charlotte.—A propos de comédies, vous savez, monsieur Maurice, que M. de Frétillac père, le sénateur, et M. de Frétillac fils, attaché aux affaires étrangères, viennent encore dîner avec nous aujourd'hui, et que M. Hector de Frétillac, depuis trois mois déjà, se pose en prétendant.

Maurice.—En prétendant?

M^{lle} Charlotte.—Oh! vous comprenez très bien. N'allez pas faire le diplomate, vous aussi!.. Je voulais vous demander ce que vous savez, ce que vous pensez de lui.

Maurice.—Moi? Rien. Monsieur votre père doit connaître la situation présentée de ce jeune homme et l'avenir qui lui est promis...

M^{lle} Charlotte.—Dites aussi que mon père attend quelque chose de l'influence, supposée, de M. de Frétillac, un sénateur rallié, et que cela est pour beaucoup dans ses idées de mariage.... Moi, je ne dis ni oui ni non; j'attends.... Eh bien, monsieur Maurice, vous ne me conseillez pas, vous ne dites mot?

Maurice.—Pardon, mademoiselle; mais il me semble que, pour se marier, on a d'abord à se consulter soi-même, et....

M^{lle} Charlotte.—Alors, pas d'opinion, ou pas le courage de votre opinion.... C'est bien. Je continuerai à ne rien répondre. Vous allez voir....

III.

UN SALON.

M^{lle} Charlotte (au piano. Une partition nouvelle est devant elle. Ses mains distraites parcourent le clavier.) Trois semaines encore de passées, et je laisse faire et je laisse dire papa et monsieur Hector de Frétillac. Pourvu qu'ils n'aillent pas prendre trop vite mon silence pour un acquiescement! Et monsieur Maurice, voyez s'il parlera, lui!... On dit: timide comme une jeune fille. Eh bien, ce sont les garçons qu'il faut voir à ce jeu-là!... Ça lui fait un crève-cœur cependant de le voir avancer, leur projet de mariage, à ce que m'a dit Sébastien, qui l'a surpris tout inquiet, tout triste.... Je ne peux pourtant pas me jeter à sa tête! Que penserait-il de moi plus tard, après que nous serions mariés?...

Sébastien (arrivant du cabinet de M. de Ventarrière, un paquet de lettres à la main. Il s'approche de *M^{lle} Charlotte* et avec un respectueux sourire).—Mademoiselle me permettra de la féliciter...

M^{lle} Charlotte.—De quoi donc, Sébastien?

Sébastien.—Mademoiselle le sait bien: de son mariage! Voilà que monsieur vient de me charger d'aller porter ces notes aux journaux; tenez, il y en a huit d'un coup.

M^{lle} Charlotte.—Des notes sur mon mariage! Avec qui? Voyons, c'est impossible!

Sébastien.—Mais si, mademoiselle; j'ai bien entendu monsieur qui finissait d'en causer avec monsieur Maurice: quand il m'a fait venir pour cette commission.

M^{lle} Charlotte.—Et qu'en disait monsieur Maurice?

Sébastien.—Rien; et ça m'a çagriné un instant, parce que j'avais dans l'idée... Mais mademoiselle avant tout, et si mademoiselle a préféré ce mariage-là...,

M^{lle} Charlotte.—Chut! Donnez ce paquet de notes et suivez-moi.

IV.

CHAMBRE DE MADEMOISELLE.

Sébastien.—Qu' est-ce donc que mademoiselle veut faire?

M^{lle} Charlotte.—Mon bonheur, j'espère bien. Le père et la mère de M. Maurice n'ont pas de fiancée en vue pour lui, que vous sachiez?

Sébastien.—Oh! non. M. Valdrey père me l'aurait écrit.

M^{lle} Charlotte (elle ouvre les enveloppes et lit).—«Nous apprenons le prochain mariage de la fille unique d'un homme estimé parmi les sommités du monde politique, M. Charles de Ventarrière, conseiller général, désigné pour une des premières candidatures à la députation. Le gendre futur, M. Hector de Frétiliac, fils de l'honorable sénateur du centre gauche, est un jeune diplomate de grand avenir, tout à fait digne de cette alliance.» (Après cette lecture, M^{lle} Charlotte reste immobile, en proie à une vive agitation intérieure.) Oh! je vais aller dire à papa.... (Se ravisant, elle ouvre son pupitre, prend un cahier de papier et se met à copier cette note en nombre égal d'exemplaires. Seulement,

elle substitue au nom d'Hector de Frétiliac celui de Maurice Valdrey; au titre de diplomate, celui de publiciste, et, pour le futur beau-père, la qualité de savant à celle de sénateur.) Tenez, Sébastien voilà les notes qu'il faut aller remettre aux journaux, dans vos mêmes enveloppes. Là, c'est fait; partez vite et pas un mot.

V.

Chambre à coucher de M. de Ventarrière.

M. de Ventarrière (encore au lit. Sébastien vient de lui donner les journaux du matin, notamment ceux qui doivent contenir la note sur le mariage de sa fille. Après avoir ouvert trois ou quatre journaux avec une stupéfaction croissante, il se dresse sur son séant et tire fébrilement le cordon de sonnette. A Sébastien, accouru aussitôt).—Mes notes d'hier, pour les journaux, qui est allé les porter?

Sébastien (dominant son trouble). Moi, monsieur.

M. de Ventarrière.—Vous les avez donc laissées quelque part, ici, avant d'aller les remettre?

Sébastien.—Peut-être bien, je ne sais pas... Au salon je crois; oui, au salon, où je les ai retrouvées.

M. de Ventarrière.—Faites-moi venir M. Maurice, à l'instant. (Il achève de voir les journaux. Sa colère passe du rouge au blanc. A Maurice, qui entre). Lisez ceci, monsieur, lisez... C'est une abominable trahison, une indignité, une infamie, en fin, ça n'a pas de nom!....

Maurice (tout à fait abasourdi).—Je ne comprends pas.... C'est odieux. c'est absurde!....

M. de Ventarrière.—Votre nom substitué à celui de mon gendre! par qui, sinon par vous?

Maurice.—Oh! monsieur, mais j'en suis encore plus révolté....

M^{lle} Charlotte (elle était aux écoutes, et elle a ouvert subitement la porte).—Révolté de ce que j'ai fait, monsieur Valdrey, le mot est dur!

M. de Ventarrière.—Comment, toi! Que signifie?

M^{lle} Charlotte.—Te voilà bien à plaindre! Pour une fois qu'une jeune personne à marier choisit elle-même son mari, tu protesteras, toi, un homme d'intelligence et de progrès!

M. de Ventarrière.—Mais c'est archi-fou! Et M. de Frétiliac, malheureuse enfant?

M^{lle} Charlotte.—Mon ex-prétendant? Je m'en charge. Je lui ferai comprendre qu'il a trop d'esprit pour ne pas comprendre, et il comprendra.

M. de Ventarrière.—Et son père, le sénateur?

M^{lle} Charlotte.—Il saura bien ne pas t'en vouloir; on reste toujours l'ami d'un homme comme toi.

M. de Ventarrière. —Petite enjôleusel....

(Maurice, trop ému pour ne pas embrasser quelqu'un, se jette au cou de Sébastien.)

M^{lle} Charlotte.—Qu'aurais-tu fait d'un diplomate, voyons? J'étais condamnée à le suivre partout, à te quitter. Tandis que je te reste, comme ça; nous te restons, et avec ton petit gendre que voici tu deviendras grand député.

Sébastien.—Et grand-père. Ce qui me fera ma troisième génération d'enfants!...

Histoire du solitaire du Vésuve.

Ma jeunesse fut orageuse, j'essayai de tout, et je me dégoûtai de tout. J'étais éloquent; je fus célébré, et je me dis: «Qu'est-ce que cette gloire des lettres, disputée pendant la vie, incertaine après la mort, et que l'on partage souvent avec la médiocrité et le vice?» Je fus ambitieux, j'occupai un poste éminent, et je me dis: «Cela valait-il la peine de quitter une vie paisible; et ce que je trouve remplace-t-il ce que je perds?» Il en fut ainsi du reste: rassasié des plaisirs de mon âge, je ne voyais rien dans l'avenir, et mon imagination ardente me privait encore du peu que je possédais. Jeunes seigneurs, c'est un grand mal pour l'homme d'arriver trop tôt au but de ses désirs, et de parcourir dans quelques années les illusions d'une longue vie.

Un jour, plein des plus sombres pensées, je traversais un quartier de Rome peu fréquenté des grands, mais habité par un peuple pauvre et nombreux. Un édifice d'un caractère grave et d'une construction singulière frappa mes regards. Sous le portique, plusieurs hommes debout et immobiles paraissaient plongés dans la méditation.

Tandis que je cherchais à deviner quel pouvait être ce monument, je vis passer à mes côtés un homme original de la Grèce, comme moi naturalisé Romain. C'était un descendant de Persée, dernier roi de Macedoine.

Ses aïeux, après avoir été traînés au char de Paul Emile, devinrent simples greffiers à Rome. On m'avait jadis fait remarquer au coin de la rue Sacrée, sous un chétif abri cette grande dérision de la fortune. J'avais causé quelque fois avec Perséus; je l'arrêtai donc pour lui demander à quel usage était destiné le monument que je considérais: «C'est, me répondit-il, le lieu où je viens oublier le trône d'Alexandre: je suis chrétien.» Perséus franchit les marches du portique, passa au milieu des catéchumènes, pénétra dans l'enceinte du temple. Je l'y suivis avec émotion.

Les mêmes disproportions qui régnaient au dehors de l'édifice, se faisaient remarquer au dedans; mais ces défauts étaient rachetés par le style hardi des voûtes, et l'effet religieux de leurs ombres. Au lieu du sang des victimes et des orgies qui souillent l'autel des faux dieux, la pureté et le recueillement semblaient veiller au tabernacle des chrétiens. A peine le silence de l'assemblée était-il interrompu par la voix innocente de quelques enfants que des mères portaient dans leurs bras. La nuit approchait; la lumière des lampes luttait avec celle du crépuscule, répandue dans la nef et dans le sanctuaire. Des chrétiens priaient de toutes parts à des autels retirés: on respirait encore l'encens des cérémonies qui venaient de finir, et l'odeur parfumée des flambeaux que l'on venait d'éteindre.

Un prêtre, portant un livre et une lampe, sortit d'un lieu secret, et monta dans une chaise élevée. On entendit le bruit de l'assemblée qui se mettait à genoux. Le prêtre lut d'abord quelques oraisons sacrées; puis il recita une prière à laquelle les chrétiens répondaient à demi-voix, de toutes les parties de l'édifice. Ces réponses uniformes, revenant à des intervalles égaux, avaient

quelque chose de touchant, surtout lorsqu'on faisait attention aux paroles du pasteur, et à la condition du troupeau.

«Consolation des affligés, disait le prêtre, ressource des infirmes....»

Et tous les chrétiens persécutés, achevant le sens suspendu ajoutaient:

«Priez pour nous! priez pour nous!»

Dans cette longue énumération des infirmités humaines, chacun, reconnaissant sa tribulation particulière, appliquait à ses propres besoins quelques-uns de ces cris vers le Ciel. Mon tour ne tarda pas à venir. J'entendis le lévite prononcer distinctement ces paroles:

«Providence de Dieu, repos du cœur, calme de la tempête...»

Il s'arrêta: mes yeux se remplirent de larmes; il me sembla que les regards se fixaient sur moi, et que la foule charitable s'écriait:

«Priez pour lui! priez pour lui!»

Le prêtre descendit de la chaire, et l'assemblée se retira. Touché jusques au fond du cœur, j'allai trouver Marcellin, pontife suprême de cette religion qui console de tout; je lui racontai les peines de ma vie; il m'inscrivit des vérités de son culte: je me suis fait chrétien, et, depuis ce moment, mes chagrins se sont évanouis.

COLOMB.

Un homme allait de ville en ville, offrant aux princes de l'Europe un monde pour un vaisseau. Il avait longue-

ment pesé la terre à la lueur de sa lampe, dans l'apell-teau de sa pensée. Il ne lui trouvait pas le poids qu'elle devait avoir dans la création, et il continuait de rouler en silence ce problème. Il regardait le soir au couchant le soleil plonger dans l'écume de la Méditerranée. Où allait se sublime éclairer de l'espace qui fuyait à l'horizon dans la pourpre du nuage? Allait-il visiter de son rayon une autre contrée inconnue à notre regard? Si la terre était sphérique, la loi de l'équilibre le voulait ainsi.

A mesure qu'il prolongeait devant le ciel éteint cet interrogatoire du génie à sa propre pensée, son doute intérieur, successivement éclairé, prenait, au fond de son intuition, une apparence, une réalité. Le visionnaire voyait là, devant lui, à la frontière de la dernière étoile, aussi sûrement qu'avec les yeux des sens, un nouveau continent. Il bondit, comme soulevé par l'âme électrique toute entière de la planète. Il ouvrit les bras à l'espace et il cria: Je tiens un monde! La mer entendit son cri et le répéta de vague en vague jusqu'à la rive de l'Atlantide.

Le mendiant des princes erra longtemps, son bâton à la main, portant de cour en cour le continent de sa pensée. Aucun souverain de l'Italie ne voulut accepter ce don d'un rêve, et le prophète de l'hémisphère allait frapper à la porte d'un autre royaume. Il avait foi à sa vision. Il étouffait dans l'étroite enceinte de notre géographie. Son espérance marchait devant lui en lui montrant le chemin. Il la suivait, le front rayonnant, sans écouter le stupide murmure de l'ironie. Il trouva enfin une femme, une reine, qui voulut bien contribuer sur son trésor à la vérification de son pressentiment. Elle lui donna un vaisseau, et il partit.

L'esprit du progrès, ce complot universel, involon-

taire, de conjurés étrangers et dévoués, sans se connaître, les uns aux autres, avait déjà, par une admirable prévenance et une admirable sympathie, inventé la boussole, cet horloge de l'espace, qui marque la route des voyageurs, de la pointe de son aiguille. Conduit par cette muette assistance, que du fond de l'oubli, de l'Arabie peut-être, un collaborateur inconnu lui avait préparée, le hardi aventurier ouvrit la voile au souffle du mystère.

La côte avait fui derrière lui depuis des jours, depuis des semaines. Il allait, il allait toujours. Le flot venait et passait. Le vide renaissait du vide à son regard. Le soleil naissait et mourait sur la même incertitude. L'équipage douta d'une rive devant l'immensité. Il crut que le monde allait manquer. Il voulut forcer le conquérant d'une énigme à revenir sur sa témérité. Mais lui, invinciblement, confiant dans son rêve et enveloppé de toutes parts du néant, laissait le vent de Dieu pousser son vaisseau et regardait l'horizon. La terre était là, au bout de son doigt; il la voyait, il pouvait la montrer.

Et un matin, la nature avait mis ce jour-là sa robe de fête, comme pour une grande journée de l'humanité. L'intrépide navigateur vit tout à coup sortir de l'écume, à la proue de son navire, la terre de son rêve, parée de la palme du tropique et souriante dans le rayon du matin. Sa fiancée avait secoué à son approche le bouquet trempé de rosée, et semblait venir au-devant de lui dans un parfum. Il la reconnut; il l'avait vue tant de fois dans la contemplation de sa veillée! Il laissa échapper la barre du gouvernail, et tomba foudroyé sur le pont, à genoux. La chair était trop faible pour porter une pareille joie de l'esprit. Après cette seconde création, en quelque sorte du continent austral par une idée,

Colomb revint en Europe recevoir au fond d'une prison la récompense de sa conquête.

Il avait ouvert à sa patrie d'adoption la porte de la richesse, L'Espagne accourut sur ses traces ramasser l'or, dans le sillage du soleil. Lorsque Dieu veut attirer la civilisation vers une contrée, il y enfouit un trésor. L'éternel Argonaute du progrès franchit l'abîme pour conquérir la mystérieuse toison. L'Espagne avait d'abord été l'Hespéride au rayon tentateur qui appelait l'humanité à l'ouest. Mais le jour où la civilisation avait envahi l'Europe, l'Hespéride avait pris son vol en secouant son aile dorée, et avait disparu de l'autre côté de la mer dans le crépuscule du couchant. L'Espagne l'avait poursuivie à son tour et l'avait retrouvée dans une vallée des Cordilières. L'Hespéride fuira de nouveau encore, après quatre siècles, pour émigrer au bord d'une autre mer, en face de l'Asie. Messagère mystique de la caravane du progrès, elle lui indique son chemin dans l'espace.

A ma fenêtre.

I.

J'ai des habitudes campagnardes et je me lève avant l'angelus de six heures. C'est le bon moment pour travailler, surtout dans cette chaude saison. A cette heure matinale, la rue est silencieuse et presque solitaire. De

rare ouvriers filent le long du trottoir dans la direction de leur atelier. Le laitier et la fruitière commencent seuls à enlever les volets de leur boutique. Aux étages supérieurs, tout est encore endormi;—les martinets qui sifflent en volant comme des flèches au-dessus des toits, et moi, accoudé à l'appui de ma croisée, nous sommes à peu près les seuls êtres occupés à jouir de la fraîcheur de la matinée et à contempler le soleil qui monte dans des nuages roses au-dessus du clocher de l'église voisine.

II.

Avant-hier, cependant, je me suis aperçu que je n'étais pas l'unique spectateur du premier réveil de la rue. Dans l'hôtel meublé qui fait face à ma maison, une fenêtre était toute grande ouverte à la même hauteur que la mienne, et à travers les lames de ma jalousie baissée je pouvais suivre le va-et-vient affairé de la personne qui occupait la chambre. D'ordinaire les habitants de cet hôtel sont peu matineux, et, au risque d'être indiscret, je me mis à observer curieusement la voyageuse—car c'était une femme—qui se trouvait sur pied dès avant la sonnerie de l'angelus.—Elle pouvait avoir vingt ou vingt-deux ans. Elle venait de se coiffer et, sommairement vêtue d'une camisole blanche et d'une jupe de couleur sombre, elle était occupée à broser sa robe,—une simple robe noire qui ne paraissait plus très fraîche et à laquelle elle prodiguait des soins maternels. Elle l'effleurait à peine avec la brosse, puis, à l'aide d'une serviette mouillée, elle enlevait délicatement

les grains de poussière logés dans les coutures et les fronces. Dans l'encadrement de la fenêtre, un pied posé sur une chaise, elle se penchait vers la robe étalée sur son genou, de sorte que je pouvais, sans être vu, l'observer de face et de profil. Elle était bien faite; sans être jolie, elle avait une physionomie ouverte et intéressante, le teint un peu hâlé, de grands yeux, des cheveux châains encadrant un front bombé et intelligent. Elle avait l'air décidé, mais non effronté. Cette assurance semblait provenir d'un exercice précoce de la volonté et de l'initiative et n'excluait pas une honnête retenue, car, ayant entendu sans doute du bruit à la porte de sa chambre et craignant d'être surprise dans sa toilette sommaire, elle tressaillit tout d'un coup et se rejeta en arrière avec un geste pudiquement effarouché.

III.

Lorsqu'elle eut terminé son travail de nettoyage, elle quitta la fenêtre un moment, puis elle reparut vêtue de sa modeste robe noire, la taille svelte, la poitrine bombée sous l'étoffe déjà mûre du corsage. Je la vis prendre sur la table un grand carton de dessin et y enfermer une équerre et une règle plate toutes neuves. Peu après, vers sept heures, elle sortit de l'hôtel,—coiffée d'un chapeau de paille noire et portant le carton sous son bras,—et se dirigea vers les quais.—Alors je compris.—La matineuse jeune femme était une institutrice des environs de Paris, venue pour subir les épreuves d'un concours ou d'un examen à l'hôtel de Ville.

IV.

J'épiai son retour, le même soir, derrière ma jalousie. Elle rentra vers six heures, avec son grand carton de dessin. Elle paraissait harassée, écrasée à la fois par les émotions du jour et par la chaleur qui était suffocante. A peine dans sa chambre, sans se douter qu'elle pouvait être vue, elle enleva sa robe noire, y substitua une camisole blanche; les cheveux dénoués afin d'être plus à l'aise, elle tira de son carton des cahiers et des livres, et, accoudée à la table, elle se mit, la malheureuse, à préparer l'épreuve du lendemain. Vers sept heures, on lui monta de l'hôtel un maigre dîner qu'elle mangea tout en lisant, puis, quand la nuit arriva, elle resta étendue sans lumière, dans le fauteuil roulé près de la fenêtre, essayant de respirer un peu d'air frais, et écoutant dans une attitude lasse les bourdonnements de la rue bruyante.—Vers onze heures, quand je rentrai, je vis qu'elle avait allumé une bougie, et à cette vacillante lueur, elle relisait encore les matières de l'examen. Enfin elle s'endormit, mais de quel sommeil traversé de cauchemars, tous ceux qui ont passé des examens peuvent le deviner....

V.

Le lendemain quand je me levai à l'angelus, elle était déjà sur pied et coiffée. Elle recommença avec les mêmes précautions le nettoyage de sa robe noire, épingla son

chapeau de paille sur sa tête, puis, le carton sous le bras, reprit, vers sept heures le chemin de la salle des examens.

VI.

Elle revint à cinq heures de l'après-midi, mais cette fois avec une figure bouleversée. Elle se débarrassa de son carton, jeta son chapeau, et se laissant tomber dans le fauteuil, les coudes sur la table, les mains dans les cheveux, elle se mit à fondre en larmes. La cause de son chagrin n'était pas douteuse, hélas! La pauvre fille avait échoué à l'examen écrit. Tant de journées de travail, tant d'efforts, tout ce *surmenage* du cerveau, n'avaient abouti qu'à un échec. Sa douleur librement épanchée était navrante. On y devinait l'écroulement de plus d'un château en Espagne, l'anxiété de l'avenir, les humiliations du retour, toute une humble et lamentable tragédie....

VII.

Tout à coup elle se leva, essuya ses yeux rouges, plonge sa figure dans l'eau, puis, tandis que des sanglots convulsifs soulevaient encore sa poitrine, elle lia ensemble ses livres, ficela dans son carton l'équerre et la règle plate toutes neuves, enferma quelques menus objets de toilette dans un petit sac de cuir et sonna le garçon, sans doute pour demander sa note et commander une voiture, car, quelques instans après je la vis fouiller

dans son porte-monnaie et compter tristement l'argent qui lui restait.

VIII.

Au bout d'un quart d'heure, elle se recoiffa, revêtit un très modeste mantelet de laine et sans même jeter un regard d'adieu sur cette chambre où elle avait passé tant d'heures d'espoir et d'angoisses, elle s'en alla. Une voiture l'attendait à la porte de l'hôtel; elle y monta avec son mince bagage et le cocher fouetta sa bête.

J'accompagnai d'un regard ému cette voiture qui emportait la jeune fille vers la gare de l'Ouest, et qui disparut bientôt dans le poudrolement de la rue ensoleillée.

Et, depuis, je ne peux plus voir la fenêtre de la chambre de l'hôtel d'en face sans songer avec un serrement de cœur aux sanglots étouffés de la pauvre institutrice en robe noire.

LES CIEUX.

La vie universelle! Voilà ce que la Nature nous enseigne par cette voix intime et puissante à la fois qu'elle parle en tout lieu du monde,—par cette voix qui traverse les espaces et se fait entendre dans les cieux aux habitants de toutes les terres planant dans l'étendue,—par cette voix qui s'adresse à l'âme et que tous les hommes créés peuvent entendre. Voilà ce qu'elle annonçait jadis à nos sages, à nos poètes et à nos philosophes dont le génie s'était par sa seule puissance élevé jusqu'à elle. Voilà ce qu'elle vient démontrer aujourd'hui par les découvertes modernes de la science, qui, après une lutte de quinze siècles, est enfin parvenue à percer ses premiers secrets. Malgré l'imperitie de son interprète, elle a parlé d'une manière assez éloquente pour s'attirer les esprits et les cœurs; mais la conviction qu'elle tient à établir en nous doit être profonde et ineffaçable, et elle ne veut pas abandonner encore le tableau qu'elle a déroulé sous nos regards. Il est admis maintenant, nous l'espérons du moins, que la pluralité des mondes ne peut pas ne pas être, et si l'on ne peut pas certifier que *tel* ou *tel* monde spécialisé soit *aujourd'hui* nécessairement habité, il faut du moins admettre, en thèse générale, que l'habitation des mondes est leur état normal. Mais il est une considération plus générale que les précédentes qui doit venir maintenant les couronner et les confirmer. Le *microscope* nous a révélé que la puissance créatrice a répandu la vie en tous lieux sur la Terre, et qu'au-

dessous du monde visible il y a des êtres jusqu'à la plus extrême petitesse; le *télescope* va nous apprendre qu'il est impossible à notre esprit d'embrasser toute l'étendue de cette puissance, et que, selon la parole de Pascal, nous aurions beau enfler nos conceptions au delà des espaces imaginables, nous n'enfanterions jamais que des atomes au prix de la réalité.—Voici, en effet, le tableau le plus magnifique que puissent admirer nos regards, le spectacle le plus imposant dont il soit donné à l'homme d'être témoin; celui de *l'Immensité des Cieux*.

Et d'abord, notre système planétaire tel que nous l'avons présenté, c'est-à-dire terminé à l'orbite de Neptune, qui ne mesure pourtant pas moins de sept milliards de lieues de circonférence, ne borne pas à ces étroites limites l'empire immense du Soleil. Outre que des planètes inconnues, plus éloignées que Neptune, peuvent circuler au delà de son orbite, d'innombrables comètes, soumises également à l'attraction solaire, sillonnent en tous sens les plaines éthérées et reviennent à des époques déterminées s'abreuver à la source solaire, source abondante de lumière et d'électricité. Nous n'avons rien à ajouter ici sur la nature des comètes, si ce n'est qu'elles sont des amas de vapeur de la dernière ténuité, et s'enfoncent dans les cieux à toutes les profondeurs; nous n'avons rien à dire également de leur nombre, si ce n'est qu'il s'élève à des centaines de mille. Mais pour donner une idée de l'étendue du domaine de l'orbite de certaines comètes nous rappellerons que la grande comète de 1811 emploie 3000 ans à accomplir sa révolution, et que celle de 1680 n'achève son immense révolution qu'après une course non interrompue de 88 siècles; que le premier de ces astres s'éloigne à treize milliards six cent cin-

quante millions de lieues, et le second à plus de trente deux milliards.

Quelle que soit cette étendue, quelle que soit l'immensité du domaine solaire, les grandeurs précédentes, qui nous paraissent si prodigieuses, peuvent cependant à peine être comparées, tant elles sont exigües, aux grandeurs que l'on envisage dans les études de l'astronomie stellaire. Les nombres en usage dans l'astronomie planétaire disparaissent à côté des nombres en usage dans celle-ci. Ici, et quand cela est possible toutefois on ne compte plus par lieues ou par milliers de lieues, on prend pour *unité* le rayon moyen de l'orbite terrestre, égal comme on sait à trente huit millions deux cent trente mille lieues.

Chaque étoile du ciel est un soleil brillant de sa propre lumière. On a mesuré l'intensité lumineuse des étoiles les plus rapprochées, et l'on a constaté que quelques unes, comme Sirius, sont beaucoup plus radieuses et plus volumineuses que notre Soleil; transporté à la distance qui nous sépare de Sirius, l'astre splendide de nos jours offrirait à peine l'apparence d'une petite étoile de troisième grandeur.

Si notre système solaire est un type général dans l'ordre uranographique, ce qui est de la plus haute probabilité, ces vastes et brillants soleils sont autant de centres de magnifiques systèmes, dont quelques uns sont semblables au nôtre, dont d'autres peuvent lui être inférieurs, et dont un grand nombre lui sont supérieurs en étendue et en richesses planétaires. Si une telle disposition de mondes autour d'un astre illuminateur n'est pas répétée près de tous les soleils de l'espace, nous devons être certains, toutefois, que ceux-ci n'en sont pas moins autant de foyers d'une vie active, manifestée sur des

modes inconnues, autant de centres de créations, étrangères à celle que nous connaissons, mais grandes, admirables, sublimes, comme tout ce qui germe dans les sillons creusés par la main de la Nature.

Il serait beau d'embrasser sous le regard illimité de notre âme cette immensité prodigieuse où rayonnent les créations de l'éther; il serait beau de donner le dernier coup au petit firmament cristallin des anciens, et, nous dépouillant à jamais de l'antique illusion qui nous montrait les étoiles tournant à une égale distance autour de nous, de traverser par la pensée les espaces sans cesse renouvelés où se succèdent les mondes stellaires.

CUARTA PARTE.

STYLE ÉPISTOLAIRE.

STYLE ÉPISTOLAIRE



Madelaine à Suzanne.

Je t'écris, ma bonne Suzanne, et je n'ai rien à t'apprendre ni à te dire; ainsi tu es bien libre de déchirer ou de brûler ma lettre sans la lire. Je t'écris parce que je suis triste et ennuyée sans en savoir la cause, parce que tu es la seule que je puisse impunément fatiguer de mon bavardage.

Le temps est magnifique. Le soleil prend de la force, tout germe et se développe; la sève longtemps emprisonnée dans les rameaux, jaillit en feuillage d'un vert tendre; l'air tiède pénètre le corps et lui donne une langueur mêlée de plaisir et de peine. Depuis quelques jours il m'est impossible de rester en place, je vais du jardin à la maison et de la maison au jardin; je m'assieds avec un livre à la main, et bientôt mon livre tombe. Je respire l'odeur du jeune feuillage; je m'enivre de l'air printanier qui caresse mes cheveux, et je tombe dans une rêverie profonde, dans une taciturne contemplation. Des heures entières mes yeux restent fixés sur un brin d'herbe qui brille au soleil comme une émeraude, et je sens dans le cœur ce malaise qui fatigue l'estomac quand on n'a pas diné, pour aller plus tôt à un bal ou à une fête, une sorte de vide douloureux;

puis de grosses larmes roulent dans mes yeux, et je me soulage en pleurant de tout mon cœur. Et je te le jure, ma bonne Suzanne, je n'ai aucun chagrin; mon père m'adore et n'est heureux que de mon bonheur: il met tous ses soins à prévenir mes moindres désirs, et, malgré son amour pour ses tulipes et ses jacinthes et toutes les plantes de son jardin, il les néglige souvent pour me procurer un plaisir ou une distraction. Te souviens-tu, ma bonne Suzanne, du temps que nous avons passé ici ensemble, de ma folle gaieté et de mon insouciance? Je ne sais plus où est tout cela; tout autour de moi semble prendre une nouvelle vie, tout se pare des vêtements de fête.

Et moi seule je suis triste, et il y a comme un crêpe funèbre sur mes pensées. Les oiseaux se cherchent et se rassemblent sous le feuillage des tilleuls. Le printemps, dit-on, est la saison de l'amour et dispose l'âme aux douces impressions; et moi, je n'aspire qu'à être seule; et quand je suis seule, je pleure sans qu'aucune cause puisse justifier mes larmes; et, oserais-je te l'avouer! je ressens à pleurer un plaisir nouveau pour moi. Tu me trouves bien folle, n'est-ce pas? j'en suis plus surprise et plus effrayée que toi. Quand je regarde autour de moi, je ne vois que des raisons de rendre grâce à Dieu de tout le bonheur qu'il fait pour moi chaque jour, et je me trouve bien ingrate envers Lui et bien indigne de ses bontés.

Adieu, ma Suzanne.

Mis Berri à lady Granville.

Petersham, 5 juillet 1847.

Quoique je n'aie pas réussi à vous voir, lorsque vous occupiez, dans notre voisinage, le *Stud House*, je viens encore une fois vous importuner par l'expression de l'admiration que

m'inspire le dernier ouvrage de votre fille. Le style en est presque partout excellent, et je ne puis assez vous dire combien j'apprécie le talent avec lequel elle sait peindre les moindres nuances d'un caractère, et décrire les sentiments les plus profonds, ainsi que les souffrances les plus aiguës du cœur humain. Elle le fait avec une exactitude et une délicatesse de langage que fort peu d'écrivains possèdent. Je tiens d'autant plus à ce que, dans ce grand concert de louanges, ma voix vous parvienne séparément, que j'avoue à ma honte n'avoir reconnu que récemment la supériorité des facultés de l'auteur. Mais le voile épais de modestie sous lequel elle se cache, et la grande différence de nos âges, me faisaient, je l'avoue, ne voir en elle *que votre fille*, et lui refuser la part qui lui appartenait du charme de votre conversation et de votre société.

Ayant achevé maintenant de faire à la mère et à la fille la confession de tous mes torts (chose nécessaire à ma conscience, à l'âge que j'ai atteint) je demande à l'une et à l'autre de me croire avec une égale vérité, leur très vieille, très dévouée et très affectueuse amie,

M. BERRY.

Madame de Montausier à M. le Cardinal de la Valette

(1670-1671.)

Monseigneur, je n'oserai plus prendre la liberté de vous écrire, si vous continuez à prendre la peine de me faire réponse: j'ai assez d'autres marques de votre civilité pour n'avoir pas besoin de recevoir celle-là: car je sais qu'elle ne peut vous être qu'incommode dans un temps où vous avez tant d'affaires.

J'ai été ravie d'apprendre par M. Arnauld toutes les belles choses que vous avez faites, et, bien que je sois assurée qu'elles seront un jour dans l'histoire, je n'ose pas en parler, Monseigneur, de crainte que vous ne me grondiez de publier des choses que vous prenez tant de soins à cacher. Je l'avais prié de vous dire plusieurs nouvelles, dont il ne s'est pas voulu charger: car, depuis que l'on fait le procès au *Cid*, personne ne veut plus hasarder de rien raconter quoique vrai si n'est aussi vraisemblable: car c'est un des principaux chefs pour lesquels on pendra le malheureux. Les autres crimes sont assez ordinaires: car on ne l'accuse, outre cela, que d'avoir fait de mauvais vers. C'était ici une de mes nouvelles; les autres ne sont pas moins étranges: car Mlle. Aubery a une querelle avec M. le cardinal de Richelieu; tous ses amis sont occupés à la raccommo-der. M. le maréchal de Brezé a, dit-on, un lièvre qui le suis partout, et que personne ne saurait prendre. Voiture a quitté tous ses divertissemets pour jouer du psaltérion, parce que cela plaît à la Dame, la D.... Après des choses si extraordinaires, souffrez que je vous en dise une qui n'est pas de ce genre; mais je ne puis finir ma lettre que par des vœux pour votre conservation, et par les assurances que je vois ai données toute ma vie d'être, Monseigneur, votre très humble et très obéissante servante.

**La marquise de Normanby à lord Granville,
par Mme Graven.**

Paris, 5 juin 1847.

Laissez-moi vous remercier mille fois d'avoir songé à m'envoyer le livre charmant de votre sœur, je ne l'ai plus quitté après l'avoir ouvert, avant de l'avoir achevé, et maintenant je

voudrais le relire. Il est rempli de vérité et d'élévation, et l'intérêt du récit ne se ralentit pas un seul instant depuis le commencement jusqu'à la fin. Mais au lieu de vous parler de mon opinion, je veux vous en donner une autre qui vous flattera davantage. Hier au soir à Neuilly je les ai tous trouvés dans l'enthousiasme. La Reine (Marie-Amélie) a tiré le deuxième volume de son sac à ouvrage, et m'a dit qu'il l'intéressait tant qu'elle l'emportait partout avec elle. Elle m'a montré plusieurs passages dont elle était surtout charmée et qu'elle avait marqué au crayon: en particulier les descriptions de l'Italie et de Rome. Elle m'a dit que c'était le plus charmant livre qu'elle eût jamais lu, qu'elle aimait beaucoup le premier, mais qu'elle donnait la préférence à celui-ci. J'en fais autant...

Madame Swetchine au vicomte de Melun.

Paris, novembre 1846.

Mon cher ami, de vos nouvelles à tous et surtout des vôtres, je vous en prie! Je suis si souvent avec vous que j'ai bien des chances de rencontrer juste pour la chose que vous faites, les bonnes actions que vous méditez, la pensée qui traverse votre esprit, et surtout, hélas! pour les tristesses qui reviennent saisir votre pauvre cœur: mais on a beau deviner, on veut savoir! Vous ne me disiez pas dans votre petite lettre comment vous alliez de santé, comment allait ce larynx qui demande bien des ménagements dans cette saison de brumes, et qui me ferait bien désirer que pour le moment vous ne prissiez de la campagne que son repos. J'espère de toute mon âme qu'il vous sera profitable à tous, car vous avez éminemment les conditions du bien qu'il peut faire, par la directions que vous lui

donnez et les consolations qui s'y joignent. C'est aussi, après un si douloureux ébranlement, la meilleure des transitions à la reprise des habitudes: les contrastes venus trop tôt irritent la blessure. Vous n'avez jamais positivement à les redouter, mon cher ami, dans votre vie de Paris si utile et si sévère; aussi, je compte toujours, comme votre famille l'exigera sans doute, sur votre retour ici vers le jour que vous aviez fixé.

**Madame Swetchine à madame la Comtesse
de Mesnard.**

1845.

J'ai bien regretté hier que vous ayez quitté Paris si tôt; d'abord vous auriez été rassurée sur la santé du P. Lacordaire qui était déjà beaucoup mieux; et puis quelques mots prononcés par lui à l'occasion du tiers-ordre de Saint-Dominique vous eussent laissé l'impression intime et si pieusement pénétrante que sa parole a toujours: il semble que pour toucher, il n'ait jamais qu'à se recueillir. Son absence ne sera pas longue; d'après toute probabilité, il reviendra pour la Toussaint, et c'est juste le temps, nécessaire aux nombreux progrès que vous aurez, j'espère, à lui faire constater. Hélas! n'est-il pas trop triste de trouver, surtout dans le passé, la longue liste des grâces négligées? Et ce qui est désolant à la fin d'une époque quelconque, fût-elle de peu d'heures, quel nom lui donner quand ce regret est sans retour, parce que la vie est à la fin? Empêchons cela de tous nos efforts. Le P. Lacordaire est parti hier à onze heures et demie; il sera demain à Bâle et dimanche ou lundi chez lui.

Vous ne m'oublierez pas, j'espère, quand vous aurez un moment.

Lettre de Madame de Sévigné au comte de Bussi.

Bonjour, bon an, mon cher Comte: que cette année vous soit plus heureuse que celles qui sont passées; que la paix, le repos et la santé vous tiennent lieu de toutes les fortunes que vous n'avez pas, et que vous méritez; enfin, que vos jours désormais soient filés d'or et de soie, etc.

Réponse de M. Fléchier à M. le vicomte de*, 1704.**

Ce sont de bons commencements, Monsieur, et de bons présages d'année que des nouveaux témoignages d'une amitié comme la vôtre. Si je n'ai pas le plaisir de pouvoir raisonner avec vous, comme je faisais il y a quelques mois, je vous rends du moins souhaits pour souhaits, vœux pour vœux et je demande au ciel pour vous meilleure santé, meilleure fortune, ou la vertu nécessaire pour vous passer de l'une et de l'autre.

**Lettre de M. Fléchier à M., sur les couches
de son épouse, 1686.**

J'ai beaucoup de joie, Monsieur, d'apprendre l'heureux accouchement de madame votre femme: ce sont des bénédictions que Dieu donne aux mariages, dont on doit le remercier.

Il serait à souhaiter qu'il y eût beaucoup de pères comme vous, capables de bien élever leurs enfants, et de leur laisser autant de vertu que de bien! Je me réjouirai toujours de tous les avantages qui vous arriveront, et je serai toute ma vie, etc.

**Réponse de M. de Harlay, nommé à l'intendance
de Bourgogne, au comte de Bussi, 1686.**

Je vous suis extrêmement obligé, Monsieur, de la part que vous voulez bien prendre à la grâce que le roi vient de me faire. Je souhaiterais qu'elle pût me fournir de fréquentes occasions de vous témoigner combien je suis sensible à l'honneur de votre souvenir, et à quel point je suis, etc.

**Lettre de M. le comte de Bussi à Madame
de D***, 1669.**

J'ai appris avec bien de déplaisir la perte de votre procès, madame; car je vous aime fort. Cependant contre fortune bon cœur; vous avez assez de bien pour perdre les plus grands procès sans en être incommodée: que cela ne vous altère donc point; conservez-vous, et croyez que, si vous survivez à vos parties adverses, ce seront elles qui auront perdu leur procès.

Lettre de M. de Baille à Madame de Maintenon, 1714.

Madame:

Vous avez eu la bonté de me permettre de recourir à vous dans les affaires les plus importantes qui pouvaient me regarder. Dans cette confiance, je vous prie de m'accorder votre protection. Je demande au roi de donner à mon fils une place de conseiller d'Etat, en remettant celle que je remplis. J'ai considéré qu'étant hors d'état de servir S. M. dans ses conseils, à cause de ma surdité, j'étais devenu un serviteur inutile; et, n'ayant qu'un fils, j'avoue que l'objet de mes vœux serait de lui voir cet établissement.

Daignez, madame, me donner en cette occasion des marques de vos anciennes bontés pour un vieillard sourd, goutteux, reconnaissant, et revenu de toute ambition, mais non des sentiments paternels.

Réponse de Madame de Sévigné à sa fille.

Mon Dieu, que votre état est violent! qu'il est pressant, et que j'y entre toute entière avec une véritable douleur! Mais; ma fille, que les souhaits sont faibles et fades dans de pareilles occasions! et qu'il est inutile de vous dire que si j'avais encore, comme j'ai eu, quelque somme portative qui dépendait de moi, elle serait bientôt à vous! Je me trouve en petit volume, accablée et menacée de mes petits créanciers, et je ne sais même si je pourrai les contenter, comme je l'espérais; car je me trouve suffoquée par la obligation de payer tout à l'heure cinq mille

livres de lods et ventes des terres de madame d'Acigné que j'a achetées, pour n'en pas payer dix, si j'attendais encore deux ans. Ainsi, me voilà; mais ce n'est que pour vous dire la douleur que me donne mon extrême impossibilité. Votre frère m'a paru sensible à votre peine et je suis sûre qu'il ferait bien son devoir si le temps était comme autrefois, c'est-à-dire, qu'on trouvât à emprunter. Il veut vous parler lui-même, et vous dir^e comme il pense sur ce sujet.

**Lettre de M. le marquis de Tallard à madame
de Maintenon.**

Madame,

Recevez, s'il vous plaît, ici, mes très-humbles remerciements du mot que vous me fîtes l'honneur de me dire hier. Rien n'égale vos bontés, rien n'égale ma reconnaissance.

Vous m'avez accordé votre protection pour me faire chevalier de l'ordre; j'en ai ressenti les effets quand j'étais duc. Vous achèverez, Madame, quand il vous plaira de me mettre au rang de mes camarades. Pour moi je ne songerai toute ma vie qu'à marquer au roi et à vous la reconnaissance de ce que je dois à l'un et à l'autre; trop heureux, Madame, si vous êtes aussi persuadée de mes sentiments, que je le mérite par la sincérité de la reconnaissance et du respect avec lesquels etc.

Réponse de M. P.* au comte de Bussi, 1673.**

Monsieur,

Le faible service que j'ai tâché de vous rendre. ne méritait pas la manière dont vous me témoignez que vous l'avez reçu, et vous deviez me laisser la satisfaction de avoir fait une action que vous désirez, sans y mêler un compliment que je n'avais pas attendu. Soyez assuré, Monsieur, du plaisir que je trouverai toujours à vous témoigner, par mes services, la vérité avec laquelle je suis, etc.

Lettre de Madame de Sévigné à sa fille, 1689.

Il y aura demain un an que je ne vous ai vue, que je ne vous ai embrassée. que je ne vous ai entendue parler, et que je vous quittai à Charenton. Mon Dieu, que ce jour est présent à ma mémoire! et que je souhaite en retrouver un autre qui soit marqué par vous revoir, par vous embrasser, par m'attacher à vous pour jamais! Que ne puis-je ainsi finir ma vie avec la personne qui l'a occupée toute entière! Voilà ce que je sens, et ce que je vous dis, ma chère enfant, sans le vouloir, et en solennisant ce bout de l'an de notre séparation.

Lettre de Fléchier à M.***

Un de nos bons marchands de Nîmes, Monsieur, a une affaire devant vous qu'il croit juste, et qui lui est de conséquence. Comme il sait l'amitié que vous avez pour moi, il croit que ma recommandation auprès de vous ne lui sera pas inutile. Je vous prie, Monsieur de lui rendre la justice qu'il vous demande, et de lui faire les grâces qui accompagnent le bon droit, s'il l'a: je vous en serai très-obligé. Je suis, monsieur, etc.

Lettre de Madame de Maintenon à Madame de Villette, 1708.

Je vous prie, Madame, de donner vingt louis par extraordinaire à Madame de Scudéry, et dix à Madame de Conflans. Si vous ne savez pas où prendre celle-ci, Madame de Caylus est en grand commerce avec elle. De la manière dont on nous parla hier de *Madame* de Pontchartrain, je la crois morte présentement. Vous savez mes sentiments là-dessus pour la personne qui la perd, et en particulier pour Madame la chancelière; acquittez-moi donc de tous mes devoirs. Tant que vous serez à Paris vous devriez me mander des nouvelles; nous aurions besoin qu'elles fussent divertissantes; car je vous assure que nous mourons d'ennui.

Lettre de Madame de Maintenon à Madame de Chanteloup, 1666.

Me voilà, madame, bien éloignée de la grandeur prédite! Je me soumets à la providence: et que gagnerais-je à murmurer contre Dieu? Mes amis m'ont conseillé de m'adresser à M.***, comme s'ils avaient oublié les raisons que j'ai de n'en rien espérer. Irai-je le regagner par mes soumissions, et briguer l'honneur d'être à ses gages? On m'a envoyée à M. Colbert, mais sans fruit. J'ai fait présenter deux placets au roi, où l'abbé Testu a mis toute son éloquence: ils n'ont pas seulement été lus. Oh! si j'étais dans la faveur, que je traiterais différemment les malheureux! Qu'on doit peu compter sur les hommes! quand je n'avais besoin de rien, j'aurais obtenu un évêché; quand j'ai besoin de tout, tout m'est refusé. Madame de Chalais m'a offert sa protection, mais du bout des lèvres; madame de Lyonne m'a dit: *je verrai, je parlerai*, du ton dont on dit le contraire. Tout le monde m'a offert des services, et personne ne m'en a rendu. Le duc est sans crédit, le maréchal occupé à demander pour lui-même. Enfin, Madame, il est très-sûr que ma pension ne sera point rétablie. Je crois que Dieu m'appelle à lui par ces épreuves; il appelle ses enfants par les adversités. Qu'il m'appelle, je le suivrai dans la règle la plus austère; je suis aussi lasse du monde que les gens de la cour le sont de moi. Je vous remercie, Madame, des consolations chrétiennes que vous m'offrez, et des bontés que mon frère m'écrit que vous daignez lui témoigner.

Lettre de Madame de Sévigné au comte de Bussi.

J'apprends, mon cher cousin, que ma nièce ne se porte pas trop bien: c'est qu'on ne peut pas être heureux en ce monde; ce sont des compensations de la providence, afin que tout soit égal, ou qu'au moins les plus heureux puissent comprendre, par un peu de chagrin et de douleur, ce que souffrent les autres qui en sont accablés. Le P. Bourdaloue nous fit l'autre jour un sermon contre la prudence humaine, qui fit bien voir combien elle est soumise à l'ordre de la providence, et qu'il n'y a que celle du salut que Dieu nous donne lui-même qui soit estimable. Cela console, et fait qu'on se soumet plus doucement à sa mauvaise fortune. La vie est courte; c'est bientôt fait; le fleuve qui nous entraîne est si rapide, qu'à peine pouvons-nous y paraître. Voilà des moralités de la semaine sainte.

Lettre de Madame de Sévigné à sa fille.

Il faut cependant écrire à ce nouveau cardinal (de Janson); c'est ce que je viens de faire. Je suis persuadée que vous n'y manquerez pas. *Point d'ennemis*, ma chère enfant; faites vous une maxime de cette pensée, qui est aussi chrétienne que politique.

Je dis non-seulement *point d'ennemis*, mais *beaucoup d'amis*. Vous en avez senti la douceur dans votre procès. Vous avez un fils; vous pouvez avoir besoin de tel que vous ne croyez pas qui puisse jamais vous servir. On se trompe. Voyez comme

madame de la Fayette se trouve riche en amis de tous côtés, et de toutes conditions. Elle a cent bras, elle atteint partout; ses enfants savent bien qu'en dire, et la remercient tous les jours de s'être formé un esprit si liant.

Lettre de madame la comtesse de Plessis à M. de Bussi, 1672.

Je suis fort paresseuse quand il n'est question que de faire compliments à des amis, ou de les assurer que je les aime toujours. Je crois qu'ils ne doivent pas douter du dernier, et pour l'autre, il me semble qu'il n'importe guère à celui qui l'écrit et à celui qui le reçoit; voilà mes raisons bonnes ou mauvaises; je vous les mande comme je le pense. Il n'en est pas de même quand il est question du service de quelqu'un que j'aime autant que vous, et à qui je suis aussi proche. Mandez-moi à quoi je puis vous être utile, Monsieur, et vous verrez avec quelle vivacité je m'emploierai pour vous marquer ma tendresse.

Lettre de Madame Pavillon à Madame***

Quoil parce que mademoiselle votre sœur se fait religieuse, faut-il que vous soyez au désespoir? Ne peut-on vivre contente dans le monde sans avoir une sœur? Est-ce un grand malheur de perdre l'espérance d'avoir un beau-frère, et le plaisir de partager avec lui la succession paternelle? Il n'est pas permis, Ma-

dame, d'assister à l'autel en habit de deuil, et de pleurer sur la victime.

Mademoiselle votre sœur n'est pas tant à plaindre que vous pensez; elle est morte à la vérité pour la famille, mais c'est d'une mort volontaire à son égard, précieuse devant Dieu, et que les hommes appellent civile, parce qu'on ne saurait rien faire de plus honnête et de plus obligeant pour ceux qui restent.

Lettre de Mademoiselle de Lenclos à M. de Saint
Evremont.

Je défie Dulcinée de sentir avec plus de joie le souvenir de son chevalier. Votre lettre a été reçue comme elle le [*mérite*, et la triste figure n'a point diminué *le mérite* des sentiments." Je crois comme vous que les rides sont les marques de la sagesse. Je suis ravie que vos vertus extérieures ne vous attristent point. Je tâche d'en user de même. Vous avez un ami gouverneur de province, qui doit sa fortune à ses agréments. C'est le seul vieillard qui ne soit pas ridicule à la cour. M. de Turenne ne voulait vivre que pour le voir vieux. Il le verrait père de famille, riche et plaisant; il a plus dit de plaisanteries sur sa nouvelle dignité, que les autres n'en ont pensé. M. d'Elbène, que vous appelez le *cunctator*, est mort à l'hôpital. Qu'est-ce que les jugements des hommes? Si M. d'Olonne vivait, et qu'il eût lu la lettre que vous m'écrivez, il vous aurait continué votre qualité de son philosophe. M. de Lausun est mon voisin; il recevra vos compliments. Je vous rends très-tendrement ceux de M. de Charleval.

QUINTA PARTE

POÉSIE

POÉSIE



RONDE.

Danse autour du cep, vieux soleil de Gaule!
Donne à chaque pied, mets dans chaque grain
Tout ce qui sourit, tout ce qui console,
Et que le sanglot s'achève en refrain.
Danse autour du cep, vieux soleil de Gaule!

Danse autour du blé, soleil de chez nous!
Donne à chaque épi, mets dans chaque gerbe
Toute la santé nécessaire à tous.
Rends la mère heureuse et l'enfant superbe.
Danse autour du blé, soleil de chez nous!

Danse autour des fronts, soleil de la France!
Fais luire à nos yeux longtemps obscurcis
Un rayon de gloire, un feu d'espérance;
Mets ton nimbe d'or sur nos noirs soucis.
Danse autour des fronts, soleil de la France!

Danse autour des cœurs, soleil du bon Dieu!
Verse dans chaque homme, inspire à chaque être,
L'immense besoin de s'aider un peu.
Car vivre pour soi mieux vaut ne pas naître!
Danse autour des cœurs, soleil du bon Dieu!

Paul Déroulède.

GRENADE

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

Soit lointaine, soit voisine,
Espagnole ou sarrasine,
Il n'est pas une cité
Qui dispute, sans folie,
A Grenade la jolie
La pomme de la beauté,
Et qui, gracieuse, étale
Plus de pompe orientale
Sous un ciel plus enchanté.

Cadix a les palmiers; Murcie a les oranges;
Jaën, son palais goth aux tourelles étranges;
Agreda, son couvent bâti par saint Edmond;
Ségovie a l'autel dont on baise les marches,
Et l'aqueduc aux trois rangs d'arches
Et lui porte un torrent pris au sommet d'un mont.

Llers a des tours; Barcelone
Au faite d'une colonne
Lève un phare sur la mer,
Aux rois d'Aragon fidèle,
Dans leurs vieux tombeaux Tudele
Garde leur sceptre de fer;
Tolose a des forges sombres
Qui semblent, au sein des ombres,
Des soupiraux de l'enfer.

Le poisson qui rouvrit l'œil mort du vieux Tobie
Se joue au fond du golfe où dort Fontarabie;
Alicante aux clochers mêle les minarets;

Compostelle a son saint; Cordoue aux maisons vieilles
A sa mosquée où l'œil se perd dans les merveilles;
Madrid a le Manzanarès.

Bilbao, des flots converté,
Jette une pelouse verte
Sur ses murs noirs et caducs;
Medina la chevalière,
Cachant sa pauvreté fière
Sous le manteau de ses ducs,
N'a rien que ses sycomores,
Car ses beaux ponts sont aux Maures,
Aux Romains ses aqueducs.

Valence a les clochers de ses trois cents églises;
L'austère Alcantara livre au souffle des brises
Les drapeaux turcs, pendus en foule à ses piliers;
Salamanque en riant s'assied sur trois collines,
S'endort au son des mandolines,
Et s'éveille en sursaut aux cris des écoliers.

Tortose est chère à saint Pierre;
Le marbre est comme la pierre
Dans la riche Puycerda;
De sa bastille octogone
Tuy se vante, et Tarragone
De ses murs qu'un roi fonda;
Le Douro coule à Zamore;
Tolède a l'alcazar maure,
Séville a la Giralda.

Burgos de son chapitre étale la richesse;
Peñaflor est marquise, et Girone est duchesse;
Bivar est une nonne aux sévères atours;
Toujours prête au combat, la sombre Pampelune,
Avant de s'endormir aux rayons de la lune,
Ferme sa ceinture de tours.

Toutes ces villes d'Espagne
S'épandent dans la campagne
Ou hérissent la Sierra,
Toutes ont des citadelles
Dont sous les mains infidèles
Aucun beffroi ne vibra;
Toutes sur leurs cathédrales
Ont des clochers en spirales;
Mais Grenade a l'Alhambra.

L'Alhambra! l'Alhambra! palais que les Génies
Ont doré comme un rêve et rempli d'harmonies,
Forteresse aux créneaux festonnés et croulants,
Où l'on entend la nuit de magiques syllabes,
Quand la lune, à travers les mille arceaux arabes,
Sème les murs de trèfles blancs!

Grenade a plus de merveilles
Que n'a de graines vermeilles
Le beau fruit de ses vallons;
Grenade, la bien nommée,
Lorsque la guerre enflammée
Déroule ses pavillons,
Cent fois plus terrible éclate
Que la grenade écarlate
Sur le front des bataillons.

Il n'est rien de plus beau ni de plus grand au monde,
Soit qu'à Vivatubin Vivacoulond réponde,
Avec son clair tambour de clochettes orné;
Soit que, se couronnant de feux comme un calife,
L'éblouissant Généralife
Élève dans la nuit son faite illuminé.
Les clairons des Tours-Vermeilles
Sonnent comme des abeilles
Dont le vent chasse l'essaim;

Alçaçava pour les fêtes
A des cloches toujours prêtes
A bourdonner dans son sein,
Qui dans leurs tours africaines
Vont éveiller les dulcaynes
Du sonqre Albaycin.

Grenade efface en tout ses rivales: Grenade
Chante plus mollement la molle sérénade;
Elle peint ses maisons de plus riches couleurs,
Et l'on dit que les vents suspendent leurs haleines,
Quand par un soir d'été Grenade dans ses plaines
Répand ses femmes et ses fleurs.

L'Arabie est son aïeule,
Les Maures, pour elle seule,
Aventuriers hasardeux,
Joueraient l'Asie et l'Afrique;
Mais Grenade se raille d'eux;
Grenade, la belle ville,
Serait une autre Séville
S'il en pouvait être deux.

Victor Hugo.

A L'INACCESSIBLE

Argile toujours vierge, imburinable airain,
Magicien masqué plus tyran que la femme,
Art! Terrible envoûteur qui martyrise l'âme,
Railleur mystérieux de l'esprit pèlerin!
Il n'est pas de poète insoumis à ton frein:

Et tout ceux dont la gloire ici-bas te proclame;
Savent que ton autel épuisera leur flamme
Et qu'ils récolteront ton mépris souverain.

Rageuse inquiétude et patience blême
Usent leurs ongles d'or à fouiller ton problème;
L'homme évoque pourtant ton mirage moqueur;

Longuement il te cherche et te poursuit sans trêve
Abîme où s'engloutit la tendresse du cœur,
Zenith où cogne en vain l'avidité du rêve.

Maurice Rollinat.

ELLE!

Mes vers, volez vers elle ainsi qu'un papillon,
Chantez pour elle ainsi qu'un rossignol farouche;
Car elle est le parfum, car elle est le rayon;
L'étoile est dans les yeux, et la fleur sur la bouche.

François Copée.

SONNET

La grille toute en fer de tôle recouverte
A dû coûter très-cher, on ne peut le nier;
Un garçon de bureau plutôt qu'un jardinier
S'y tient, grave et bien mis, la tête découverte.

Irréprochablement unie, ovale et verte,
La pelouse, un tapis sans rien de printanier,
Semble attendre un conseil facile à manier
Et dire aux invités: «La séance est ouverte.»

La serre en cabinet, l'allée en corridor,
Les plantes vert papier, le sable jaune d'or,
La boule ayant des airs de lingot, rien n'y manque.

Au fond, comme une caisse assise carrément,
La villa s'entrevoit au sein d'un bois charmant
Où la feuille a ces bruits qu'ont les billets de banque.

Edouard Pailleron.

A RICHARD WAGNER

Homme brutal et riche en sève
Qui voyais passer, comme un rêve,
De grands chevaliers éclatants,
D'aveuglants tournoïments d'épées,
Et d'effroyables équipées,
De surnaturels combattants,

Toi dont les mains se sont meurtries
Aux cuirasses des Walkyries,
Partant à cheval en plein ciel,
Ame éprise de la chimère
Et que rendait toujours amère
Un âpre épanchement de fiel.

Qu'es-tu donc devenue, à l'heure,
Où ton Allemagne te pleure?

De quel pays pourras-tu voir
Le sombre réseau de tes rues
Où d'officielles cohues
Se lamenteront par devoir?

Mais que nous importe? Ma lyre,
Quelque long que fut ton délire,
Quelque grand que fut ton orgueil,
Se refuse la raillerie,
Car les gens de notre patrie
Ne rient jamais sur un cercueil!

Et pourtant personne n'oublie
Ta démoniaque folie
Qui, voici douze ans, sans remords.
Se fit lourdement une fête,
De notre sanglante défaite
Et ricana devant les morts!

Oui, l'on sait tes blagues funèbres
Et ton style plein de ténèbres,
On se souvient qu'allègrement
Tu vins célébrer ta victoire
Avec des boniments de foire
Et des calembours d'Allemand!

Mon âme, encore frémissante,
Entend ta prose croassante,
Pareille à ces cris de corbeaux
Qui, le soir des grandes mêlées,
S'abattent, par noires volées,
Sur les bataillons sans tombeaux!

Tu trouvas des rires infâmes
Pour nos enfants et pour nos femmes

Qui mouraient de faim par vertu,
Et dans ton gros pathos sonore
Tu réincarnais Matamore,
Toi qui n'avais pas combattu!

Malgré leur joyeuse apparence,
Est-ce ainsi que les fils de France
Se montrent quand ils sont vainqueurs?
Ah! regarde-les, nos génies,
Exempts de toutes félonies,
Regarde-les, tous les grands cœurs.

Hugo criant: «Pitié suprême!»
Lamartine, vivant poème
D'amour et de fraternité,
Berlioz au profond sourire,
Mourant méconnu, sans maudire
Ceux qui ne l'ont point écouté!

Homme féodal et servile,
Tu fus heureux quand la grand'ville
Mangea des rats et du cheval,
Et tu voudrais nous apparaître
Comme un noble esprit, comme un prêtre
Et du juste et de l'idéal!

Non, Wagner, jamais! Rien n'efface
Ta rancune féroce et basse,
Ton jargon, de rage écumant,
Et les outrages inutiles
Que le peuple noir des «Reptiles»
Acclama, pour ton châtement!

En vain ton œuvre ressuscite
Plus d'un pur chevalier qu'excite

Un but sublime et généreux!
Va! c'est bien dans notre patrie
Que revit la chevalerie
Et que marchent les anciens preux!

Avec le rire sur la bouche
Nous pardonnons au plus farouche
Quand son bras devient impuissant,
Et nul ne nous vit, dans l'histoire,
Ou lâches après la victoire,
Ou stupides en haïssant.

Ch. Grandmougin.

UNE NUIT AU DÉSERT

...Le rideau des nuits, lentement déroulé,
Confond avec le sol l'horizon reculé;
Le bruit de la bataille expire, et dans la plaine
Le silence pensif a repris son domaine.
Alors les sons confus d'un étrange concert
S'élèvent lentement; l'immobile désert
Ecoute, comme un homme en sa vague insomnie,
Des cascades du Nil la bruyante harmonie;
Dans ses cris éternels le nocturne grillon
Demande au sol brûlant un humide sillon;
Et, transfuge des eaux, sur le sable infertile
Se traîne en mugissant l'immense crocodile.
A ces bruits solennels, pour la première fois,
Des hommes inconnus mêlent leur grande voix;
Sur la ligne du camp le cri d'éveil résonne,

Et va s'éteindre au loin comme un bruit monotone,
Que, sous un long portique au milieu de la nuit
L'écho redit plus faible à l'écho qui le suit.
Aux rougeâtres lueurs dont la plaine est semée,
Comme une masse énorme on distingue l'armée,
Et les soldats errants dans les groupes confus.
Assis sur le tambour, couchés sur les affûts,
Les vétérans conteurs, accoutumés aux veilles,
De leurs premiers travaux redisent les merveilles,
Alors qu'au mont Cénis, d'un geste de sa main,
Le jeune Bonaparte imposait un chemin,
Et que, du haut des monts, l'armée enorgueillie
Contemplait sous ses pieds l'éclatante Italie.
Ils passent tour à tour, dans leur rapide élan,
De Crémone à Lodi, de Mantoue à Milan;
Et répètent sans fin cette tragique histoire
Où chaque nom de ville est un nom de victoire.
Cependant autour d'eux leurs compagnons assis
Des Homères du camp écoutent les récits;
Et l'étrange bivouac que la nuit enveloppe,
Dans un cadre d'Asie offre un tableau d'Europe.
Les pieds heurtent souvent les sables africains,
Les turbans dont les plis recèlent des sequins;
Des étalons sans maître, errant à l'aventure,
Passent en hennissant parmi la foule obscure;
Vers le fond de la scène, acteurs silencieux,
Des Mameluks captifs on voit briller les yeux,
Et sur les rangs pressés des groupes circulaires
S'allonge pesamment le cou des dromadaires.

M. Barthélemy.

WARWICK

(*Warwick raconte dans quelles circonstances il a connu et aimé Formosa.*)

Tiens, mon cœur est trop plein pour ne point Se répandre.
.....—C'était près d'ici, le jour même
De mon départ. Tu sais comme le peuple m'aime;
Il courait sur mes pas avec emportement
Et, grossissant toujours, orageux, écumant,
Prêt à tout submerger, s'écrasait aux murailles.
Cette foule soudain croisa des funérailles.
C'était l'enterrement d'Essex. Il était mort
D'une querelle avec les ouvriers du port,
Lesquels, ses serviteurs dégainant des rapières,
Leur avaient riposté d'une grêle de pierres.
Comme on avait pendu, tandis qu'il se mourait,
Quatre des ouvriers, le peuple l'exécrait.
Et, voyant son cercueil, l'outragea. Son escorte
Tenta de résister, mais elle était peu forte,
Et l'on parlait déjà de briser en morceaux
La bière et de traîner le cadavre aux ruisseaux;
Épouvantés devant la colère qui monte,
Prêtre et valets fuyaient. Mais la fille du comte
Qui conduisait le deuil, et qu'un voile aux plis longs
Enveloppait de noir de la tête aux talons,
Laisant les hommes fuir, resta près de la bière,
Droite, la défendant contre la ville entière,
Dédaigneuse de vivre; et ce fut sombre à voir
Ce cadavre gardé par ce grand spectre noir!
Mais la foule hésita quelques instants à peine.
Alors, voulant qu'on vît son mépris et sa haine,
Elle arracha son voile et pâle, l'œil en feu,

Pour les insulter tous à la fois dans leur dieu,
Tourna sur moi sa face indignée—et si belle
Que j'en souffris. J'étais arrivé tout près d'elle.
J'arrêtai mon cheval et je la saluai.
Et ceux par qui le mort venait d'être hué
Se découvrirent tous, et laissèrent le père
A la fille, et, tombant à genoux sur la terre,
Celle chez qui la peur ne savait pas entrer
Ne vit plus que son père et se mit à pleurer.

Auguste Vacquerie.

MURCIE

En ces temps-là, vers l'an sept cent dix du Messie,
Ayant Abd-el-Aziz ben Mouça pour émir,
Les Arabes faisaient le siège de Murcie;
Les Goths d'Espagne avaient pour chef Téodomir.

Or, des murs de Tolède aux murs de Carthagène,
On voyait sur la croix resplendir le croissant,
Et par cinq ans entiers de résistance vaine
L'Espagne était à bout de forces et de sang.

Seule encore, Murcie arrêta la conquête;
Téodomir, forçant les Sarrasins surpris,
Avait su rallier, au soir d'une défaite,
Dans la ville en ruine, une armée en débris.

Abd-el-Aziz avait souri de l'entreprise:
Ses Arabes étaient plus nombreux douze fois;

Un seul assaut d'une heure, et Murcie était prise...
Et Murcie en trois jours en eût repoussé trois.

Car ces vaincus étaient d'invincible nature,
Sachant, si près que soit le glaive menaçant,
Qu'une trop prompte paix fait la honte qui dure,
Et que l'honneur d'un peuple est plus cher que son sang.

Pourtant elles étaient terribles les batailles,
On ne tuait pourtant de ces chiens de chrétiens;
Mais toujours leurs soldats couronnaient les murailles,
Et jamais leurs créneaux ne restaient sans gardiens.

Après trente longs jours de défense tenace,
Ab-el-Aziz songeur ne savait que penser:
«Ils ne sont pas en tout trois mille dans la place.
»Où prennent-ils le sang que je leur fais verser?»

Tharick, son lieutenant, lui dit: «Ces gens qu'on tue
»Se font tuer, seigneur, sûrs qu'il leur faut mourir;
»Mais promets-leur la vie, et Murcie est rendue.»
Abd-el-Aziz lui dit: «Tu peux la leur offrir.»

Tharick revint bientôt: «Je m'étais trompé, maître,
»C'est trop peu que la vie à ce peuple indompté;
»La liberté, voilà ce qu'il faut leur promettre.»
Et l'émir dit: «J'accorde aussi la liberté.»

Pour la seconde fois, Tharick ne tarda guère:
»Maître, ces obstinés ont la folie au front;
»Ils exigent de nous les honneurs de la guerre.»
»Par Mahom! dit l'émir, c'est la mort qu'ils auront.»

Mais, avant d'ordonner ce dernier holocauste,
L'émir fit à cheval le tour de leurs remparts;

Les Espagnols armés étaient tous à leur poste,
Et les lances d'acier brillaient de toutes parts.

Tharick, qui l'escortait, mordant sa barbe grise:
«Des vainqueurs comme nous sont assez glorieux
»Pour que, sans amoindrir notre part déjà prise,
»Nous rendions quelque honneur à des vaincus comme eux.

»D'autant que si la lutte est ce que tout l'annonce,
»Nous perdrons bien du temps, bien des hommes, ici...
»Si j'allais leur porter une bonne réponse?»
Abd-el-Aziz, lassé, lui répondit: «Vas-y.»

Une heure après, Murcie ouvrait sa lourde porte;
Le cortège avançait silencieux, hautain;
Téodomir marchait en tête, sans escorte,
Blessé. —Devant l'émir il s'arrêta soudain.

«Sultan vainqueur, dit-il, vois-tu qui m'accompagne?
»Vois-tu ces longs cheveux? Vois-tu ces faibles mains?
»Les femmes de Murcie ont défendu l'Espagne,
»Donnant aux hommes morts ces vengeurs surhumains.»

Les cœurs de vrais soldats aiment les grandes âmes.
Abd-el-Aziz, frappé de respect, s'inclina:
«Ma coutume n'est pas de dépouiller les femmes;
»La ville de Murcie est à vous, gardez-la.»

C'est ainsi que vers l'an sept cent dix du Messie,
Abd-el-Aziz, le sage et glorieux émir,
Octroyait un royaume aux femmes de Murcie,
Et les femmes prenaient pour roi Téodomir.

Paul Déroulède.

LA CHUTE DES FEUILLES.

De la dépouille de nos bois
L'automne avait jonché la terre:
Le bocage était sans mystère,
Le rossignol était sans voix.
Triste et mourant, à son aurore,
Un jeune malade, à pas lents,
Parcourait une fois encore
Le bois cher à ses premiers ans:
«Bois que j'aime! adieu... Je succombe;
Votre deuil me prédit mon sort;
Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un présage de ma mort.
Fatal oracle d'Epidaure,
Tu m'as dit: Les feuilles des bois
A tes yeux jauniront encore,
Mes c'est pour la dernière fois.
L'éternel cyprès t'entourne:
Plus pâle que le pâle automne,
Tu t'inclines vers le tombeau.
Ta jeunesse sera flétrie
Avant l'herbe de la prairie,
Avant les pampres du coteau.
Et je meurs!... De leur froide haleine
M'ont touché les sombres autans;
Et j'ai vu comme une ombre vaine
S'évanouir mon beau printemps.
Tombe, tombe, feuille éphémère!
Voile aux yeux ce triste chemin;
Cache au désespoir de ma mère

La place où je serais demain,
Mais vers la solitaire allée,
Si mon amante échevelée
Venait pleurer quand le jour fuit
Eveille par ton léger bruit
Mon ombre un instant consolée.»
Il dit, s'éloigne... et sans retour!
La dernière feuille qui tombe
A signalé son dernier jour.
Sous le chêne on creusa sa tombe...
Mais son amante ne vint pas
Visiter la pierre isolée;
Et le pâtre de la vallée
Troubla seul du bruit de ses pas
Le silence du mausolée.

Millevoje.

LES BURGRAVES

PREMIÈRE PARTIE

SCÈNE VI.

GALERIE DES PORTRAITS SEIGNEURIAUX DU BURG DE HEPPENHEFF.

PERSONNAGES.

Job, burgrave de Heppenheff.—MAGNUS (fils de Job), burgrave de Wardeck.—HATTO (fils de Magnus), burgrave de Nollig.—GORLOIS (fils bâtard de Hatto).—LUPUS, comte de Mons.—GIANNILARO.—GILISSA, margrave.—CADWALLA, burgrave.—Autres princes, quelques femmes parées, pages, soldats, officiers, hérauts, etc.

Gorlois et quelques pages se sont approchés de la fenêtre et regardent au dehors.

Gorlois à Hatto.

Ha! père, viens donc voir ce vieux à barbe blanche.

Le comte Lupus, courant à la fenêtre.

Comme il monte à pas lents le sentier! son front penche.

Giannilaro, s'approchant.

Est-il las!

Le comte Lupus.

Le vent souffle aux trous de son manteau.

Gorlois.

On dirait qu'il demande abri dans le château.

Le margrave Gilissa.

C'est quelque mendiant!

Le burgrave Cadwalla.

Quelque espion!

Le burgrave Darius.

Arrière!

Hatto, à la fenêtre.

Qu'on me chasse à l'instant ce drôle à coups de pierre!

Lupus, Gorlois et les pages jetant des pierres.

Va-t'en, chien!

Magnus, comme se réveillant en sursaut.

En quel temps sommes-nous, Dieu puissant!
Et qu'est-ce donc que ceux qui vivent à présent?
On chasse à coups de pierre un vieillard qui supplie!

Les regardant tous en face.

De mon temps,—nous avions aussi notre folie,
Nos festins, nos chansons....—On était jeune, enfin!—
Mais qu'un vieillard, vaincu par l'âge et par la faim,
Au milieu d'un banquet, au milieu d'une orgie,

Vint à passer, tremblant, la main de froid rougie,
Soudain on remplissait, cessant tout propos vain,
Un casque de monnaie, un verre de bon vin.
C'était pour ce passant, que Dieu peut-être envoie!
Après, nous reprenions nos chants, car, plein de joie,
Un peu de vin au cœur, un peu d'or dans la main,
Le vieillard souriant poursuivait son chemin.
— Sur ce que nous faisons jugez ce que vous faites!

Job, se redressant, faisant un pas, et touchant l'épaule
de Magnus.

Jeune homme, taisez-vous.— De mon temps, dans nos fêtes.
Quand nous buvions, chantant plus haut que vous encor,
Autour d'un bœuf entier posé sur un plat d'or,
S'il arrivait qu'un vieux passât devant la porte,
Pauvre, en haillons, pieds nus, suppliant; une escorte
L'allait chercher; sitôt qu'il entra, les clairons
Éclataient; on voyait se lever les barons;
Les jeunes, sans parler, sans chanter, sans sourire,
S'inclinaient, fussent-ils princes du saint-empire;
Et les vieillards tendaient la main à l'inconnu
En lui disant: Seigneur, soyez le bienvenu!

A Gorlois.

— Va quérir l'étranger!

Hatto, s'inclinant.

Mais....

Job, à Hatto.

Silence!

Le duc Gerhard, à Job.

Excellence...

Job, au duc.

Qui donc ose parler lorsque j'ai dit: Silence?

Tous reculent et se taisent. Gorlois obéit et sort.

Otbert, à part.

Bien, comte!— O vieux lion, contemple avec effroi
Ces chats-tigres hideux qui descendent de toi;
Mais s'ils te font enfin quelque injure dernière
Fais-les frissonner tous en dressant ta crinière!

Gorlois, rentrant, à Job.

Il monte, monseigneur.

Job, à ceux des princes qui sont restés assis.

Debout!

A ses fils.

— autour de moi!

A Gorlois.

Ici!

Aux hérauts et aux trompettes.

Sonnez, clairons, ainsi que pour un roi!

Fanfares, Les burgraves et les princes se rangent à gauche. Tous les fils et petits-fils de Job, à droite autour de lui. Les pertuisaniers au fond, avec la bannière haute.

Bien.

SCÈNE VII.

Les mêmes, UN MENDIANT.

Job, debout au milieu de ses enfants, au mendiant immobile sur le seuil.

Qui que vous soyez, avez-vous ouï dire
Qu'il est dans le Taunus, entre Cologne et Spire,
Sur un roc, près duquel les monts sont des coteaux,
Un château, renommé parmi tous les châteaux,
Et dans ce burg, bâti sur un monceau de laves,
Un burgrave fameux parmi tous les burgraves?
Vous a-t-on raconté que cet homme sans lois,
Tout chargé d'attentats, tout éclatant d'exploits,
Par la diète à Francfort, par le concile à Pise,
Mis hors du saint-empire et de la sainte église,
Isolé, foudroyé, réprouvé, mais resté
Debout dans sa montagne et dans sa volonté,
Poursuit, provoque et bat, sans relâche et sans trêves,
Le comte palatin, l'archevêque de Trêves,
Et, depuis soixante ans, repousse d'un pied sûr
L'échelle de l'empire appliquée à son mur?
Vous a-t-on dit qu'il est l'asile de tout brave,
Qu'il fait du riche un pauvre, et du maître un esclave;
Et qu'au-dessus des ducs, des rois, des empereurs,
Aux yeux de l'Allemagne en proie à leurs fureurs,
Il dresse sur sa tour, comme un défi de haine,
Comme un appel funèbre aux peuples qu'on enchaîne,
Un grand drapeau de deuil, formidable haillon
Que la tempête tord dans son noir tourbillon?
Vous a-t-on dit qu'il touche à sa centième année,
Et qu'affrontant le ciel, bravant la destinée,

Depuis qu'il s'est levé sur son rocher, jamais,
Ni la guerre arrachant les burgs de leurs sommets,
Ni César furieux et tout-puissant, ni Rome,
Ni les ans, fardeau sombre, accablement de l'homme,
Rien n'a vaincu, rien n'a dompté, rien n'a ployé
Ce vieux titan du Rhin, Job l'Excommunié?
—Savez-vous cela?

Le Mendiant.

Oui.

Job.

Vous êtes chez cet homme.
Soyez le bienvenu, seigneur. C'est moi qu'on nomme
Job-le-Maudit.

Montrant Magnus.

Voici mon fils à mes genoux,

Montrant Hatto, Gorlois et les autres.

Et les fils de mon fils, qui sont moins grands que nous.
Ainsi notre espérance est bien souvent trompée.
Or, de mon père mort je tiens ma vieille épée,
De mon épée un nom qu'on redoute, et du chef
De ma mère je tiens ce manoir d'Heppenheff.
Nom, épée et château, tout est à vous, mon hôte.
Maintenant, parlez-nous à cœur libre, à voix haute.

Le Mendiant.

Princes, comtes, seigneurs,—vous esclaves, aussi!
J'entre et je vous salue, et je vous dis ceci:

Si tout est en repos au fond de vos pensées,
Si rien, en méditant vos actions passées,
Ne trouble vos cœurs, purs comme le ciel est bleu,
Vivez, riez, chantez!—Sinon, pensez à Dieu!
Jeunes hommes, vieillards aux longues destinées,
—Vous, couronnés de fleurs,—vous, couronnés d'années,
Si vous faites le mal sous la voûte des cieux,
Regardez devant vous et soyez sérieux.
Ce sont des instants courts et douteux que les nôtres;
L'âge vient pour les uns, la tombe s'ouvre aux autres.
Donc, jeunes gens, si fiers d'être puissants et forts,
Songez aux vieux; et vous, vieillards, songez aux morts!
Soyez hospitaliers surtout! C'est la loi douce.
Quand on chasse un passant, sait-on qui l'on repousse?
Sait-on de quelle part il vient?—Fussiez-vous rois,
Que le pauvre pour vous soit sacré!—Quelquefois,
Dieu, qui d'un souffle abat les sapins centenaires,
Remplit d'événements, d'éclairs et de tonnerres
Déjà grondant dans l'ombre à l'heure où nous parlons,
La main qu'un mendiant cache sous ses haillons!

Victor Hugo.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.	4

PRIMERA PARTE

Pronunciacion y lectura.

De las vocales simples.	10
Vocales compuestas	15
Vocales nasales.	17
Diptongos.	20
De las consonantes.	20
Enlace de las consonantes finales.	40
Voces homófonas	42

SEGUNDA PARTE

Ejercicios gramaticales.

I.—Artículo determinante.	61
II.—Artículo indefinido	62
III.—El partitivo y la preposicion <i>de</i>	63
IV.—Comparativos de igualdad	63
V.—Adjetivos y pronombres posesivos.	64
VI.—Adjetivos y pronombres demostrativos.—Demostrativos relativos	66
VII.—Numerales	67
VIII.—Colectivos.	68

	<u>Páginas.</u>
IX.—Nombres personales.	69
X.—Pronombres complementos.	70
XI.—Adjetivos y pronombres indefinidos.	71
XII.—Pronombres relativos.	72
XIII.—Palabras <i>y, en</i>	74
XIV.—Pronombres reflexivos.— <i>Soi y lui</i>	75
XV.—Verbos auxiliares.	75
XVI.—Verbos impersonales.— <i>Être</i> impersonal.— <i>Il</i> y ce sujetos de <i>être</i>	76
XVII.—Oraciones condicionales.	78
XVIII.—Participios.	79
XIX.—Adverbios.	80
XX.—Negacion.	82
XXI.—Preposiciones.	83
XXII.—Conjunciones.	84
Nombres de los A. A. citados abreviadamente en estos ejercicios	85

TERCERA PARTE

Traduccion.

Preliminar	89
Improvisation de Corinne au Capitole	93
Le Rosier	102
La Tabatière	105
La conquête de l'Algérie	106
La vie et la mort	111
La vie d'outre mer. Honolulu	116
Les derniers oiseaux	119
Le jour de la blanchisseuse.	126

	<u>Páginas.</u>
Le filou	131
Les insectes	134
L'homme.	156
Un vieux conte espagnol	142
La femme-homme.	145
Le filou	149
Entre deux vins	152
Un duo de désespoirs.	157
Conte	163
Le nègre :	165
Un plus petit que soi.	170
Histoire du solitaire du Vésuve.	177
Colomb	179
A ma fenêtre	182
Les cieux.	188

CUARTA PARTE

Style épistolaire.

Madelaine à Suzanne.	195
Miss Berri à lady Granville.	196
Mad. de Montausier à M. le Cardinal de la Valette.	197
Mad. la Marquise de Normamby à lord Granville.	198
Mad. Swetchine au vicomte de Melun.	199
Mad. Swetchine à la Comtesse de Mesnard.	200
Mad. de Sévigné au comte de Bussi.	201
M. Fléchier au vicomte de***.	201
M. Fléchier à M.	201
M. de Harlay au comte de Bussi.	202
M. le comte de Bussi à Mad. de D***.	202

M. de Baille à Mad. de Maintenon	203
Mad. de Sévigné à sa fille.	203
Le marquis de Tallard à Mad. de Maintenon.	204
M. P. au comte de Bussi.	205
Mad. de Sévigné à sa fille	205
M. de Fléchier à M.	206
Mad. de Maintenon à Mad. de Villette	206
Mad. de Maintenon à Mad. de Chanteloup.	207
Mad. de Sévigné au comte de Bussi.	208
Mad. de Sévigné à sa fille.	208
La comtesse de Plessis à M. de Bussi.	209
Mad. de Pavillon à Mad***.	209
Mlle. de Lenclos à M. de Saint-Evremont	210

QUINTA PARTE

Poesie.

Ronde.	213
Grenade	214
A l'inaccessible.	217
Elle.	218
Sonnet	218
A Richard Wagner	219
Une nuit au désert	222
Warwick	224
Murcie	225
La chute des feuilles	228
Les burgraves	230

